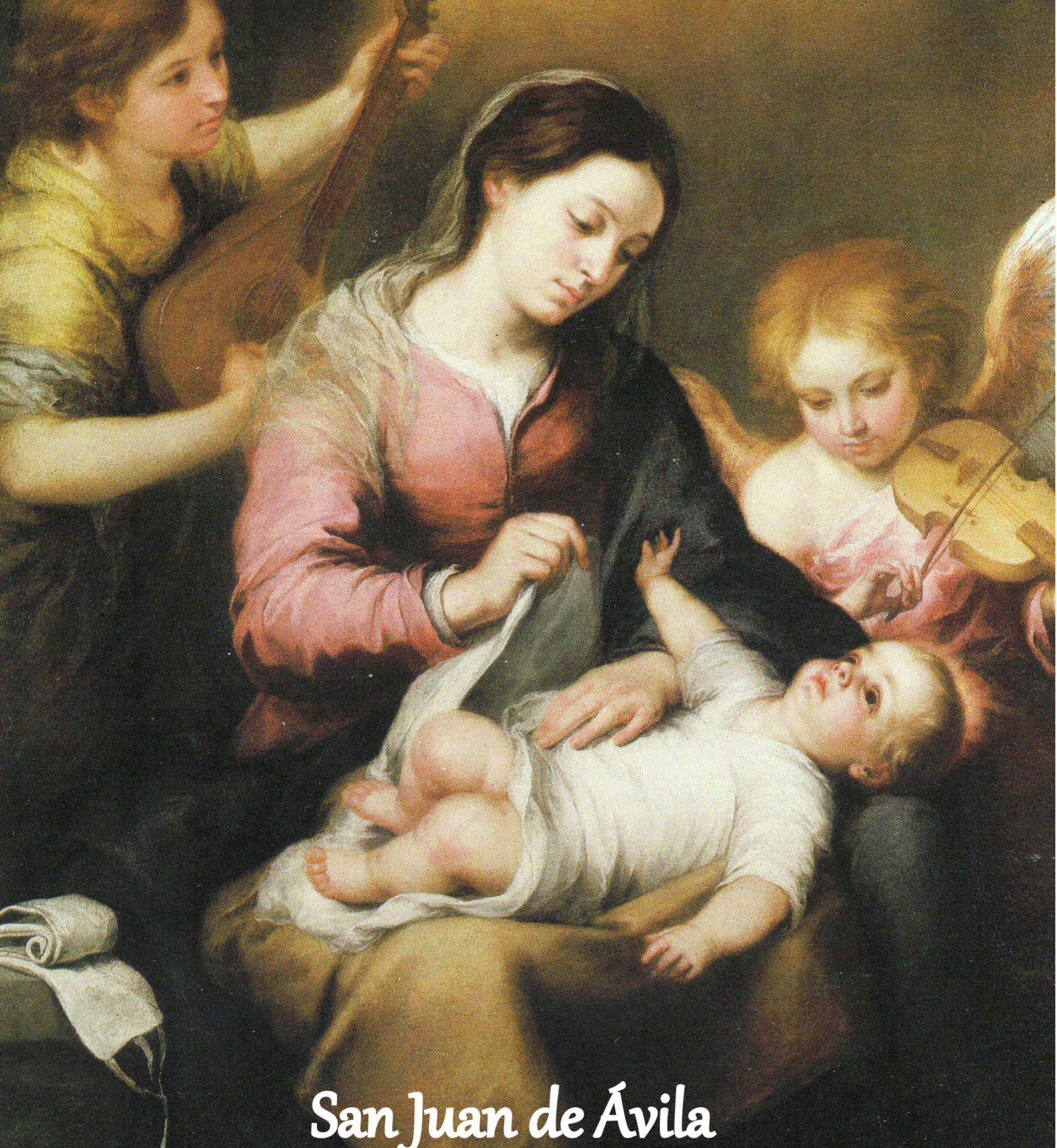
LIBRO DE LA VIRGEN MARÍA



San Juan de Ávila

LIBRO
DE
LA VIRGEN SANTA MARÍA

San Juan de Ávila

ÍNDICE

TRATADO 1.º
MATRIMONIO DE LA VIRGEN Y SAN JOSÉ

1.—INTRODUCCIÓN.
2.—ASUNTO DEL SERMÓN.
3.—CONGOJAS DE SAN JOSÉ.
4.—CASTIGO LEGAL DEL ADULTERIO.
5.—CONTRA LOS CELOS EN EL MATRIMONIO.
6.—RESOLUCIÓN DE SAN JOSÉ.
7.—TRIBULACIÓN DE LA VIRGEN MARÍA.
8.—SILENCIO DE MARÍA.
9.—MI SECRETO, PARA MÍ.
10.—REVELACIÓN A SAN JOSÉ.
11.—GOZO DE LA VIRGEN Y SAN JOSÉ.
12.—CAUSAS DE ESTE MATRIMONIO DE PARTE DE LA VIRGEN.
A) Por lo que importaba su buen nombre.
B) Para que en San José tuviese guarda.
C) Para que viviese en obediencia.
D) Para que fuese esposa de un carpintero.
13.—CAUSAS DE ESTE MATRIMONIO DE PARTE DE JESÚS.
A) Por el buen nombre de Cristo.
B) Para alivio de su pobreza.
C) Para ejemplo de humildad y obediencia.

TRATADO 2.°
PRESENTACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

1.—INTRODUCCIÓN.
2.—CAUSAS DE LA PRESENTACIÓN.
3.—LA PRESENTACIÓN.

4.—ALTURA, PROFUNDIDAD, ANCHURA Y LONGITUD DE LA VIRGEN.
5.—ARMAS DE LA VIRGEN PARA LUCHAR CON DIOS.
6.—LA VIRGEN LUCHA CON DIOS EN LA ORACIÓN.
7.—HUMILDAD DE LA VIRGEN.
8.—DEVOCIÓN A NUESTRA SEÑORA.
9.—LA VIRGEN, MEDIANERA.

TRATADO 3.º

NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA,

1.—¿QUIÉN ES ÉSTA?
2.—NACE COMO EL ALBA.
3.—HERMOSA COMO LA LUNA.
4.—ESCOGIDA COMO EL SOL.
5.—TERRIBLE A LOS DEMONIOS.
6.—¿HAY AQUÍ ALGUNO EN PECADO MORTAL?
7.—¡ACUDE A LA MEDIANERA!
8.—¡YA ES HORA DE CAMINAR!
9.—NO LO DEJES PARA ADELANTE.
10.—LA GRACIA PREVENIENTE, FAVOR DE MARÍA.
11.—CONTRA LA DESCONFIANZA.
12.—HAZ PROGRESOS EN LA VIRTUD.
13.—PLEGARIA A LA VIRGEN.

TRATADO 4.°

SOLEDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

1.—EL SÁBADO SANTO, LA SOLEDAD DE MARÍA.
2.—POR QUÉ SON AFLIGIDOS JESÚS Y MARÍA.
3.—JESÚS PAGA LA DEUDA DE NUESTRAS CULPAS.
4.—MARÍA, LA MÁS SANTA Y LA MÁS AFLIGIDA.
5.—DOLOR INCOMPARABLE DE MARÍA.
6.—POR QUÉ AFLIGE DIOS A MARÍA.
7.—LA PASIÓN DE CRISTO EN EL CORAZÓN DE MARÍA.

8.—EN LA MUERTE DE CRISTO.

9.—LA LANZADA.

10.—DESCENDIMIENTO.

11.—LLANTO DE MARÍA.

12.—ENTIERRO DE CRISTO.

13.—LA VUELTA AL CENÁCULO.

14.—LA VIRGEN RECOGE A LOS APÓSTOLES.

TRATADO 5.°

ASUNCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

1.—PARA LA VIRGEN, HOY SE ACABÓ EL PADECER.

2.—MARTIRIO DE LA VIRGEN DESTERRADA.

3.—EL AMOR FUE SU VERDUGO.

4.—SAETAS DE AMOR ENTRE DIOS Y LA VIRGEN.

5.—DULCÍSIMA GUERRA .—DUREZA DE NUESTRO CORAZÓN ANTE EL AMOR DIVINO.

6.—AMOR INCONSOLABLE DE MARÍA.

7.—ÍMPETU DE SU CORAZÓN.

8.—POR QUÉ DEJÓ DIOS A LA VIRGEN EN LA TIERRA.

A) Para acrecentar sus méritos.

B) Para prepararla a la fiesta de hoy.

C) Para consuelo de la Iglesia naciente.

D) Sus ocupaciones: consolar, meditar la Pasión, comulgar.

E) Para que, a su ejemplo, pasemos trabajos.

F) Y nos preparemos a una santa muerte.

G) Y la imitemos en amar lo celestial.

9.—ENFERMA DE AMOR.

10.—LOS BIENAVENTURADOS LA RECLAMAN.

11.—MENSAJE DEL CIELO.

12.—ALARMA EN LA TIERRA.—DESPEDIDA.

13.—DESCIENDE CRISTO EN BUSCA DE SU MADRE.

14.—DULCÍSIMA MUERTE.

15.—SUBE AL CIELO.

16.—¡MADRE MÍA, MADRE MÍA!

TRATADO 1.º

MATRIMONIO DE LA VIRGEN Y SAN JOSÉ[1]

(Predicado en la fiesta de San José.)

Cum esset desponsata Mater Jesu, Maria, Joseph.

Como fuese desposada María, Madre de Jesús, con José.

(Mt., 1)

1.—Introducción.[2]

Condición es de las buenas mujeres casadas encubrir la faltas de sus maridos y publicar las virtudes que tienen, deseando que todos los honren y sirvan; porque como la honra de la mujer sea el varón, el mal o bien que ella de él dice, de su misma honra lo dice, de su misma persona lo dice, pues ella y él una cosa son.

Seguros estaremos que esta sagrada esposa y Virgen María no descubrirá faltas de su esposo el Santo José; porque ni él las tenía, y aunque las tuviera, ella no las dijera; pues tenía mayor virtud que Santa Mónica bienaventurada, de la cual cuenta su hijo San Agustín, que aunque su marido la maltrataba y era de ruines costumbres, a nadie se quejaba ni descubría las faltas de su marido.

No cupo, pues, en la boca de la Virgen decir mal del Santo José, mas decir muchos bienes de él, y honrarlo, y desear que todos dijesen bien de él, y agradecerlo a quien lo dijese. Cierto es

[1] Este Tratado se intitula en otras ediciones anteriores «Del glorioso San José, Esposo de la Santísima Virgen María nuestra Señora»

[2] Éste es el texto original; al final puede verse una copia adaptada al español moderno.

así, que si por nosotros no queda, tenemos muy cierto el favor de Jesucristo nuestro Señor y de su Madre bendita, para saber contar las grandezas de este bienaventurado Santo; pues así como todo lo que se dice en alabanza de la Virgen bendita, dice San Jerónimo que resulta en honra de Jesucristo nuestro Señor, su Hijo bendito, así todo lo que se dijere en alabanza del Santo José resulta en honra de Jesucristo nuestro Señor, que lo honró con nombre de padre, y de la Virgen Santa María, de la cual fue verdadero y castísimo esposo. El Señor querrá que su santo ayo sea honrado, y la Virgen que digamos bien de su esposo; y Él y Ella lo agradecerán, y copiosamente galardonarán. Y así porque conviene a la honra de Dios, como por ganar tal galardón, comenzaremos esta santa historia en alabanza de este glorioso santo esposo de la Virgen.

2.—Asunto del sermón.

Antes que del todo nos ocupemos en decir las señaladas y grandes misericordias y particulares privilegios que el Señor dio al bienaventurado San José (que cierto son tales, que bastan para poner en admiración a Cielos y tierra, y para rastrear por ellos la grandeza de la bondad divinal, que sube al pobre y menesteroso a tan grande alteza de honra, como a este Santo subió); antes, pues, que nos metamos en este golfo, conviene que cumplamos con el santo Evangelio, el cual aunque breve en palabras, es copioso en sentencias, y que comprende los caminos de Dios, por donde viene y trata con los suyos, y los suyos con Él. La cual doctrina no es de estimar en poco, pues si está ignorada, andaremos errados, como gente que no acierta el camino, y camino que lleva a Dios; ¡y ay de aquel que lo errare! Tres cosas nos declara este santo Evangelio que acaecieron a estos santos desposados José y María; conviene a saber: las grandes mercedes que Dios les hizo, la tribulación y prueba en que Dios los metió, y el piadoso socorro que en el tiempo de la mayor angustia les envió.

Notad bien y sabed considerar estas tres cosas, porque en ellas se encierra lo que nos acaece, no sólo en un día, mes o año, mas en toda la vida que en este destierro vivimos. Lo primero de todo que nos acaece, es recibir misericordias de Dios; y ninguno pudo tanto madrugar a hacer a Dios algún servicio, que no hubiese

Dios madrugado más a hacerle mercedes; y no sólo es primero en dar, mas aun en dar lo que a Él se le da. ¡Qué gran verdad dijo el rey Salomón, hablando con Dios! Todas las cosas, Señor, que tenemos y que te ofrecemos tuyas son, y lo que te damos, de tu mano lo recibimos. No se gloríe nadie de lo que hace por Dios, pues cuanto más le da, tanto más recibe, y tanto más le debe, según dice la Iglesia: «Señor, de cuya mano viene que tus fieles te sirvan digna y loablemente»[3]. No puede ser visto el sol sino con lumbre del mismo sol, ni podemos agradar a Dios sino con la gracia del mismo Dios; y cuando corona y galardona nuestros merecimientos, es galardonar las mercedes que primero nos hizo. A Dios se debe la gloria de todo lo bueno; *porque de Él, y por Él, y en Él son todas las cosas; y a Él sea gloria en los siglos de los siglos. Amén* (*Rom*., 11, 36).

Gran parte de estas misericordias cupo a estos dos bienaventurados casados, la Virgen bendita y San José, y entre ellas fueron muy grandes las que entre manos tenemos; conviene a saber, que la desposada fuese hecha verdadera Madre de Dios, y San José, hombre bajo según el mundo y oficial carpintero, fuese levantado a tanta honra de ser verdadero esposo de la Madre de Dios, y de ser llamado padre, y tomado por ayo de aquel que tiene al Eterno Padre por padre, y que es criador de Cielos y tierra. Misericordias grandes, y tan grandes, que otras iguales no fueron oídas, y bastantísimas para que ellos fuesen agradecidos a Dios, y para que cantasen sus alabanzas, y con todo su corazón se alegrasen en Dios.

Mas mirad, que cuan grandes fueron estas mercedes así fue grande la tribulación que tras ellas el Señor envió, cuya costumbre es enviar hiel después de la miel, y probar a sus amigos tentándolos, como hizo a Abraham (*Gen*., 22). Del Señor leemos que en su santo bautismo fue declarado por voz celestial por Hijo carísimo del Eterno Padre (*Mt*., 3); mas tras este favor se siguió ser llevado al desierto a ser tentado del enemigo (*Mt*., 4). No se engañe nadie ni se tenga por seguro, porque sea recreado del Señor con mercedes y consolaciones, ahora sean espirituales, ahora corporales. Menester es entender muy bien este negocio; y por no lo haber hecho así, han venido desastres no pequeños a

[3] Colecta del Domingo 12 después de Pentecostés.

muchos, que holgándose con lo próspero presente, dijeron lo que David (*Ps*. 29): *Yo dije en mi abundancia: No seré movido para siempre*. Y como sucedió la tribulación, y no estaban apercibidos para ella, cayeron muy fácilmente, y perdieron lo que habían recibido; lo cual, o no se cobra, o se cobra con dificultad. Sepan todos que el lugar verdadero del gozo y descanso y prosperidades, el Cielo es; y quien de estos bienes quisiere ser rico, sin temor de perderlos, desee ir allá, y procure de ir allá; mas este destierro es lugar de trabajos, es una trabada pelea (*Job*., 7, 1); es un mar de amargura y una tentación sobre la tierra; y cuando Dios da alguna consolación o prosperidad, no es para que el hombre goce de ella parando en ella, sino o por que no desmaye en las tribulaciones que tiene, o por que cobre fuerzas para vencer las que le quieren venir.

¿Para qué dan armas a un soldado, sino para que esté aparejado para la guerra? ¿Para qué dan de comer a un jumento, sino para echarle muy buena carga? Así, hermanos, pensad, y con estos mismos ojos mirad las mercedes que Dios os envía, que son o para esforzaros en la guerra que tenéis, o para avisaros que presto la habéis de tener. Porque Él es amigo de tener amigos probados, y no puede haber prueba sino con tribulación, ni pueden entrar en el Cielo si no caminan por el desierto, ni celebrar Pascua de Resurrección si no pasan por Viernes Santo, que es día de Pasión.

3.—Congojas de San José.

Tornemos a nuestros Santos desposados, María y José. ¡Qué ricos, qué honrados, qué ensalzados en el acatamiento de Dios, ella con tal Hijo, y él con tal esposa, y con ser ayo del Hijo de Dios! Y tras esto viene que José vio a nuestra Señora estar encinta, por tener su seno crecido; de lo cual recibió tan grande alteración y tristeza entrañables, cual no se puede decir. ¡Oh bienaventurado varón, y de cuántas angustias es tu corazón combatido! ¡Y cómo Dios te ha lastimado en las mismas niñas de tus ojos, pues ves encinta a tu esposa, y nunca has llegado a ella, ni pensaste llegar; porque ella y tú entrambos tenéis hecho voto, de común consentimiento, de guardar virginidad por toda la vida! Estaba el

santo varón como fuera de sí, por una parte viendo lo que veía, y por otra parte acordándose de la bondad de esta Virgen, y de las grandes señales que de sí daba para ser creída.

Sabía este santo varón que la mujer que tiene corazón deshonesto, tiene sus señales en lo de fuera, que dan testimonio de lo malo que tiene dentro de sí: pasos livianos, ojos altos, curiosos vestidos, holgarse de hablar o de oír cosas no castas, falta de devoción y de temor del Señor, amiga de regalos y de ociosidad, dejarse vencer de los deleites de gula, que son camino para vencerse de los deleites de carne, y así otras señales, que aunque la lengua de la tal mujer suene castidad, ellas como más verdaderas, por ser obras, declaran que hay deshonestidad; todas las cuales señales juntas y cada una por sí veía este glorioso Santo que faltaban en nuestra Señora, y que toda ella, y todas sus costumbres eran más contrarias a deshonestidad, que lo negro con lo blanco, y eran tan predicadoras de la limpieza virginal que en su corazón y cuerpo tenía, que daban de sí un olor como bálsamo, y eran como resplandor de aquella pureza más que angelical que en su persona tenía. Y cuando este santo varón se paraba a considerar las virtudes de ella, y su honestísima conversación, o cuando le miraba su virginal y honestísimo rostro, parecíale cosa imposible caber maldad en vaso de tan excelente bondad, y hacer traición a Dios y a su marido la que con tanta lealtad servía al uno y al otro; y por aquel rato huían las malas sospechas, y reprendíase de ellas; pedía en su corazón perdón a Dios y a su esposa, y descansaba y estaba contento.

Mas como era tiempo de tribulación y de prueba, y había determinado el Señor que este santo varón bebiese esta hiel y vinagre, tras este consuelo que recibía con estas buenas y verdaderas consideraciones, permitía que le viniesen otras contrarias a éstas, y dejábalo en su flaqueza para que fuese atormentado y fatigado con ellas. Así como cuando se paraba atentamente a considerar las virtudes y honestidad de su santa esposa se deshacía la sospecha que de lo contrario tenía, así cuando la veía encinta se le entraba la sospecha en el corazón, y desaparecían las otras consideraciones; y si no se escondían del todo, no tenían tanta fuerza, que librasen al Santo de angustia y sospecha; y así había pelea en su corazón entre unos pensamientos y otros, diciendo unas veces:

¿Cómo es posible que María, mi esposa, de cuya bondad tanta experiencia tengo, haga traición? Y por otra parte, ¿cómo puede ser bien hecho estar encinta, y no de mí? Gemía, llamaba el socorro de Dios, y no se lo daba, porque se lo guardaba para el tiempo de la mayor necesidad; y entretanto ya veis lo que podía sentir, pues esta pasión de celos, concebidos aun con pequeña ocasión, atormenta sobre toda manera a los maridos; tanto que en el Viejo Testamento proveyó Dios de particular remedio para que el marido que tenía celos de su mujer, supiese si era culpado o no, y así descansase.

4.—Castigo legal del adulterio.

En el capítulo 5.° de los Números se lee que cuando este espíritu de celos trajese fatigado un hombre, que llevase su mujer al templo, y la presentase delante del sacerdote, diciendo cómo tenía celos de ella; y el sacerdote ofrecía sacrificio por ella, y luego escribía ciertas maldiciones, y lavábalas con agua, la cual agua había de beber, quisiese o no quisiese, y bebida el agua, decía el sacerdote: «Si tú no has hecho maldad a tu marido, estas maldiciones no te comprendan; mas si has sido adúltera, vengan sobre ti»; y ella respondía: «Amén, amén»; y así lo aceptaba Dios, que si estaba limpia de tal delito ningún mal le sucedía; y si había adulterado, se le hinchaba luego el vientre, con otras claras señales, de lo cual venía a morir.

De aquí veréis cuánto atormenta esta sospecha a los maridos, y cuánto desagrada a Dios el adulterio de la mujer casada, pues para consuelo de los celos de él, y castigo del pecado de ella, daba Dios este remedio y manifiesta señal. Gravísimo pecado es delante de los ojos de Dios, y gravísima injuria hace la mujer a su marido, que siendo una cosa con él, se parte, y se hurta, y se entrega al que no lo es. Y así ninguna nación, por bárbara que sea, ha dejado este pecado sin castigo, por ser cosa impresa por instinto natural en los hombres pesarles mucho de que sus mujeres les hagan esta traición. Y por lo que ellos sienten cuando en esto les tocan, es mucha razón que se aparten con muy gran cuidado de hacer maldad con mujeres ajenas, pues entienden por lo que pasa por ellos, o podría pasar, la grande injuria que al marido hacen, y grave dolor

que le hacen pasar. Nadie tenga en poco este pecado; todos huyan de lo cometer; y no les parezca que, porque Dios no haya ordenado sacrificio para castigar al hombre adúltero como a la mujer adúltera, que por eso se deba atrever a cometerlo; porque aunque no lo castigue en los varones, mandando que los lleven al templo a examinar y manifestar su delito, mas no por eso le faltan otros muchos medios con que los castiga.

Atrevióse David, y siendo rey, a hacer maldad con la mujer ajena (2 *Reg*., 1, 1); y aunque él procuró que su delito fuese secreto, mas no lo pudo esconder de los ojos de Dios, el cual manifestó en público lo que él había hecho en escondido, y le castigó con castigos terribles, entre los cuales fueron que su hijo Absalón se le alzase con el reino y persiguiese a su padre para le prender o matar; y cuando no lo pudo haber, mandó que le sacasen a la plaza diez mujeres que su padre tenía y debajo de unas cortinas, por hacer enojo a su padre, hizo maldad con todas diez mujeres (2 *Reg*., 16, 22). Y cumplióse la amenaza que Dios le hizo diciendo (2 *Reg*., 12, 12): *Tú pecaste en escondido, yo te castigaré en los ojos de este sol*. ¡Oh pecado gravísimo, que por ser tal, le parece a la divina Justicia ser término largo esperar a castigarlo en el otro mundo, y luego lo castiga en éste con diversos castigos, y algunas veces con que haya quien haga malas a las mujeres y a las hijas, como él hizo malas a la mujer e hijas ajenas! Y pues ésta es cosa tan aborrecible a Dios y castigada de Él, todos huyan de caer en ella, y de cosa que le parezca.

5.—Contra los celos en el matrimonio.

Y las mujeres casadas, pues tanto lastiman a sus maridos los celos, no se contenten con no hacer esta maldad, mas vivan con grande cuidado de no dar ocasión al marido para que tan amarga sospecha, y tal hiel y vinagre entre en su corazón, porque tan descuidada puede ser en dar estas ocasiones, que aunque no sea mala en pecado de deshonestidad, sea mala y peque contra la ley del matrimonio, que le obligó a no dar enojo ni turbación notable a su marido; y otra mayor que ésta no la puede dar.

Y también aviso a los maridos que no fácilmente reciban en su corazón este tirano, porque si de él se dejan vencer y llevar, vienen

a grandes peligros de cuerpo y de ánima. Cierto, los celos son cosa que muchas veces el demonio procura, como cosa en que mucho gana, por ser muy dañosa a los que Dios juntó en el matrimonio. Hombres hay que ni pueden comer, ni beber, ni dormir, y se van cada día secando, y con la melancolía y tentación del demonio son tantas las sospechas que de sus mujeres tienen, y muchas veces sin causa ni ocasión, que les dan vida de galeras, y ellos la pasan peor. Hermano, ensanchad ese corazón, y entended que en ninguna manera podéis vivir en esta vida, sin que os fiéis de alguien. Porque si miráis a: «Puédenme engañar, puede ser que me acaezca esto», toda vuestra vida será, una temerosa congoja; una estrechura de corazón que tanto os apriete, que os haga vivir una miserable vida, y aun hacer locuras con que se rían de vos. Claro está que saliendo de aquesta iglesia puede ser que alguno os esté aguardando y os mate, o que en el camino caiga una teja del tejado y os descalabre; mas por eso no habéis de dar lugar al temor, porque es temor loco, que nace de vuestra condición y melancolía, cuando lo tenéis sin haber justa causa para tenerlo. Y así os conviene, cuando no viéredes suficientes causas para pensar mal de vuestra mujer, tener vuestro corazón sosegado, y resistir a los vanos temores y sospechas que vuestra condición o el demonio os trae sin causa.

Si decís, ¿qué sé yo, si aunque mi mujer parece buena no lo es? Dígoos yo, que si por esta regla os habéis de regir, también podéis dudar si fulano y fulana son vuestros padres. Cuando viéredes, hermano, suficientes causas para sospechar mal, poned el remedio; y cuando no, ensanchad vuestro corazón, y fiad vuestros negocios de la bondad de nuestro Señor, y obedeced a su mandamiento (*Mt*., 7), que *no queráis juzgar y no seréis juzgado*; y que tengáis por bueno al que no conocéis por malo; y no penséis que, porque vos por ventura habéis sido malo, también vuestra mujer lo es; o porque habéis conocido algunas mujeres ruines, penséis que todas lo son. Bondad tiene Dios para hacer buenos y santos, si ellos se disponen. Si vos lo hubiérades sido, y tratado con buenos, no os fuera tan difícil creer que vuestra mujer era buena; porque ordinariamente por su corazón juzga el hombre el ajeno.

Esto que a los maridos se dice, tomadlo también las mujeres casadas, cuyos corazones, por ser más estrechos, están más aparejados a dejarse vencer de aquesta pasión. Y cuando en ellas cae es una cosa de lástima ver el tormento que ellas reciben, y que a su marido dan, como nos lo declara muy bien el Espíritu Santo, diciendo (*Eccli*, 26): «La mujer celosa es dolor de corazón y lloro, y en ella hay azote de lengua que a todos se comunica.» Y así es verdad; que deshonra a su marido, y a las mujeres que la tienen culpa y que no se la tienen, quitando la fama a buenas mujeres sin mirar lo que dice, como fuera de seso con la pasión; mas no por eso dejará de pecar gravemente, así por la mucha pena que da a su marido, como por las malas palabras que dice de terceras personas. Grande lazo del demonio es éste, y cuanto es para él ganancioso, es perdidoso para los casados; es aflicción de ellos, perdición de su salud, dolor de corazón, tristeza continua, engaño del enemigo, y que quita la paz, que es la mejor joya del casamiento. Por lo cual con muy gran cuidado se deben guardar los casados de no dar causa ni ocasión para ello, ni admitir en su corazón semilla, de la cual nacen frutos tan perjudiciales para ánima y cuerpo.

6.—Resolución de San José.

Hémonos divertido de la historia de estos santos casados María y José, por la necesidad que tienen de aviso los otros casados; plegue al Señor que les aproveche. Tornémonos, pues, al lugar de donde salimos, que es la grande angustia que el Santo José tenía de ver encinta a su santa esposa sin haber él llegado a ella, y por otra parte considerando cómo podía caber tal maldad en vaso de bondad más que humano. Pensaba unas veces lo que la humana conjetura le declaraba por lo que veía, y otras decía entre sí: «¿Qué sé yo si Dios ha hecho alguna obra milagrosa de las que suele, sobre toda humana razón? Pues esta bendita mujer es dotada de tan excelente santidad, y por eso muy aparejada para que Dios haga en ella obras excelentes y maravillosas. Y si esto es así, yo no soy digno de estar en su compañía; y si no es así, yo no la quiero infamar con acusarla para que la apedreen, ni llevarla al templo para que con el sacrificio de la Ley se examinase la verdad de aqueste negocio.»

«Y el medio más conveniente que en caso tan dudoso me conviene tomar es dejarla, e irme secretamente, porque nadie me pregunte el porqué; y así ni la infamaré, ni me pondré a peligro de morar con ella si no es buena, ni me atreveré a estar con ella si es tan santa, que Dios ha hecho en ella milagro de haber concebido, sin ser de mí ni de otro varón.» Esta fue la resolución del Santo José, con la cual, aunque hallaba camino para lo que había de hacer, mas no se mitigaba por esta vía su grande dolor, porque el grande y casto amor que a su esposa María tenía, infundido por Dios, y conservado y acrecentado con la conversación santa de Ella, le tenía el corazón tan hecho uno con Ella, que haberla de dejar era arrancársele las entrañas y partírsele el corazón; y así andaba lleno de dolor dentro de sí, y daba muestra de ello en el gesto de fuera; porque gran dolor o gran placer, mal se pueden disimular.

7.—Tribulación de la Virgen María.

En gran tribulación, cierto, puso Dios a este santo varón; mas no era menor la de la Virgen bendita, la cual, como por las señales que veía, entendía la turbación y causa de ella de su santo esposo, dolíale mucho el verlo penado como buena casada, y mucho más verse sospechada de cosa tan lejos y tan aborrecida de su corazón. Llamaba el socorro del Cielo, suplicaba al Señor que remediase tanto trabajo, y que si Él era servido que Ella padeciese aquella infamia, estaba aparejada para lo hacer, y que no se quería tornar atrás de haberse ofrecido por esclava suya cuando concibió por Espíritu Santo, para servir en este negocio y en todos, ora fuese por buena fama, ora por mala, por vida o por muerte, por hiel o por miel; que ninguna cosa tendrá tan amada que no la pusiese debajo de los pies del Señor, y de muy buena gana, para que hiciese de Ella su santo contentamiento. «No tengáis cuenta, Señor —decía la Virgen—, con mi tribulación o consolación; mas lo que os suplico es que no esté penado este santo varón por mi causa; y lo que sobre todo me duele, y cuyo remedio con todo mi corazón os demando, es que, pues lo que tengo en mi seno es Hijo verdadero vuestro, cuya concepción fue por Espíritu Santo, y muy ajena de toda maldad, que no permitáis vos que cosa tan limpia y tan

verdadera sea tenida por mala y fuera de ley, ni que el que es Hijo legítimo vuestro se piense ser hijo de hombre habido de mala parte.»

Oraba la Virgen, y muchas veces con grande angustia de corazón y abundancia grande de lágrimas, y el Señor callaba y dejaba padecer a estas dos tan santas personas; cada una de las cuales le podía decir con mucha verdad lo que está escrito (*Ps*. 87): *Fui ensalzado de Ti, y humillado y conturbado*; pues después de tales favores con que los había ensalzado sobre todos los Cielos, los ha dejado en tal humillación, que lo uno es tormento de lo otro; y siendo llamado no responde.

8.—Silencio de María.

Mas ¡quién fuera tan digno de poder entrar en aquella pobre y santa casita! Y cuando la Santísima Virgen estaba de rodillas en oración pidiendo con lágrimas remedio al Señor, se presentara delante de Ella, hincadas las rodillas y con la reverencia que se debe a la que es verdadera Madre de Dios, le dijera: «Señora para siempre bendita: el remedio que deseáis, que buscáis y con tantas lágrimas pedís al Señor, en vuestras manos está, y no con muchas lágrimas, y no con mucho trabajo; pues con pocas palabras que digáis al Santo José, manifestándole el misterio grande que Dios ha obrado, dándoos a su Hijo verdadero para que haya sido engendrado de vos, no por obra de varón, sino del Espíritu Santo, él os dará crédito, por la opinión de santidad que de vos tiene. Porque como sea esto verdad tan cierta, Dios le dará gracia para creerla, y él quedará sin pena, y vos y vuestro Hijo con mucha honra.» Y aunque no se tuviese por muy cierto que el Santo José lo había de creer, era cosa muy conveniente —pues pedido el remedio del Cielo por vía de milagro, no venía— se tomase estotro humano, pues había conjeturas que aprovecharía; y en cosas de tanto riesgo, con que quiera[4] de esperanza, era bien tomar este medio.

Creo que respondiera la Virgen a quien esto le suplicaba lo que el Señor respondió a los hijos de Zebedeo (*Mt*., 20): *No sabéis*

---

[4] Con que quiera: con cualquier manera.

lo que pedís; (*Mt*., 16, 23): *sabéis las cosas de hombres, y no las de Dios*. Atribúleme el Señor todo lo que fuere servido, que de mi boca no saldrá misterio tan alto, así *por guardar el secreto del sacramento de tan alto Rey* (*Tob*., 12), como por no decir cosa de que nadie pueda tomar ocasión de pensar que hay en mí tal santidad para que Dios haga conmigo cosa tan señalada, cual nunca en el mundo ha acaecido ni acaecerá. Obra suya es; y aunque yo sea esclava, Hijo suyo es el que he concebido; no es posible que Él olvide cosa que toque a su Hijo ni a mí, por ser esclava suya. Y pues Él reveló a Santa Isabel lo que el ángel me había dicho en secreto, y quién era el que estaba encerrado en mi vientre, y que ella y el niño que tenía en su vientre lo adorasen, Él pondrá remedio en este trabajo, y declarará esta verdad al Santo José, pues hay más necesidad que la sepa él que los otros[5]. Y aunque dilate el remedio, es por probar nuestra paciencia y confianza. la cual tengo muy firme en Él, que sin que yo diga cosa que toque en mi alabanza, Él la dará a entender por la vía que Él sabe; mas mi oficio será callar, sufrir y esperar en su misericordia.

¡Oh Virgen para siempre bendita, cuán verdaderamente estáis enseñada de Dios! ¡Y con cuánta razón con vuestro ejemplo podremos acusarnos y reprendernos! Pues vos tenéis tanto peso de discreción, humildad y temor del Señor, que en tiempo de tanta necesidad calláis las mercedes, y tales mercedes de Dios; y nosotros, como vasos pequeños, que quiera que Dios nos dé a sentir, luego nos henchimos y rehenchimos, y el espíritu de la liviandad nos hace bosarlo[6] por la boca, y tras el parlarlo viene el perderlo por justo juicio de Dios.

9.—Mi secreto, para mí.

Y de San Pablo leemos que contó algunas mercedes particulares que Dios le había hecho, mas concurrían dos cosas: una, el estar tan ajeno y tan lejos de tomar gloria vana, que su gloria era ser deshonrado y estimado por escoria de aqueste mundo; y la otra era decir aquellas cosas, porque la doctrina de Jesucristo que predicaba corría riesgo de no ser creída, si él no

[5] Los otros: nosotros (1596).

[6] Bosarto: echarlo (rebosarlo) (antic.).

contara cómo Dios lo había hecho su Apóstol, y otras particulares mercedes, y el mucho trabajo que había pasado, y lealtad que había guardado en la predicación del santo Evangelio, no buscando en esto su honra, antes protestando muchas veces que lo decía forzado para que creyesen su doctrina y glorificasen a Dios, y no fuesen engañados de falsos predicadores. Esto muy bien hecho era. Y si vos me dais un corazón fundado en verdadera humildad, y que tenga por azote que mucho le duela el ser estimado, y tenga por deleite el ser despreciado, y concurra necesidad de remediar el peligro ajeno, o de pedir el consejo para que el demonio no le engañe *transfigurándose en ángel de luz* (2 *Cor*., 11, 14), como muchas veces lo hace, en tal caso bien hecho es el declarar las mercedes de Dios, como lo hizo San Pablo.

Mas qué tienen que ver con esto los fervores de los que comienzan a servir a Dios, que movidos con liviandad —que llaman ellos deseos de aprovechar a otros—, tienen una comezón en la lengua por decir lo que sienten, y hacerse predicadores antes de tiempo; y para autorizar lo que dicen cuentan alguna merced particular que el Señor les ha hecho, y como tienen poco caudal, y lo echan fuera de su corazón, quédanse pobres, y pensando aprovechar a los otros, dáñanse a sí mismos, y después de la pérdida entienden su yerro, y no todas veces pueden cobrar lo perdido, y gimen porque no cumplieron lo que dice Isaías (24, 16): *El secreto mío, para mí*, y por experiencia conocen que quiere el Señor, que como la mujer casada debe guardar secreto a su marido de lo que pasa a solas con ella, así quiere que el ánima le guarde secreto de las particulares mercedes que de su mano recibe, si no fuere con las condiciones ya dichas.

Y aunque hay algunas personas de voluntad tan sana y tan sencilla, que aunque cuenten estas cosas, no sienten que el Señor se enoja ni les quita las mercedes que en secreto les hace, todavía la verdadera humildad pide y desea esconder la dádiva, y enmudece la lengua para que no diga cosa por la cual pueda el hombre ser en algo estimado. Para entender esto así, nos debe bastar el ejemplo de esta Santísima Virgen, que como más humilde que todos, aborrecía en gran manera que por su boca saliese cosa por la cual pudiese ser estimada. Y aunque se vio en trance de tanto peligro, suplicó al Señor que, pues es todopoderoso, lo remediase

por otra vía, y no le mandase decir a ella mercedes tan particulares que de su mano había recibido. Verdad es que después de subido el Señor al Cielo, y después de haber predicado los sagrados Apóstoles la verdad del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, declararon a todos que aunque había consentido de haber sido estimado por hijo de José, no lo era sino de sólo el Padre Eterno que en cuanto Dios le engendró, y en cuanto hombre, de la bendita Virgen María, que sólo le engendró por Espíritu Santo. Entonces, como cosa ya sabida y manifiesta, Ella declaró a los Apóstoles, especialmente al evangelista San Lucas, muchas particularidades de la santa Encarnación, y otros muchos misterios que Ella sabía; y aun esto no lo osara Ella decir por su gran humildad, si no fuera particularmente mandada e inspirada por Espíritu Santo, cuya obediencia se debe preferir a la humildad, pues en faltando ésta, deja de ser virtud y se torna soberbia.

10.—Revelación a San José.

Y tornando al propósito, padecía San José, y padecía la Santísima Virgen; llamaban entrambos a Dios, y dilataba el Señor el socorro para que ellos más mereciesen con la paciencia, y nosotros más nos aprovechásemos de tales ejemplos, pues sabía el Señor que nos habíamos de ver en tribulaciones. ¡Mas, oh Señor, y con cuánta razón debe tener paciencia el atribulado que invoca tu divina misericordia, y debe esperarla, aunque más y más se dilate, pues que ni tienes corazón duro para dejar de sentir los trabajos de los tuyos, ni orejas sordas para dejar de oír sus gemidos y ruegos muy grandes! Muy gran verdad es lo que de Ti, Señor, está escrito (*Ps*. 9): *Esperen en Ti los que conocieron tu nombre, porque no has desamparado a los que te buscan*. Y porque la tardanza del remedio, que a muchos flacos es causa de desconfianza, no nos derribe, mandaste, Señor, darnos aviso contra este desmayo tan perjudicial, y mandaste que nos fuese de tu parte dicho (*Habac*., 3): *Si el Señor se tardare, espéralo; que viniendo vendrá, y no tardará*.

Llamaron al Señor en su tribulación nuestra Señora y José; y cuando estaban ellos más apretados, envíales el Señor su socorro, según su acostumbrada misericordia. Y estando José durmiendo,

aparecióle un ángel de Dios, el cual se cree piadosamente ser San Gabriel, pues era negocio que tocaba a la Encarnación del Hijo de Dios, que a él había sido encomendado, y dícele al Santo José: *José, hijo de David, no temas de tomar a María tu mujer, porque lo que ha nacido en Ella de Espíritu Santo es; y parirá un hijo, y llamarle has por nombre Jesús, porque Él hará salvo a su pueblo de los pecados de ellos*. Esto le dijo, y con tanta claridad, que el Santo José fue tan certificado de aquella verdad, que ninguna duda le quedó, chica ni grande, ni más tinieblas en su corazón; porque todo aquello huyó con el resplandor de la luz celestial, que mediante la habla del ángel del Señor obró a su entendimiento; como hacia a los santos Profetas, que les daba lumbre evidente de que aquello que les decía era verdad y no engaño.

No es impedimento para esta certidumbre acaecer esto durmiendo, pues ha dicho el mismo Dios (*Núm*., 12, 6) que *también aparece a sus Profetas durmiendo como velando*. Y así también se escribe en el libro de Job (133, 15). Y así también lo experimentamos, pues hay muchas personas a quien acaece acostarse con ruines propósitos, y estar en mala vida, y tan mala, que a morirse durmiendo, fuera el infierno su sepultura; y es tanta la misericordia de Dios que, o por cosas que ven entre sueños, o por palabras que les son dichas, recuerdan los ojos llenos de lágrimas, y el corazón todo mudado, con entrañable arrepentimiento de sus pecados y propósito de hacer penitencia; y el haberla hecho, y el vivir bien, ha sido señal que fue de Dios lo que en el sueño les acaeció. Y si con éstos, que con tan mala conciencia se echaron a dormir, Dios obra su misericordia, dándoles tales avisos, no es mucho que creamos que hace sus misericordias con los que le sirven, declarándoles entre sueños lo que les cumple, consolándolos en sus trabajos, avisándoles de los peligros, y mil maneras de cosas que caben en su infinita bondad. Y estas cosas, cuando son de Dios, traen una satisfacción particular al ánima, y tienen una particular diferencia de los sueños que no son de Dios, como la bienaventurada Santa Mónica decía a su hijo San Agustín que los sentía.

Mas porque puede haber en estas cosas —y muchas veces lo hay— engaño del mal ángel, y vanidad de nuestra cabeza, y obra de nuestros humores, o cosas de aquesta manera, no se debe de fiar la tal persona de cosas de sueños, sin lo comunicar con

persona que le pueda dar claridad, pues aun en lo que nos acaece velando, que tiene más certidumbre, es peligroso el propio juicio, y seguro el ajeno.

San José bienaventurado no tuvo que consultar al hombre sobre su sueño, pues fue tan clara la revelación y tan llena de lumbre, que ni preguntó si era ángel de Dios o no, como Gedeón (*Jud*., 6), ni lo dejó de conocer como los padres de Sansón (*Jud*., 13), ni dudó como Zacarías (*Lc*., 1), ni pidió señal como Gedeón.

11.—Gozo de la Virgen y San José.

No dudó, ni pudo dudar, por la grande evidencia de la revelación; mas recuerda tan alegre, y más que antes estaba penado, y con corazón tierno da muchas gracias a Dios porque le había librado de la huida que quería hacer, y conócese por muy indigno de haberle Dios hecho ayo de su Hijo, y esposo de la Madre de Él; y entrañablemente le dolía de no la haber conocido, y del haber sospechado, y pidiendo de ello perdón a Dios, se fue a lo pedir a la Virgen. Y mirándola ya con ojos alumbrados por lumbre del Cielo, parecíale tan alta —como en la verdad lo es—, que ni se tenía por digno de estar delante de Ella, y en una casa con Ella; y arrojado a sus pies, regaba la tierra con lágrimas pidiendo perdón; y la Virgen se arrojó a los pies de él, rogándole se levantase, y esforzase a servir a Dios en el negocio que le había encomendado.

Reventábale al Santo José el corazón de ver tanta humildad, tanta caridad y tanta virtud en aquella Señora que por esposa le había sido dada. Y cuando consideraba que era Madre de Dios, agotábasele el juicio, salía de sí con admiración, y el corazón no le cabía en el cuerpo, y la ternura y lágrimas no le dejaban hablar, y daba alabanzas a Dios, que lo ha tomado por marido de la Virgen, y ofrecíasele por esclavo. Y pues San Juan Bautista, encerrado en el vientre de su madre, conoció y adoró al Hijo de Dios humanado, que estaba escondido en el virginal vientre de nuestra Señora, ¿con qué reverencia, humildad y amor adoraría el Santo José al bendito Niño Jesús, siendo informado que estaba en el vientre de nuestra Señora? ¿Cuán rico, cuán gozoso estaba el santo varón con verse diputado para servir a tal Hijo y tal Madre? ¿Y por cuán digno se tenía, y cuán chiquito se parecía para servir a tales

Señores? Y como tal, pedía con grande instancia particular lumbre, prudencia y diligencia, y todas aquellas virtudes que, para conversar con Dios hecho hombre y con su Madre bendita, Dios sabía que había menester. En grande tribulación había estado; mas sin comparación fue mayor esto dulce que lo otro fue amargo. Y aunque cada vez que pensaba en aquesta merced era su gozo y agradecimiento muy grande, mas como esta vez fue la primera que tal nueva supo, y como vino sobre tribulación, que es salsa para que la prosperidad sea más sabrosa, y juntábase a esto la consolación que la Virgen tenía, de ver consolado a su esposo, [fueron muchas] las gracias tan agraciadas y alegres que daba a Dios porque después de tal tempestad había traído tal bonanza en la mar de sus corazones.

Resultaba de todo esto tanto gozo y admiración en el corazón del Santo José, que no sabía qué hacer ni decir, sino rogar a los ángeles y suplicar a la Virgen su esposa que diesen por él alabanzas a Dios, y le alcanzasen gracia para conocer y agradecer tales mercedes, que sobrepujaban a su merecimiento. Consolábalo en este temor la sacratísima Virgen María, ofreciéndole sus oraciones, y persuadiéndole a que tuviesen entrambos confianza en la misericordia de Dios, que pues por su sola bondad les eligió para el servicio de su Hijo, les daría gracia para bien lo hacer, de manera que fuese Él glorificado y amado. Contó el uno al otro el dulce nombre de Jesús que el ángel les había dicho que pusiesen al Niño después de nacido; y fue muy particular gozo entre ellos de oír nombre tan excelente y consolativo como es Jesús, que quiere decir Salvador, y como el ángel dijo, Salvador de pecados. Y así creo que el Santo José, por gozar del bien de este nombre, se arrojó al suelo suplicando al Niño Jesús le perdonase sus pecados, y diese gracia para no le ofender. La Virgen su esposa no pidió perdón, porque no pecó; mas conociendo que, por los méritos del Niño Jesús, Ella había sido libre de todo pecado, hízole reverencia, y dióle entrañables gracias, como si le hubiera perdonado todos los pecados que Ella hubiera hecho si Dios no la hubiera guardado. Este fin tienen los trabajos en que Dios pone, trocándolos en doblado placer; y así se acaba el santo Evangelio.

12.—Causas de este matrimonio de parte de la Virgen.

Cum esset desponsata Mater Jesu, Maria, Joseph. El ser desposada la Virgen, y para quedarse siempre Virgen, como se quedó, pone admiración, y da ocasión de inquirir qué fue lo que en esto pretendió nuestro Señor; pues sus obras, y especialmente las que obró con su santísima Madre, todas son llenas de profunda sabiduría, aunque muchas veces oculta. Mas aunque el mismo negocio por sí nos convida a inquirir las causas del desposorio de la santa Virgen, el convenir esto para rastrear algunas de las grandes virtudes y mercedes que Dios hizo a este santo varón José nos obliga, pues estamos en su día, a hablar de las causas de este santísimo desposorio, porque de allí resultará el conocimiento de la grandeza de este santo varón, que mereció ser el desposado de tan alto matrimonio y esposo de tan bienaventurada y alta Señora.

A) Por lo que importaba su buen nombre.

Muchas causas ponen los Santos por las cuales convino ser desposada la sacratísima Virgen María, así por lo que a Ella tocaba, como por lo que tocaba a su Hijo bendito. Y también para nuestro provecho convino que aquella que tan limpia y agradable era en los ojos de Dios, y que estando en la tierra, subía el olor de sus virtudes y santidad hasta la alteza del Cielo, y como precioso bálsamo henchía de olor toda la corte del Cielo. y deleitaba al Rey que estaba en su cama (*Cant*., 1); Ésta tan olorosa delante de Dios y sus ángeles, no convenía que tuviese fama que oliese mal delante de los hombres, pues que *del buen nombre*, especialmente la buena mujer, *debía tener cuidado*, como la Escritura lo manda (Eccli., 7), de tener buena fama; no por medios vanos ni fingimientos de hipocresía, mas porque con la verdad de la buena vida cobre buena fama, como la lumbre que sale del sol. Y esto, no porque con la buena vida busquemos la alabanza de los hombres, porque sería gran vanidad dejar de obrar por el contentamiento de Dios, y por su eterno galardón, y abatirnos a querer por paga de nuestras buenas obras el humo de las alabanzas humanas que de tan poco tomo es y tan poco dura.

Nunca Dios quiera que pierda el cristiano sus buenos trabajos, ni que oiga aquella justa sentencia que el Señor dará contra los vanagloriosos (*Mt*., 6): *En verdad os digo, que ya recibieron su galardón*. Muy hollada tiene el buen cristiano esta vanidad; muy lejos está de aqueste engaño; porque los ojos que miran a Dios, y le conocen por galardón de las buenas obras y buenos trabajos, no sólo no se ceban del pago que puedan dar todos los hombres, mas aun se desdeñan de pensar en ello, pareciéndoles que hacen injuria al que es galardón eterno, si mirasen en cosa tan poca. Lo que les mueve *a tener cuidado de su buena fama* es desear que Dios sea glorificado, y entender, como San Agustín dice, «que como el cristiano ha menester la buena conciencia para su provecho, ha menester la buena fama para el provecho del prójimo».

Y especialmente conviene tener este cuidado todo cristiano en lo que toca a ser tenido por hombre católico, según se lee de un santo viejo ermitaño, hombre de muy grande paciencia en sufrir injurias, y como a tal le fueron ciertas personas a probar, y le dijeron que decían de él muchas faltas y males; y callando él a todo aquello, añadieron los otros diciendo: «También dicen de ti que eres hereje.» Y entonces él, que a todo había callado, a sólo esto respondió diciendo: «No soy.» Y preguntado por qué había callado a los otros males y a éste no, pues ni tenía unos ni otros, respondió que en las otras cosas puede el hombre callar por ejercicio de la paciencia, y que en ésta no, por tocar tanto a la honra de Dios. Con lo cual concuerda San Jerónimo: No quiero que en infamia de herejía sea nadie paciente; quiere decir, que no deje de responder por su verdad y su fe, y probar que sea conocido por cristiano católico.

Este ha de ser el principal cuidado de varones y mujeres en lo que toca a la fama, y tras esto en lugar mucho cercano han de tener las personas dedicadas a Dios que profesan castidad, varones y mujeres, y generalmente todas las mujeres, cuidado muy particular de que su fama tenga en esta parte tan buen olor, que ninguna mezcla tenga de malo. Ni se excuse nadie con decir: «No tengo culpa, no se me da nada que digan de mí», porque, como dicen los Santos, esto muchas veces toman las mujeres ruines por ocasión para ser malas; y aunque no lo sean, en escandalizar a los prójimos y despreciar la buena fama son culpables. Y como dice la

Santa Escritura (Prov., 15): *El que menosprecia su fama, cruel es*. Y aunque nadie debe fácilmente creer las muchas cosas que se suelen decir de las tales personas, pues muchas veces son testimonios muy falsos, mas pocas veces acaece que aquestas cosas se digan sin preceder alguna culpa, o a lo menos alguna inadvertencia, en la cual las tales personas no miran, y los otros sí. Por lo cual conviene que haya tan grande cuidado y recato en quitar conversaciones, y en toda la más compostura de dentro y de fuera, que por mal ojo que uno tenga, no se atreva a juzgar mal; y si se atreviere a lo decir, sea tanto el buen crédito de la otra persona, que él no halle crédito para su maldad; según San Jerónimo cuenta de una doncella llamada Asela, que por sólo la bondad de su vida mereció que en la ciudad de Roma, donde tantas pompas hay, en la cual ser humilde es tenido por miseria, los buenos digan bien de ella y los malos no osen murmurar de ella.

Y porque el Señor amaba muy particularmente a su sacratísima Madre, y había determinado de nacer de Ella, no quiso que anduviese en boca de hombres que tenía hijo sin tener marido; y quiso más que le estimasen a Él por hijo de un hombre bajo, siendo Hijo del Eterno Padre, que no tocasen la fama de su sacratísima Madre. Porque como San Ambrosio dice, «sabe el Señor que la fama de las doncellas es muy delicada; y por eso, si no es muy guardada, se puede, con cualquier vientecico y ocasión fácilmente ennegrecer y perder». Y en ninguna manera convenía que las mujeres descuidadas en mirar por su fama pudiesen excusar y solapar su poco recato con decir: «No es mucho que digan de mí, pues dijeron de la Madre de Dios.» Lejos vaya tal excusa. No hallaréis en la Virgen bendita sombra para cobijar vuestros yerros.

Perfectísimo dechado de toda virtud y de toda limpieza la ha hecho Dios, y que sea mayor que la de los ángeles la que en su ánima tiene; y echase de sí su conversación exterior resplandecientes rayos de tanta honestidad, que ningún hombre otra cosa pensase, ni hablase de Ella sino mucho bien y alabanzas, cumpliéndose en Ella muy por entero lo que le dijo el arcángel San Gabriel (*Lc*., 1): *Bendita eres Tú entre todas las mujeres*. Porque no sólo fue bendita de Dios, mas bendita de los hombres y de las mujeres; porque todos la estimaban por persona llena de santidad,

y hablaban bien de Ella, dando gloria a Dios por las buenas obras que le veían hacer. Y así está dicho en su persona (*Eccli*., 24): *Yo como teribinto extendí mis ramas, y mis ramos son de honra y de gracia; y soy como vid que he fructificado suavidad de olor, y mis flores son fruto de honra y de honestidad*. Compárase esta Virgen sagrada al terebinto y a la vid, porque estaba dentro de sí llena de fruto, y salían de Ella ramos de buenos ejemplos, dignos de honra y de suave olor, y de toda la honestidad, hecha perfectísimo dechado de toda limpieza y buena fama, con la cual se gocen las buenas mujeres que la imitaren, y sean reprendidas, y no defendidas, las descuidadas en mirar por sí.

B) Para que en San José tuviese guarda.

Mucho hay que admirar de la providencia y consejo de Dios en dar al Santo José por guarda y amparo de la fama de la sacratísima Virgen nuestra Señora, pudiendo Él guardarla por otras muchas maneras; mas mucho más hay que admirar de otra segunda causa, por la cual Dios se lo dio por esposo; conviene a saber, para que fuese el Santo José guarda de la misma persona y castidad de la sacratísima Virgen nuestra Señora. De guarda se dice que proveyó el Señor cuando desde la cruz mandó a San Juan (19, 27) que tuviese cuidado de la bendita Virgen María; y en guarda fue dado el Santo José a la misma Virgen bendita, pues fue dado por marido suyo. ¡Quién no se admirará de la alteza de tal consejo! ¡Encomendar la guarda a un hombre, de una cosa tan particularmente metida en el corazón del Señor. y guardada de Él! Si la Virgen bendita fuera de aquellas de quien la Escritura dice (*Eccli*., 7, 26): *En tu hija pon mucha guarda*, y en otra parte (*Eccli*., 42) dice lo mismo de la hija que es deshonesta, parece que fuera conforme a razón dar hombre que guardase la castidad de la mujer que estaba en peligro. Mas si esta Virgen bendita no era inadvertida, sino velaba sobre sí mucho mejor que Isaías (26) y Habacuc (2), cuando cada uno de ellos decía: *Yo estoy en vela sobre mí*; y si el Señor guarda las ánimas de sus santos, como dice David (*Ps*. 96), y si el Señor dijo a Abraham (*Gen*., 15): *Yo seré tu guarda dondequiera que fueres*; y si tiene Dios puestos sus ojos y corazón en esta Virgen bendita muy mejor que en el templo de

Salomón, pues él figuraba a Ella (3 *Reg*., 9), y está el Señor tan atento a guardar esta su casa y ciudad, que ni se duerme ni se descuida un solo punto, porque la estima en más que toda criatura en tierra y Cielo; muy sobrada parece la guarda del hombre para quien es tan guardada de Dios, que con mucha más razón se puede llamar Samaria, que quiere decir *guarda de Dios*, pues está mejor guardada por la Providencia divina, para que *ni le haga mal el sol de día, ni la luna de noche* (*Ps*. 120), que la provincia de Samaria, que se llama *guarda de Dios* por tener a una parte la tierra de Judea, y a la otra la de Galilea, por las cuales partes acostumbraban a venir los enemigos. Y con todo esto, y con ser esta Virgen bendita *aquella cama del rey Salomón*, cercada de *sesenta caballeros fuertes y muy diestros en la guerra para que la guardasen* (*Cant*., 3), que son la muchedumbre de ángeles que Dios diputó para guarda de Ella, especialmente después que el verdadero pacifico, Jesucristo nuestro Señor, se reclinó en Ella, haciéndose hombre en sus entrañas, no obstante la guarda de Dios y de tantos ángeles, y la que Ella tenía sobre sí, le da el Señor otra guarda, que es el Santo José. ¿Quién no se maravillará de la divina Providencia, que quiere tener compañeros en lo que Ella sola puede hacer, y quiere honrar a sus criaturas haciendo medio a unas, para que otras se lleguen a Él? Y lo que es mucho de maravillar, es que ayude y guarde el menor al mayor, y el menos bueno al más bueno, y que haya ovejas que, en la gracia y gloria, estén más altas que sus pastores y guardas.

Mas a todo esto deseamos saber de vos, Virgen benditísima, si estáis sentida, u os tenéis por afrentada, de que siendo vos tan limpísima, y muy bastante para guardar a los otros, os pongan guarda a vos, y guarda de ángeles y de hombre, siendo vos más limpia que todos ellos. ¡Oh limpia sobre todos los limpios, y humilde sobre todos los humildes! Y por eso más limpia, porque más humilde. Que no sois vos, Señora, de aquellas llenas de presunción, y llenas de flaqueza, que se tienen por tan castas, que se llaman agraviadas si alguno les avisa o les pone guarda en cosa que toque a su honestidad y castidad, dejándolas, como a otro Nabucodonosor (*Dan*., 4), comer manjares de bestias, que son deleites carnales; y conocen las miserables, aunque tarde y muy a su costa, que ni la castidad, ni la fe, ni otra virtud, se hereda de los pasados,

ni se puede alcanzar ni conservar por las propias fuerzas, si aquel Señor, *de quien desciende toda dádiva buena y don perfecto* (Jac., 1), no la da y no la conserva.

Y para que Él esto haga, conviene que seamos humildes; pues a éstos da y conserva su gracia; y el humilde ninguna cosa confía de sí; y como San Bernardo dice: «La virgen que de verdad lo es, aun lo seguro teme, y como persona que conoce su propia flaqueza, y entiende que ha menester ajena ayuda para que Dios le dé la suya, no sólo no se tiene por agraviada de que le avisen y guarden, mas ella lo ruega cuando no lo tiene, y lo agradece mucho cuando se lo dan; y aun con todo esto no se asegura, temiendo su propia flaqueza, no le haga perder la castidad muy amada.»

Y esto pretenden los santos Concilios cuando mandan a los Obispos que tengan en el aposento donde duermen, varones religiosos y honestos que sean testigos y guarda de su castidad. Y así se lee de San Luis, hijo del rey de Sicilia, fraile menor, y Obispo de Tolosa, que tenía siempre dos religiosos consigo para este efecto. Y costumbre es de mujeres principales nunca estar solas, si no es con su propio marido; mas siempre acompañadas de mujeres, o mujer de madura edad, clara fama y antigua virtud. Y San Jerónimo dice a Santa Paula, que enseñe a su hija que nunca se aparte del lado de su madre, y que tiemble de estar sola sin ella.

Saludable consejo, especialmente para todo varón religioso y mujer religiosa, y especialmente doncellas, nunca estar a solas con hombre, sino con su confesor, y esto en el confesonario. Y quien fiare tanto de sí, que le pareciere no haber menester guarda de otros, entienda que aunque no haya caído de aquella virtud, está caída en la miserable soberbia, en la cual, como dice David (*Ps*. 35), *cayeron todos los que obran maldad*. Porque según es escrito (*Prov*., 16), *antes del ensalzamiento precede humildad, y antes de la caída precede soberbia*. Y así entienda el hombre que aquello de que se ensoberbece, presto se lo quitará Dios; y el tiempo que lo tiene le aprovechará muy poco; porque la soberbia o quita los bienes o los hace poseer sin provecho.

Miremos todos a la excelente humildad de la limpísima Virgen María, que con tantas prendas de seguridad, recibe —y con hacimiento de gracias— la guarda que el Señor le dio; y entendamos

que aunque el Señor tenía tan particular amor a su benditísima Madre, que bastaba a guardarla sin guarda de ángeles y guarda de hombres, quiso darle ángeles invisibles, y hombre visible, para que en casa y en caminos y en pueblo estuviese acompañada, y muy en seguro su fama y su castidad. Y de aquí se entienda, que pues quiso dar guarda a su Madre, ninguna mujer le agradará con presumir que ella sola se puede guardar; y que le desagradará mucho la que no buscare quien le avise y ayude a su castidad, y mucho más la que no agradeciere y se aprovechare de la guarda que tiene. Y si se agravia de tenerla, y responde mal y la desprecia, no hallaremos nombre para declarar tanto mal; mas el juicio de Dios y el quitar su amparo dará a entender lo que es.

C) Para que viviese en obediencia.

El querer Dios que su Madre bendita fuese casada con hombre, habiéndola tomado Dios Padre por limpísima esposa, y haber de guardar perfecta virginidad en el casamiento, fue tan grande obra que [no] nos habemos de maravillar de que obra tan grande haya tenido grandes y muchas causas, y excelentes efectos; y allende de las que se han dicho, hay otra, y no de pequeña consideración. Ama el Señor a la Virgen; y deseamos dar contentamiento a quien amamos; y casóla Dios, por condescender a los deseos y peticiones de esta Virgen bendita. Mas ¿quién será tan atrevido, que ose hablar de los deseos de aquel virginal corazón, dotado de tanta profundidad y alteza de santidad, que sólo Aquel que tal la hizo, es el solo que la puede comprender? Puede la Virgen decir con mucha razón, que (*Isai*., 55. 9) *así como los Cielos son ensalzados sobre la tierra, son los caminos de su corazón muy mucho más altos que los nuestros*. ¿Qué podremos alcanzar a decir de un corazón más alto en santidad que los serafines, los que somos de corazones bajos, y aficionados a los deseos de carne, o a humos de honra, o al engaño de las riquezas, pues ordinariamente por su corazón saca el hombre el ajeno? No piense nadie, no, que los secretos de aquel virginal corazón, y el trato que con Dios tenía, sus deseos y suspiros, eran de tan poco tomo, que nuestra pequeñez los puede alcanzar. *¿Por ventura has entrado tú en los tesoros de la nieve?*, dijo el Señor a Job (38, 22), para

humillarle la presunción que parecía tener de su sabiduría. Y cierto, puso Dios mayores tesoros y más escondidos en aquel virginal corazón, más alto que el Cielo, que en la nieve que se engendra debajo del cielo. No hay quien escudriñe el abismo del mar, ni nosotros presumamos de querer comprender cosa tan escondida; mas por conjeturas rastreemos algo de lo que cumple a la presente materia.

Escrito está (*Ps*. 11, 10, 17), *que el deseo de los pobres oye Dios y el aparejo de su corazón oyó su oreja*. Y *pobre* se llama en la Escritura el que es humilde, porque ninguna cosa tiene en sí en que se arrime ni en que confíe, y toda su riqueza tiene puesta en la misericordia de Dios, y su oficio es pedirle y ser mendigo a las puertas de su misericordia. Y como sea cosa cierta haber sido la Virgen la más humilde de todas las criaturas puras que Dios crió, tenía deseos muy grandes, conforme a la grandeza de su humildad. No desea cosas grandes el que desea la honra, ni el mandar a otros; humo es, vanidad es, y cosa que a Lucifer hizo de ángel demonio (*Apoc*., 12); aborreció la obediencia de Dios, y el humillarse a sus criaturas; deseó no ser mandado de nadie, y mandar él a todos; y esto es ponzoña tan poderosa, que lo derribó hasta el profundo de los infiernos, donde es el más bajo y más malaventurado que todos, el que deseó ser más excelente que todos. Sabía la Virgen bendita, como enseñada de Dios, cuánto desagrada a sus ojos la hinchada soberbia, y cuánto le agrada la sujeción y humildad, no solamente humillándose a Dios y sirviéndole, mas también sujetándose a los hombres por Dios. Y lo que su Hijo bendito y Señor nuestro predicó e hizo cuando grande en el mundo, se lo predicó a Ella por Espíritu Santo aun antes que fuese concebido de Ella; y aquel espíritu de humildad que al Señor movió de lavar a sus discípulos los pies, que obra tanto en los corazones de los que le aman, que por honra de Él y por imitar tal ejemplo, como Él lo mandó (*Jn*., 13), aborrecen de corazón los lugares más altos y el mandar a otros, y tienen por una muy cumplida riqueza y por gran deleite y encumbrada honra la sujeción y obediencia, no sólo a Dios, mas a todos los hombres, como dice San Pedro (1 *Petr*., 1), y aun esto les parece poco, porque mirando aquella inestimable humildad con que el Altísimo se derribó a oficio de siervo lavando los pies a personas tan bajas, paréceles que el

bajarse ellos a servir y obedecer a los hombres es poca baja, y desean ser sujetos aun a las criaturas menores, y con todo cuanto pueden abajarse y desean, no piensan que hacen nada, en comparación de tan soberano ejemplo de humildad como el Señor Altísimo dio a sus siervos. Pues si esta pequeña participación del espíritu humilde de Cristo, tan amadores de sujeción y humildad hace a los suyos donde Él mora, ¿qué pensáis que obraría en el santísimo Corazón de la Virgen, pues que le fue dado en mayor abundancia, y el vaso en que se recibió fue más aparejado y mayor sin comparación que los otros?

Mucho, Virgen Santísima, os ensalzó el Señor, y gran motivo fue para haceros mercedes el tomaros por Madre, porque conforme a la alteza de tal dignidad, había de ser la abundancia de las gracias y dones, para dignamente recibirla y usar de ella. Y así como nadie hay que tan cercana sea en la carne al Hijo de Dios como vos, pues por ser Hijo y Madre, sois una carne, así no hay persona en quien tan espiritual parentesco y unión de corazones y unidad de espíritu haya, como entre Vos y Él. En el cuerpo y en el rostro dicen algunos que se parecía la Virgen y su Hijo bendito, y que pudieran sacar al uno por el otro; mas sin ninguna comparación era mayor la semejanza en los espíritus, y el uno era imagen del otro. El Señor era toda la hermosura de la santidad junta, y cada uno de los Santos tiene parte de la semejanza de Él, conforme a los grados de la santidad de cada uno que del Señor recibió. Mas la más semejable a Él, la Virgen bendita es, pues, como San Jerónimo dice: «A los otros Santos se da la gracia por partes, mas a la Virgen se derrama toda la plenitud de la gracia divina.»

Pues siendo esto así, oh Virgen bendita, ¿quién tendrá ojos para poder mirar en hito el muy resplandeciente sol de vuestra humildad, tan cercana a la de vuestro Hijo bendito, el cual dice que *vino a servir y no a ser servido* (*Mt*., 20), y fue obediente a su Padre, y por su amor se sujetó a los hombres; y su principal cuidado fue tener humildad, para destruir en los hombres la soberbia de Lucifer, pues su venida fue a reparar el daño que por soberbia había entrado en el mundo? Y conforme a esta humildad y obras humildes, eran, Señora, vuestros deseos y entrañables peticiones a Dios, suplicándole no os diese honras en este mundo,

no mandos ni riquezas sino sujeción, obediencia, tener a quien reverenciar y por quien ser regida en la tierra.

¡Quién, señora, fuera digno de estar escuchando vuestra ferviente oración, llena de suspiros y lágrimas, suplicando al Señor tal merced! Diría la Virgen: «Concédeme, Señor, que yo sea esclava de aquella doncella que os ha de concebir y parir y quedar siempre Virgen; que en más estimo ser su criada y esclava, que ser señora de todo el mundo. Y esta merced os pido. Señor, y os suplico me la otorguéis por quien Vos sois. Y si esta merced me negáredes, ordenad Vos, Señor, otros caminos, como yo viva en sujeción y obediencia, y no use de mi libertad.»

Señora, ¿quién os enseñó siendo moza, viviendo en el templo, cuán peligrosa cosa es para todos, especialmente para las mujeres, la libertad? ¡Qué presente tenéis en vuestra memoria el yerro de nuestra madre Eva (*Gen*., 3), tan costoso para todo el mundo, de que se fue sola a pasear por el huerto, y de que siendo razón que tomara consejo con su marido y lo siguiera, se atrevió a darle consejo a él, y a rogarle que siguiese la voluntad de ella, comiendo de la manzana, que ella a solas y con mala libertad había comido! Y también os acordábades del triste suceso de la salida a pasearse Dina, hija de Jacob (*Gen*., 34); el cual evitara, si fuera acompañada de su padre y hermanos, y no sola y confiada de sí. Estos y otros ejemplos de los daños que a las mujeres han venido por querer ser libres, y la doctrina del Espíritu Santo que enseña vuestro corazón, os hacía aborrecer esta peligrosa libertad, y amar de todo vuestro corazón las ataduras de la sujeción y obediencia, que causan salud y seguridad. Con tan grande temblor decíades al Señor: «Padre y Señor mío, pues me habéis hecho esta merced, que desde chiquita me recibiesen en esta vuestra casa y templo, para que yo viviese en obediencia de la Prelada, y por vuestra gracia, me habéis dado en el corazón tanto gusto y amor de la sujeción, que no sólo la procuro guardar con mis mayores, mas aun con todas las que en esta casa están, teniéndome yo por menor y esclava de todas, continuad, Señor, esta misericordia conmigo, y proveed cómo, si yo he de salir de esta casa, tenga a quien obedecer y servir, porque tiemblo de pensar si tengo de vivir en mi libertad, cosa que yo tanto aborrezco.»

¡Oh confusión grande para nuestra soberbia, palabras de tanta humildad! ¡Oh cuán pocos hay que deseen lo que la Virgen deseaba, y por eso pocos piden lo que Ella pide! ¡Y pluguiese a Dios no lo aborreciesen cuando Dios les ordena vida de sujeción y obediencia, y no procurasen de romper este saludable yugo, y gozar de falsa libertad, verdadera causa de su perdición! Mujeres hay que, por no tener a quien obedecer y respetar, no se quieren casar. Otras huyen de obedecer a Prelados, y aun a sus propios padres. Y el castigo justo de esta culpa es dejarlos Dios seguir la altivez de sus pensamientos, y que pierdan los grandes bienes que se siguen de la sujeción, y experimenten con miserables yerros que el bien del varón, y principalmente de la mujer, es no querer libertad. Que mejor consejo toma la Virgen en desear y pedir el lugar más bajo, donde sea mandada y regida; y tal oración como ésta, no dejará de ser agradable a aquellos ojos benditos de Dios, pues de ellos se escribe (*Ps*. 112) que *miran las cosas humildes en el Cielo y en la tierra*. Y en otra parte está escrito (*Judic*., 9): *Los soberbios desde el principio no te agradaron; mas la oración de los humildes y mansos, siempre, Señor, te agradó*. Y así no es maravilla que esta oración tan humilde, aunque hecha en la tierra, subiese al Cielo; pues está escrito (*Eccli*., 35): *La oración del que se humilla penetra los Cielos*. ¿Cómo había de negar Dios deseos de persona tan humilde, y pedidos con tanto ahínco? Esta es, pues, aquella *hierba suave* (Eccli., 24), plantada en el corazón de la Virgen, *que dio suavísimo olor al Rey celestial estando acostado en su cama* donde Él descansó, que es el humilde corazón, como Él por Isaías (57) lo dijo.

Concedióle, pues, su petición, dióle contentamiento y descanso; y cuando ordenó su divina Providencia que la Virgen saliese de debajo de la mano de la Prelada que en el templo tenia, púsola debajo de la mano del Santo José para que le obedeciese, reverenciase y respetase con mucho cuidado; porque dárselo por marido es dárselo para que use con él de aquestos oficios. *La cabeza del varón es Jesucristo, y la cabeza de la mujer es su varón* (1 *Cor*., 11); para que entienda el varón que ha de ser sujeto a Jesucristo, y entienda la mujer casada que ha de ser sujeta a su marido en todas las cosas que no fueren pecado, como es el cuerpo a la cabeza, y como es la Iglesia a Jesucristo; sin que sea estorbo de

aquesto ser el marido alto o bajo; porque no ha de ser mirado con ojos de carne, que tienen más cuenta con las cosas de carne que con la verdad, mas con ojos cristianos, que entienden en representar el marido la persona de Cristo, y que el acatarle o desacatarle es acato o desacato hecho al mismo Señor.

D) Para que fuese esposa de un carpintero.

Y para que más os admiréis de la alteza del divino consejo, y cuán por otros caminos va la sabiduría de Dios que la humana prudencia, da marido a la que tenía por Esposa y la había de tomar por Madre no duque ni conde, ni rico ni rey, sino un carpintero, que tenía necesidad para se mantener de ganarlo con la azuela en la mano. ¿Quién no se admirará hasta salir de sí de cosa tan extraña, y fuera de los quicios de la humana razón? ¿Quién no dirá con San Pablo (*Rom*., 11): *¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán sin rastro sus caminos! ¿Quién conoció el sentido del Señor? ¿Quién fue su consejero? ¿Quién le enseñó? Todas las cosas salen de Él, todas son hechas por Él, todas son conservadas por Él*.

¡Señor para siempre bendito, Dios cuya sabiduría no tiene término!: ya que determinaba vuestra voluntad de tener Madre casada, ¿por qué ordenáis casamiento tan desigual, dando a la que es Reina de los ángeles, y lo que más es, que es Madre vuestra, no a rey ni emperador, sino a un carpintero? ¿Tan amigo sois de humildad y pobreza, no sólo amadas en el corazón, mas puestas por obras? ¿Tan dulce sonido hace en vuestras orejas y de vuestra Madre, que os llamen a Vos hijo, y a Ella esposa, de un carpintero? ¿Y que pudiendo, y con toda facilidad, Vos y vuestra Madre sagrada, oír otros títulos de grandísima honra, aborrecéis aquéllos y escogéis éstos? Cosa nueva es, ni vista ni oída en el mundo; mas con esta doctrina y ejemplo de tanta humildad, queréis, Señor, dar a entender cuán engañados van los que desean engrandecerse en la tierra, y que el abajarse en ella es camino verdadero para ser ensalzados en el Cielo. Y aunque Vos, Señor, muchas veces predicasteis esto con vuestra santísima boca, quisisteis Vos obrarlo en vuestra misma Persona y de vuestra Madre bendita, para dar a entender que no es doctrina de

tener en poco lo que con humildad tan extraña y puesta en obra nos encomendáis. Mas ¡ay del mundo por el gran peligro del viento de la soberbia, que nos tiene tan ciegos, que aun con tales ejemplos, aman los hombres lo alto del mundo, como si Cristo se lo hubiera mandado y lo hubiera Él buscado, y huyen con todas sus fuerzas de lo que Él y su Madre buscaron y amaron, como si en ello estuviese su mal y condenación! ¿En qué pararán, Señor, en qué pararán los que despreciando vuestros ejemplos siguen los del miserable Lucifer, que, según dice Job (41, 25), *es rey sobre todos los hijos de la soberbia*, sino en que, pues no caminan por donde caminasteis, no vayan donde Vos fuisteis, y pues les pareció bien seguir al rey soberbio, tengan parte en el reino de eterna miseria y deshonra, que como Jeremías (20, 11) dice, nunca será puesta en olvido?

¡Oh cuánta razón tenemos, cristianos, de con grande atención juntar nuestros espirituales sentidos, para considerar la alteza de Dios en aquesta obra de tanta humildad, la grande gana que tiene de que seamos humildes, y la grande obligación en que nos pone, pues que nos lo dice a costa de obras! Confúndanse todos los soberbios con aqueste ejemplo; avergüencense y teman las mujeres casadas de cotejarse en su corazón con sus maridos, pareciéndoles que son más altas y honradas que ellos, y que no las merecían tener por mujeres. Y si el negocio llega a tanta desvergüenza, que en las palabras o en las obras, den a entender la hinchazón pestilencial de su corazón, llórense como gente muy perdida, por verse tan lejos de la humildad de la sagrada Virgen María, que olvidada de la grande ventaja que a su marido llevaba, le respeta y acata en su corazón, le sirve y obedece con las obras de fuera.

¡Oh qué engañadas estáis las mujeres a quien esto toca, en pensar que podéis tener amistad con la Virgen casada y humilde, vosotras las casadas soberbias! Y si a la Virgen bendita parecéis mal, ¡ay de vosotras!, porque en ninguna manera parecéis bien a Dios. Ordenanza de Dios fue aquésta, para demostración de la profunda humildad de la Virgen, y para justificar la condenación de las mujeres soberbias. Pues los Cielos y la tierra, y todo lo que en ellos está, dirán a voces que no hay cosa más monstruosa ni digna de mayor castigo, que humillándose el Rey de la majestad, el

hombre y gusano se quede enhiesto y soberbio; y que acatando y honrando la Madre de Dios a su esposo José, como a cabeza suya y lugarteniente de Dios, se desdeñe la mujer hormiga de no hacer lo mismo con su marido. Excelentísimo ejemplo fue dado a las mujeres casadas en ser casada la bendita Madre de Dios, para que como [fue] ejemplo de doncellas que están debajo de la mano de sus padres, y de las religiosas que están debajo de la mano de sus preladas, y de las viudas que pierden marido, lo fuese también de las mujeres casadas; para que todo estado de mujeres tuviese este espejo resplandeciente en que se mirar, y fuese maestra de todas la que es dada a todas por Madre, aprendiendo de Ella lo que han de hacer, y alcanzando por Ella gracia para lo cumplir; de todos es la Virgen bendita. ¡Gracias a Aquel que nos la dio!

13.—Causas de este matrimonio de parte de Jesús.

A) Por el buen nombre de Cristo.

Estas y otras muchas causas hubo de aqueste bienaventurado casamiento, de parte de la Virgen sagrada; las cuales dejadas a que el Espíritu del Señor las enseñe, hablaremos de otras que de parte del Hijo de Dios se pueden considerar, no menos maravillosas para considerar, ni de menor provecho para imitar, antes en todo mayores, como el Señor es mayor que su Madre bendita.

Fue, pues, la primera causa de parte del Niño Jesús, saber que la divina Escritura, la cual tenían y leían los letrados de la Ley, no da buenas nuevas de los hijos nacidos fuera del matrimonio; fía poco de ellos, huye de darles cosas que a otros concede, y tiéneles una cierta ojeriza, como cosa hecha en pecado; y como el Señor había de predicar y conversar en aquel pueblo, gente tan achacosa para calumniar su doctrina, vida y milagros, ordenó la divina Sabiduría de no les dar ocasión ninguna que tuviese apariencia para poner tacha en el Señor ni en sus obras, y que fuese amparado de aquella infamia con la honra del matrimonio. Y pesó tanto esto en su acatamiento, que aunque pudiera el Señor descubrir quién era su Padre, y sabido, ni su Madre incurriera en deshonra por tener hijo sin ser casada, ni la apedrearan como a adúltera

(*Lev*., 20), sino honráranla como esposa de Dios; mas el que vino a pagar el pecado de soberbia, y dar ejemplo de humildad para el remedio de los soberbios, no quiso descubrir luego la alteza de su linaje por el cual tenía naturaleza divina, sino la bajeza de la humildad, llamándose ordinariamente *hijo del hombre*; aunque alguna vez se llamaba Hijo de Dios, no por ambición, sino por gloria de Dios; y porque a la salvación de los hombres convenía que creyesen de Él que era hombre y que era Dios.

B) Para alivio de su pobreza.

Fue la segunda causa no menos maravillosa que ésta; conviene a saber, por tener quien supliese sus necesidades y le remediase en ellas. Pudiera este Omnipotente Señor, ya que por bien de los hombres se hizo hombre, cumplir con esto con tomar un ánima impasible y un cuerpo glorioso, que ni en ella cupiese tristeza, ni en el cuerpo dolor ni otra alguna necesidad. Y no fuera esto contra razón; que era justo ser ajeno de las penas que entraron por el pecado el que no cometió pecado. Mas ya que su caridad le hizo renunciar este su derecho, y no se contentó con humillarse hasta tomar cuerpo, mas cuerpo pasible, mortal, sujeto a hambre, desnudez, frío, cansancio y calor, y a las otras humanas necesidades a que los otros hombres son sujetos, las cuales aún sentía más que ellos, por ser más delicado que ellos; mas ya que su amor le ponía este grave yugo de necesidades que se pone sobre los hijos de Adán, que los aprieta *desde el día del nacimiento de ellos, hasta el día que se les acaba la vida* (*Eccli*., 40, 1, 2) pudiera el Señor, ya que quería servirse de sus criaturas para mantenerse de ellas, mandar al ave que viniese a ser su manjar, y al pan y al agua y al vestido que lo mantuviesen y cobijasen, y que el mismo fuego lo viniera a calentar, sirviéndole estas y otras cosas inmediatamente como a su verdadero Señor. Mas tampoco quiso usar de aqueste modo de señorío, aunque muy justo, disimulando con la majestad por cumplir con la humildad, de la cual había de ser único maestro por palabras y obras; por lo cual no quiso servirse de estas criaturas para remedio de sus necesidades, sino que le fuesen dadas por mano de otras criaturas, como si no tuviera derecho sobre ellas.

—Señor, pues si os determináis de recibir lo que habéis menester, recibidlo de la mano de los ángeles, que son muy altos y honrados; porque el magnánimo no recibe de todos, sino de personas muy altas. —No será así, dice el Señor; no me hice ángel, sino hombre para abajarme más; de mano de hombres y no de ángeles he de recibir lo que he menester.

—Pues sea, Señor, de mano de algún duque o conde, o de un rey. —No, sino de un hombre bajo.

—Pues dadle, Señor, renta con que os mantenga. —No, sino de lo que ganare con su oficio en mucho sudor de su cara. ¡Oh humildad! ¡Oh pobreza, cuán amada sois de este Señor, pues os santifica, tomándoos en su misma Persona, para después llamar bienaventurados a los humildes y pobres de espíritu! (*Mt*., 5). Por lo cual convino que la Virgen bendita fuese casada, para que pues Ella no podía a solas remediar las necesidades de su Hijo bendito, tuviese esposo que la ayudase. Porque así como se escribe de Adán (*Gen*., 2) que le dio Dios mujer para que le ayudase, así también no convino que la bendita Virgen estuviese sola en este ministerio, sino que se le diese varón que la ayudase y fuese semejable a Ella.

C) Para ejemplo de humildad y obediencia.

No es menor que éstas la tercera causa de este casamiento bendito, el cual quiso la divina ordenación que se efectuase para cumplir con los encendidos deseos del Corazón del Señor, cerca de la humildad y obediencia. El cual, sabiendo que el camino para ir al Cielo y agradar a los ojos de Dios había de ser por medio contrario al corazón de Lucifer, que le perdió por soberbia, y al de los padres primeros, que cayeron en desobediencia, tuvo único cuidado de las dichas dos virtudes, con las cuales se casó sin jamás se apartar de ellas. Y porque convenía a su grandeza tener estas virtudes en grado muy alto, y la necesidad de los hombres cerca de la falta de ellas había menester poderoso ejemplo que les sanase de enfermedad tan arraigada, no se contentó el grande amador de estas virtudes de ejercitarlas en humillarse y en obedecer a Dios, como dice San Pablo (*Fil*., 2), mas determinóse de humillarse y obedecer a hombres, para que Dios fuese glorificado

en obra tan excelente, y los hombres se avergonzasen de quedarse enhiestos y desobedientes, viendo al Altísimo tan humillado y tan obediente.

De aquí nació lo que el Señor dijo en reprensión de sus Apóstoles, que deseaban mandar (*Mt*., 20): *El Hijo de la Virgen no vino a ser servido, sino a servir*. De aquí nació *el estar entre sus discípulos como quien sirve* (*Lc*., 12) y hacer aquella obra de que todo el Cielo se admira, de lavarles el Jueves Santo sus pies, en testimonio que su Corazón entrañablemente amaba el servir y aborrecía la vanidad del mandar, y ambición de la honra y señorío; porque lo que desde la primera edad se embebe en el hombre, dura con él en la mayor edad. Y para que ninguna parte de la vida del Señor estuviese desacompañada de estas virtudes, quiso tener Madre a quien se humillase y obedeciese, guardándole el respeto y preeminencias de Madre; y no contento con esto, se abajó más, a servir, obedecer y honrar a un hombre por ayo, que tenía en lugar de padre, de menores quilates que los de la Virgen bendita; para que tanto fuese más ilustre su obediencia, cuanto la persona a quien obedecía fuese más baja, y tanto fuese ejemplo más eficaz para convidar a los hombres a ser obedientes y humildes, y tanto fuese más justa la condenación de quien, con mal consejo, otro camino tomase más del de su Cabeza, Cristo, y a éste siguiese, amase y obedeciese; para que así seguido y obedecido, le diese aquí en este destierro gracia, y después le llevase consigo a su santa gloria.

TRATADO 2.°

PRESENTACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

Quid faciemus sorori nostrae in die quando alloquenda est?

¿Qué haremos a nuestra hermana para el día que la han de hablar?

(*Cant*., 8.)

1.—Introducción.

A las festividades de la sacratísima Virgen hemos de venir con corazones fervientes y muy agradecidos. Por eso dice San Buenaventura que los que hablan de nuestra Señora han de tener en sus palabras muy gran verdad y fervor: Verdad, porque la Virgen es enemiga de los mentirosos, y amiga de los verdaderos en sus palabras y obras. Esta Señora es la que engendró una Verdad que destruyó todas las herejías, y una luz que alumbró todas las tinieblas. Fervor, porque si a ésta que es verdaderamente nuestra no amamos, ¿a quién amaremos? San Bernardo dice: «No hay cosa que tanto me agrade como es hablar de esta Virgen bendita, ni que tanto me espante como considerar su grandeza.»

2.—Causas de la Presentación.

Esta Señora que ahora está tan grande en los Cielos, algún tiempo fue chiquita acá en la tierra; y verdaderamente será chiquita para los que de verdad fueren ahora chiquitos en sus ojos, y se humillaren y le pidieren gracia. *Soror nostra parvula est, et ubera non habet. Quid faciemus sorori nostrae in die quando alloquenda est?* (*Cant*., 8). Nuestra hermana es chiquita. ¿Qué haremos para el día que la han de hablar en persona de Patriarcas y de Profetas, y de todos los hombres? Ahora se dicen estas palabras: Nuestra

hermana es chiquita, ¿cómo la ataviaremos para el día que la han de hablar?

Hoy celebra la Santa Madre Iglesia aquella Señora que en su cántico dijo: *Ha hecho el Poderoso en Mí grandes cosas*. Celebramos la fiesta de su presentación; el día en el cual sus benditos padres San Joaquín y Santa Ana, siendo esta Señora niña de tres años, la presentaron al templo para que sirviese al Altísimo Dios en compañía de las doncellas que allí servían. Había una casa, incorporada con el templo, a modo de los monasterios de ahora; allí metían las doncellas principales para que sirviesen al Señor, y fuesen enseñadas en su conocimiento y temor. Era un santo Seminario, y después que tenían edad tomaban estado de casadas. La razón por que la presentaron fue, porque como ellos eran estériles, prometieron que si Dios les daba fruto, se lo ofrecerían a Él, guardándola en todo recogimiento hasta que tomase estado de casada. Presentáronla sus padres en el templo.

¿Para qué queréis, Señor, que entre de tres años, que esté encerrada, que no ande por las calles? —Porque los que han de recibir a Dios y tratar con Él no estén descuidados, sino que sepan que se han de aparejar con mucho cuidado para lo recibir. Para dar Dios la Ley a Moisés, y para decirla al pueblo, le manda Dios que tres días antes no lleguen a sus mujeres, y otros muchos apercibimientos de santidad; ¿cuánta más razón es que se apareje aquel que ha de recibir a Dios y tratar con Él? Decidme ahora: Si hubiésedes de echar un poco de bálsamo u otro licor muy excelente en un vaso, ¿no miraríades primero si está sucio el vaso o agujereado, para que no se perdiese aquello? Pues si para hacer esto, tanto examináis el vaso, para recibir a Dios, ¿qué será razón que hagáis?

¿Para qué entra la Niña en el monasterio? —Porque ha de venir día en que ha de recibir en sus entrañas a Dios. Día ha de venir en que lo ha de tratar con sus manos, y ha de ser Madre de Él. No quiere Dios que sus cosas preciadas estén a vista de todos. Y si la que estuviera segura en su casa y en las calles y plazas, quiere Dios que la encierren, ¿qué hará a los que somos aparejados para caer?

¿Para qué la encerráis, Señor? —Para que sea ejemplo a hombres y mujeres; para dar a entender que si la que estaba segu-

ra quiso Dios que se quitase de inconvenientes, que necesario es que nosotros los huyamos.

¿Para qué la encerráis, Señor? —Para que ha de venir un día que la han de hablar, y hase de hacer la mayor obra de Dios cuando hablen a la Virgen; y para aquel día menester es gran aparejo. ¿Y para qué la atavían? Para el día de las bodas. ¡Entrad en hora buena, Señora!

3.—La Presentación.

Llévanla sus padres de tres años, y pusiéronla en la postrera grada del altar, que tenía quince gradas por donde subían arriba; y subió con grande ligereza. Si subió por milagro o no, no se dice; piadosamente se puede creer que acaecieron tales cosas en esta Niña después que nació, que todos se maravillarían, y tendrían puestos sus ojos en ella, y dirían: «¿Qué ha de ser esta Niña?» Porque de creer es que a la que crió Dios para Madre suya, siempre había de hacer grandes maravillas con Ella. Sube, ofrécenla sus padres a Dios. ¡Entre mucho en hora buena! Ofrezcamos con Ella nuestros corazones. La mejor ofrenda que nunca se ha ofrecido ni ofrecerá de pura criatura fue la Virgen. «De buena gana me la dais —dice Dios—, de buena gana la recibo.» Entra la Virgen en el monasterio; no entró llorando ni de mala gana, ni le pesaba por lo que dejaba, aunque era Niña; pero decía Ella: «No vean mis ojos cosas de este mundo. Por amor de Vos esté mi boca cerrada; tenga yo silencio, pues os he de hablar a Vos; esté Yo donde me manden todos, donde sirva a todos por amor de Vos.» De muy buena gana entra a servir a Dios.

Entrada en el monasterio, *¿qué haremos a nuestra hermana para el día que la han de hablar?* ¿Qué le pondremos para que se enamore Dios de Ella? ¿Qué le haremos? *Si muros est, aedificemus super eum propugnacula argentea*. La misma palabra divina preguntando, responde y dice: *Si murus est, aedificemus*, etc. «Pues que es muro, edifiquemos sobre ella torres de plata.» ¿Cómo la llamáis *muro*? ¿Qué tiene que ver una Niña de tres años con muros? Los muros son altos, anchos, duros y profundos, y más si son como los de la tierra de Promisión, que decían aquellas espías que enviaron los hijos de Israel (*Deut*., 3): *Tienen unas*

ciudades muy guarnecidas, unos muros hasta el Cielo. —Pues verdad dice Dios, que muro es; pues *edifiquemos sobre Ella cosas que la defiendan*.

4.—Altura, profundidad, anchura y longitud de la Virgen.

Excelsior coelo, profundior inferno, longior terra, et latior mari (*Job*, 11). Esta chiquita de que hablamos, más alta es que el Cielo, más profunda que los abismos, más ancha que la tierra. Más alta que el Cielo en lo espiritual. *A lo mejor* decimos *más alto* y grande. Entre todas cuantas cosas Dios crió, dejada la humanidad de Jesucristo, entre todas las criaturas puras no hay otra tan excelente, y así no tan *alta*; que aunque es chiquita, es más que los ángeles, más que los serafines. ¡Bendito seas, Señor, que de nuestra generación[7] nos diste esta Niña, más alta que el Cielo! Si la queréis de pensamientos, altísima; si la queréis de fundamento, profunda; si tenéis buenos ojos, paraos a mirar esta Niña, humildísima en sus ojos. En esta Virgen no hay cosa más excelente que su humildad. Ella bien conocía las grandezas que Dios hacía con Ella, pero no atribuía nada para sí, ni a sus fuerzas, del bien que tenía. No hubo criatura pura que tan de veras diese la honra a Dios, como esta Virgen. Mirad si tiene buenos fundamentos. ¿Fáltale anchura? Esta Virgen es muro de todo el mundo universo, y no solamente de éste que es poco, sino de todos los hombres. Mirad cuántos fueron y se murieron, y vinieron otros y otros. Finalmente, de Eva somos todos hijos según la carne, y de la Virgen según el espíritu. Afecto de madre, corazón de defensora tiene esta Niña para todos los hombres; mirad si ha menester ser larga para ser madre de tantos hijos. Niña, ¿de dónde tenéis Vos manto para cubrirnos a todos? ¿De dónde alas para abrigar tantos pollitos? ¡Más ancha es que la tierra! Caben en Ella justos y pecadores; los pecadores son perdonados por los ruegos de Ella, y los justos conservados en gracia; [cabe] quien no cabe en el Cielo, más ancho que la tierra, y Cielo y ángeles; que pues Dios entró en Ella y cupo en Ella, ¿no cabrás tú, pecador? *Sancta et inmaculata virginitas, quibus te laudibus efferam nescio, quia quem caeli capere non poterant, tuo*

[7] *De nuestra generación:* de nuestro linaje

gremio contulisti. El que no cabe en los Cielos, en tus entrañas se encerró; bien cabrás, pecador, en las entrañas de la Virgen.

Bendito sea Dios, que tal Niña nos dio en muro, como dijo Jeremías (1, 18): *Yo te he dado hoy en columna de hierro y muro de metal*. Muro es, pero no es del que dice Dios que son muros fáciles, muros de vidrio. ¿Quién son éstos? ¡Plegue a Dios, que no sea éste que os habla! Sacerdotes, Profetas, hombres recogidos, gran queja tengo de *vosotros* (*Ezeq*., 15): *Quia non opposuistis vos murum* por la casa de Israel, para que estuviésedes *en el día de la batalla del Señor*. ¡Cosa brava! «Ando —dice Dios— buscando un hombre que se ponga entre Mí y los hombres, para que, si los quisiere castigar, esté de su parte; y porque no lo hallé, *effudi indignationem meam*.» ¿Cuándo es *el día de la batalla del Señor*? Cuando suben nuestros grandes pecados delante de su justicia. Quiere Dios que cuando está enojado con el pueblo, que sus sacerdotes le vayan a la mano, porque no derrame su enojo. Quéjase Dios que busca quien le vaya a la mano, y entre tantos, no halló uno. Esos son los muros de vidrio, ésos son los que no tienen justicia para nosotros; y si para defendernos nosotros no la tenemos, ¿cómo la tendremos para los otros? ¿Cómo seremos poderosos para quitar el enojo de Dios contra su pueblo?

5.—Armas de la Virgen para luchar con Dios.

No es la Virgen de esos muros quebradizos, ni de los que no pueden sufrir un golpe por la caridad de los prójimos. Niña fortísima, criada y endurecida en trabajos, buena es para muro. ¿Qué armas le pondremos para que pelee con el Señor, para que lo venza? ¡Norabuena entre la Niña en el colegio de doncellas! ¿Qué lleváis, Señora? Gran negocio lleváis, pelear con Dios, y que se amanse con los hombres; el Señor os dé armas. ¿Qué armas lleváis? ¿Son riquezas? No, que todas las dejó; y cuando grande, con sus manos trabajaba para comer. Pues ¿qué lleváis? ¿Hermosura? Sabía Ella que dice el Sabio (*Prov*., 31) que *es engañadora la gracia y vana la hermosura*. Que no es nada de eso. Pues ¿qué lleváis para vencer? Dígalo Él (*Cant*., 4): *Vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum, et in uno crine colli tui*. Has llagado mi corazón con uno de tus ojos, y con un cabello de tu cabeza. Su

gran amor, su gran obediencia y virtudes herían al Señor. Los días de nuestra Señora habíamos de confesarnos y comulgarnos, y dar muchas alabanzas a nuestra Señora, en señal que en estos días nos hace Dios mercedes por sus ruegos. ¿No creéis que a los que se aparejaren estos días les hará Dios grandes mercedes, pues que tanto ama a esta bendita Señora Virgen?

¿Qué le pondremos a la Niña? ¿Qué armas le daremos para que pelee con Dios, y aun para que lo venza? *Herido has mi corazón, esposa mía, con uno de tus ojos, y con un cabello de tu cabeza*. ¡Bendito seáis Vos, Señor! ¿Tan tierno sois, que con miraros os hieren, y tan flaco que con un cabello os atan? ¿Qué nos queréis decir, Señor, sino que tenéis los brazos y el corazón aparejados para recibirnos? ¿Qué cosa más tierna, que con mirarlo es herido? Veis aquí las armas con que pelea la Virgen. ¿Qué será este ojo, no dos? *Inclina tu oreja, dice Dios* (*Ps*. 44). No dos orejas; no es más de una. *Unum est necessarium*, un amor, una intención no mezclada. Este es el ojo de que en otra parte (*Mt*., 6) dijo el Señor: *Si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo será resplandeciente*. ¡Ay dolor, cuán lejos estaba el corazón de la Niña que le dijesen (*Isai*., 1): *Tu vino se ha mezclado con agua, y tu oro se ha vuelto en escoria!* El vino de la Virgen, su intención es, ojo no torcido, no mezclado. No quería Ella que se hiciese su voluntad, sino la de Dios. «Cúmplase vuestra voluntad; no [se haga] cuenta de mí, sino de Vos; vea Yo vuestra voluntad cumplida.» Ama la Virgen a Dios, y a Sí por Dios, y el provecho de los hombres. Este era el ojo de la Virgen, ojo claro; quien a Dios ama, amará al prójimo bien. *Herido me has con uno de tus ojos*. No hay cosa con que más aína se alcance Dios que con amor; no sabe Dios defenderse del corazón que le ama; porque no quiere. No hay ballesta que tan presto hiera. ¡Niña y tanto amor! Cristo dice: *A donde está tu tesoro, ahí está tu corazón*. Si el ojo es derecho, el cabello no es más de uno; porque si la intención es derecha a Dios, no hay más de un pensamiento; todo se emplea en Dios. ¿Qué tal es tu tesoro? Tesoro de lodo y de carbones, si lo has puesto en la tierra, carne y vanidad, o en el viento de la honra, ¡ruin tesoro! *Donde está lo que amas, allí está tu corazón*.

¿Qué haré, Padre, que me siento a rezar, y estoy seco como un palo sin devoción? —Hermano, mirad que a lo que amáis se va

vuestro corazón; poned vuestro tesoro en el Cielo, y vuestro corazón se irá tras lo que amáis. Si el amor está enredado, ¿cómo tendréis el espíritu recogido?

¡La Niña, un amor! ¡Quién te viera cantar los Salmos con mayor espíritu que el mismo David que los compuso (*Ps*. 72): *Quid mihi est in caelo?! ¿Qué tengo yo, Señor, en el Cielo: y fuera de Ti, qué quiero sobre la tierra? ¡Dios es mi ración!* Una cosa quiere Dios, que mi ración sea de amor puro; y porque no tenía más de un Dios, no tenía más de un amor. En Dios pensaba cuando comía y cuando hablaba, dondequiera que anduviese siempre andaba pensando en Dios. De la cual los ángeles admirados, decían (*Cant*., 8): *Quae est ista, quae ascendit de deserto?* Señor, vergüenza me cae de decir estas palabras; mas quítese esta vergüenza con ver que ésta que tan bien oraba es carne de nuestra carne. *¿Quién es ésta que sube del desierto como varita de humo?* ¿Qué tal sería la oración de la Virgen, pues se maravillan los ángeles? *¿Quién es ésta que sube como humo?* Humo, no de leña verde, ni que hace llorar como el de las nuestras; que pedimos venganza de nuestros enemigos y cosas de tierra; ése es humo que hace llorar; no es vara que sube arriba, sino como es tierra, en la tierra se queda.

Pues ¿qué tal es la de la Virgen? (*Cant*., 3): *Ex aromatibus myrrhae*. Humo de incienso, de menjuí, y de estoraque, y de odorífera poma; tales eran los pensamientos de la Virgen. San Bernardo: «Algunos tienen acto de oración, y no vida de hombres que oran.» De todo polvo que huela bien ha de ser la oración buena; acompañada de buenas obras de caridad, de ayunos y de disciplinas. Porque ¿qué aprovecha un rato llorar, si lo demás es parlar? ¿Qué aprovecha que tengas un rato de oración de noche, si el día lo gastas en risas y vanidades? Esa vida no es de hombre que ora, porque el que verdaderamente ha de orar, hase de guardar todo el día no ofenda a Dios, y ha de andar siempre pidiendo a Dios nuestro Señor: «¡Dadme más de vuestro conocimiento!» Porque ¿cuándo seréis rico, si no juntáis la blanca de hoy con la de mañana y de ayer, y la guardáis muy bien?

De aquí nace aprovechar tan poco los hombres en el espíritu en tanto tiempo. Y el mismo San Bernardo dice: «Más gente hallarás que de mala se torne a buena, que de buena en mejor.»

Parécenos que estamos seguros con no cometer pecados mortales; despiértanos Dios para que le sirvamos, y no ha acabado de despertarnos, cuando nos tornamos a dormir y caer en nuestras flojedades. Oración tenía la Virgen, y vida conforme a ella, porque la que sale de corazón descuidado, abajo se va. Pues tiene la Virgen su pensamiento tan recogido, buena es para pelear, pues tiene armas para vencer a Dios; ahora entremos en la pelea.

6.—La Virgen lucha con Dios en la oración.

Quien quisiere ver justas y correr toros, véalo en buena hora. Quien quisiere ver grandes escuadrones de gente y derramar sangre, véalo; no parezca bien otra cosa a mis ojos sino aquella guerra: ver una Niña de tres años, de una parte, una doncella encerrada; y de otra, Dios. ¡Oh juego tan bienaventurado, y quién viera la Niña luchar con Dios, harto mejor que el Patriarca Jacob! (*Gen*., 32). Mas éste no luchó más de una noche y con un ángel; pero hízolo cuerdamente, que para haber de luchar echó a sus mujeres, y pastores y ganado y bestias por delante; hízolos pasar el río, y él quedóse solo de la otra parte, aparejado para bien luchar. ¿Queréis vos bien orar? Echad delante de vos todo lo que os impide; decid a todos los negocios: Apartaos de mí, que voy a negociar con Dios. Y si es desacato a un rey o señor estando hablando con él volveros a otras cosas, ¿qué será estando hablando con Dios, andar con los pensamientos acá y acullá? Jacob una noche sola, y solo, luchó; luchó la Virgen, más recogido el corazón. Aparejado luchó Jacob, pero más aparejada la Virgen. Y así dice el Esposo (*Cant*., 4): *Hortus conclusus. Huerto cerrado, esposa mía, amiga mía, huerto encerrado*; cercado el cuerpo en el monasterio, encerrados los ojos y orejas, y encerrados los pensamientos dentro de sí.

¡Quién viera la Niña levantarse de noche a oscuras, y sentarse a un rinconcito, y comenzar con su corazón a combatir a Dios! (*Exod*., 34): *Domine, si inveni gratiam in oculis tuis, dimitte eis*. Sí, que Moisés así oraba; pero ¿qué va de oración a oración? Buena la de Moisés, mejor la de la Virgen. Señor, si hallé gracia delante de Ti, haz esta misericordia con los hombres, remedia las almas que están perdidas. *Venga, Señor, el Cordero, venga el*

Deseado de las gentes. Remédianos, Señor; venga el agua que impregna la tierra. Rogaba la Virgen al Señor que enviase a su Hijo para ser sierva de la que fuese su Madre; quería Ella ser sierva, y era la Madre. ¡Quién viera qué respuesta le daba Dios!

Gusanillo eres, hormiga eres que andas por la tierra, y está la Virgen rogando por ti en el Cielo: «Señor, misericordia para aquel que me llamó, y perdón para aquel que se encomendó a mí.»

¿No veis que éste ha hecho tal pecado y merece castigo? Ese es el golpe, no merece ese hombre misericordia. Esos son los golpes que la justicia de Dios da a quien se pone a rogar por otro.

¡Quién os viera replicar! ¿Qué réplica tenéis? «Señor, ¿vengo yo delante de Vos a alegar de justicia o a pedir misericordia? Bien veo que merece castigo; mas pídoos yo misericordia, Señor: *o borradme del libro de la vida, o perdonad a éste*.» Si tuvo caridad Moisés para pedir esto a Dios, ¿no la tendrá la Virgen? «Venga la maldición de la pena sobre mí, y sobre ellos vuestra bendición; yo os ofrezco mi vida y salud; castigadme a mí y perdonad a ellos; yo os ofrezco mi honra: tratadme como quisiéredes, y sed piadoso a estas piadosas entrañas.» ¿No creeré yo esto de vuestras entrañas, pues las tenéis más piadosas que las de Moisés, y pedía él esto a Dios? ¿No creeré yo, Señora, que te apiadarás de los pecadores, que te crió Dios para ellos? Mil veces ofrecía la Virgen su vida por los hombres. Si anduviésemos con la boca por el suelo por amor de Ella, era poco; si la amásemos y derramásemos sangre, y perdiésemos la vida por Ella, era poco. ¿Qué ofrecéis, Señora, por los hombres? ¿Vuestra vida? Poco es: otra vida ofreció Ella, que amaba mucho más que la suya. ¡Dente gracias los hombres! Sabía Ella que la voluntad de Dios para que el mundo se remediase era que muriese el Hijo. «¡Que muera mi Hijo, pues que Vos, Padre, lo queréis!» ¿Qué sentirías con dolor de Madre? «Hágase, Señor, vuestra voluntad.» ¡Qué te debemos! Quien supiere estimar qué tanto amaba la Virgen a Jesucristo, éste sabrá estimar cuánto la debemos.

Así oraba la Virgen al Señor: «Señor, si el mundo merece castigo, venga sobre Mí, y haced en ellos misericordia.» San Bernardo dice: *Tepida est omnis oratio, quam non praecedit inspiratio*. Testigos hartos habrá de esto aquí; fría es toda oración cuando no la mueve inspiración del Espíritu Santo; órase fríamente

cuando no viene primero el soplo del Espíritu Santo. San Pablo (*Rom*., 8, 26): *El Espíritu pide por nosotros con gemidos que no se pueden contar*. Y otra vez San Pablo: *El Espíritu Santo, que está dentro de nosotros, nos enseña a orar*. Hácenos reventar el corazón, que muchas veces no sabe el hombre por qué llora; pide el Espíritu Santo con gemidos que no se pueden contar, ni el mismo que los da los entiende. No se os dé nada que no los entendáis, que aquel Dios que os los inspira los entiende, y hace que pidáis conforme a lo que Él quiere. ¡Qué tales serían, Virgen, vuestras oraciones, pues eran movidas por el Espíritu Santo!

Pues si el mismo Dios la enseñaba a orar, claro está que oiría las oraciones de la Virgen. Alcanzó con Dios más que Jacob, más que Moisés. ¿Qué pide Moisés a Dios? Señor, que tengáis las manos quedas; que no castiguéis este pueblo. En fin, por aquel tiempo ató las manos a Dios para que no castigase a su pueblo, y la Virgen átale las manos con sus oraciones para que aparte su ira y enojo de los hombres. Un hombre santo ¡qué alcanza de Dios! Si quiere quitar la hambre del mundo, dícele: «Señor, suplícoos no enviéis hambre al mundo por vuestra misericordia. Aquel que está con dolores, quitádselos, Señor, quitadle aquellas penas.» Señora, ¿qué alcanzaréis vos? «¡Señor, que quitéis los dolores!» Alcanza que reciba Él penas y dolores por los hombres. A la prisa de las oraciones de la Virgen responde Dios. Tráelo de los Cielos a la tierra, entra en su vientre, ármale de unas armas y carne tan delicada, que le fatiga la hambre y la sed y el cansancio, y le punzan las espinas, dándole cinco mil y tantos azotes; ¡y Él, que tenga las manos quedas y que calle, y le hinchan de dolores y que diga Él al Padre (*Lc*., 23): *Perdónalos, Señor!* ¿Quién puede alcanzar delante de Dios negocio tan grande? Mediante las oraciones de la Virgen. Dice Dios (*Mt*., 15): *Mujer, grande es tu fe; hágase como tú quieres*.

Si contra Deum fortis fuisti, quanto magis contra homines? (*Gen*., 23). Iba Jacob medroso de su hermano Esaú. Jacob, habéis luchado con el Señor, fuerte contra Dios, ¿cuánto más lo seréis contra vuestro hermano? Virgen, ¿quién se pondrá delante de tu poder? ¿A quién no vencerás, pues a Dios has vencido? De ahí nace que los demonios tiemblan de la Virgen, huyendo de Ella en nombrándola; es espantable su nombre contra ellos. El perseguido

del demonio recurra a la Virgen con fe, que luego será librado de él. Uno de los principales remedios contra el demonio es recurrir a la Virgen.

7.—Humildad de la Virgen.

¿Qué os espantáis que estando con aquellas doncellas las prevaleciese a todas, y se enseñorease de ellas? La que tales lágrimas derramaba, ¿qué conversación os parece que tendrá? ¿Qué alegría mostrará en el rostro, que aun acá un hombre cuando sale de la oración en la cara se lo veréis? Esposas de Cristo, devotas de la Virgen, ninguna vio a la Virgen enojada. Y aunque no mostrase el enojo en la cara, no entendáis que se iba al rincón a enojar, que aunque disimulaba por de fuera, tenía enojo en su corazón. *Aprended de Mí* —dice el Señor (*Mt*., 11)—, *que soy manso y humilde de corazón*. Tal lo tenía la Virgen, mansa, blanda con todos, buscar el lugar postrero: ¡no sería Abadesa! Dios nos dé su gracia para que entendamos esto.

Ruegan el Hijo que sea rey, no quiere y vase huyendo; no le hallaron. ¿Por qué no queréis ser rey? ¿Podrán os por ventura engañar, o torceréis la justicia? ¿Por qué no queréis? ¿Caeréis por ventura en pecado? No. Pues ¿por qué huís de la cosa tan segura? Huye el Señor de las dignidades para darnos a entender que si el que estaba tan seguro huyó, que el malaventurado gusano huya de las ocasiones. El enfermo que hiciere del sano: «No me hará mal el sol ni el aire; bien puedo comer de lo que quisiere, que ya estoy bueno»; el enfermo que se quiere tratar como sano, presto tornará a caer, y la experiencia le dará a entender cómo era enfermo, y no sano.

Juicio durísimo —dice Dios (*Sab*., 6)— *será hecho a los que tienen mando*, cuanto más si se dan dineros por ello.

—Vended[me] vuestro Regimiento, vuestra Veinticuatría[8].

—¡Loco! ¿Dónde están tus ojos? Ves una motica en tu viña y en tu olivar, tienes tanta cuenta en tus dineros, y en tu salud tienes tanta vigilancia que andas mirando: «Esto me dañará, estotro me

[8] *Regimiento*: cargo de regidor. *Veinticuatría*: cargo de concejal, llamado así porque eran en número de veinticuatro.

aprovechará», aun en las cosas muy livianas; ¿y en lo que toca a tu ánima tanto descuido? ¡Ves una motica, y no ves un monte muy grande! Lastimera cosa es ver unos hombres tan astutos, que en cosas hay que bastan a partir un cabello, y tan necios en lo que tanto les va. ¿Qué cosa hay más necia que decir: «Tomad dineros porque me juzgue Dios con juicio duro»? Porque ¿qué es decir: «Vendedme vuestra Veinticuatría», sino en buen romance: «Tomad mil ducados porque me deis con que vaya al infierno»? ¿No te contentas, ¡triste de ti!, con juicio duro, sino que a tu costa quieres comprar juicio durísimo porque tomas oficio que no mereces?

La Virgen, persecuciones pasó; pero léese de Ella que estaba alegre en las persecuciones. Una Virgen con tanta lumbre en el entendimiento, tanta fuerza en la voluntad, tanta humildad, ¿qué mal os estuviera, Virgen, que en este mundo os mostrárades, pues que tan segura estábades de caer? Llegaos que haga milagro. Hacen milagros Santos que están tan lejos de la Virgen como el Cielo de la tierra; ¿por los Santos chiquitos tantos milagros, por vuestra Madre no? Sospecho que se echaba la Virgen a los pies de su Hijo, porque en esta vida no hiciese nada[9] por Ella, por la grandeza de la humildad que tenía. Rogaba Ella esto a su Hijo: «No me conozcan, no haga cosa que suene a gloria ni honra.» Bien conocíais vos nuestra flaqueza, que somos amigos de nuestro daño, de lugares altos. «Dejadme que tengo de ser dechado de mucha gente que después de Mí han de venir; tengo de ser dechado de casadas, viudas y doncellas, para darles ejemplo que amen el lugar postrero; aunque lo pudiera hacer a mi salvo, no quiero.» ¡La humildad de la Virgen, la esclava del Señor! Y así creo que la primera sería en obedecer, y que tomaría la escoba para barrer, y siempre haría los oficios más bajos.

¡Oh, quién viera a esta Virgen cómo trataba a aquellas que tenía en su compañía! ¿Qué doncella se llegó a esta doncella que fuese desconsolada? Cuando alguna estaba desconsolada, y se venía a Ella, ¿cómo rogaba a Dios? «¡Señor, remedio! No venga a Mí esta desconsolada en balde.» ¿Quién se llegó a Ti, que no le fuese bien de ello? No es mucho que fuese fuerte para los hombres la que lo fue con Dios, y así creo que tenía presos los corazones de todos.

---

[9] Nada: ningún milagro.

8.—Devoción a nuestra Señora.

Sacada del monasterio, cásanla; casada, virgen vivió todos sus días. ¿Creéis que cuando vivía en el monasterio de las vírgenes la querrían bien? ¿Creéis que alcanzaba mercedes de Dios para ellas? De creer es, pues que estando tan lejos de nosotros, y hay tantos que la quieren bien. Pregúntoos que me digáis, ¿cuántos corazones de cristianos hay ahora que pasarían muerte por la honra de la Virgen? ¡Esto es verdad! ¿Qué es eso? ¿Cómo queremos tanto a la Virgen? ¿Cómo hay tanta gente que la ama y que tiene a María escrita en su corazón? Señora, si pudieron tus virtudes prender el corazón de Dios, ¡qué mucho que prendan el de los hombres! *Tu cuello torre es* (*Cant*., 4): *Turris David, mille clypei pendent ex ea, omnis armatura fortium*. ¿Quién es la cabeza? Cristo. ¿Quién es el cuerpo? La Iglesia. El cuello, ¿quién? La que traba con sus oraciones el cuerpo con la cabeza, medianera entre Dios y los hombres, más alta que nadie; y cerca de Dios en bondad y alteza, y cerca de nosotros por misericordia; más alta que nadie, pero más baja que todos en sus ojos. El cuello de la Virgen torre es (*Cant*., 7): *Collum tuum sicut turris eburnea*. En este cuello mil escudos penden, donde se arman los fuertes, y a Ella se acogen los flacos.

¡Qué cosa y cosa! ¡Cuántas doncellas ha habido que les rogaba el mundo con casamientos ricos y estados, y prevaleció tanto en ellas el amor de la Virgen, que lo desecharon todo y dijeron: «Por amor de la Virgen, yo prometo a Dios y a Ella virginidad»! (*Ps*. 44): *Adducentur Regí virgines post eam*. ¡En hora buena Ella fue Virgen, y en hora buena entró en el monasterio! Serán traídas al Rey muchas vírgenes después de Ella, por amor de Ella, por querer seguir su virginidad. Quien tiene guerra con su carne, sepa que en ella se arman los fuertes, y vénzala con el amor de la Virgen.

Si sois flacos para ayunar sus vigilias, que os hagáis fuerza. ¡Cuántos mártires por el esfuerzo de esta mártir fueron mártires, acordándose del sufrimiento que Ella tuvo ante la cruz, y decían: «Quiero tener paciencia en mi trabajo, pues que esta Virgen tanta tuvo en los suyos»! ¡Cuántas madres se consolaron en la pérdida de sus hijos, acordándose del Hijo que esta Virgen vio morir ante

sus ojos! ¡Y cuántos pobres se consolaron en su pobreza y trabajos! ¡Cuántos perdonaron sus injurias porque la Virgen perdonó a quien mataba a su Hijo! Para sufrir y perdonar y ser vírgenes hay ejemplo en la Virgen.

Señora, ¿y los flacos no hallaremos algún remedio en vos para nuestra flaqueza? Si la carne te tienta, llama a María. ¡Bendito sea Dios! ¿No habéis mirado esta maravilla; un hombre y una mujer, que tienen tal virtud, que mientras más los amáis, sois más casto? ¿Quién pegó castidad en el corazón de un hombre, amando mucho a una mujer? Pues veis aquí una Virgen que, mientras más un hombre se enamora de ella, será más casto. Dio Dios una carne a Jesucristo y a la Virgen (que toda es una) virginal, que basta para santificar otras carnes. La mujer que se enamora de Jesucristo, por Él mismo será casta, y mientras más de Él se enamorare, más casta.

Único remedio contra las tentaciones de la carne, recibir con limpieza el Cuerpo de Jesucristo. Decirme habéis: los flacos, y personas que reciben mucho al Señor, ¿por qué no son castos? Porque no reciben bien el Cuerpo de Jesucristo; porque si bien lo recibiesen, no dejarían de tener limpieza. De Adán nos vino la suciedad de su carne; pues más limpia es la carne de Jesucristo, que sucia la de Adán; y si bien la recibiésemos, más nos limpiaría que nos ensució la otra, sino que la recibamos mal.

¿Qué haré, que soy tentado de la carne? —Ten a la Virgen por abogada, que huele a incienso muy bien, que *en las plazas derramó su olor* (*Cant*., 1). La Virgen huele a mirra que mata los gusanos; que es significada por la castidad, que mata los gusanos de la suciedad; porque si fueres devoto de Ella, sentirás deshacerse las tentaciones, como la cera delante del fuego (*Ps*. 67, 3). Llama a la Virgen y dile: «Señora, porque os hago servicio, yo pelearé con amor contra amor; contra el amor de mi mala carne, con el vuestro.»

Y la Virgen tiene armas para flacos y tentados de desesperación. San Bernardo: «En todas tus necesidades y trabajos llama a María, que si contra Dios pudo, ¿no podrá contra tus enemigos? Y si caminas por el mar tempestuoso de este mundo, mira al norte, mira a María; aquel solo no la llame, que la llamó en sus necesidades de todo corazón, y no le socorrió.»

¿Pensáis que es ser devotos de la Virgen, cuando nombran a María, quitaros el bonete no más? Más hondas raíces ha de tener su devoción, que así dícese de esta Señora (*Eccli*., 24): *In electis meis mitte radices*; ¿qué raíces? Una gran devoción de corazón con la Virgen; y quien ésta no tiene, no descanse hasta que la halle. Una de las señales de los que se han de salvar es tener gran devoción a la Virgen. *En mis escogidos*, Madre, *echa raíces*. ¿Cómo alcanzaré esta devoción? ¿Cómo sus padres, que eran tan estériles, la alcanzaron a Ella de Dios? Tan estéril es vuestro corazón, como sus padres lo eran para alcanzar tal Hija. Pues ¿cómo la hubieron? Con ayunos y lágrimas y oraciones, y guardando muy bien la Ley de Dios; y en pago de esto les dio Dios a María. ¿Qué haré para tener devoción con la Virgen? ¿No le tenéis devoción? Harto mal tenéis; harto bien os falta; más querría estar sin pellejo, que sin devoción de María. *En mis escogidos echa raíces*.

¿Qué haré para alcanzar eso? Que deis limosnas. Que cuando veis una hija de vuestro vecino, que por necesidad se ha de perder, que digáis: «Quiero meter esta doncella monja o casarla por amor de la Virgen. Quiero ayunarle los sábados, sus vigilias, a pan y agua, o como pudiéredes; quiero rezar este Rosario por su amor. Que tal es el amor de esta Señora, que aunque derraméis la sangre, es bien empleado por Ella.»

9.—La Virgen, medianera.

Ten delante del Padre a su Hijo, y delante del Hijo a su Madre. Ofrece el Hijo al Padre, y di: «Señor, ofrézcoos lo que me disteis; por sus llagas habed, Señor, compasión de mí.» Si tuvieres devoción en aquellas llagas, y la ofrecieres a su Padre con fe que te ha de oír, gran bien tienes. Porque si no te aprovechares de Jesucristo, y de sus trabajos, contárseos ha a gran ingratitud; que los beneficios hechos a los desagradecidos, por perdidos se cuentan. Dios murió por ti, y no lo sientes, y no te aprovechas de ello; tanto es de tu parte como si no muriera; antes será para gran daño tuyo, que te serán demandados sus trabajos muy terriblemente; sino decir: «Padre, mucho te debo; por tu Hijo me haz esta merced.»

Así como el Padre nos dio grandísimo don en darnos a su bendito Hijo para nuestro remedio, así también el Hijo nos dio gran

don en darnos a su bendita Madre por abogada nuestra. Sí, que cuando Él dijo a San Juan al pie de la cruz (*Jn*., 19): *Ve ahí a tu Madre*, en nombre de todos dijo; allí entramos todos los cristianos. Danos Dios a su Madre por Madre; agradezcámoselo, y agradézcanselo los ángeles. Si esto hiciéredes, si pusiéredes al Hijo delante del Padre, y a la Madre delante del Hijo, gran señal tenéis de salvación.

¿Qué haré por la Virgen? Muchos bienes me ha dado Dios por Ella; ¿qué haré por Ella? ¿Acuérdaseos de aquellas bodas cuando faltó el vino, que dijo la Virgen a su Hijo: «*Hijo, no tienen vino*, compasión tengo de ellos»? Díjole nuestro Redentor: *Mujer, ¿qué tengo de ver contigo?* —¡Bien lo entiendo! —Vale a los que servían las bodas (*Jn*., 2): *Quodcumque dixerit vobis, facite*. «Todo lo que os dijere mi Hijo hacedlo.» ¡Qué breve sermón, mas muy compendioso! Aquí predicó tanto como Isaías, San Pablo y San Lucas, y todos los Apóstoles y Profetas: *Nunc, filii, audite me* (*Prov*., 8). Oídme lo que os quiero decir; quizá de la boca de la Madre se imprimirá en vuestros corazones: *«Todo lo que mi Hijo os dijere hacedlo»*, y así el mayor servicio que le podéis hacer, es hacer lo que manda su Hijo. «Señora, por vuestro amor perdono esta injuria.» ¿Tenéis amor malo a mujer? «Quiero apartarme de ella por vos. Quiero callar, silencio quiero tener por amor de vos; aquello que más me duele hacerlo o dejarlo de hacer, ofrecerlo por la Virgen.» Que quererla bien y no imitarla poco aprovecha. Imitémosla en la humildad y en las demás virtudes; porque Ella es el dechado de quien hemos de sacarlas; y haciendo esto nos alcanzará gracia y después gloria.

TRATADO 3.º

NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA,

> Quae est ista quae progreditur quasi aurora?
>
> ¿Quién es ésta que se levanta como la mañana?
>
> (*Cant*., 6.)

1.—¿Quién es ésta?

Dicen que un ignorante puede preguntar más que responder un sabio; y si la pregunta del ignorante pone en aprieto al sabio, ¿qué hará la del sabio al ignorante? Preguntó una vez el Señor a sus Apóstoles que le dijesen quién era Él (*Mt*., 16). Pregunta, por cierto, bien dificultosa aun para los ángeles, cuanto más para gente que había gastado su vida más en ejercitar el oficio de la pesca, que no en predicar teología. Y aunque la hubieran predicado, es gran verdad lo que el mismo Señor dijo (*Mt*., 11): *Que ninguno conoció al Hijo sino el Padre, y a quien el Padre lo quiere revelar*. Y porque al mundo importaba la salvación saber los hombres quién es Jesucristo, y ellos no lo podían saber, proveyó el Eterno Padre de lo decir por boca del Apóstol San Pedro, diciendo (*Mt*., 16): *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo*.

¡Gran pregunta! ¿Quién es Jesucristo? Y después de ésta, es gran pregunta ¿quién es su bendita Madre? Es tan grande esta Niña que hoy nace, que pone en gran admiración a los hombres y a los ángeles, y así como admirados preguntan: ¿Quién es ésta que nace como el alba que amanece, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible y espantable como escuadrón de gente bien ordenada? ¿Quién será tan atrevido a responder a lo que los ángeles preguntan con admiración? Cuanto más sabiendo nosotros tan poco, que siendo preguntados de una hormiguita o de un gusanillo, aun no sabemos decir todo lo que en ellos hay. ¡Señor benditísimo! Vuestro Eterno Padre declaró por boca de San Pedro

quién érades Vos. Mirad cuánto bien se sigue al mundo de que conozcamos quién es vuestra benditísima Madre que hoy nace. Porque conoceros a Vos, es conocer nuestro Redentor y nuestro remedio; y conocerla a Ella es conocer el camino para gozar de Vos y de vuestra redención. Confesámoos, Señor, que no somos suficientes para conocer ni hablar la menor parte de las grandes riquezas que en vuestra Madre pusisteis; tomad, pues, la mano, pues que sois su Hijo y queréis honrar a vuestra santísima Madre, y sois su Criador y su Dios, que la criasteis y dotasteis de todas las gracias que tiene, y por eso la conocéis muy bien, y la daréis a conocer como hemos menester.

Quae est ista quae progreditur, etc. Estando un día, el Profeta David en contemplación de las obras de Dios, con aquella lumbre que Dios para ello da, y sin la cual no se pueden bien conocer, fue tan admirado de la grandeza de ellas, que salió con esta voz y dijo (*Ps*., 138): *Maravillosas son, Señor, tus obras, y mi ánima las conocerá mucho*. Dichoso aquel cuya ánima conociere esta obra de Dios que entre manos tenemos, esta sacratísima Niña, en la cual no hay cosa de mano ajena, mas toda hecha por mano de Dios, y por eso toda llena de maravillas, *vaso admirable, obra del muy Alto*, como el Eclesiástico (43, 2) dice. Chiquita es en sus ojos, mas la dignidad y grandeza suya, a todo lo criado excede con grande ventaja. «Más alta es que el Cielo —dice San Agustín— Ésta que queremos alabar; más profunda es que el abismo; más ancha es que el mar, y su longura es mayor que de oriente a occidente.» Maravíllanse de Ella los hombres y los ángeles; *viéronla las hijas de Sión, y llamáronla bienaventurada, y las reinas la han alabado* (Cf. *Prov*., 31, 28); porque así los ángeles que atalayan a Dios en el Cielo faz a faz, como las ánimas muy santas que hay en la tierra, todos le conocen ventaja, y se postran delante su acatamiento, y confiesan ser insuficientes para conocer la grandeza de esta pequeña, y preguntan, si hubiere quien les responda: *¿Quién es ésta que sale del vientre de su madre como alba que nace, hermosa como luna?*

No seamos nosotros tan atrevidos a quererles decir a los ángeles lo que ellos no saben; ellos preguntan, y con preguntar nos enseñan; y no haremos poco si con la gracia del Señor supiéremos entender y declarar lo que ellos preguntando enseñan: *¿Quién es*

Ésta, que sale como alba, hermosa como luna? De manera que ya sabemos algo de esta benditísima María, que es *alba, luna, sol y escuadrón de gente bien ordenado*.

2.—Nace como el alba.

¿Por qué alba, benditísima Niña? Porque así como el alba no tiene que ver con la noche, así Vos cuando nacéis del vientre de vuestra madre, no tenéis que ver con pecado. En el alba ahogó Dios al rey Faraón y a los suyos en el mar Bermejo (*Exod*., 14); y en Vos, que nacéis como alba, ahogó Dios al demonio y a los pecados, de manera que en ninguna cosa tuviesen que ver con Vos. ¡Oh Niña bendita, cuán segura estáis Vos de que os cierren la puerta del Cielo con aquella palabra que San Juan dijo (*Apoc*., 21): *¡Ninguna cosa sucia entra en aquella ciudad*, toda ella es oro limpio, y no admite escoria de pecado chico ni grande! ¡Señora, Señora! A nosotros dice aquesta palabra, y a nosotros pone temor, pues somos concebidos en pecado original, y nacemos pecadores del vientre de nuestra madre; y con nuestro descuido y mal miramiento, sobre el pecado que de Adán heredamos, hemos añadido otros por nuestra culpa y propia voluntad. Unos han cometido más que otros, mas ninguno que en este mundo vive ha estado [sin él], sino Vos, escogida particularmente por la divina Bondad para que por honra suya no cayese pecado en Vos, mas toda fuésedes limpia y preciosa como oro fino; y como Jacob (*Gen*., 32, 29), recibisteis la bendición espiritual sobre todos los hombres y sobre todos los ángeles, más ajena de pecados que todos, y más rica de gracias y virtudes que todos. Algunos hubo, como Jeremías y San Juan Bautista, los cuales nacieron del vientre de sus madres sin pecado original, y después vivieron muy santamente; mas éstos no tienen, Señora, que ver con Vos, pues si cuando nacieron no tuvieron pecado, fueron concebidos en él; y si cuando grandes no cometieron pecado mortal, cometieron veniales, de los cuales ninguno fue libre sino sola Vos.

Salís *como alba* y ponéis en espanto a los que no os conocen, dais alegría a los que os miran. Porque ver un cuerpo que nunca fue rebelde a su ánima, ni un solo movimiento tuvo contra ella, y una parte sensitiva que sin rebeldía obedecía siempre a la razón, y

una razón y voluntad siempre sujetas a Dios, son obra nueva, hasta hoy vista en nadie, ni después de Vos sino en vuestro sacratísimo Hijo. Con mucha razón se admiran los ángeles y toda la Iglesia en veros nacer *con lumbre de alba*, pues ven en Vos una santidad que ni hubo semejable en lo pasado, ni la tendrá en lo por venir. Demos alabanzas a Dios para siempre, que nos ha declarado por medio de la pregunta de los ángeles algo de lo que esta Virgen sagrada es, para que la tengamos por cosa ajena de todo pecado, alegre, limpia, y con lumbre de Dios.

3.—Hermosa como la luna.

Ya es razón que hablemos de cómo es *hermosa así como luna*; es toda blanca, purísima; y así como su Hijo es *blancura de la eterna luz*, así Ella participa de esta blancura más que hombres y ángeles; porque, como dice San Anselmo, fue cosa conveniente que esta benditísima Virgen resplandeciese con tan gran puridad, que después de Dios no podía ser pensada otra mayor. Es la luna blanca, y la Virgen es purísima; es la luna la más veloz de todos los siete planetas, y la Virgen la más diligente y presta en el servicio de nuestro Señor que ninguna criatura; la luna es la más baja de todos los planetas, y la Virgen la más humilde que hay en el Cielo y en la tierra. Y así como la luna, aunque unas veces parece con poca lumbre, y otras no parece, y otras parece llena, y en la verdad nunca tiene menos lumbre una vez que otra, sino siempre está llena, sino que, porque no parece a los ojos de los hombres aquella parte la cual es alumbrada del sol, por eso juzgamos que tiene algunas veces poca, y ella siempre está llena; así la Virgen sagrada todo el bien y lumbre que tiene, de Jesucristo nuestro Señor, que es sol de justicia, le viene; y aunque muchas veces estuviese haciendo ejercicios corporales que al parecer son de poca luz, así como comer, beber, trabajar, y otras cosas de aquéstas; mas Ella siempre tenía su ánima convertida y atenta a Dios, el lucidísimo Sol, y con grandísimo fervor y amor y elevación de entendimiento y voluntad hacía todas sus obras, chicas y grandes, corporales y espirituales.

Por todo lo cual os confesamos, Señora, que sois hermosa como la luna, y mil cuentos de veces muy más hermosa, pues que

en comparación de vuestra benditísima ánima y de la hermosura espiritual que en ella puso el Espíritu Santo, la luna no osará parecer; y son excedidos de Vos los hermosísimos espejos de Dios, que son los espíritus angelicales bienaventurados.

4.—Escogida como el sol.

Y no para la santidad de la Virgen en ser como alba y ser como luna. ¡Ay de nosotros, que tan presto nos contentamos con una pequeñuela parte de bondad! Mas esta Señora cumplió lo que está escrito (*Prov*., 4), que *la senda del justo es como luz, que nace hasta el perfecto día*. ¡Oh, qué cuidado! ¡Oh, qué diligencia trajo esta abejita de Dios, haciendo miel dulcísima dentro del corcho de su corazón! Creciendo de lumbre de alba a lumbre de luna, que es mayor, y después a lumbre de sol, que es mucho mayor; porque no sólo es alabada de las dos cosas primeras, mas dice ser escogida así como sol. Nombre es éste que se pone su sacratísimo Hijo, porque Él es la fuente de toda luz espiritual en el Cielo y en la tierra, como este sol es fuente de lumbre para todo el mundo; mas quien le dio ser parte de su santidad, darle ha también su lumbre de sol, pues la dio a sus Santos Apóstoles, a los cuales dijo (*Mt*., 5): *Vosotros sois luces del mundo*. Sol que procede del Sol es aquesta Niña sagrada, y *la mujer vestida del sol*, que San Juan vio en su Apocalipsis (12, 1). Lumbre y calor tiene el sol, y con tanta excelencia, que la flaqueza de nuestros ojos no la pueden mirar en hito. ¡Quién contará la lumbre que a esta Niña bendita fue concedida para regir todas sus obras, para contemplar al Altísimo Dios, y para todo lo que convenía para le servir!

De Abigail se cuenta (1 *Reg*., 25) y de otras mujeres, en la divina Escritura, que eran prudentes; mas de esta Virgen canta la Iglesia: «Virgen prudentísima, ¿a dónde vas?» La prudencia de las otras podémosla medir con nuestra medida; mas la de esta Virgen, ¿quién la podrá comprender, pues así supo agradar al Altísimo Dios, con mucha más ventaja que lo hizo David? Pues *el fuego* de amor que Dios *vino a encender* en la tierra no hay lengua que pueda explicar cuánto se enseñorea en el corazón de esta Niña, pues sin comparación amó más al Señor que a Sí misma; y su vida toda fue una lumbre, un fuego bastantísimo a mover a los que la

miraren a servir al Señor. «Hoy es el nacimiento de la Santa Virgen María —canta la Iglesia—, cuya vida excelente a todas las Iglesias alumbra.» De manera que aunque el DÍA *de nuestra salud, y tiempo aceptable al Señor* (2 *Cor*., 6) es desde que Él mismo encarnó y nació en este mundo, y en comparación de Él, esta Santa Virgen y su nacimiento se llamen *mañana*, mas mirando la excelencia de su vida, también a su modo se llama sol y causa de alegría en la Iglesia, según está escrito (*Eccli.*, 26): *Así como el sol que sale al mundo, así es el rostro de la buena mujer*. «Quitad —dice San Bernardo— el sol corporal de este mundo, y todo quedará en tinieblas; quitad a la Virgen, y todo quedará en oscuridad de pecados.» Bendito sea nuestro Dios que nos quiso alegrar con el nacimiento de esta santísima Niña, tan llena de luz, que de alba procede a luna, y de luna a sol; dándonos ejemplo de lo que nosotros debemos crecer en el servicio de Dios, y ayudándonos para ello con su eficacísima intercesión y oración.

5.—Terrible a los demonios.

¿Queda más que decir? ¿Queda más donde suba aquesta Niña bendita, pues es comparada con la lumbre del sol, que es fuente de toda luz? Aun queda más; porque para ser una Niña perfecta en el servicio de Dios, no sólo es menester que tenga luz para conocer el santo agradamiento de Dios, mas que tenga fuerzas para lo cumplir y poner en obra. Poco aprovecha a muchos que sepan los mandamientos de Dios, que son el camino para el Cielo, si no los ponen en obra. Causa de mayor condenación es saber lo bueno y no cumplirlo; y como el Evangelio dice (*Mt*., 19): *El siervo que sabe la voluntad de su señor y no la cumple, será azotado con más azotes* que el que ni la sabe ni la cumple. Lejos de esta Virgen está esto; ferventísimo amor tuyo, que es el que da las fuerzas para servir al Señor, y por ninguna adversidad, tentación ni trabajo, dejó de cumplir la santa voluntad del Señor y andar sus santos caminos. Tomólo a pechos, y como persona determinada de morir o vencer, salió con victoria de todos sus enemigos, y se hizo temer de todos ellos, y que no osasen parecer delante de Ella; y de esto la alaban los ángeles, que es terrible y

espantable a los demonios y a los pecados como escuadrón de gente ordenada.

Dulcísima es esta Niña para los hombres, blandísima y sujetísima a Dios; mas contra los pecados no hay cosa tan brava, ni tan perseguidora, ni enemiga de ellos; porque el fuerte amor que a Dios tenía la hacía aborrecerlos tanto como dijo David (*Ps*. 96): *Los que amáis a Dios, aborreced el mal*. Tenía, pues, la Virgen un magnánimo corazón, lleno de fortaleza del Cielo, con que hollaba *al león y al dragón* (*Ps*. 90, 13), que es el demonio, con todas sus bramuras y astucias; y él y los suyos le tenían cobrado tanto temor, que de su presencia y de su nombre iban huyendo, iban derretidos así como cera (*Ps*. 67, 3). Porque si con San Antón este tema tenían los demonios, que oyendo su nombre echaban a huir, ¿con cuánta más razón se debe creer que al nombre de María huirán, y con más ligereza, pues Ella es la mujer de la cual está escrito (*Gen*., 3) que había de quebrantar la cabeza al demonio, no sólo porque escapó del pecado original, mas de todos los otros mortales y veniales, lo cual no hizo San Antón ni otro alguno?

6.—¿Hay aquí alguno en pecado mortal?

¿No veis qué dulcísima cosa es hablar de la vida y excelencias de aquesta benditisima Niña? ¡Cuán dichosos fuéramos si no hubiera necesidad de hablar en estas santas festividades de nuestras miserias y tristes caminos, sino que nos ocupáramos todos en alabar a Dios que tal crió, y darle gracias porque nos dio tal Madre, y en gozarnos de sus bienes como la santa Iglesia dice en una Antífona: «Celebremos con alegría el nacimiento de aquesta sacratísima Virgen, porque Ella sea intercesora nuestra con Jesucristo nuestro Señor»; confesados y comulgados, y todos en estado de gracia, y alegres con el testimonio de la buena conciencia, y con la viva esperanza de ver a esta Señora en el Cielo, y gozarnos para, siempre con Ella, cuyo bendito nacimiento celebramos en este miserable destierro. Porque las cosas santas, si no queremos que se nos tornen en dañosas, con santidad las habemos de celebrar y tratar; y muy mal celebrará la fiesta santa de la reluciente Niña (que tiene luz de alba, de luna y de sol, que siempre es *victoriosa de sus enemigos*) el que está en la triste oscuridad de la noche de pecado

mortal; en la cual, como hombre que vive sin lumbre, ni conoce sus males que de presente tiene, ni los terribles tormentos del infierno, que con longura eterna han de ser vengadores de sus momentáneos placeres que en esta vida pasó, ni tiene lumbre de gracia para conocer y amar a su Dios ni a sus prójimos; pues según está escrito: *El que anda en la noche, no sabe para dónde va* (*Jn*., 12, 35). ¡Oh Señor, y si está aquí alguno que está fuera de vuestra gracia y lumbre, y vive en oscuridad de pecado mortal, ora sea si está con propósito de cometerlo, ó porque lo cometió y no ha hecho penitencia de él para ser perdonado! Preguntan los ángeles el día de hoy: «¿Quién es esta Virgen que nace?», admirados de su gran lumbre y virtud. Y si alguno está aquí entre nosotros en este grande e indecible mal de pecado mortal, mirarlo han, y espantados de su oscuridad, cautiverio y tristeza, y desventura que no se puede contar, preguntarán: «¿Quién es esta ánima tan ajena de lumbre del Cielo, y tan oscurecida con espirituales tinieblas? ¿Quién es ésta que, siendo criada a imagen de Dios, ha puesto sobre sí la fea y abominable imagen del enemigo?»

¡Oh, qué gran verdad dijo Jeremías Profeta (*Thren*., 4): *Que los nazarenos de Dios, que primero eran blancos como la nieve y más hermosos que marfil, son vueltos tan al contrario, que están muertos en las plazas, y tan feos que no son conocidos quién eran*. ¿Cómo conocerá Dios y sus ángeles, quiero decir, cómo aprobará lo que no es hechura suya, lo que es obra del demonio, y contradicción y destrucción de las obras suyas? «Hermoso te crié Yo —dice Dios—, ¿cómo tan miserablemente te has afeado? Y con mi propia sangre te lavé, ¿cómo te has tornado a ensuciar?» *Apartaos de Mí* —dice el Señor (*Ps*. 6)— *todos los que obráis maldad*; porque no os conozco. Y aunque sean doncellas, y tengan apariencia de buenas obras, si carecen de la gracia divina que hace al alma hermosa delante de los ojos de Dios, sean quien fueren, tengan lo que tuvieren, quieran o no quieran, oír tienen esta terrible palabra de Dios (*Lc*., 13): *No os conozco, apartaos de Mí*.

¡Oh hermano mío, quienquiera que seas, a quien esto toca, ¿cómo puedes sufrir tanto mal tuyo, y tan de tomo, por unos bienes falsos, o placeres que desaparecen así como humo? ¿Qué cosa te pueden dar que te entre en provecho, si en contrapeso de ella te llevan el alma? ¿No te acuerdas que dijo Cristo nuestro Señor (*Mt*.,

16): *¿Qué trueco puede el hombre dar en lugar de su ánima?* Y si por tu ánima que pierdes no te pueden dar igual trueco, dime por reverencia de Dios, por sus llagas sagradas, por el nacimiento de esta Virgen bendita, ¿qué es lo que te dan en trueco porque pierdas a Dios, y renuncies el derecho que tienes para gozar de Él en la gloria, y puedas vivir en su enemistad, y tan lejos de gozar de Él como si no hubiese Dios sino para castigarte? Un hombre hace sentimiento y echa menos cuando pierde un ducado y una cosa de menos valor; ¿y tú no echas menos perder a tu alma, perder la gracia de Dios, y al mismo Dios, bien infinito, y para siempre jamás? ¿Qué es aquello que te dan cuando tantos bienes te quitan? Dilo, si lo osas decir. ¡Oh Bien infinito, y Bien tan grande, que no hay cosa que se pueda igualar con Vos; porque sois tal, que quien a Vos sólo tiene, aunque ningún otro bien tenga, es de verdad bienaventurado; y quien a Vos no tiene, ¡ay de él, ay de él, ay de él!, que malaventurado es a boca llena, aunque tenga todos los bienes que en la tierra y en el Cielo hay! Esta, hermano, es oscuridad de la noche, y por eso pasa tan grande engaño, y lo sufres tú, que te dan un chanflón[10] y dicen que es ducado de a diez, y te llevan un gran pedazo de oro diciendo que es plomo, y tú estás tan ciego y tan miserable que te huelgas de la miseria que te dan, y lloras cuando la pierdes, y no sientes que te quitan a Dios y te han engañado con inmenso daño.

San Agustín cuenta de sí, en el tiempo que estaba sin la gracia de Dios, que cuando leía en Virgilio que la reina Dido se mató porque se fue Eneas y la dejó, se le enternecía el corazón y lloraba; y quéjase él después de sí mismo diciendo: «¡Y sufría yo, Señor, con ojos secos ser apartado de Vos, vida mía, Dios mío!» Lloraba porque se había apartado un ánima de un cuerpo, y sufría con ojos enjutos haber apartado a Dios de su ánima, la cual queda más fea, pesada y muerta, por apartarse Dios de ella, que queda un cuerpo cuando el ánima sale de él.

7.—¡Acude a la Medianera!

Hermano, si tu desdicha ha llegado a tanto que por un sucio deleite, vedado por la Ley de Dios, o por desearlo tomar, o por una

[10] *Chanflón*: moneda antigua de dos cuartos.

malquerencia o murmuración, o por otro quebrantamiento de la divina Ley, estás en tinieblas de noche y no ves la lumbre del Cielo, gime tu mal, y da muchas gracias a la divina Bondad que te dejó llegar a este día, y venir a la iglesia a celebrar el día del nacimiento de esta benditísima Niña, que no sólo tiene lumbre de alba, y de luna y de sol, y gran fortaleza para Sí misma, mas aun también para ti. El alba, en medio está de la noche y del sol; y esta Virgen bendita Medianera es entre los pecadores que viven en noche, y entre Jesucristo nuestro Señor, sol verdadero. Y como no se puede pasar de la noche al sol sino por el alba, tampoco quiso Dios que alguno pasase del pecado mortal a la gracia sino por María. Hermano, no desesperes. ¿Quieres ser curado? ¿Quieres sanar de estas heridas mortales? Si quieres, no me respondas (*Jn*., 5): *No tengo hombre*. Un hombre tienes para tu remedio, que es Hijo de Dios, Jesucristo, que aboga por ti delante del Padre, y puso a riesgo de muerte su vida por ti. Y a Éste, que es *carne de tu carne y hueso de tus huesos, le puso el Padre en sus manos todas las cosas,* como Él mismo lo dijo (*Mt*., 11, 27); y a Éste hizo Juez tuyo, y *tiene las llaves de la muerte y del infierno* (*Apoc*., 1, 18), y de la vida y del Cielo: porque si te recatabas de entrar en juicio en el tribunal del Omnipotentísimo Padre, no te recates de entrar en juicio de Él, que aunque es un mismo Dios con el Padre, es hombre contigo, y dio la vida por ti. Juzgado fue de Poncio Pilato, y por eso es constituido por Juez de vivos y muertos; y como el Evangelio dice (*Jn*., 5, 22): *El Padre no juzga a ninguno, porque todo el juicio dio al Hijo*. Da gracias a Dios por haberte dado por Juez uno que es hombre y Dios, y que *sabe de enfermedades* (*Isai*., 53, 3), y que *fue tentado* para con la experiencia *aprender a ser piadoso* (*Hebr*., 2, 17) y en todo tal cual lo ha menester y lo podía desear la humana flaqueza.

Mas porque el desmayo y temor que causa el pecado en quien lo comete es en gran manera muy grande, y con su gran peso hizo desesperar a Caín (*Gen*., 4) y a Judas (*Mt*., 26) y otros muchos, y conociendo Dios esto quiso, como San Bernardo dice, consolar nuestra flaqueza, confortar nuestro temblor, con darnos por abogada a esta Virgen bendita que hoy nace; cobra, hermano, alientos nuevos, pues que estás en el nacimiento de esta alba muy alegre. Y si las enfermedades de pecados te traen cansado,

atemorizado y triste en la noche en que has vivido, mira que al alba sienten los enfermos alivio, y las aves cantan, y nace nueva alegría. Gózate de este día de la buena nueva, y anímate y pide misericordia a esta nueva abogada y piadosísima Madre que hoy nace para tu consuelo. Y si tienes miedo de allegarte a Jesucristo, porque no sólo es hombre, hermano tuyo, sino Ornnipotentísimo Dios de majestad infinita, allégate a esta Virgen sagrada, mansa y piadosa, y que no tiene otra naturaleza más que la humana, y como San Bernardo dice: «Si hallares en Ella alguna cosa áspera, alguna desabrida respuesta, algún rigor de justicia, yo te doy licencia para que la temas.» Mas todo lo que en Ella hay es blandura; no sólo para los justos que andan en lumbre, mas como luna perfecta y hermosa, llena de misericordia, que nació para ser abogada de buenos, luce a los que andan de noche para que no se pierdan, y poco a poco vengan a la lumbre del sol. Y como la luna es el planeta, entre los siete, el más cercano a nosotros, así esta luna nos es dada por verdadera Madre, y tan cercana para nuestro remedio, que [a] ninguna pura criatura en la tierra ni en el Cielo tan presto le tocan nuestras miserias como a su virginal corazón, tan rico en misericordia, que la llama la Iglesia *Madre de misericordia*. La luna tiene poder sobre las aguas, que significan las tribulaciones; y esta piadosa Señora está diputada por Dios para socorro de atribulados, y es universal limosnera de todas las misericordias que Dios hace a los hombres, y en lo que se ocupa es en tener las manos hacia arriba para recibir mercedes de Dios, y luego volverlas hacia abajo para darnos lo que ha recibido. Aprovéchate, por amor de Dios, de tan buena oportunidad, y no dejes pasar este día de misericordia lleno.

8.—¡Ya es hora de caminar!

El alba nace, ella misma da voces con la lumbre que trae, y dice: Ya es tiempo de caminar, ¡levantad los dormidos! Los gallos cantan, y las otras aves también; y la Virgen está desde el Cielo dándote voces en este santo día que Ella nació, que despiertes del sueño del pecado, y que andes en la lumbre de Ella, que te será fiel abogada y piadosa Madre. Los gallos, que son los predicadores, te dan voces también, por boca de los cuales te dice Dios

también lo que dijo por boca de San Pablo (*Efes*., 5): *Levántate tú que duermes, despierta de entre los muertos, y alumbrarte ha Cristo*. Dios quiere salvarte, y te ruega con el perdón; la Virgen desea lo mismo; los ángeles de la misma manera; los predicadores y toda la Iglesia te desea ver fuera de esa triste noche en que vives. ¿Qué respondes a tantos como te ruegan que no te vayas al infierno, sino que sirvas a Dios y ganes para siempre el reino del Cielo? ¿Qué respondes? ¡Recuerda, que duermes!

¡Oh Señor, y qué recia cosa es estar un hombre embebecido y embriagado en un falso deleite, en una malquerencia endurecida, en tener las cosas ajenas, en otras semejantes miserias! A los cuales acaece que duermen profundamente este sueño, sin que valga ponerles[11] la palabra de Dios delante de los ojos para recordarlos que es luz verdadera para despertar los dormidos, así como si les dijese: «Infierno hay para siempre donde has de pagar con eternos tormentos el placer momentáneo que te dan aquí los pecados; el Cielo pierdes si la tierra amas; Dios se te va por una puerta, si el pecado entra por otra: enemigo es Dios del malo y de la maldad; y no se podrá acabar con Él que esté bien contigo, si no aborreces y echas de ti sus enemigos y tuyos, que son los pecados.» ¿Quién podrá dormir si le ponen esta luz a los ojos? Y por eso muchos con malaventurado consejo quitan sus ojos de la lumbre; y ni quieren procurar ni oír las palabras de Dios, por no tener quien les haga mal sabor a sus dañadas voluntades. Y otros, más endurecidos, quieren mal a la verdad y a quien se la dice. Y como uno que está muy dormido y no quiere que le recuerden, apaga la lumbre que le ponen ante los ojos y se enoja con quien se la puso, así éstos, dignos de ser llorados con lágrimas de sangre del corazón, han hecho concierto con el pecado e infierno, y pésales tanto de quien los quiere apartar de sus malos caminos, que ni querrían que hubiese verdad ni justicia, honestidad ni vergüenza, ni aun quien la dijese. Viven en tinieblas; y *todo hombre que hace mal, aborrece la luz, y no quiere venir a ella* —dice San Juan (3, 20)— *porque no parezcan sus grandes maldades*.

¡Oh engañados hombres y desdichados! Tomad otro consejo, que ése no os puede valer. Ha dicho el Hijo de Dios (*Lc*., 12): *Las*

---

[11] *Sin que valga ponerles*; la edición de 1596, *que si uno les pone*.

cosas que predicasteis en tinieblas, serán predicadas sobre los tejados; y tiene ordenado que todas las obras de la noche, que son los pecados, salgan a la plaza en el día del juicio, donde sean examinados y condenados, y parezca su fealdad con la lumbre de Dios; y vosotros no seréis poderosos para hacer que se quebranten estas palabras, ni deje de ser lo ordenado por Dios. ¿Qué me responderéis? *Levántate, levántate tú que duermes entre los muertos, y alumbrarte ha Cristo*; que el alba es nacida, ya es tiempo de caminar.

9.—No lo dejes para adelante.

¿Por ventura habrá aquí alguno a quien parezca mal esta amonestación? Antes la agradecerá conociendo lo que le importa; mas oírla ha, y no la tomará[12], esperando que acabará ciertos negocios, o que gozará primero de su gusto (como ellos dicen), y dormirá todo este tiempo, y después recordará. Hombre, ¿quién te hizo a ti dios, que quieres el oficio de Dios, pues que dijo nuestro Señor (*Act*., 1): *No queráis saber los tiempos y momentos que el Padre puso en su poder*? ¿Qué sabes tú si llegarás a ese tiempo que te prometes? No tienes certidumbre que llegarás a la noche, ¿y aventuras tu salvación sobre la incertidumbre de vida? Y ya que supieses que te habías de enmendar, ¿quién es tan necio, que estando cautivo en poder de turcos, con muy mal tratamiento, y a peligro cada día de perder la cabeza, responda a quien luego le quiere rescatar: «No quiero salir tan presto, hasta de aquí a dos o tres años, no por otro fin sino por estar aficionado a alguna mala mujer, o cosa semejante a ésta»?

Hermano, no seas más imprudente que los niños y que los infieles, y que los animales, que si en un pozo caen o en cieno hediondo, no sólo dan la mano luego a quien les ayuda para salir, mas aun con voces llaman a quien les socorra. San Agustín lloraba en algún tiempo esta dilación que había tenido cuando estaba en pecado, y decía: «Llamábasme Tú, Señor, y decíasme: «Levanta que duermes, y sal de entre los muertos.» Mas yo, Señor, no respondía sino palabras de hombre dormido. «Espérame un poco,

[12] *Tomará*; la edición de 1596, *amará*.

ahora me levantaré.» Mas aquel poco ¡cuán largo era! y aquel ahora nunca venía; y así dilatando yo de vivir en Ti, no dilataba de morir en mí.» De esto se queja San Agustín; y si Dios te da lumbre, y algún tiempo te saca de entre los dormidos y muertos, también llorarás tú porque pecaste, y porque en pecando no te levantaste con el socorro que Dios te prometía, extendiendo su mano para tu remedio.

¡Oh qué cuchillo de dolor atraviesa el corazón del cristiano cuando se acuerda que pudiendo servir a nuestro Señor, ha servido al demonio! Ejemplo tenemos en el mismo San Agustín, que decía: «Tronaste, Señor, desde arriba con una voz grande, y dijiste: *Hágase la luz*. Y fue hecha la luz en mi corazón, y vi las tinieblas en que había estado acostado, y espantéme y dije: «¡Ay, ay de aquella ceguedad cuando no te conocía; ay de aquel tiempo cuando no te amaba! Tarde te conocí, hermosura tan antigua; tarde te conocí, hermosura tan nueva.» No sientes ahora el mal en que estás, como el loco, ni el que tiene modorra; mas si Dios te diese salud, darás unos gemidos de grave dolor por los golpes que te diste estando sin seso. Y la principal señal que uno tiene de que Dios es venido en su ánima, es si dice de corazón: «Pésame, Señor, de cuán tarde os he conocido.» ¿Qué dilatas, pues, hermano, lo que está cierto que tanto te cumple? Y no sabes, si ahora lo dejas, si después lo habrás; y si lo hubieres, será con mayor trabajo; porque la mala costumbre que habías alcanzado, y los pecados que hicieres de aquí allá, te pondrán en mayor aprieto, pues que mayores pecados piden mayor pena, y la mala costumbre es muy dificultosa para quitar.

Ahora tienes buen aparejo; brama en tu corazón y di: «¿Cuándo ha de ser el fin de mis fealdades y abominaciones? Ahítome de comer a la continua un manjar, aunque sea bueno, ¿y aún no estoy ahíto de ofender a Dios, tantos años ha comiendo, no manjar, sino verdadera ponzoña? Si no pongo fin a mis males, ¡ay de mí, que (*Job*, 17) *el infierno es mi casa*! Y si algún día los tengo de dejar y llegarme a Dios, ¿por qué no será luego, pues el remedio es más cierto, y el trabajo menor, y la ganancia muy mayor sin comparación? No quiero más guardar estos puercos, que aun de lo que a ellos les sobra yo no me harto (*Lc*., 15, 18). *Levantarme quiero, e irme a mi Padre y decirle: Padre, pequé contra el Cielo y*

contra Ti, no soy digno de ser llamado tu hijo; haz conmigo como con un jornalero tuyo.

10.—La gracia preveniente, favor de María.

Hermano, si ese brío y esos propósitos andan meneando tu ánima, entiende que te ha amanecido el alba, que es el aparejo para venir a estado de gracia; entiende que anda por tu corazón el favor de la Virgen María que te ha alcanzado la gracia preveniente, significada por Ella misma, con que te aparejes a recibir la gracia de Dios, que te ponga en su amistad. No es del hombre ponerse en estado de gracia, ni tampoco lo es el aparejarse para que Dios lo ponga; dádiva es de Dios el perdón de nuestros pecados; dádiva suya es el darnos *corazón arrepentido y humillado* (*Ps*. 50) y con propósito de verdadera enmienda. Esta disposición menea el corazón humano, por asentado que esté en sus vicios y pecados, y hace volver los ojos a Dios, y temer al que antes tenía en poco (*Cant*., 5): *Mi amado* —dice la Esposa— *metió la mano por el agujero de la puerta, y mi vientre tembló, o mis entrañas temblaron cuando me tocó*. No es cosa fría lo que se siente en el corazón del hombre a quien Dios ha tocado; hácele temblar por esforzado que sea, y abajar aunque haya sido soberbio, y tórnalo tan blando y tan lleno de confusión, que aunque le pisen la boca no sabrá responder.

Y éste es el don que nos alcanza esta bendita Niña, que nace como el alba; y, según hemos dicho, es Medianera entre la oscuridad de la noche y la lumbre del sol. ¡Oh, quién tan dichoso fuese que alcanzase un libro donde estuviesen escritos todos los pecadores de quien Ella hubiese sido Medianera para que salgan de la oscuridad de la noche y cobren la lumbre de gracia! ¿Quién nos dirá qué de ánimas perdidas gana Dios mediante esta Niña que hoy ha nacido? Porque así como Eva desayudó al primero Adán en lo que tocaba al servicio de Dios, así esta Niña es criada para que ayude al segundo Adán, que es Jesucristo, para ayudarle a la redención y a recoger las ánimas por quien Él derramó su sangre. *Él murió por todos*, como dice San Pablo (2 *Cor*., 5), y Ella es el alba, luna y sol que nace para todos; y aquel sólo no gozará de ella que se quiere meter, huyendo de su lumbre, en las cuevas

hondas y tenebrosas de sus pecados. Ten, hermano, confianza en esta Virgen sagrada, que si tú quieres llamarla con ruegos, hacerla servicios, implorar su misericordia y oficio de interceder, sentirás que ni Ella es sorda para oírte, ni tus oraciones y servicios saldrán en balde.

11.—Contra la desconfianza.

Poderosísimo es Dios, y de buena gana emplea su poder en sacar ánimas de pecados. Y escrito está en Job (36, 16: *Él te librará de la boca angosta y del pozo que no tiene suelo*. Guárdate, hermano, guárdate de la estrechez de la desesperación; no se estreche tu corazón con la desconfianza por la muchedumbre de los pecados que has cometido. Ora al Señor lo que dice David (Ps. 68): *No me hunda la tempestad del agua, y no cierre el pozo su boca sobre mí*. Por mucho y mucho que hayas pecado no desconfíes de la misericordia de Dios, y no te dejes apretar, ni pienses que con su favor te será imposible la salida del pozo, por angosto que sea, y aunque no tenga suelo; porque quien cae en un pecado mortal, de allí cae en otro, y después en otro y en otros; y si no es porque la mano piadosa de Dios le tenga que no baje más, el pecar no tiene suelo ni fundamento donde parar.

No me alegues que tus pecados son muchos, porque más poderosa es una gota de sangre que el Hijo de Dios derramó, si de ella te quieres aprovechar, que todos tus pecados para te condenar. Ni me digas: «¿Cómo, Padre, enmendaré mi vida, que estoy mal acostumbrado, y me parece imposible dejar de vivir como vivo?» Que escrito está (*Isai*., 10): *Que echando aceite en el yugo, se podrece el yugo*; y con una poca de gracia que el Señor eche en tu corazón, se deshará ese yugo de mala costumbre que te tenía debajo de sí, y como carga pesada, te llevaba donde quería. Y si el demonio te tiene cautivo, y cuando quieres pelear con él y escapar de su tiranía sientes que es más fuerte que tú, tampoco desmayes, porque escrito está (*Isai*., 49, 24, 25): *¿Por ventura la cautividad podrá ser libre de la mano del fuerte? ¿O la presa será quitada del muy robusto? Pues yo os digo* —dice Dios— que aunque esto no sea posible a fuerzas humanas, que con el favor de mi brazo *la cautividad será libertada de la mano del fuerte; y lo que asió y*

prendió el robusto le será quitado. No tengas, hermano, tú esas congojas; que una Niña te es nacida que ha quebrantado la cabeza del demonio, y no sólo en Sí misma, mas en las ánimas de los pecadores. Nacida te es hoy para tu consuelo y remedio; ponla por intercesora entre Dios y tú; gime tus culpas y pecados, y vete a Ella, que como verdadera Madre te halagará, remediará y consolará.

12.—Haz progresos en la virtud.

Y si Dios tanta merced te hace, que después de tu mala vida y oscuridad, te nazca lumbre de alba, no pares ahí, imita a la Virgen que creció de luz en luz; y tras la del alba, tras tus buenos principios, crece en lumbre de luna, para que tu vida pasada, que fue ejemplo de oscuridad y causa que otros pecasen, sea ya lumbre para traer al servicio de Dios a los que están en tinieblas, y consideran cómo tú también lo estuviste, y ahora estás fuera de ellas. Si comienzas a servir a Dios, comienza de verdad, comienza con denuedo, comienza perfectamente. Mira cómo no hay hombre en los negocios del mundo que, si puede tener mucho, tenga poco, y si puede emplear su dinero donde le gane ciento, no se contenta con cincuenta. Ten tú una santa codicia de ser rico de los bienes verdaderos y eternos; pues aquéllos tienen vana codicia y pasan muchos trabajos por henchir sus arcas, bolsas y senos de un poco de estiércol y pura vanidad, que ni los hace mejores un solo cabello delante del acatamiento de Dios, ni les podrá librar en el día terrible del juicio de Dios; antes les será más carga, y les pondrá en mayor estrechura lo que aquí pensaban que era ganancia y placer.

Grande es el engaño de la gente tibia en el servicio de Dios, que por huir unos pocos y chichos trabajos, caen en muchos mayores. Porque si ponen en una balanza los trabajos que pasan los que sirven a Dios con fervor, y ponen el hacha a la raíz de sus pasiones para desarraigarlas y cortarlas con el cuchillo de la palabra de Dios y con la imitación de la vida y muerte de Jesucristo, son muy menores en comparación de los trabajos que pasan los tibios, que se contentan con vivir descuidadamente en lo que toca a su aprovechamiento, y se contentan con una vida floja que so-

lamente tiene cuenta, y aun ésa muy negligente, con no cometer pecado mortal.

Caen éstos muy a la continua en pecados veniales graves, que son causa de harta tristeza; y de allí algunas veces caen en pecados mortales, que son fruto amargo que del pecado se sigue; y no gozan de la victoria perfecta de sus enemigos, ni sienten el placer de la limpia conciencia, ni la fuerte esperanza que alegra las entrañas de la herencia del Cielo, ni los dulces frutos del amor divinal, el cual hace los trabajos que por Él se padecen más dulces que los placeres que dan los pecados del mundo. Que no mintió quien dijo: «Más dulces son las lágrimas de los penitentes, que los deleites de los reyes.» Y si llorar por Dios excede a los placeres del mundo, ¿en qué lugar pondremos el gozar con Dios?

Hermano, pasa adelante; no te perdones ni te parezca duro cualquier trabajo, porque crezca en ti la gracia de Dios. Porque así como hallaste a la Virgen fuerte y piadosa para que salieses de la oscuridad de la noche a la lumbre del alba, de la misma manera la hallarás también para que crezcas en la buena vida que con su oración te alcanzó. Y dichoso serás tú si algún día vinieres a tanta bienaventuranza en aquesta vida, que no sólo tengas luz de alba y luz de luna, más también seas semejable a la lumbre del sol. Entonces arderá tu corazón suavísimamente en el amor divinal. Entonces te deleitarás en imitar a Jesucristo nuestro Señor en su santa vida y en su muerte, y te sabrá bien su benditísima Ley, y sentirás mucho cualquier pecadito por pequeño que sea, y no tratarás tanto de cómo no le ofenderás, como de servirle mejor y mejor, y tener por regla de tu vida el santo contentamiento de Él; y de allí pasarás a ser espantable a tus enemigos, y experimentarás en ti lo que dijo David (*Ps*. 118): *Aborrecido he la maldad, y abominádola he, y amado tu Ley*. Porque el buen cristiano esta señal ha de mirar para si ama a Dios verdaderamente. Como cuando le convidan con manjar desabrido, y que su estómago le abomina y alanza de sí; de esta manera su ánima abomina y aborrece el pecado como una cosa asquerosa y que le causa abominación. De esta manera se vencen los pecados y se matan; porque el aborrecimiento verdadero de ellos muerte suya es. Y si te hallares flaco en esta pelea, y hallares algún gusto, por pequeño que sea, en algún pecado, alza luego los ojos a esta Virgen sagrada, pidiéndola te alcance salud

para tu paladar estragado, y que aquello te sepa bien que a Dios sabe bien, y mal lo que a Él sabe mal. Porque aunque es mujer, es Mujer fuerte, y aquella misma la cual Salomón deseaba hallar cuando dijo (*Prov*., 31): *¿Quién hallará mujer fuerte?* Mas cuando le fue revelado que había de nacer ésta que nos ha hoy nacido, díjole en persona de Dios (*Cant*., 4): *Mi cuello es como la torre de David, de la cual están colgados mil escudos y todas armas de fuertes*.

13.—Plegaria a la Virgen.

¡Oh Niña para siempre bendita, la más cercana a Dios humanado de cuantas hay en el Cielo y en la tierra! Él es la cabeza, y la cosa más cercana a Él es el cuello, que sois Vos, tan alta en virtud y santidad, y mucho más, que la torre de David, en espiritual alteza. De Vos están colgados mil escudos, y todo género de armas para que peleen los fuertes, y para que los flacos se hagan fuertes. Y quien en vuestra vida mirare, hallarás las armas que ha menester para pelear las peleas de Dios, si las quisiere tomar. En Vos tienen que mirar los niños, los mozos y los viejos; en Vos los que se casan y no se casan, los mayores y los menores. Ni hay virtud que Vos no enseñéis, ni trabajo en que Vos no los consoléis y esforcéis, porque fuisteis Vos la más Santa de las santas, y la más trabajada de todas. Vos sois puesta, para medio de nuestro remedio delante del acatamiento de Dios; en vuestras manos, Señora, ponemos nuestras heridas para que las curéis, pues sois enfermera del hospital de la misericordia de Dios, donde los llagados se curan. Y aunque tenemos gran confusión y vergüenza de presentar delante de tanta limpieza la hediondez de nuestras abominables llagas, creemos que os dotó Dios de tanta misericordia, que vuestra limpieza y pureza no se desdeña ni alanza de sí a los pecadores llagados, mas que cuanto es mayor su necesidad, tanto más vuestra misericordia os mueve a su remedio, conformándoos con vuestro Hijo bendito, que *no vino a llamar justos, sino a pecadores a penitencia* (*Mt*., 9, 13).

A Vos, Señora, presentamos nuestros males para que delante del trono de Dios los deshagáis y alcancéis perdón de ellos. A Vos también presentamos nuestras obras, aunque llenas de muchos

defectos, y en vuestras manos sagradas ponemos nuestro corazón; para que Vos, [que] como otra Rebeca (*Gen*., 24) y muy mejor que ella, sabéis, muy bien lo que es gustoso a vuestro Hijo bendito, guiséis nuestro corazón y nuestras obras de manera que sean sabrosas a su Majestad, para que teniéndoos a Vos por defensora contra nuestros males, y por nuestra en nuestros bienes, los reciba el Señor, hallándolos en vuestras manos, no mirando a las nuestras que los hacen, sino a las vuestras que los ofrecen. Alcanzadnos, Virgen santísima, gracia para que con ella y por ella merezcamos veros en la gloria.

TRATADO 4.°

SOLEDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

Flere cum flentibus, gaudere cum gaudentibus.

Llorar con los que lloran, y alegrarse con los que se alegran.

(*Rom*., 12.)

1.—El Sábado Santo, la Soledad de María.

Dice el Apóstol San Pablo: La ley de amor pide esto: *Quiere que lloremos con los que lloran, y que nos gocemos con los que se gozan*. Cosa usada entre los que se aman, ser común a ellos la alegría y la tristeza; de tal manera, que si vos amáis a alguno mucho, y le sucede alguna cosa de que se debe alegrar, vos también os alegráis como si a vos mismo os sucediera; y por el contrario, os entristecéis si alguna cosa adversa le viene.

El presente día es dispuesto para acompañar a la sacratísima Virgen María nuestra Señora en sus dolores y trabajos; la devoción de este día es atribuida a Ella, y no le costó poco. Por cierto, digno de reprensión seria el hijo que viendo a su madre muy atribulada, llorando afligida, no se entristeciese con ella, y le ayudase a llorar sus trabajos; cuanto más si hubiese sido causa de lo que la madre padece. Nosotros somos causa de la Pasión de Jesucristo y de las angustias de su Madre. Duélente, Señor, no tus pecados, sino los míos; afligístete, cansástete, no por lo que Tú hiciste, sino por lo que nosotros cometimos. Porque Jesucristo no tenía pecado, ni por qué padecer de su parte, no debía nada de sí. Si tuviese una madre un hijo que se lo hubiesen muerto por amor de mí, y viese que yo me estaba riendo, y que no le ayudaba a llorar a su hijo, ¿qué tanto le pesaría?

No sé qué mala ventura es ésta; ya no hay tiempo de Pasión, no se celebran tanto estos días como solían. En otro tiempo había sentimiento de la Pasión de Jesucristo; en la primitiva Iglesia duraba la Misa y el Oficio hasta la mañana que Jesucristo resucitó. Ya no hay nada de esto, sino en pasando el viernes, ¡alto!, ya es Pascua. ¡Sus!, a entender en lo que habemos de comer, en lo que habemos de vestir. ¡Qué gentil celebrar de Pasión, por cierto! ¿Y así se había de hacer ello? No os dura la devoción de estos santísimos días un momento. Gastad ahora, por reverencia de Dios, este día en acompañar a la Viuda y sola, y cada uno en su rinconcillo ayudadle a llorar y a estar allí con Ella, pues sois la causa de sus dolores. Celebrad la Pasión de Jesucristo, si queréis sentir los gozos de su Resurrección. Todo cristiano debe gastar este día en acompañar a la Virgen, que fue hoy lastimada en gran manera.

2.—Por qué son afligidos Jesús y María.

Cui comparabo te? (*Thren*., 2). *¿A quién te compararé y asemejaré, hija de Jerusalén? ¿A quién te igualaré, virgen hija de Sión? Grande es, así como el mar, tu quebrantamiento: ¿quién te pondrá medicina?* Cantólo el Profeta Jeremías muchos tiempos antes, viendo los males que estaban esperando a la ciudad de Jerusalén; y esto mismo podemos decir ahora nosotros, viendo a la Santísima Virgen María tan afligida y penada, y llena de tan grandes angustias; que de Ella también se dijo en figura: *¿A quién te compararé*, etc.?

Andaba la espada de la justicia de Dios en tiempo del rey David haciendo gran destrozo en la gente de su ejército, sin tener culpa del castigo que Dios les enviaba, sino porque David se había parado a contar el pueblo; castigaba Dios a ellos, no por lo que habían hecho, o por mejor decir, a él en ellos. No pudiendo el Profeta sufrir y ver padecer aquella gente sin culpa por lo que él había pecado, púsose en disputa con Dios y díjole: *Ego sum qui peccavi; isti, qui oves sunt quid fecerunt? Vertatur manus tua contra me*, etc. Yo soy el que pequé, yo soy, Señor, el que te tengo ofendido, yo soy el que merezco el castigo; que éstos ¿qué culpa tienen? Ovejas son sin culpa, no tienen hecho por que padezcan tanto mal; vuélvase, Señor, tu mano airada contra mí; ejecuta,

Señor, en mí la furia de tu castigo, alza la mano de tu ira de sobre ellos.

Cosa recia es, por cierto, que ande la espada de Dios hiriendo a Jesucristo y a la sacratísima Virgen su Madre, y que no nos pongamos nosotros delante: ¡Señor!, ¿qué es esto? ¿Qué os han hecho esta oveja y su cordero? Los inocentísimos, los limpios, los sin pecado, los justos, ¿qué culpa tienen? Estas ovejas, inocentísimas son, que no hicieron por qué; nosotros somos los traidores que os ofendimos, nosotros los que pecamos; vuélvase vuestra ira contra nosotros. ¡Cosa grave, por cierto!

Van a prender a Jesucristo el jueves de la cena en la noche, y lo primero que dice, olvidado de Sí (*Jn*., 18): *¡No toquéis a estos mis hermanos!* ¿Mandáis que no toquen a los siervos? ¿Qué justicia es ésta, Señor? Prenden al inocente, y mandáis que dejen a los culpados; atan al Mayorazgo de Dios, y dejan ir libres a los esclavos; llevan a Jesucristo, y dejan al malhechor en casa. ¡Oh bendita sea, Señor, tu misericordia! ¡Que no se ponga el cristiano en medio y diga!: «¿Señor, qué es esto? ¿Qué justicia es ésta? Vuélvase vuestra espada contra mí, ejecutad en mí la ira de vuestra justicia, que yo soy el que merezco el castigo. ¿Qué es esto, Señor? ¿Por qué así matáis a vuestro Mayorazgo, y así atormentáis a vuestra sierva María?»

3.—Jesús paga la deuda de nuestras culpas.

La respuesta de Jesucristo clara está; la de la Virgen María nuestra Señora no está tan clara. *Disciplina pacis nostrae super eum; cujus livore sanati sumus* (Isai., 53). Cayó sobre Él el castigo, por el cual fue adquirida la paz entre Dios y nosotros. No estaba en más ser reconciliados nosotros con Dios, sino en que Jesucristo muriese. Cayó sobre Él la ira del castigo, porque nosotros fuésemos remediados.

¡No sabe pregonar ese pregonero! Si le preguntáis a Pilato, deciros ha (*Jn*., 19): *Ego nullam invenio in eo causam*. Por eso murió, porque fue su voluntad de salvar a los hombres; de esta manera no hubo causa, no hubo quien lo constriñese a hacer lo que hizo, sino sólo el amor que nos tuvo. Si pregona el pregonero:

«Esta es la justicia que manda hacer Poncio Pilato a Jesús de Nazareth, porque dice ser Hijo de Dios, y por alborotador y malhechor», no sabe lo que dice. Que no tenía Pilato poder ninguno sobre Él; que *de arriba viene* (*Jn*., 19): *Non haberes potestatem adversum me ullam*, dijo Jesucristo al mismo Pilato. ¿Pues por qué muere? *Propter scetera populi mei percussi eum* (*Isai*., 53). Eso sí, «por los pecados de mi pueblo, porque me ofendieron los hombres, por eso lo castigo yo», dice el Padre Eterno; porque ellos no se perdiesen para siempre en el infierno.

Pues la culpa es de los hombres que han pecado, ellos son la causa de la muerte de Jesucristo; luego ¿qué justicia es ésta, Señor, que castigáis al justo por los pecadores?, ¿que muera el inocente por los culpables? Señor, parece que hay escrúpulo en vuestra justicia, pues castigáis al que no tiene culpa, y dejáis ir libres a los que hicieron el mal.

Si lo quiso Él, ¿qué haremos? Si quiso morir por nosotros, si nos amó tanto hasta perder la vida por nosotros, ¿qué diremos? Luego así había de decir el pregón: «Esta es la justicia que manda hacer el Padre Eterno a Jesucristo su Hijo, porque amó a los hombres. Quien a tantos y tales ama, que tal haya.» ¿Por qué moristeis, Señor? —Por el amor que te tuve. —¿Quién te cansó, Señor, tanto? ¿Quién te afligió? ¿Quién te hizo haber hambre y sed? ¿Quién te hizo sudar? ¿Quién te paró tal, hasta morir desnudo en una cruz? —El amor y caridad que tuve a los hombres. —¿Por qué, Señor, afligiste tanto a la Madre y al Hijo? ¿Qué culpa tienen? Ovejas son inocentísimas. —El amor que tuvo a los hombres Jesucristo, eso es.

4.—María, la más santa y la más afligida.

Pero ¿qué tiene que ver con eso la Virgen María nuestra Señora? ¿Por qué tan afligida? ¿Por qué la atribuló tanto el Padre Eterno el día de hoy? ¿No está escrito (*Deut*., 22): *Si encontráredes en el campo algún nido de pájaros y estuviere en él su madre, tomad los pájaros y no lleguéis a la madre?* ¿No mandaba Dios en el Éxodo: *No cuezas el cabrito en la leche de su madre*? (*Deut*., 14): *Ne coxeris haedum in lacte matris suae*? Señor, ¿tenéis cuidado de las aves? ¿tenéis cuidado de los animales? (1

Cor., 9): *Nunquid de bobus cura est Deo?* ¿Qué es esto, Señor? ¿No bastaba matar al Hijo y ponerlo en una cruz, sino matar también a la Madre? ¿Por qué se cuece Jesucristo en lágrimas de su Madre? Si lo queréis asado, asado está en el fuego de tantos tormentos; asado lo tiene el fuego de amor, que en su benditisimo Corazón ardía mientras que estaba padeciendo en la cruz; y si lo queréis cocido, cocido está en las lágrimas que de los ojos de su sacratísima Madre salían, viendo lo que estaba padeciendo.

¡Oh, bendita sea vuestra misericordia. Señor! Y ¿qué os ha hecho esta bienaventurada Virgen? ¿Qué os hizo la que todos los días de su vida os sirvió? ¿Qué os hizo la que mientras en esta vida estaba, en otra cosa no entendió sino en agradaros, y en esto gastó su tiempo? ¿Qué os hizo la que tan desvelada andaba todas las noches y los días por contentaros? ¿Qué hizo su virginal y limpio corazón, en el cual aun pensamiento el más pequeño del mundo nunca jamás hubo, de que Vos, Señor, os ofendiésedes, que así la habéis hoy lastimado, que así la habéis hoy entristecido? ¿Qué os hizo, Señor, esta Santísima Virgen limpísima, en quien nunca hubo pecado? ¿Por qué la habéis tanto afligido el día de hoy, Señor?

Multae filiae congregaverunt sibi divitias, sed tu supergressa es universas (*Prov*., 31). Muchas hijas allegaron riquezas; pero tú, Señora, a todas has sobrepujado. Quiere decir: muchas santas, muchas mártires castas, muchas vírgenes, muchas han amado a Jesucristo en gran manera; tanto, que dejaban riquezas, y honras, y ser esposas de reyes, y todo lo que en el mundo florece, y tras lo que los hombres andan perdidos por haberlo; pero a todos lleváis Vos, Señora, la ventaja. Vos, más santa que todas las santas; más amasteis a Jesucristo Vos sola, que todas cuantas dejaron el mundo y su atruendo, por seguir a Él y por amarle; nadie se iguala con Vos. *Muchas hijas allegaron riquezas; pero Vos, Señora, muchas más que todas*.

Dos cosas pelean hoy, Señora; veamos cuál va delante; vuestra santidad, vuestros dolores; vuestra privanza, vuestras angustias. Vos la más santa que todas, y la más lastimada; la más querida, la más angustiada; la más alta, y la más abajada. Dos cosas andan hoy a porfía: ¿cuál, Señora, de las dos que hemos dicho va adelante? Señor, ¡y cuán caro vendéis a esta Santísima

Virgen vuestra privanza! Si mucho la amasteis y quisisteis, mucho la afligisteis; si muy santa la hicisteis, mucho la angustiasteis; a la medida del amor que le tuvisteis, fue el dolor que ha pasado.

5.—Dolor incomparable de María.

¿A quién te compararé? ¿A quién te igualaré? ¿Con quién te asemejaré y consolaré, Virgen tan lastimada? Grande es así como el mar tu quebrantamiento, ¿quién te pondrá medicina? ¡Oh bendito seas Tú, Señor, que así desconsolaste hoy a esta bendita Virgen! No hay en la tierra ya quien la consuele; no hay quien enjugue sus lágrimas; no hay quien dé fin a sus lamentaciones; no hay quien acompañe su soledad, quien ahora mitigue tu dolor; no hay ya consuelo para ti.

Estaba la madre de Tobías el mozo esperándolo, cuando su padre lo había enviado a la ciudad de Ragés; y como se tardaba tanto, no podía reposar, pensando qué sería de él, si era muerto o vivo, si le acaecería algo. Y dice la Santa Escritura (*Tob*., 10) que no pudiendo sufrir la soledad de su ausencia, se salía a los caminos, *et plorabat lachrymis irremediabilibus,* y decía: *¡Ay de mí, hijo mío!, ¿y por qué te enviamos a peregrinar por esos caminos? Lumbre de nuestros ojos, báculo de nuestra vejez, consuelo de nuestra vida, esperanza de nuestra postrimería, ¿a qué te enviamos de nosotros?* Si pobreza teníamos, con estar tú presente no se sentía; si trabajos padecíamos, teniéndote a ti no se nos hacía nada. *Omnia simul in te uno habentes*. En ti solo teníamos todas las cosas.

¡Oh Virgen bendita! Y quién te preguntase: ¿En quién estaba tu consuelo? ¿En quién esperabas? ¿Qué era lo que más amabas? ¿Por ventura no era Jesucristo? Él uno y solo era tu consuelo y esposo, tu Hijo, tu alegría, tu remedio; Él solo te era todas las cosas; con sólo Él estabas, Señora, contenta; y ninguna cosa echabas menos, teniéndolo a Él; y con Él, ninguna cosa te faltaba; faltándote Él, todo tu bien has perdido; no lo trocaras por Cielos y tierra.

Ella es la que más perdió, la más entristecida, la más desconsolada, la más afligida de cuantas hubo ni habrá. Cuando lo

viese que ya quería expirar, cuando viese oscurecerse aquellos lucientes ojos, cuando viese levantársele el sagrado pecho tan apriesa con las ansias de la muerte, la Madre que tal vio, ¿qué haría? No hay corazón que sepa sentirlo, no hay lengua que sepa explicarlo. No te quedó consuelo ni arrimo en la tierra, muerto tu Santísimo Hijo, porque en Él tenías todas las cosas.

¿A quién te compararé? Mandó Dios a Abraham que subiese al monte y sacrificase a su hijo Isaac; pero después contentóse Dios con sola su obediencia de corazón y dióle un carnero que sacrificase (*Gen*., 22). Al monte subió con su hijo Isaac, y del monte bajó con él; mas la Virgen nuestra Señora no es así. Al monte Calvario subió con su Hijo; mas a la vuelta no lo trajo consigo, que allá lo dejó.

¿A quién te compararé, hija de Sión? ¿Compararte he, quizá, con la madre de los Macabeos, que le mataron delante de sus ojos siete hijos en un día, y guardáronla viva hasta el cabo, porque sintiese mayor dolor de ver la muerte de sus hijos? No, que si morían, tenía la madre licencia de consolarlos y de esforzarlos; consentíanle que estuviese allí, animándolos y ayudándolos a bien morir; pero la Virgen nuestra Señora aun no le daban lugar, ni le dejaban ver de cerca a su Hijo Jesucristo; porque eran tantas las blasfemias, las malas palabras, las voces de aquella desconocida gente, que no le daban lugar de consolarle. Allá alababan a los Macabeos porque morían por la Ley de Dios, por lo cual se consolaba la madre; acá dicen que Jesucristo muere por blasfemo contra la Ley y mandamientos de Dios.

En gran manera fue hoy afligida; no hay para Ella consuelo en la tierra, no hay remedio para alegrarla, no hay quien le iguale en el dolor, como no hay quien le llegue en la santidad. Grande es así como el mar tu quebrantamiento. No bastaría decir como fuente, sino como mar; porque tienen compañía mar y María. ¿Qué es esto, Señor? ¿Hacéis ahora mundo de nuevo? Mirad, hoy lo veréis. Como cuando al principio del mundo crió la luz, así le veréis hacer fuego de nuevo. Y como allá manda llegar todas las aguas a un lugar y llamólas mar, así acá manda que se lleguen todas las virtudes que están repartidas por muchos en un lugar; toda la santidad, toda la castidad, toda la fe, y la esperanza, y la caridad, júntense en esta Virgen muy más perfectamente que en otra persona algu-

na; y júntense también todos los dolores, las angustias, las tristezas y lágrimas el día de hoy en esta Virgen, y llámese María. *Ne vocetis me Noemi (id est pulchram); sed vocate me mara (id est amaram), quia amaritudine valde replevit me omnipotens* (*Rut*., 1, 20). «No me llaméis ya Noemi —dice la Virgen—, que quiere decir hermosa; no me conviene ya ese nombre, no es para mí ese nombre; mas llamadme María, que quiere decir amarga, porque en gran manera me ha amargado el Omnipotente; porque entré llena, y salgo vacía.» Así salió la Virgen nuestra Señora, como adelante oiréis.

6.—Por qué aflige Dios a María.

Grande es como el mar tu quebrantamiento, ¿quién te pondrá medicina? ¿Qué hizo esta Virgen, Señor, por que la habéis amargado el día de hoy? ¿Y qué culpa tiene y qué mereció, por que así la afligisteis? ¿Qué hizo esta oveja inocente, Señor? —Por donde se perdió el mundo, por ahí se ha de tornar a cobrar; hombre y mujer lo perdieron, hombre y mujer lo han de tornar a cobrar. ¡Negra manzana y negros deleites!, ¡qué caros habéis costado al Hijo, y por eso a la Madre! Adán y Eva perdieron el mundo: Cristo y María lo han cobrado.

¿Qué hizo esta oveja bendita, por qué, Señor, la habéis angustiado? —Decid: Si la Virgen María no pasara esto, ¿qué consuelo quedaba a las vírgenes en sus trabajos, y a las viudas? Ahora todas tienen consuelo; porque si a la doncella le viniere algún trabajo, tenga dechado de paciencia en la Santísima Virgen, y diga: «Pues más trabajada fue mi Señora la Virgen María.» Si la casada perdiere algún hijo que mucho quería, mirando a la Virgen se consuele, y con pensar sus dolores, y con pensar qué lastimada fue este día, se consuele y esfuerce, y diga: «Pues si perdí hijo, mejor lo perdió mi Señora la Virgen María: mayor fue su angustia y dolor que el mío, cuanto era mayor su Hijo que el mío.» Pues luego por amor de ti atribula el Eterno Padre hoy a la Virgen, para que tú saques consuelo y provecho. Por tu amor atormenta hoy a la Madre y al Hijo; sábelo, por amor suyo, conocer y agradecer; sábete aprovechar. No hayan ahora padecido Madre e Hijo tormen-

tos tan grandes en balde; en balde sería, si no hubiese quien se aprovechase del fruto de ellos.

7.—La Pasión de Cristo en el Corazón de María.

Hablar ahora de la muerte de Jesucristo sería cosa muy larga, y es tarde, y tenemos poco tiempo. Este día es diputado para contemplar los dolores de la Virgen. Tenga vuestro corazón sentimiento —todos los días de vuestra vida— el jueves en la noche y viernes hasta la tarde, de la Pasión de Jesucristo; y desde el viernes en la tarde hasta el sábado, de los Dolores de la Virgen María nuestra Señora. No se os olvide, en viniendo el sábado, de tener memoria particularísima —sin que falte día— de los dolores que la Virgen María pasó.

¿Quién medicinará tus angustias? ¿Quién pondrá tasa y medida a tus dolores? ¿Quién bastará a contar tus penas? ¿Quién contará lo que tal día como hoy padeciste? Cuan grande es el amor, tan grande es tu dolor; cuan grande es el amor que ardía en tu Corazón, tan grande la angustia. Si supiésedes conocer cuán grande es el amor que esta sacratísima Virgen tenía a su Santísimo Hijo, sabríades conocer el dolor que hoy ha pasado por Ella; pero como no se puede conocer el amor, así tampoco se entiende el dolor que recibió.

¿No habéis visto en las criaturas irracionales el amor que una madre tiene a un hijo? Como una vaca a un becerrillo, que se dejará matar por él; ¡allegádselo a quitar! Aun se ha visto una gallina morir por sus pollitos, porque ellos no recibiesen daño. Pues pensad ahora en la Virgen que amaría a Jesucristo como a Hijo, y amábalo como a Dios; aquella reverencia con que lo trataba, aquella reverencia con que estaba delante de Él; creo que no osaba alzar los ojos del suelo. Pues ¡con qué amor le trataba cuando Niño, cuando le daba sus virginales pechos! Para mí tengo que mientras el Niño dormía, que estaba hincada de rodillas adorándolo y pidiéndole gracia para saberlo tratar. En las madres de acá hay remisión en el amor que a sus hijos tienen, por mucho que los amen; aquí no hay tasa, sino que la Virgen amaba a Jesucristo cuanto el Espíritu Santo le soplaba; y esto era mucho, y

así no es decible ni se puede tasar; no hay palabras para poder encarecerlo.

¡Oh bendito seáis Vos, Señor, que fuístes servido que el amor grande de esta Virgen fuese sayón que la atormentase tanto, que dice San Jerónimo que cada herida que daban a Jesucristo en el cuerpo era un lanzada que atravesaba el Corazón de la Virgen; cada bofetada, cada azote, cada llaguita que hacían a Jesucristo, tantas puñaladas eran para el Corazón de esta Virgen! ¡Oh bendita sea, Señor, tu misericordia, que tantas saetas tuviste hoy para herir y traspasar el Corazón de esta Virgen! Pues si el cuerpo de Jesucristo estaba con cinco mil azotes repartidos en un cuerpo como el suyo, su sacratísima cabeza atravesada por tantas partes de las espinas, todo corriendo sangre, sus sacratísimas barbas peladas, sus pies y manos horadados con clavos tan crueles, escupido, abofeteado, aquel delicado cuerpo descoyuntado y sus tiernos miembros desencajados, ¿qué tal os parece que estaría el Corazón de la santa Virgen que esto tenía delante los ojos? ¡Oh virginal Corazón! Pintáisla con siete cuchillos, ¡con setecientos la habíades de pintar! No tienen cuenta las gotas de la mar ni sus arenas; no tienen cuenta las estrellas del Cielo, con los dolores de la Virgen María.

¿A quién te compararé? ¡Oh Virgen Santísima!, ¿cuál estaba tu Corazón? ¿Qué sentiste en este día, bebiendo agua de dolor, *entrando las aguas*[13] *de los tormentos hasta lo interior de tu Corazón?* (*Ps*. 68, 2). Subido han las ondas tempestuosas de las aguas hasta zambullir tu Corazón; menester fue ayuda particular para sufrir y pasar lo que hoy por ti pasa. ¡Oh gran lástima, Madre, que al que adoraba por Dios, oyese decir tantas injurias, tantas blasfemias! ¡Oh lastimado Corazón, que tal pregón oíste pregonar al Hijo de Dios y tuyo como a malhechor, y decirle tantas injurias! ¡Qué de dolores entraron por tus oídos! ¡Qué de dolores por los ojos! Pensad en esto, y pedid gracia, y pidámosla todos para entenderlo y sentirlo.

[13] *Las aguas*: en las aguas (1596).

8.—En la muerte de Cristo.

Alzó los ojos la primera madre Eva para ver el árbol de que Dios le había mandado que no comiese. Alzó los ojos la Virgen a Jesucristo en la cruz. Más lastimó a la Virgen ver cual estaba Jesucristo, que agradó y deleitó ver a la primera mujer el árbol que le estaba vedado que comiese. ¿Para qué son ojos hoy, Señora? Deseaba la Virgen benditísima ver a Jesucristo; alzaba los ojos a mirarlo; era tanto el dolor que recibía de verlo que tanto padecía, que cuan presto alzaba los ojos, tan presto los bajaba, no pudiéndolo sufrir. Decía al Eterno Padre: «Señor, no te pido vida para mi Hijo; ya veo, Señor, que está ya muy cerca de su muerte; recibe, Señor, su muerte en recompensa de los pecados de los hombres. Cese ya tu justicia; no castigues a tus esclavos, pues así has castigado a tu Mayorazgo, porque ellos no se perdieran. Con alegría, Señor, lo recibí, y con gran dolor te lo torno. Grande fue el gozo que mi ánima recibió el día que el ángel me trajo la nueva que le había de parir; pero grandísimo dolor sentí en mi Corazón de verle partirse de mí con tanto trabajo.»

¿A quién te compararé? Cuando llegó la hora en que expiró, ¿qué sintió tu Corazón de verle agonizar con la muerte, aquellas ansias mortales? Muere el Hijo: ¡cuál quedaría su Santísima Madre! Expira Jesucristo en la cruz; queda lastimadísima la Madre en la tierra. Veis las balanzas; en bajándose la una, se alza la otra; el Hijo alto, la Madre baja; muere el uno en la cruz, y queda lastimado y herido el corazón del otro al pie de ella.

¿Qué sentiría la compañía? ¿Qué es lo que San Juan haría? ¡Qué de lástimas harían las Marías de ver tan excesivo dolor, de ver padecer a Jesucristo! Aflígense en gran manera de ver medio muerta a la Madre. La Virgen sacratísima comienza a decir tantas lástimas, que quebraba el corazón a cuantos la oían: «¡Oh Señor, Tú muerto en la cruz, y yo viva en la tierra! ¿Es posible que tan duro es este Corazón, que ha podido verte morir sin llevarme juntamente contigo? Gran desamor mío es éste; mucho más pensé, Señor, que te amaba. ¿Porque qué quieres que crea de mí, viéndome viva, estando Tú muerto? ¿No tuvieras por bien llevarme contigo?» ¿Qué haría la pobrecita compañía en ver a la Virgen hacer tales lástimas? Pues responderíanle al mismo tono; el dolor

de sus corazones menearía sus lenguas para mostrar el dolor por las palabras que sus ánimas tenían allá dentro.

9.—La lanzada.

Quedáronse allí María Magdalena y San Juan y las Marías con la Virgen. Era ya tarde, hora de Vísperas, ya la gente se había ido y no sabían qué hacerse; ellos eran flacos, la cruz estaba muy alta, los clavos muy gruesos, no tenían herramienta para sacarlos, para poder bajar el cuerpo.

Estando en esto, ven venir a la gente de la justicia de Pilato, que venían a quebrar las piernas a los crucificados, porque era así costumbre para acabarlos de matar. Piensa qué sentirían. Pues cómo, ¿no basta cuál lo habéis tratado? ¿No bastan los tormentos pasados, sin de nuevo quebrar el Corazón de la Madre? ¡Con qué ruegos les rogarían a todos aquellos ministros de la justicia! Diría la Virgen: «¡No le quebréis a mi Hijo las piernas, por amor de Dios! Si lo hacéis por atormentarlo más, ya no sentirá nada; si por acabarlo ya de matar, ya está muerto. Si no os doléis de Él, habed compasión de mí; quebraréis las piernas del muerto que ya no siente, quebrantaréis mi corazón, que aun está vivo, aunque traspasado, para sentir tanto dolor.» ¿Ellos, qué harían? ¿Qué se ha de pensar de gente tan cruel? En lugar de condescender a las peticiones de esta bienaventurada Virgen, diríanle: «¡Quitad allá!» Oiríanla y desviaríanla con desprecio. Pero tanto les rogó, tanto les importunó, que puso Dios en sus corazones que no le quebrasen las piernas.

¿A quién te compararé? Entonces uno de aquéllos, a quien llamaban Longinos (no fue ciego, que dicen por ahí no sé qué conseja; es burla), tomó una lanza, y dio una lanzada por encima de su Madre a Jesucristo en el lado derecho, *y luego comenzó a salir sangre y agua* (*Jn*., 1). Ya está cumplido lo de acullá; que de una costilla del lado de Adán hizo Dios a Eva. Del costado de Jesucristo sacan la Iglesia. ¿No veis el rescate de nuestra redención? ¿No veis ahí el agua[14] con que fueron lavados nuestros pecados, y la sangre con que se satisfizo a la justicia de Dios? Veis

[14] *El agua*; la edición de 1596, l*a sangre*.

ahí el Cielo abierto, que hasta aquella hora había estado cerrado por el pecado de Adán. Y[a] han abierto la ventana del arca de Noé, por la cual todos los que entraron fueron salvos. Ya el querubín, que estaba a la puerta del paraíso terrenal, es ido; la espada que allí estaba, ya la han quitado; el fuego que allí ardía, ya es apagado; ya han dado fin a los trabajos de Jesucristo; ya acabó la obra, a la cual fue enviado del Padre, que era a redimir a los hombres, y a quitarlos de la servidumbre del pecado. Mas los trabajos de la Virgen aun ahora comienzan. ¿Qué os parece que sentiría de ver romper así tan cruelmente aquella carne virginal salida de sus entrañas? Hacen todos planto de nuevo viendo partir el Corazón de Jesucristo en aquel cuerpo tan atormentado y lastimado.

10.—Descendimiento.

Estando así todos, ven venir a José, *el cual era discípulo de Jesucristo, pero hasta allí había estado encubierto por miedo de los judíos, y había ido a Pilato, y pedídole el cuerpo de Jesucristo* (*Jn*., 1), porque no le podían quitar de la cruz sin su licencia. Hizo su cuenta: «¿Qué me pueden hacer? ¿Matarme? ¿Quitarme la vida y la hacienda? Todo es poco; ya no es tiempo de disimular más; ahora en las adversidades es menester mostrarse los hombres ser del bando de aquellos a quien aman.»

Vase a Pilato, pide el cuerpo de Jesucristo. Respondió Pilato: «¿Ya es muerto?» Espantóse de que tan presto fuese muerto. «¿Es muerto, preguntáis? Bien parece que no sabéis cuán delicado era; bastaba el menor dolor de cuantos padeció a quitarle la vida, si la divinidad no lo sustentara. ¿No sabes tú lo que padeció en la columna cuando a puros azotes le desollaron aquel tierno y bienaventurado cuerpo? Bien parece que no sabes tú lo que padeció llevando la cruz sobre sus delicados hombros, y después cuando lo pusieron en ella; que no te maravillaras de cuán presto era muerto.» En fin, concedióle Pilato lo que pedía, y dióle licencia que lo quitase de la cruz para enterrarle.

Fue el buen hombre, y compró una sábana de un lienzo muy bueno; compró mirra, compró acíbar para ungir el cuerpo como entonces lo tenían de costumbre; trajo un par de escaleras, y finalmente, todo lo demás que era menester para enterrar al Señor.

Vino con él un buen hombre, fariseo, amigo de Jesucristo, al cual llamaban Nicodemus; toman algunos buenos hombres que les ayudasen, y viénense al lugar donde estaba la Virgen acompañando a su Hijo bendito. Esto era viernes en la tarde, poco más de las cuatro, porque Jesucristo estuvo tres horas vivo en la cruz.

Pues como vieron venir así aquella gente, temióse la Virgen no fuese otra cosa. Díjole San Juan: «No temáis, Señora; a esta gente yo la conozco, no vienen a hacer mal, antes son amigos de Jesucristo vuestro Hijo, y deben de venir a consolaros y ver si habéis menester algo.» Llegando los buenos hombres, con muy buena crianza y con mucha vergüenza dícenle: «Señora, si hasta ahora no os habemos servido y acompañado en este vuestro trabajo tan grande, perdonadnos; hémoslo hecho como pusilánimes en no haber arriesgado las vidas y las haciendas por confesar a vuestro Hijo; harto arrepentidos estamos de ello; de aquí adelante nos enmendaremos. Ved, Señora, al presente qué mandáis hagamos; nosotros venimos a dar sepultura a vuestro Hijo y Maestro nuestro, y para ello traemos aquí todas las cosas necesarias; por eso, dadnos, Señora, licencia.»

Agradecióles la Virgen su buen comedimiento, y a Dios porque así había proveído de quien le ayudase a enterrar su Hijo unigénito. Alleguémonos todos ahora a ver cómo pasa esto. No es razón que el cristiano se halle ausente al entierro de Jesucristo. Quienquiera se llega a la cama de uno que se quiere morir; cuanto más que nosotros somos los que ganamos, y sacaremos grande provecho, si con devoción y atención miráremos lo que allí se hizo. Ahora mirad cómo pasó.

Era la cruz muy grande, de quince pies en largo; ¿habéislos medido ya en vuestra cámara? ¡Bendito seáis Vos, Señor, que tan delicados hombros llevaron tal peso! Estaba la cruz puesta en una peña, hecho un agujero de dos o tres palmos de hondo. Ponen la una escalera delante, y la otra por la otra parte; suben unos a desenclavar los brazos, otros a sustentar el cuerpo. Los clavos eran muy gruesos, y quitábanlos con mucho trabajo, por no acabar de rasgar las manos. Leído he en un autor que le arrodearon una soga por los pechos y por debajo de los brazos cuando le crucificaron para que se sustentase el cuerpo; porque se rasgaran las manos, si en solas ellas estuviera el cuerpo sustentado. Los

golpes que sonaban daban en el Corazón de la Virgen, y representábansele a los que le daban cuando lo crucificaban. Al fin, desclavados los brazos, abrazóse Nicodemus con el cuerpo ensangrentado. Quitan poco a poco el clavo de los pies, el cual era grueso más que los otros, y estaba muy apretado.

11.—Llanto de María.

Llégase la Virgen para tomar a Jesucristo en sus brazos; con el dolor no podía reposar; ni descansar en pie, ni descansar asentada: «¡Dádmelo acá!» ¡Oh Señora! ¿Sabéis lo que pedís? Mirad que no descansaréis con eso, antes se doblará vuestro dolor.» Toman el cuerpo y pónenselo en sus brazos; toma San Juan de la cabeza y la Magdalena de los pies; comienzan todos a llorar con tanto sentimiento, de ver por una parte aquel bendito cuerpo tan atormentado, por otra parte de ver las lástimas que la Santísima Virgen hacía. ¡Oh gran dolor! ¿A quién te compararé?

Comienza la Virgen de allegarle las manos a la cabeza, y topaba con las espinas que le habían quedado hincadas al quitar de la corona; todos los cabellos llenos de sangre. No hacía sino rodear aquel cuerpo; no se hartaba de mirarlo, y por otra parte desfallecía del gran dolor; tómale las manos, las ve hechas pedazos; pone los ojos en el rostro de su Hijo, abre aquella boca y comienza de hablar; quebraba el corazón al que la oía: «¿Qué es aquesto, Señor? ¡Hijo mío, Dios mío y consuelo mío!, ¿cómo me has dejado, sabiendo que tanto te amo? ¿Para qué me has guardado para tanto dolor? ¿Este es el cuerpo que yo tan tiernamente trataba y envolvía? ¿Quién, Señor, te ha parado tal? ¿Qué corazón bastó a hacerte tanto mal? ¡Oh beldad de Dios escupida! ¡Oh hermosura tan afeada! ¡Oh lumbrera del Cielo oscurecida! ¡Oh rostro que alegras en el Cielo a los bienaventurados! ¿y quién te ha desfigurado de tal manera? ¡Oh lengua que a tantos consolaste, que a nadie supiste decir mala palabra!, ¿dónde estás que no me respondes? *¿Cómo se ha tornado mi arpa en lloro, y mi música en lágrimas?* (*Job*, 30, 31).

Comienza San Juan: «¡Oh Maestro mío! ¿A quién iré de aquí adelante con mis dudas? ¿Quién, Señor, me aconsejará?, ¿quién me consolará? Anoche tuve mi cabeza reclinada sobre tu pecho;

ahora, Señor, está la tuya sobre el mío.» La Magdalena también decía: «Señor misericordioso, ¿quién me favorecerá? ¿Quién tornará por mí cuando el fariseo murmurare de mí? Tú, Señor, tornaste por mí. Cuando mi hermana me decía que por qué no le ayudaba, Tú respondiste por mí. ¿Cómo dices que te amo, pues soy viva viendo mi alegría muerta?» Era lástima de oír a esta buena mujer, y entre tanto bañaba los pies de Jesucristo con lágrimas de sus ojos. Llora la Madre, lloran cuantos están presentes, lloran allí los ángeles: que para mí tengo que tomaron cuerpos para venir al enterramiento de Jesucristo. Y no va fuera de razón creer que es así, pues tomaron cuerpos para hacer otras cosas de menos calidad. Así que de creer es que los tomarían para venir a llorar juntamente con la Madre la muerte del Mayorazgo de Dios, y para hallarse en su enterramiento. ¡Qué llanto se haría! ¡Oh bendita sea tu misericordia, Señor, que no hay corazón que baste a pensarlo sin que se deshaga y quebrante de dolor! ¡Qué hiciera si viéramos con nuestros propios ojos lo que allí pasaba!

Decía la Madre: *Nec fortitudo lapidum fortitudo mea, nec caro mea aenea est* (*Job*, 6). Ni yo tengo fortaleza de piedras, ni mi carne es de metal. Pensad que fue el más tierno Corazón el suyo de cuantos ha habido en el mundo, y de Ella se dice (*Job*, 31): *Quia ab infantia mea crevit mecum miseratio, et de utero matris meae egressa et mecum*. De ver a un pobre lloraba: desde el principio crió Dios conmigo el ser compasiva, el ser misericordiosa; la ternura de mi Corazón desde el vientre de mi madre salió conmigo. Esto se dice de la Virgen en persona de Job. El Corazón más tierno del mundo fue el suyo; y si de ver un pobre llora, ¿qué haría de ver padecer a su Santísimo Hijo, de verlo muerto en sus brazos, y tan atormentado como estaba? Era tan tierna, que si viera padecer algún mal, o algún trabajo a los mismos que crucificaron a su Hijo y trataron tan cruelmente se doliera de ellos. Pues decidme, ¿qué os parece que sentiría de ver padecer tanto a su único Hijo, y tal Hijo? Consuélate, cristiana mujer, y hombre, que estás en trabajos; sábete que tienes una Madre en los Cielos, que se duele de tus fatigas más que tú mismo te dueles, y así procura Ella de remediarlas. El mayor dolor de cuantos hay en el mundo, en el Corazón más tierno, ¿qué os parece que sentirá?

Aquí se cumple el *Ecce ancilla Domini* del día de la Anunciación; que San Agustín dice que el mismo día que encarnó, ese día murió. Cotejad, Señora, día con día, templad la alegría del uno con la tristeza del otro. Acordaos, Señora, de la alegría que sintió vuestra ánima cuando el ángel os dijo que habíades de parir al Hijo de Dios que venía a remediar al mundo perdido, que habíades de ser Madre de Dios quedando Virgen, para que no desmaye vuestro corazón con lo que ahora tenéis delante de vuestros benditos ojos. Acordaos, Señora, de la alegría de aquel día, para que no desfallezcáis en los trabajos de éste. Aquí viene, Señora, *Ecce ancilla Domini*, aquí viene el conformaras con la voluntad de Dios; alzad, Señora, los ojos al Eterno Padre, y conformaos con su voluntad para sufrir estas angustias, como allí os conformasteis con la misma para aceptar lo que el ángel de su parte os decía.

«Padre de misericordia —decía la Virgen—, *veis aquí vuestra esclava, cúmplase en mí vuestra voluntad*. Este Hijo me disteis; con grande alegría lo recibí; veislo, ahí os lo torno; Vos me lo disteis, Vos me lo quitáis, cúmplase vuestra santísima voluntad; esclava soy para todo lo que vuestra Majestad quisiere hacer de mí. El día de mí alegría os canté: *Engrandezca mi ánima al Señor y gócese mi espíritu en Dios mi salud*: el día de mi tristeza y dolores suplico que la recibáis en agradable sacrificio por los pecados de los hombres.

»¡Oh pecadores, cuán caro me costáis!, que por amor de vosotros ha pasado mi Corazón trance tan amargo como ha sido éste, ver a mi Hijo Jesucristo padecer tan cruel muerte y Pasión. Lo que vosotros hicisteis, Él la ha pagado, y mi ánima lo ha sentido; bien empleado vaya, aunque ha pasado tantos trabajos, porque vosotros recibáis el fruto de ellos y alcancéis perdón de Dios.»

¡Oh Señora, bendita seáis Vos, que tantos trabajos padecéis por los hombres, y tan poco os lo agradecemos!

«Yo los perdono, Señor, por la parte[15] que me cabe de los trabajos que os he visto padecer por amor de ellos; perdonadlos, Señor, hacedles bien, consoladlos en sus tribulaciones, socorredlos en sus necesidades, ayudadlos en sus trabajos, oídlos, Señor, cuando os llamaren; alegradlos, hacedles bien por Mí, Señor.»

[15] *Por la parte*; la edición de 1596, *no por la parte*.

El *Ecce ancilla*, aquí se cumplió bien, el conformarse con la voluntad de Dios. ¡Oh dechado de madres! Perdonad; no esperéis que os vengan a rogar. ¿No veis a esta Señora, Madre bendita, cuán de buena gana perdonó la muerte de su bendito Hijo, y estando aún corriendo sangre fresca, recién muerto; y no espera que le vengan a rogar, antes Ella ruega por los que le habían dado la muerte, y por los que habían sido causa de ella?

12.—Entierro de Cristo.

Era, pues, ya tarde; llega San Juan: «Señora, tened por bien que enterremos luego a vuestro Hijo y mi Maestro, porque se llega ya la Pascua. Cesen vuestras lástimas; poned fin, Señora, ya a vuestras lágrimas; acabad, Señora mía, tanto dolor; que no hay corazón que sufra poderos oír, que de dolor no esté quebrantado y traspasado,» Sacan la sábana, comienzan de cubrir el cuerpo, después de lo haber ungido. ¡Oh, qué haría después de haberlo cubierto!: «¡Oh Pontífice sumo y verdadero, que ya habéis entrado en el *Sancta Sanctorum* (*Hebr*., 5), *hallado para eterna redención de los hombres, ganado no por sangre de animales, sino por la vuestra propia!* Claridad oscurecida, ¿quién os ha tornado trabajo mío, siendo en quien está todo mi descanso? Vos érades el que me alegrábades, ¿quién os ha tornado tristeza mía? En sólo mirar vuestra bendita y resplandeciente cara solía desechar todos mis trabajos; mas en miraros ahora, todos mis dolores se doblan. ¿Qué trueque ha sido éste tan grande? A Vos os cubren con mortaja, a mi Corazón cubren de dolor.»

Tomó el sudario con sus propias manos, y púsolo en su cabeza, y envolvióla muy bien en él, y dióle besos de paz. Tenía aquella cara bienaventurada toda llena de sangre de su bendito Hijo; ¡qué buen arrebol, y cómo le parecería!

Veo yo aquí cómo llevarían a Cristo; unos sustentarían el cuerpo, otros las piernas, otros la cabeza. No con más pompa de ésta, no más andas, ni más lutos, no más hachas, ni más soberbia. ¡Cuál va el Señor de los Cielos y la tierra! ¡Oh corazones no de carne, mas de mármol, pues estáis enteros, que no os quebrantáis oyendo y considerando estas cosas! Llegan al sepulcro. ¿Qué diría la Virgen? «¡Oh sepulcro, que te dan a ti lo que Yo parí! ¡Quítamen-

lo a Mí por dártelo a ti! ¡Oh quién fuera tú!» Ponen dentro al Señor, echan luego la piedra sobre la puerta del sepulcro, cúbrese el Corazón de la Madre. ¡Oh, qué llanto tan nuevo comenzaría aquí! ¡Qué retorcer de manos! ¡Qué afilarse el rostro, y desfigurarse del gran dolor y angustia! «¿A dónde iré —decía— que más descanso tenga? ¿Qué más quiero Yo, que estar tan cerca de donde está todo mi bien sepultado? Aquí será mi estancia; ésta será mi consolación.»

En fin; llégase San Juan y suplícale que se fuesen ya, que era tarde. Comienzan a irse poco a poco. Envió la Magdalena por luto y por tocas para la viuda. Entonces Nicodemus pidió licencia a la Virgen para irse por otro camino antes que lo viese alguno, porque no les viniese algún mal. Fuéronse los buenos hombres, quédase la Virgen con su compañía. En esto llega el atavío de la viuda, pónenle su manto negro y sus tocas negras.

13.—La vuelta al Cenáculo.

Quomodo sedet sola civitas plena populo? Facta est ut vidua Domina gentium (*Thren*., 2). Un poco antes lloró esto Jeremías: «¡Cómo está sola la ciudad! ¡Cómo está triste la que tan alegremente vivía en esta vida con su Hijo! Está hecha así como viuda la Señora de las gentes; la libre vuelta es tributaria.» Comienzan a irse hacia el aposento; iba la Virgen casi por fuerza; el cuerpo se iba alejando del sepulcro. Pasa por do estaba la santa cruz; híncase de rodillas, adórala; enternecióse con ella en gran manera. Esta Señora fue la primera que adoró la cruz do Jesucristo nuestro Señor murió. Llévanla al Cenáculo donde el mismo Señor celebró la noche pasada la Pascua. ¡Cuáles irían por las calles! Algunas buenas mujeres que conocerían a la sacratísima Virgen, que sabían cómo Jesucristo nuestro Señor era Santo, que ya el hecho era público, y sabían cómo sin culpa lo habían muerto por envidia que tenían de Él; y dirían aquellas buenas mujeres, que viesen a la Santísima Virgen ir tan sola, tan triste y tan angustiada: «¡Oh lastimada mujer! Sola y desamparada, ¿qué harás? ¿Con quién te consolarás? ¿A quién contarás tus lástimas? ¿Qué corazón te bastará a no desfallecer, habiendo perdido tal Hijo, y habiéndole con tus propios ojos visto padecer tantos tormentos y tan sin culpa?

Nadie se quejó de Ti, antes todos dicen mil bienes; ¿quién te hizo tanto mal? El Señor Dios te consuele y esfuerce, y te dé paciencia.»

Así, pues, llegaron a la casa, y entonces quedóse San Juan a la puerta para despedir la gente, y agradecerles su buen comedimiento. Díjoles: «Señores, el Señor por quien habéis hecho esto, os lo pague, y os depare siempre quien en vuestros trabajos os ayude y favorezca. Ya veis, señores, cuán penada viene esta Señora; déjenla sola llorar su dolor, pues no hay en la tierra consuelo para Ella.»

Entra la Virgen en el aposento donde la noche antes había cenado. ¡Qué renovar de lágrimas habría allí! «¡Oh Hijo y Señor mío, compañía mía, ¿dónde quedas? ¡Es posible que venga Yo, dejándote a Ti sepultado! ¡Anoche estabas aquí con tus discípulos, y ahora te dejo debajo de la tierra! ¿Qué va, Señor mío, de esta hora a la de ayer a estas horas? ¿Dónde iré que te halle? ¿A dónde iré que me alegre, faltándome Tú? ¡Cuánto más consuelo sintiera mi ánima estando allá acompañándote, que en estar aquí apartada de tu presencia!»

14.—La Virgen recoge a los Apóstoles.

Llama a San Juan: «Di, hijo mío, ¿a dónde están mis hijos? Vuestros hermanos ¿dónde están? Los racimos de mi corazón, los pedazos de mis entrañas, ¿a dónde están? Traédmelos acá.»

—Dejad eso, Señora; harto tenemos ahora en qué entender con el muerto; dejad ahora los vivos.

—No —dijo la Virgen—; baste mi dolor, no añadáis dolor a dolor; bástenme mis angustias; traédmelos, que no descansaré hasta que vea los discípulos de mi Hijo.

—Que no digáis eso, Señora. ¿Quién ha de osar venir? Todos huimos cuando le prendieron; Pedro lo negó. Que no querrán venir de vergüenza.

—No me digas tal; traédmelos, que Yo les prometo perdón de mi Hijo.

Fue San Juan hacia la fuente de Siloé; a uno hallaba en una cueva, a otro en otra. Párase a escuchar; oyó voces de hombre

que estaba lamentando: «¡Oh traidor, cobarde, cambiador[16], fementido! ¿Y así habías de huir y dejar a tu Maestro en las manos de sus enemigos? ¡Oh mal hombre!» Llega San Juan: «No más, no más, hermano, anda acá, que nuestra Madre la Virgen te llama.» Llega y dícenle: «Quita allá, no me digas eso; ¿y parecer había yo delante de gentes, cuanto más delante de la Madre de mi Maestro? Hombre que tuvo cara para huir, ¿quieres que la tenga ahora para parecer?» —«Calla, hermano, que perdonarte ha: ¿no conoces ya su misericordia? Tu Madre ha prometido de alcanzarte perdón; anda acá, no hayas vergüenza.»

Pasa más adelante; oyó que hacían gran llanto en una cueva; paróse a escuchar, y en la voz conoció que era San Pedro. «¡Oh canas traidoras, mal empleadas! —estaba diciendo—. ¡Oh pecador fementido, cobarde, mentiroso! ¿Y así habías de negar a tu Maestro? ¿Tres años de conversación tan estrecha, que ni una hora nunca de ti me aparté, tantos favores me diste, tanto amor me mostraste, y yo juré que no te conocía ni sabía quién eras? ¿Pusiéronte cuchillo, mal hombre, a la garganta? ¿Estaban los tormentos aparejados delante, para si no querías negar a tu Maestro? ¿Acometióte algún esforzado hombre, hubo algún grande ejército? ¿Una voz de una esclavilla te hizo temblar? ¡Oh mal hombre!, ¿y qué hiciste?» —«No más —dice San Juan—, anda acá, hermano, que nuestra Madre te llama.» —«Vete de ahí, ¿qué dices? No mientes tal; aquí acabaré los días de mi vida con esta lengua que dijo que no lo conocía; aquí la castigaré en pena de su mal hablar; estos ojos se harán fuentes de lágrimas, estas manos serán sayones, y yo tomaré venganza de mí mismo. Yo hice el mal, yo lo pagaré; andad con Dios, hermano, dejadme llorar mi pecado.» —«Anda acá, Pedro, no digas tal; ¿tan poca confianza tienes de nuestro Maestro? ¿Por qué dices eso? ¿No sabes cuán blando es y cuán amoroso? Anda acá, que su Madre, y nuestra, te llama; hazte ahora amigo con Ella, y luego te alcanzará perdón. Anda, vamos, no hayas vergüenza.»

Busca más: hallólos todos; vanse para el Cenáculo, hallan a la Virgen, llegan todos la boca por el suelo:

«Señora, he aquí los malos, los cobardes: todos huimos y le dejamos; sola Vos, Señora, no huisteis; todos perdimos la fidelidad;

[16] *Cambiador*: San Mateo.

Vos, Señora, no la perdisteis; alcanzadnos perdón, Señora.» Júntanse allí todos: toda la noche y el día era pensar cómo le crucificaron; su plática no era otra. Decía San Juan, que lo vio todo: «¡Oh hermanos, si le viérades en la columna, si en la coronación de espinas, si le viérades con tanto trabajo llevar la cruz sobre sus benditos hombros pregonándole por traidor, con cuánta deshonra, con cuánto cansancio; si lo viérades en la cruz, perdido el color de su bendita cara, las lágrimas en aquellos ojos, su cabeza corriendo sangre, sus pies y sus manos hechos también fuentes, y dar con tan gran trabajo el ánima al Padre!»

Así pasaron la noche, así pasemos nosotros acompañando y consolando a la Virgen y llorando con Ella tanto dolor como por nuestra causa le vino; y esta Señora, que tan afligida es hoy en la tierra, nos pagará rogando por nosotros en el Cielo cuando la llamáremos. Consolarnos ha en nuestras tristezas, y socorrernos ha en nuestros trabajos y necesidades, y nos alcanzará la gracia y después gloria.

TRATADO 5.°

ASUNCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

(La Virgen, mártir de amor.)

Quae est ista, quae ascendit de deserto, deliciis al fluens,innixa super dilectum suum?

¿Quién es ésta que sube del desierto, llena de regalos, recostada sobre su Amado?

(Cant., 8.)

1.—Para la Virgen, hoy se acabó el padecer.

No hay término que no llegue, en las cosas que son medidas por tiempo. No se alegre el malo en los placeres y prosperidades que tiene, porque presto vendrá un día por su casa, en que le quiten de la boca la embriaguez de sus vicios, y se dé contra él aquella dura y justa sentencia (*Apoc*., 18, 7): *Cuanto se glorificó en sus deleites, tanto le dad de tormento y lloro. Pasáronse los siete años de la fertilidad* que hubo en Egipto, y *sucedieron otros siete de mayor esterilidad que la pasada fertilidad* (*Gen*., 41, 53). Y por unos deleites y pecados breves que en siete días se gozan —que significan toda esta vida—, les sucede no siete años solos de grandes tormentos, mas siete mil cuentos de años, y mientras Dios fuere Dios. Era temporal esta vida; vino su término, y vino tras ella la muerte, que no tendrá fin. No se alegren los que en este mundo tienen prosperidad; *no lleguen su corazón a las riquezas, aunque les vengan* (*Ps*. 61, 11); *no se alegren cuando compran*, no lloren cuando pierden hacienda; *usen de este mundo como si no usasen; porque se pasa*, y muy presto, *la figura de este mundo*, como dice San Pablo (1 *Cor*., 7). Y los varones de las riquezas durmieron el sueño de la muerte, la cual, quieran o no quieran, ha de venir, y

ninguna cosa de ellas hallaron en sus manos, como dice David (*Ps*. 75, 6). No tiene por qué gloriarse el malo ni el vano, porque el dejo de lo que aquí le daba placer, es más amargo sin comparación que el deleite que recibieron.

Si gozaros queréis, yo os diré lo que para ello habéis de hacer. A vosotros digo, que *os tenéis por extranjeros* en este mundo (1 *Petr*., 2, 11), y habéis puesto vuestro cuidado en tener tal vida, que tengáis con razón esperanza de gozar de la otra. Alégrense los que guardan los mandamientos de Dios, porque los servicios su término tienen, el galardón para siempre será. Consolaos los que lloráis vuestros pecados, y los que lleváis a cuestas la penosa cruz de la penitencia y mortificación de vuestras pasiones, y sois obedientes a Dios en los trabajos que Él os envía, y no le dais por ellos quejas como los mundanos, mas gracias como buenos cristianos, porque todas estas cosas temporales son, y su fin tienen, y *obrarán* después *en vosotros eterno peso de gloria* (2 *Cor*., 4, 17).

Alegraos, alegraos los que de veras amáis al Señor, por cuyo amor tenéis la morada de esta vida por penoso destierro, y por ser leales al amor del Señor, en ninguna cosa os queréis aquí consolar, mas como casta tórtola tenéis el gemido por canto, y *os habéis sentado sobre los ríos de Babilonia* (*Ps*. 136, 1), despreciando todo lo que en el mundo florece, porque se pasa como agua de río, y vuestro oficio es *llorar, acordándoos de aquella* celestial *Sión*, en la cual Dios es visto con grandísimo y eterno gozo, no por velo, sino faz a faz claramente. No desmayéis en vuestros trabajos, porque jurado ha el Señor de *quitar la copa del amargor de vuestra boca* (*Isai*., 51, 22), y daros eternas consolaciones. Y día vendrá —y cierto vendrá, y presto vendrá— en que Dios os dé el deseo de vuestro corazón, y abrirá vuestra cárcel, y romperá las cadenas de vuestra mortalidad, y *pondrá en vuestra boca un cantar nuevo* (*Ps*. 39, 4), y *sacrificaréis a Dios* en el Cielo *sacrificio de alabanza perpetua* (*Ps*. 115, 17).

Sabed bien considerar el presente día y solemnísima fiesta, en el cual se llegó el término tan deseado y tan pedido por la sacratísima Virgen María, Madre de Dios y Señora nuestra, y gozándoos de tan grande bien como a Ella le vino, pues hoy entró en la ciudad celestial con tanta fiesta y regocijo, que pone en

admiración a los ángeles, y espantados de que en este miserable desierto hubiese tan preciosa reliquia, y que con tanta honra y pompa fuese subida a la alteza del Cielo, y constituida por Señora de los que están allá y de los de acá, preguntan diciendo (*Cant*., 8): *¿Quién es ésta que sube del desierto, abundante en regalos, arrimada sobre su Amado?*

Gócense, pues, los buenos hijos de la libertad de su bendita Madre, y esperen ellos que, a semejanza de Ella, les vendrá el día de su libertad, en que libres de la corrupción de esta vida, gocen con Ella en el Cielo del don de incorrupción perpetua, de cumplida gloria, y de la alegre vista de Dios; y entiendan que esta Virgen bendita no sólo nos es dada para ejemplo de nuestra vida, a la cual sigamos e imitemos en sus virtudes, mas también tenemos en Ella ejemplo y motivo para esperar que, si fuéremos acá por el camino que Ella fue, aunque no tan aprisa ni con tanta santidad, iremos donde Ella fue, aunque menores en gloria.

Estemos, pues, muy atentos, y no perdamos de vista a esta Señora tan acertada en sus caminos, y tan verdadera estrella y guía de los que en este peligroso mar navegamos. Y pues que en otras fiestas, desde que fue concebida en el vientre de su madre, hay mucho que mirar y que aprender y con que consolarnos, tenemos obligación el día de hoy a decir algo de ésta, que no tiene menos provechos que cualquiera de las otras. Y comencemos por aquí.

2.—Martirio de la Virgen desterrada.

Señor, amando a vuestra benditísima Madre con amor tan grande cual conviene amarla tal Hijo como Vos sois, y ser amada tal Madre como Ella es, ¿qué fue vuestro consejo, que aunque justo en sí, fue para Ella penoso, que subiendo Vos rico y próspero, acompañado de ángeles y ánimas santas a reinar en el Cielo, sentado *a la diestra del Padre, donde hay deleites para siempre jamás* (*Ps*. 15, 11), dejasteis a esta Señora en el destierro de la tierra, donde aunque por vuestra gracia Ella tuviese vida muy ajena de todo pecado, mas por estar ausente de Vos, le había de ser un penoso destierro? ¿Quién, Señor, entenderá vuestros caminos? ¿Quién dijera que pidiérades más trabajos a esta Virgen bendita,

que los que pasó al pie de la cruz viéndoos morir en ella con graves dolores? Vos, Señor, sois el sol y Ella la luna; y pues que Ella se eclipsó cuando Vos os eclipsasteis, ¿por qué cuando vais lleno de lumbre y de gloria, no participa Ella también de lo que Vos en tanta abundancia? La sombra sigue al Cuerpo, y la Virgen a Vos, y de Vos está colgada como fidelísima sierva. ¿Por qué —pues en el tiempo de vuestra tribulación Ella os acompañó y siguió—, por qué os vais al Cielo con mucha prosperidad, y la dejáis a Ella en la tierra?

Ya veo, hermanos, que me estáis respondiendo lo que Dios dijo por el Profeta Isaías (55, 9): *Cuanto son ensalzados los Cielos sobre la tierra, tanto mis caminos exceden a los vuestros*. Así, Señor, lo creemos; todos son justos, llenos de sabiduría y de bondad; y alabándolos por tales, los deseamos, pues los queremos entender para vuestra gloria y nuestra edificación. Mas es primero de advertir, que por mucho que despabilemos nuestros ojos para considerar cuán grande fue el martirio que esta Virgen sagrada pasó todo el tiempo que vivió en este destierro, desde el día que su benditísima Hijo y Señor subió a la ciudad soberana, hasta el día de hoy, en el cual Ella alcanzó lo que deseaba siendo llevada allá, no podremos entender aun la menor parte de su penoso martirio.

3.—El amor fue su verdugo.

El amor le causaba deseo de ver a su Dios faz a faz. Tanto cuanto el amor es mayor, el deseo es más crecido y su dilación más penosa; y si hubiere quien pueda pesar el gran peso del amor que la Virgen tenía, aquél podrá saber sus encendidos deseos dónde llegaban, y cuánto le atormentaba la dilación de cumplirse.

¡Oh Virgen gloriosa, que de una misma fuente os nace lo dulce y amargo, lo que os hace a Dios agradable y lo que os martiriza! El amor, y grandísimo amor, que sobrepuja todo conocimiento, que a Dios tuvisteis, éste os hace alta, y agradable y bienaventurada en su acatamiento; y este mismo, a la medida de su grandeza, os atormenta como gran sayón. Aquel *cuchillo* que el santo viejo Simeón os profetizó que había de traspasar vuestro Corazón (*Lc.*, 2), cuando visteis a vuestro Hijo crucificado y morir en la cruz, fue figura al vivo. Mas si no hubiera en vuestro corazón

cuchillo de amor, con que vuestra sacratísima ánima estaba dulcemente herida hasta lo más íntimo de ella, poco os atormentara el ver padecer a quien mucho no amábades. Este, este vivísimo amor os hacía cuidar lo que convenía a vuestro sacratísimo Hijo; éste, temer no le viniese algún mal; éste, llorar cuando le vino, y sentir dolores de muerte en su muerte. Y cuando al humano juicio parecía que este amor os hubiese de dar descanso, gozando en el Cielo del que tanto amasteis viviendo en la tierra, comience de nuevo, por consejo de Dios, a atormentaros como de antes, y que dure el tormento por toda la vida, y aun que vaya creciendo mientras más creciere la vida.

Por experiencia tenemos, que los amigos de Dios que se hallaron presentes a la muerte del Señor y se compadecieron de ella, se contentó Dios con aquel martirio de compasión interior que allí pasaron y padecieron, sin consentir que mano de sayón exterior atormentase a los que el interior amor tan gravemente martirizó. Mas según veo, Señora, Vos, la que más allí padecisteis, os tornan a dar a beber el cáliz de amargura de la ausencia de vuestro benditísimo Hijo, más penoso para Vos, que la muerte que os pudieran dar los sayones crueles.

Tenía esta Virgen grandísima lumbre en su entendimiento, para conocer y poner en su lugar los beneficios que Dios le había hecho; tenía muy tierna voluntad para agradecerlos y considerarlos muchas veces; y soplando a la continua en leña tan aparejada para encender fuego, engendrábase en su Corazón una llama de amor que la abrasaba, y hacía desear con todas sus fuerzas ver ya Aquel que tan singulares mercedes le había hecho. Y si hay hombres que, acordándose que Dios les ha perdonado los pecados que han hecho, ni se pueden contener de lágrimas tiernas, ni cesan de amar al que tanta misericordia les hizo, y el Señor dice (*Lc*., 7, 43), que a quien más pecados les son perdonados, más amor tiene a su perdonador, ¿qué sentiría aquella Virgen bendita cuando se acordase de tan grande beneficio, recibido de la mano piadosa de Dios, que ni en su Concepción ni en toda su vida cayó en Ella pecado? Porque muy bien sabía que es mayor merced dar Dios la inocencia, no dejando caer en pecado, que al caído darle perdón. Y por esto todos los pecados que allí pudiera haber hecho, y que otros hacían, ponía a cuenta de deuda propia, y agradecía a Dios como si los

hubiera cometido y fuera perdonada, y aun mucho más según habemos dicho. ¿Qué os diré? ¿Qué amor obraba en su corazón el agradecimiento de la gracia y santidad que había recibido? Que como humilde y fiel sierva, por todo ello *engrandecía su ánima a Dios* (Lc., 1, 46) y no a Sí misma.

Pues cuando pensase la inefable y nunca oída merced que Dios le había hecho en tomarla por Madre, sería tanto el amor que de Ella se enseñorease, que le causase desmayo y falta de fuerzas, y le hiciese decir muy de corazón lo que está en los Cantares (2, 5): *Que de amor estoy enferma*. Sus grados tiene el amor; hiere, y ata, y es insaciable. Herido está el corazón del amor de Dios cuando se enseñorea tanto del hombre, que a todos los otros amores éste sobrepuja, y cumple lo que el Señor en el Evangelio pidió (*Mt*., 10, 37): *El que ama a padre o madre más que a Mí, no es digno de Mi*; y (*Lc*., 14, 26): *Si alguno viene a Mí, y no aborrece padre y madre, mujer, hijos y hermanos, y aun a sí mismo, no puede ser discípulo mío*. La ley de la Bondad divinal pide, y con mucha justicia, que así como ella es en Sí cosa infinita, así sea preciada de hombres y ángeles sobre todas las cosas, de manera que le haga decir con San Pablo (*Rom*., 8, 35): *¿Quién nos apartará del amor de Cristo? Ni tribulación, ni angustia, ni hambre, ni desnudez, ni peligro, ni persecución, ni espada* que mate; *mas en todas estas cosas sobrepujamos por amor de Aquel que nos amó. Porque cierto estoy que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados ni las virtudes, ni las cosas presentes ni las por venir, ni fortaleza ni alteza ni lo profundo, ni otra criatura alguna, nos podrá apartar del amor de Dios, que está en Jesucristo nuestro Señor*.

4.—Saetas de amor entre Dios y la Virgen.

¿Qué saeta tan fuerte, ni con tanta violencia puede herir a un cuerpo, como este amor que Dios infunde en el corazón hiere al ánima hasta lo más íntimo de ella? Herida es que da salud; y quien esta llaga no tiene, mal sano está. Y aunque tiene nombre de herida, dulcísima cosa es. Y sin ira, tira esta saeta el Señor, y sin enojo la recibe su criatura, antes se precia de ella en los Cantares (2, 5), diciendo: *Herida estoy con amor*. Dichosa herida para la criatura,

pues el mismo Dios, Omnipotente e insuperable, no se defiende de aquesta saeta, si hubiese quien se la tirase, según Él da testimonio, diciendo (Cant., 4, 9): *Heriste mi corazón, hermana mía, esposa mía, con uno de tus ojos, y con un cabello de tu cabeza*. ¿Quién contará los misterios del amor que entre Dios y la Virgen pasaban, hiriendo Él a Ella con la contemplación de su hermosura y de su bondad, y Ella a Él con amarlo y pensar en Él con grandísima fidelidad? Porque *el ojo derecho*, el amor de Dios es; y *el un cabello de la cabeza*, el continuo pensamiento en el mismo Dios es.

De donde parece que no sólo la bendita Madre de Dios estaba herida con el amor, y amor fuerte e insuperable, con el cual estaba determinada de morir antes mil muertes, que hacer a Dios una ofensa, chica ni grande; mas también tenía su pensamiento tan puesto en Dios, que nunca le ponía en olvido. Bendito sea Dios para siempre, que hubiese en la tierra quien con amorosa y continua memoria de Dios hiciese contrapeso a los muchos que, recibiendo cada hora y momento mercedes de Dios, se les pasan por alto los días y las horas sin se acordar del que nunca de ellos se olvida; y si se acuerdan, es una memoria seca y desamorada; porque aquélla es la verdadera, que así se acuerda de Dios y de sus mandamientos, que hace que se pongan en obra. Y por aquellos tales se queja el Señor, diciendo por Jeremías (2, 32): *¿Por ventura puédese olvidar la doncella de la faja con que ciñe sus pechos? Mas mi pueblo hame puesto en olvido días sin cuento*.

¡Oh Doncella, honra de todo el pueblo de Dios, cuán mayor cuenta teníades Vos de traer siempre rodeado a Dios a vuestro corazón, que ninguna doncella tuvo cuidado de su faja ni de su atavío! Aquéllas, por tener cuidado de la vanidad, y bien parecer a los hombres, se descuidan de tener a Dios en su corazón; mas Vos, Señora, cuyo propósito siempre fue despreciar todo lo perecedero, y buscar la hermosura de las virtudes que agradan los ojos de Dios, todo vuestro pensamiento, orando o no orando, y en todo tiempo, lugar y honra, estaba atento a Dios, cumpliendo y sobrepujando lo que dijo el Profeta David (*Ps*. 18, 15): *El pensamiento de mi corazón está siempre delante de Ti*. Parecíaos, Virgen bendita, gran traición acordarse de Vos siempre Dios, y Vos olvidarle un solo momento, trayendo santa competencia con Él, y aprendiendo de lo que Él hacía con Vos para hacer Vos lo mismo con Él. Ama-

baos Él con amor liberal, sin respeto de propio interés; porque lejos está de la infinita riqueza de Dios vender a nadie su amor, ni esperar provecho, pues que su bien ni puede crecer ni disminuir. Vos, Señora, con aquel corazón liberal, magnánimo y no interesado, semejable en su manera al de Dios y recibido de la mano de Él. teníades puesta en olvido a Vos misma, y dábades a Dios un amor desinteresado y una memoria continua, para que se verificasen de Vos, mejor que de nadie, aquellas palabras de los Cantares (2. 16): *Mi Amado a Mí y Yo a Él*, que más contienen afecto de ánima que cumplimiento de sentencia[17]; pues que ni dicen qué es vuestro Amado [para Vos, ni qué sois Vos para Él]. Mas no diciendo en particular lo que es el uno al otro, se da a entender que es tanto, que no se puede decir. Todas las cosas, Señora, os es Dios; y todas las que una criatura puede ser para Él, Vos lo sois; el mayor contentamiento que la pura criatura le puede dar, Vos se lo dais. Razón tuvo, por cierto, el Espíritu Santo en no declarar cosa particular en aquellas palabras; porque fuera decir poco de lo mucho, y las cosas altas mejor se declaran en las honrar con silencio, que con decir la menor parte de sus excelencias.

5.—Dulcísima guerra .—Dureza de nuestro corazón ante el amor divino.

¿Quién contará esta guerra tan dulce, tan sin enojo, entre Dios y la Virgen bendita, en la cual la hermosura de Él hiere a Ella, y la de Ella hiere a Él, presa y atada con aquellas prisiones, de cuya fortaleza Él se gloría diciendo (*Os*., 11): *Yo los traeré a Mí en las cuerdas de Adán, y en las prisiones del amor*? Entendiendo por lo primero los beneficios naturales que hace a los hombres, y por lo segundo los que son sobre naturaleza.

Y si miráis lo que vale cualquier beneficio de Dios, aunque sea el menor de ellos, y principalmente el amor de su divino corazón con que nos lo da, ninguno hay tan chico que no sea bastante de sí a prender al hombre, y atarlo con Dios por amor, y ofrecerle todo servicio. Y si uno sólo es bastante para hacer esto, ¡qué presos de amor nos debían tener tantos y tan grandes como Dios nos ha hecho a los hombres, y cada momento nos hace! Mírese un

[17] *Cumplimiento de sentencia:* sentido completo.

hombre mismo a sí, mire el Cielo y mire la tierra, y vea que todo es leña de beneficios para encender en el hombre el fuego del divino amor, y todos son tan fortísimas cuerdas para amorosamente atarle con la santa voluntad de Dios y su Ley, que le hagan amar la atadura de la salud, que es la obediencia de Dios, y aborrecer la mala soltura de la propia voluntad, causadora de que en el infierno aten al hombre que aquí la siguió, de pies y de manos, donde esté preso, cautivo de los demonios, y sea su esclavo el que aquí no quiso sujetarse a Dios para vencer demonio y pecado. ¿Quién bastará a maravillarse de tan gran enfermedad de los hijos de Adán, que con tantos emplastos llenos de eficacia y blandura, no cobran salud, pues con todos ellos, y gozando de ellos, y holgándose de recibir los dones de Dios, no levantan sus ojos a considerar que es mucha razón de ser amado y servido un bienhechor tan continuo, que ningún momento deja de serlo, y tan copioso, que ninguno basta a contar la innumerable copia de sus mercedes, y tan piadoso, que por sólo amor y bondad hace lo que hace, deseando que los hombres, provocados con los beneficios que de su mano reciben, le amasen, y tuviesen disposición para recibir lo que Él desea darles, que es a Sí mismo? ¡Oh lamentable ceguedad y traición de una esposa que, enviándole su esposo muchas y hermosas joyas para que a la continua se acuerde de él y no se le enfríe, antes más y más se encienda en su amor con las muchas y preciosas dádivas, torna ella esto tan al revés, que aficionándose a las joyas, huelga tanto con ellas, que por ellas olvida a su esposo que las envió para incentivos de amorosa memoria!

Y si estos beneficios de naturaleza debían bastar para prender a los hombres en el amor del Señor, ¿qué os diré de la fuerza que habían de tener en nuestros corazones los beneficios que sobre toda orden de naturaleza recibimos? Si en darme Dios el ánima y cuerpo que tengo me obliga a amarle y servirle con ello, ¿en qué obligación me pone darse Dios a Sí mismo a muerte de cruz, por remediar lo que primero me había dado y yo lo había perdido por mis pecados? Si por lo que me da para mantenimiento y regalo de este miserable cuerpo le debo amor, ¿qué será por la gracia, y por sus Sacramentos que son causa de ella, que para que mi ánima sane y se esfuerce en el camino de Dios ordenó que le costase su vida? Por beneficio natural me hizo señor de este mundo, y por

sobrenatural me hizo heredero del Cielo. Mercedes son éstas tanto mayores que las naturales, que sin ninguna proporción les exceden. Y por eso la divina Escritura (*Os*., 11) llama a las primeras *cuerdas*, y a las segundas *prisiones*; las primeras *convidan*, las segundas parece que *fuerzan*. Porque ¿quién se defenderá de la violenta saeta de Dios, y saeta sin pecado, y quitadora de nuestros pecados, que es Jesucristo puesto en la cruz, bastante para herirnos de amor por sólo ponerse en ella, aunque fuera sin pena ninguna? Mas para que más fuertemente nos hiera, y del todo parezca saeta, le son puestos clavos en las extremidades de sus pies y manos, porque, palo con hierro, sea tan fuerte saeta tirada de la mano de Dios, que *no haya quien se defienda del calor de su amor* (*Ps*. 18, 7), ni arma ni acero que le resistan.

Mas ¡ay de nos! que es mayor nuestra dureza que la del hierro y de las piedras, y hacemos salir en balde las invenciones que la sabiduría de Dios busca para remediar nuestra mala soltura; y siendo Él invencible, omnipotente, parece que le vencemos en la guerra continua que entre Él y nosotros hay, haciéndonos Él beneficios, provocándonos a su amor, y nosotros con gran desvergüenza recibimos lo que nos da, y negámosle nuestro amor y nuestra obediencia. Dejemos de hablar de esto, porque es triste materia y digna de lloro, y no viene bien para la fiesta alegre que entre manos tenemos. Porque como la Escritura dice (*Eccli*., 22, 6) que *en el tiempo del lloro es la música cosa importuna* y fuera de tiempo, así también en el tiempo de la alegría es el lloro cosa importuna.

Convirtamos nuestra habla a la dulcísima Virgen y recibirá nuestro corazón consuelo de ver cuán bien obraban en Ella la prisión que pretendían los beneficios de Dios; el cual la tenía, según habemos dicho, tan herida con su amor, que él era ley de su corazón, y puesto en el mejor lugar de su ánima; y le tenía el pensamiento tan atado con él, que no le dejaba que se olvidase ni un solo momento. Puede un herido pensar en otras cosas, para que con aquella diversión olvide el dolor que le da su herida; mas quien tiene atado su pensamiento continuo con lo que le hirió y su herida, ¿qué remedio le queda, pues no puede huir de lo que le causa el dolor?

Herida y presa estaba la Virgen del amor divinal, más que ninguna criatura; y *herido y preso* tenía a su Señor y su Dios, más que ninguna criatura. Ni el Señor ni ella querían resistir a las heridas y prisiones de amor, antes se daban de muy buena gana tan sujetos al señorío del que obraba en ellos cuanto quería. Salvo que en Dios no podía obrar pena, y toda caía sobre la Virgen bendita; porque Él es del todo impasible, y Ella muy aparejada a padecer martirio de amor.

6.—Amor inconsolable de María.

Y lo que es mucho de mirar, que guardaba esta Virgen tanta lealtad al amor de Dios que toda la había poseído, que tenía por género de traición contra el amor del Señor tomar consolación en alguna cosa que no fuese Dios. Había leído lo que dice David (*Ps*. 76, 3): *No quiso mi ánima ser consolada*. Y cumplíalo muy mejor que él; y decía a las consolaciones que aquí podía tomar (aunque sin pecado) lo que Job (16, 2) a sus amigos: *¡Consoladores sois pesados vosotros!* Porque antes tenía por impedimento de la verdadera consolación divinal consolarse en las criaturas, que no por remedio de la herida amorosa de su corazón. Y mientras no estaba en el Cielo viendo y poseyendo al Señor que la hirió, vivía una vida de martirio, siéndole todas las cosas de este destierro muy llenas de cruz. Y así, no gozaba de lo que acá podía gozar, ni alcanzaba la subida al Cielo que deseaba. Y a semejanza de Job (7, 15), que decía: *Mi ánima ha escogido estar colgada*, estaba la Virgen entre el Cielo y la tierra, colgada de donde estaba el deseo de su corazón.

De manera que su vida era un puro tormento, y ni descansaba con llorar, ni le daban lo que deseaba; y así decía con ansias de su corazón, mayores que las del Profeta David (*Ps*. 41, 2): *¡Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así mi ánima desea a Ti, Dios! Hubo sed mi ánima de Dios, fuente viva: ¿cuándo vendré y pareceré delante de la faz de Dios?* Y porque estuviésemos ciertos que mientras no estaba presente a su Dios, al cual deseaba, no se inclinaba a tomar otra alguna consolación, decláranos luego cuál era su ocupación y ejercicio, diciendo: *Fuéronme mis lágrimas pan de noche y día, mientras me dicen: ¿Dónde está tu Dios?* Derrama-

ba lágrimas por su largo destierro, diciendo con David (Ps. 119, 5): *¡Ay de mi, porque mi morada en este destierro se ha prolongado! Vivido he con los moradores de Cedar, y mucho tiempo ha sido mi ánima moradora de esta tierra.* (*Job*, 7, 2): *Como desea el jornalero el fin de su trabajo, y el siervo cansado la sombra donde repose; así Yo* —decía la Virgen— *he tenido meses vacíos, y he contado trabajosas noches para Mí*. No vivió la Virgen ni un solo momento sin ganar nuevos merecimientos, y de esta manera nunca vivió meses vacíos; mas para lo que Ella deseaba, que era ver a Dios en el Cielo, tenía por cosa vacía el tiempo; y contábalo por noches trabajosas mientras no alcanzaba lo que deseaba. No se maraville nadie de que la Virgen bendita dijese con suspiros salidos de su Corazón: *¡Ay de Mí, porque mi morada se ha prolongado!* Porque no es pequeña causa de dolor para quien tiene perfecto amor del Señor, vivir en la tierra de Cedar, significada por este mundo, lugar en el cual es Dios ofendido. Y como la bendita Virgen tenía el amor de Dios tan sin medida, del cual nacía la viveza de los espirituales sentidos, olíanle peor los pecados que en el mundo se hacían, y amargábanle más que ninguna cosa corporal, por hedionda y desabrida que sea, ni que pueda dar desabrimiento a los corporales sentidos.

7.—Ímpetu de su Corazón.

Y juntando en uno el desabrimiento que lo que pasaba en la tierra le daba, que la convidaba a huir de tal lugar, y por otra parte el deseo de la presencia de Dios en el Cielo, era tan grande el ímpetu de su Corazón a lo alto, que muchas veces alzaba los ojos al Cielo donde estaba su tesoro, con arroyos de lágrimas que de ellos salían, suspirando decía lo que dijo David (*Ps*. 83, 2) y mucho mejor: *¡Cuán amadas son de mí tus moradas, Señor Dios de las virtudes! Mi ánima desea, y con el grande deseo se desmaya por estar en los palacios del Señor.*

No piense nadie que este deseo tan encendido de esta Madre bendita por ver a su Hijo bendito en el Cielo era causado de naturaleza, como otras madres suelen desear la presencia de sus hijos. Porque aunque el amor natural no estaba en Ella perdido, pues no es contrario a la gracia; mas era tanto el sobrenatural con que a su

Hijo amaba en cuanto hombre, y muy más sin comparación en cuanto Dios, que sobrepujaba al amor natural y a los deseos de todas las madres de ver a sus hijos, como excede un fuego tan grande como todo el mundo al de una pequeña centella. Espíritu era de Dios el que meneaba su Corazón para estos deseos, y le *hacía pedir* el cumplimiento de ellos *con gemidos que no se pueden contar* (*Rom*., 8, 26). No hay en el Corazón de la Virgen cosa que no fuese cubierta con oro, y oro fino, pues lo había así en el arca del Testamento, que era figura de Ella; porque era amor sólo sobrenatural o el amor natural tan rodeado y cercado de la gracia del Señor, que en lo uno y en lo otro era movida por el Espíritu Santo. Y como Ella entendía venirle del Cielo aquesta moción y soplo divino que la soplaba y encendía los deseos de ver a su Dios, soltaba la rienda a su Corazón para que con todas sus fuerzas lo desease, pues su intento era obedecer y agradar a Dios en todas las cosas.

8.—Por qué dejó Dios a la Virgen en la tierra.

¡Quién no se admirará de ver en cosa tan amada de Dios paso de tan grave tribulación que la hacía desmayar, y que la mirasen los ojos de Dios, y la dejasen padecer tantos años! Y lo que más de admirar es, que Él mismo le encendía más y más los deseos, y ni le daba lo que deseaba, ni le quitaba lo que le atormentaba. ¡Incomprensibles son vuestros caminos, Señor! *Sobre la mar andáis*, y, como decía David (*Ps*. 76, 20), *vuestras pisadas no son conocidas*. Profunda es vuestra sabiduría; y grande misericordia recibiremos si nos dais a entender, o siquiera rastrear, por qué tal Hijo a tal Madre le dilata tan justos deseos, siéndole esta dilación causa de tan grandes tormentos. Una cosa, hermanos, tened por averiguada: que obra tan particular, en persona tan calificada no tiene causas livianas, sino muy importantes, si hay lumbre del Cielo para las mirar. Miró en esto el Señor al mayor provecho de su sacratísima Madre; miró al provecho de la Iglesia que entonces había, y también a los que después habíamos de nacer en ella hasta que el mundo se acabe.

A) Para acrecentar sus méritos.

Determinado tenía Dios *ab aeterno* el alteza de la gloria que había de dar a su sacratísima Madre. Y para cumplir con su justicia, quiso que fuese por medio de grandes servicios que Ella hiciese, y grandes trabajos que padeciese. Y aunque la predestinación suya fue de balde, y para gloria de la divina Bondad, los medios de Ella quiso que fuesen costosos, y muy costosos, proporcionados con la grandeza de la gloria que la había de dar. No tenga nadie a Dios por cruel en ordenar que la vida de la Virgen antes de la Pasión fuese un puro martirio, y después de la Pasión también. Amor fue, y no malquerencia; y como el Padre de Él le trató, siendo su Hijo amantísimo, así Él trató a su amantísima Madre. Y los que no podemos ver la grandeza de la gloria y descanso que tiene en el Cielo esta Virgen, rastreémosla por los grandes trabajos y cuchillo agudo que de muchas maneras hirió y traspasó su Corazón benditísimo, que en la tierra sabemos que padeció; pues está escrito (2 *Tim*., 2, 12) que *seremos juntamente glorificados con Cristo, si juntamente padeciéremos con Él*. Y quien más padeciere, más glorificado; porque Él es dechado, así en santidad, como en padecer trabajos, *al cual quiso el Padre Eterno que fuésemos conformes en la tierra y en el Cielo los hombres que en la tierra escogió* (*Rom*., 8, 29). Por lo cual nadie se queje de ser tratado como Jesucristo lo fue de su Padre, y su Madre sagrada lo fue de su Hijo; mayormente si se considera *cuán poco es todo el trabajo que acá se puede padecer, en comparación de la gloria que será revelada* (*Rom*., 8, 13) en los que aquí llevaren su cruz, en imitación y obediencia de Cristo nuestro Señor, según dice San Pablo (2 *Cor*., 4, 17): *La tribulación que en este mundo se pasa*, aunque parece muy larga y pesada, a la verdad *es de un momento, y de poco peso, y obrará en el Cielo eterno peso de gloria*. Mas para tener de esto verdadera estimación conviene oír lo que luego dice: *Contemplando nosotros, no las cosas que se ven, mas las que no se ven; porque las cosas que se ven temporales son, y las que no se ven son, eternas*. Abre, Señor, nuestros ojos para que consideremos maravillas de la gloria, que (1 *Cor*., 2, 9) *ni ojo vio, ni oreja oyó, ni corazón pensó, ni lengua puede decir; la cual tienes aparejada* para los que en esta tierra de frialdad pusieren en Ti el

amor de su corazón como Tú lo mandas. Si aquello que allí está, si lo medio[18], si una partecica, si la gloria de un día sólo se pudiese ver, pareceríanos que la comprábamos muy barato a trueco de estar en tormentos desde ahora hasta el día postrero.

No penséis, no, que queriendo Dios tanto a su Madre, le vendiese tan caro lo que era de poco valor; ni que la atribulara, si no fuera a trueco de darle un eterno descanso, que sin comparación excede a los trabajos que acá pasó. Amóla el Señor de verdad, y el amor verdadero no tiene tanta cuenta con regalar al amado como con darle lo que le cumple; atribula en lo poco, y que presto se acaba, por tener ocasión de regalar en lo mucho, que no tiene fin. De manera que el martirio que la Virgen pasó con la dilación de ver a su Hijo, penoso le fue, mas muy provechoso. Y [a]sí, *la esperanza que se dilata y aflige al ánima* tiene por contrapeso que mientras más se dilata el bien, más le dan de él, y con mayor honra lo recibe. Porque mayor gloria es recibir galardón en pago de los buenos trabajos, que no recibirlo de balde; y mayor bien es la virtud de la obediencia y amor que en la paciencia se ejercita, por lo cual el hombre es hecho justo, que el descanso que pierde por ejercitarse en estos buenos trabajos. Pretendió, pues, el Señor con su sacratisima Madre su mayor merecimiento y gloria, y por eso la trabajaba según hemos dicho.

B) Para prepararla a la fiesta de hoy.

Quiso también aparejarla para el gran día de esta fiesta, en el cual había de entrar con excelentísima gloria a ver y gozar de la hermosa vista de la beatísima Trinidad; lo cual es tan grande bien, que años, y millares de años, que uno gastase en aparejarse para este bien, haría muy poco. Para oír el sonido de la bocina y las voces formadas en el aire por ministerio de ángeles (*Exod*., 19, 10) mandó Dios a Moisés que [se preparase el pueblo]. Para llegarse a ver al Señor en la zarza, [mandóle], en señal de la pureza interior que había de tener, *que se descalzase los zapatos*. Y antes de la entrada de la tierra de Promisión mandó Dios a Josué (5, 2) *que circuncide su pueblo*. Y la reina Esther (4, 16) se apareja con ayunos y oraciones para entrar delante del rey Asuero a abogar por

[18] *Lo medio*: la mitad.

el pueblo de Dios. Y [si] para éstas, y aun para otras cosas mucho menores, se nos pide aparejo, ¿quién será aquel que piense que para la mayor de todas no es menester grande y muy grande? Y grandísimo negocio es, un hombre nacido en la tierra subir a poseer el reino del Cielo. Dichoso día, y hora, es aquella en que, desatado de las prisiones de esta mortalidad, es subido a ver la hermosísima cara de Dios, y a gozar de Él sin temor de para siempre perderlo. ¡Oh hermanos! Dios nos dé a entender que la vida que aquí nos da no es para otro intento, sino para que en este momento de tiempo (que, aunque parezca largo, en fin, no es más que esto) nos aparejemos para alcanzar pureza de ánima para gozar del que es todo puro, y no para oír trompetas, ni voces de ángeles, sino al mismo Criador de los ángeles, Bien infinito. Aquella tierra, sin duda, es la verdadera tierra de Promisión, y los que han de entrar en ella, circuncidados de sus pasiones y enemigos de su propia voluntad han de ser; y los que quisieren parecer graciosos delante del verdadero rey Asuero, Jesucristo nuestro Señor, con ayunos y oraciones y otras buenas obras se han de aparejar. No os maravilléis, pues, que Dios apareje a su Madre para este dichoso día, en el cual fue subida a los Cielos a comenzar un gozo y gloria que nunca, mientras Dios fuere Dios, le será quitado; porque tan grande bien como le fue dado, gran aparejo pedía; y tan preciosa corona, después de gran victoria se había de dar; y quiso que ganase la victoria con grande trabajo, para que tanto más honroso y sabroso lo fuese, cuando más le había costado.

Mas ya que el Señor quiso que su Madre bendita se aparejase para ver a Dios en el Cielo, es cosa digna de preguntar qué aparejo había de ser éste, pues ni tenía pecados que llorar, ni descargos de conciencia con que cumplir, ni había menester que le dijesen misas, ni en otra cosa había entendido en toda su vida sino en aparejarse para este día tan grande. Gran cosa, Señor, debe de ser lo que dais en el Cielo; particularmente lo que aparejado teníades para vuestra Santísima Madre, pues a la que tan aparejada estaría, le pedís más aparejo, como el bien que le habéis de dar excede al que habéis de dar a los otros. La mayor virtud, que a Dios más agrada, y sin la cual ninguna le agrada, y ninguna es viva ni de provecho, es la virtud del amor. Y ésta, que es reina de las virtudes, como el oro entre los metales, es la que convenía que

más arraigada estuviese en la Virgen bendita, que excede a toda pura criatura como reina a vasallos; y en esto se ejercitó más por toda su vida, y ésta fue su compañera continua; *y como en la vida se amaron, hicieron lo mismo en la hora de la muerte* (2 *Reg*., 1, 23) y en el tiempo del aparejo para bien morir.

Amor fue el aparejo de esta Virgen bendita, el cual hacía desear con nuevos deseos estar junta con quien amaba. Porque efecto es del amor verdadero querer vivir junto con aquel a quien ama; y no tanto por el propio interés y descanso —como algunos malos pueden desear gozar de Dios y de sus bienes, movidos por el propio amor—, cuanto porque viendo de más cerca, y con luz clara, la presencia de Dios, tanto con mayores fuerzas le glorificase y amase. Y para este fin quería lo que tenía, y lo que esperaba y deseaba. Con el cual amor y deseo, la que estaba aparejada se aparejaba mejor, y se le ensanchaba más el Corazón para que en Ella cupiese más gloria, y tanto más sabrosa le fuese aquella divina comida en el Cielo, cuanto hubiese precedido mayor hambre y sed en la tierra, conforme a la promesa del Señor (Mt., 5, 6): *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos*.

C) Para consuelo de la Iglesia naciente.

Por éstas, pues, y otras muchas causas tocantes al provecho de esta muy amada Madre de Dios, que Él sabe, e ignoramos nosotros, quiso que Ella quedase en este destierro, y fuese martirizada con el deseo del Cielo, para que con la mayor dilación allegase mayores riquezas, y se hiciese apta para sentarse en silla de gloria, enseñoreándose y reinando sobre toda criatura.

Ahora oíd cuánto provecho se siguió de su quedada acá para los cristianos que entonces vivían, y cuánto daño les fuera, habiéndoseles subido al Cielo el sol de justicia, lumbre del día, que fuera también con Él su Madre sagrada, lumbre que alumbra en la oscura noche, que en este mundo es tan continua.

¿Quién confortara a los Apóstoles de la tristeza y flaqueza que les quedó cuando vieron que su Maestro, y todo su arrimo, se había subido al Cielo muy acompañado de servidores y amigos, y

se quedaban ellos en este miserable destierro y entre miserables y crueles enemigos? Cierto desmayaran, y ni aun por diez días esperaran. Confortados con la habla, fe y oración de esta benditísima Virgen, con la eficacia que sus palabras tenían para con los hombres y sus oraciones con Dios, [se la] ponía a ellos para esperar y recibir el socorro del Cielo, y con su oración se lo alcanzaba y traía.

¿Quién contará el deseo que daba a los que se convertían a la fe de Jesucristo bendito, de ver a la Madre del Hijo que era su Redentor y su Dios? Adoraban, alababan al Hijo, gozaban de sus trabajos y redención; y como gente agradecida deseaban ver y agradecer el árbol que tal fruto dio, y echábanle mil cuentos de bendiciones. Porque si los de Betulia agradecieron a Judith (13, 23) la libertad que por su medio alcanzaron, y el beneficio que hizo Esther (8, 17) a su pueblo no pasó sin ser agradecido, y lo uno y lo otro era temporal, ¿qué agradecimiento, qué cantares y loores darían los cristianos a aquella Señora, por cuyo medio fue descabezado Holofernes, y Amán ahorcado, que representan al demonio y al pecado, *cuya cabeza quebrantó la Virgen* (*Gen*., 3, 15) y cuya muerte causó engendrando la Vida, y fueron libres los presos, y resucitados los muertos por la muerte de Cristo nuestro Señor? Y juntándose con este agradecimiento y amor que a la Virgen cobraban, el soplo del Espíritu Santo, Jesucristo, que como honrador de su Madre, les inspiraba y movía a que la honrasen y deseasen ver y servir, y conociesen que por Ella habían gozado del fruto de la vida, y que de Ella, *como de muy alto monte, fue cortada la piedra*, que es Él, *que quebrantó la estatua de la idolatría* (*Dan*., 3); no puedo pensar sino que era tanto el concurso de los cristianos a ver esta preciosa arca de Dios, que lo trajo encerrado en Sí misma, que los caminos para su casa iban llenos de gente, y no sólo los de la ciudad de Jerusalén, mas de fuera de ella, corriendo los unos y los otros movidos por el Espíritu Santo, y provocados de fuera con el dulcísimo *olor de sus ungüentos* (*Cant*., 1, 3) que era la odorífera fama de sus virtudes, el grande amor con que recibía a los que iban a Ella, su grande misericordia que a ninguno desechaba, y aquella gran maravilla y milagro, y altísima dignidad, de que era verdadera Madre de Dios.

¿Quién dirá de cuán buena gana, cuán llenos de confianza y devoción iban a Ella, así por deseo de verla, como por ser enseñados en sus dudas, confortados en sus trabajos y aprovechados en todo lo que convenía a sus ánimas? Cumplíase muy de verdad lo que muchos años antes había profetizado Isaías (2, 3), viendo en espíritu el grande concurso de gente que había de ir a oír la palabra de Dios, y ver obras maravillosas de Jesucristo nuestro Señor, y después de su muerte, de los que habían de ir a ver a su Madre sagrada y gozar de su doctrina y de los Apóstoles: *Andad acá, decían unos a otros, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob; y enseñarnos ha sus caminos, y andaremos en las sendas de Él; porque de Sión saldrá la Ley, y la palabra de Dios de Jerusalén*. Como fue profetizado, así fue cumplido, pues vinieron a ver al Señor, monte más alto en santidad y en dignidad que todos los Santos; y después venían a ver *la casa del Dios de Jacob*, que era la Virgen sagrada, templo santo de Jesucristo, para *ser enseñados de los caminos* de los mandamientos de Dios, y *las sendas* de sus consejos; que para lo uno y lo otro, y para todas cuantas necesidades traían, les daba suficiente consejo y remedio la prudentísima y santísima Madre.

D) Sus ocupaciones: consolar, meditar la Pasión, comulgar.

Mas si a duras penas os podemos decir el gran deseo y devoción con que todos a Ella venían, ¿cuánto menos os podemos declarar la buena gracia y las encendidas entrañas de su caridad con que Ella los recibía? San Pablo dice que *daba leche* y regalaba *a sus hijos pequeños* (1 *Cor*., 3, 2), y que (1 *Cor*., 9, 22) *para ganar a todos se hacía todas las cosas a todos*; ¿cuánto más verdaderamente haría el oficio de madre esta Virgen sagrada, pues sin ninguna comparación les tenía mayor caridad que San Pablo? ¿Con qué ojos miraba la Virgen bendita aquella gente convertida a la fe de su Hijo, que a Ella venía, pues había amado tan de corazón la salvación de sus ánimas y gracia del Señor que por el santo Bautismo habían recibido, que porque ellos tuviesen el bien que tenían y viviesen en gracia delante de los ojos de Dios, Ella ofreció a la muerte de cruz a su Hijo unigénito? Y por eso sus entrañas santísimas se henchían de consolación, viendo que el fruto de la

Pasión de su benditísimo Hijo no salía en balde, pues por el mérito de ella tanta gente se convertía a Él. Y parecíale que acoger y regalar, enseñar y esforzar a los que a Ella venían, era recoger la sangre de su Hijo bendito, que delante los ojos de Ella se había derramado por ellos. Alababa a la divina Bondad, daba gracias por los bienes hechos a ellos, y salían de sus ojos lágrimas dulces, sacadas de la ternura de su corazón, y ningún trabajo le parecía pesado, y ninguna hora era fuera de hora, para recoger aquel ganado que entendía que el Señor le enviaba para que lo apacentase en la gracia del Señor.

Muy bien supo el Señor lo que hizo en dejar tal Madre en la tierra, y muy bien se cumplió lo que estaba escrito de la buena mujer (*Prov*., 31, 11), que *confió en ella el corazón de su marido*. Porque lo que su esposo e Hijo Jesucristo había ganado en el monte Calvario derramando su sangre, Ella lo guardaba y cuidaba y procuraba de acrecentar como hacienda de sus entrañas, por cuyo bien tales y tantas prendas tenía metidas. ¡Dichosas ovejas que tal pastora tenían, y tal pasto recibían por medio de Ella! Pastora, no jornalera que buscase su propio interés (*Jn*., 10, 12), pues que amaba tanto a las ovejas, que después de haber dado por la vida de ellas la vida de su amantísimo Hijo, diera de muy buena gana su vida propia, si necesidad de ella tuvieran. ¡Oh qué ejemplo para los que tienen cargo de ánimas! Del cual pueden aprender la saludable ciencia del regimiento de ánimas, la paciencia para sufrir los trabajos que en apacentarlas se ofrecen. Y no sólo será su maestra que los enseñe, mas si fuere con devoción de ellos llamada, les alcanzará fuerzas y lumbre para hacer bien el oficio.

Este, pues, era el ejercicio de la Santísima Virgen después de subido al Cielo su Hijo y Señor; enseñar a los del pueblo, y también a sus maestros, aunque fuesen los Apóstoles, los cuales aprendieron de Ella muchas cosas que ignoraban, y los santos Evangelistas escribieron cosas que de Ella supieron[19]. Y aunque esto es mucho de maravillar, mucho más es que aun los ángeles podían aprender de Ella cosas que, por haber sido Ella testigo de vista, y saber todas las particularidades, daba mejor razón de ellas que ellos. Y pues San Pablo dice (*Efes*., 3, 10) que *los principados y potestades*

[19] Sobre todo, San Lucas, al contar los misterios de la santa Infancia.

del Cielo aprendieron de la Iglesia lo que no sabían, mucho mejor lo harían de esta Virgen sagrada, pues es la persona más principal de todo el cuerpo de la Iglesia, y más que todos enseñada por Dios.

Este ejercicio ya dicho, de caridad con los hombres, del cual Dios recibía servicio, le era algún consuelo para que la pena de su destierro no la matase. Y también se ejercitaba en visitar los santos lugares donde su Hijo bendito comenzó, medió y acabó su sagrada Pasión, los cuales Ella regaba con copia de lágrimas, trayendo a su memoria lo que en todos aquellos lugares su hijo había padecido, y lo que en muchos de ellos Ella con sus propios ojos le vio padecer. Enseñaba en esto su amor maternal para con su Hijo; dolíale la memoria de lo que allí había pasado; daba inefables gracias a Dios por el gran bien que al mundo había venido y había de venir mediante el precioso precio de su sagrada Pasión, y suplicábale no fuese en balde tanto trabajo, y derramamiento de sangre tan preciosísima. En lo cual fue hecha ejemplo de los cristianos para que procurasen de visitar aquellos santos lugares; y no fue en balde su ejemplo, que desde entonces hasta el fin del mundo no faltará gente, de cerca y de lejos, que con devoto corazón vaya a besar la tierra donde el Señor puso sus pies, y derramar lágrimas en el lugar donde Él padeció y derramó la sangre por ellos.

¡Maestra del mundo hablando; maestra obrando; madre regalando, y abogando delante del acatamiento de Dios! ¡Oh Virgen y Madre para siempre bendita, y qué te debemos! ¡Y qué dolor es no conocer tus grandes beneficios, y ni te los agradecer, ni servir! Suplicámoste nos alcances gracia de tu benditisimo Hijo para serte siquiera en algo hijos leales, e imitadores de tu mucha caridad y lealtad con que Tú nos eres madre, y muy piadosa.

Con estos dos ejercicios ya dichos, uno de la caridad de los prójimos, y otro de la compasión a Jesucristo su Hijo y su Dios, se juntaba otro tercero que también tenía, y era el recibir el Cuerpo sagrado de su Hijo bendito, consagrado por las palabras que Él ordenó. Decíale misa su bienaventurado hijo y capellán el Evangelista San Juan, y comulgaba él, y comulgaba Ella; ¡y dichoso aquel que merecía ser acólito, y servir en aquella misa, y poner el paño a la Señora que recibía al Señor! ¡Oh, si se nos pegase algo, oyendo comunión tan devota, de lo mucho que a la Virgen le sobraba! ¡Qué

reverencia tendría aquella humildísima ánima, que mirándose a sí misma, no se tenía por digna de un poco de pan que comía, ni de hollar la tierra sobre que andaba! Y ¡con qué agradecimiento y amor recibiría el Cuerpo de su santísimo Hijo, pues por ser hombre era una carne con Ella, y por ser Dios era Ella un espíritu con Él, y de lo uno y de lo otro resultaba un amor inseparable e inefable, que juntaba a Dios y a Ella, y la convertía cada día más y más en aquel Señor que tornaba! Y más que otro ejercicio ninguno, la esforzaba a pasar su destierro, pues que tenía presente y recibía en sus entrañas al deseado de su Corazón. Y aunque no le viese faz a faz, como lo deseaba y esperaba ver en el Cielo, mas Él, como piadoso Hijo y Señor, se le enseñaba en el Sacramento, ya como cuando nació de su vientre sagrado, ya como cuando lo tenía en los brazos dándole leche; y así según la diversidad de estados en que en esta vida lo había visto, según Ella lo deseaba por entonces ver.

Y para que los cristianos no olvidásemos aquel gran negocio de la comunión de la Virgen, y nos aprovechásemos de ella, dura hasta hoy el lugar de la dicha capilla, y también el de la celda donde moraba la bendita Señora. Todo lo cual es en el sacro Cenáculo donde el Señor instituyó este inefable misterio; y a tiempos hay un olor en aquella celda, según dicen los que allí han estado, que no tiene que ver con los olores de acá, sino como celestial cosa. Y para gozar de la consolación y conforte que da a los que lo huelen, va al dicho lugar mucha gente, no sólo de la ciudad de Jerusalén, mas aun de los pueblos de alrededor.

E) Para que, a su ejemplo, pasemos trabajos.

Ya entiendo vuestros suspiros, y por ellos saco vuestro corazón: que teniendo por bienaventurados a los que eran vivos en aquel tiempo, y gozaban de la visitación y consolación de la Virgen, lloráis vosotros vuestra suerte, porque no fuisteis en aquellos tiempos para gozar de lo que aquéllos gozaron. Sea Dios para siempre bendito, porque dio a aquéllos que gozasen de la presencia tan provechosa y deleitosa de la Madre de Dios; y también sea bendito, porque ya que nosotros no lo vimos, lo creemos, y entramos en el número de los que dijo el Señor (*Jn*., 20, 29): *¡Bienaventurados los que no me vieron y creyeron!* Despabilemos

bien nuestros ojos, y aprovechémonos de la lumbre de la fe que Dios nos ha dado; y si no nos hallamos presentes a tanto bien con los cuerpos, hallémonos presentes con el espíritu, trayendo a la memoria aquellos dichosos tiempos en que la Virgen, como un resplandeciente sol, alumbraba y calentaba la tierra. Y si miramos con atención las causas de su estada en la tierra, y nos sabemos aprovechar de ellas, por ventura ganaremos más que algunos de los que entonces la comunicaban; pues es notorio que ha habido muchos en la Iglesia que no viendo a Jesucristo nuestro Señor en la carne, ni oyendo sus sermones, ni viendo sus milagros, se dieron tan buen recaudo, que mediante la fe y el amor, se aprovecharon más de Él, y fueron más santos que muchos de los que gozaron de su corporal presencia,

Entendamos cierto, que no sólo dejó nuestro Señor a su benditísima Madre en la tierra porque creciese el mérito de Ella y por el provecho de los que entonces vivían, mas también por el de aquellos que habían de nacer mientras el mundo durase. Aprovechémonos de la ordenación divinal, que pudiendo dar a la Virgen la gloria del Cielo por los trabajos que había padecido, quiso que pasase más, para que a costa de Ella fuésemos nosotros desengañados de que, queriendo regalos acá, no podemos esperar gloria allá. Y por decirnos esto con mayor eficacia, y para que muy de verdad lo creyésemos y obrásemos, quiso Dios que nos fuese dicho, no sólo por palabras, mas con trabajos y muerte de Jesucristo y de su sacratísima Madre. Los más amados de Dios ellos son; y si con algunos se hubiera de dispensar de que sin trabajos fueran al Cielo, con ellos fuera razón que lo fuera. Mas pues vemos que no les fue quitada esta ley, antes fue con ellos guardada con mayor rigor, y cuanto más amados, tanto más trabajados, ninguna excusa y causa de ignorancia queda a los que son menos amados, para pensar que si no hacen fuerza a sí mismos, y si no son cuidadosos de la guarda de los mandamientos de Dios y vigilantes en la oración, pidiendo socorro, pacientes en los trabajos, y llevando cada uno la cruz que el Señor le pone, con la obediencia debida, no piense entrar en el Cielo. Y entender esto y ponerlo por obra es grande ganancia que se nos sigue de la quedada de la Virgen en la tierra, habiendo subido su Hijo al Cielo. Y por ventura, nos será mayor provecho, que si entonces gozáramos de su presencia.

Mucho ha hecho quien de verdad ha entendido lo que dijo San Pablo (*Act*., 14, 21), que *por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de los Cielos*. Y que (2 *Tim*., 2, 5) *no será coronado sino quien peleare legítimamente.*

F) Y nos preparemos a una santa muerte.

También podemos aprovecharnos de que el Señor quiso aparejar con nuevo aparejo a su Santísima Madre para el día que había de entrar en el Ciclo; de lo cual entendamos que, si a Ella, estando tan bien aparejada, la aparejan más y más, ¿cuánta más razón es que los que estamos mal aparejados procuremos disposición conveniente para que el día de nuestra muerte podamos estar en pie en el juicio de Dios, y oír sentencia en nuestro favor de la boca del Juez Soberano? El cual muchas veces, y a muchos como piadosísimo Padre, Él mismo los apareja de su mano para bien morir, y aun algunas veces sin que ellos lo entiendan. ¿Nunca habéis visto venir a un hombre una nueva gana de confesar generalmente, de mirar sus libros y cuentas, de pagar lo que debe, perdonar y pedir perdón, y hacer aprisa todo lo que haría si le dijesen que se quiere morir, y acabado de hacerlo, o poco después, cae enfermo en la cama del mal de la muerte, o viénele otro acaecimiento que le quita la vida? Y entonces dice que por todo el mundo, y otros mil mundos, no quisiera haber dejado de hacer lo que ha hecho; y entiende que lo que hizo no nació de él, sino que fue inspiración piadosa de Dios, con que le quiso prevenir para que antes de su juicio hiciese justicia y tuviese que responder en el día de la estrecha cuenta.

Otros veréis que están en pecado mortal de malquerencia, o de mal amor, endurecidos; y ordena Dios medios, y muéveles las voluntades para que salgan del cautiverio del demonio, y se pongan en estado de gracia; y a cabo de poco, viene la muerte por ellos. Y otros vemos ser buenas personas, y no tienen estos peligros de mal estado; y sienten en su corazón un nuevo deseo de recoger más su vida, de usar más el ejercicio de la oración, de dar más limosnas, hacer más penitencia, recibir más a menudo los santos Sacramentos de la Confesión y Comunión, y subírseles su corazón y deseos a la gloria del Cielo; y a cabo de cuatro o cinco

meses que duran en esto, llámalos el Señor para Sí, y ellos van de muy buena gana, confiando en Él, que pues los mejoró y dispuso para morir, les será favorable en aquella hora terrible, y les pagará en el Cielo lo bueno que acá hicieron con la gracia de Él.

Todo esto, hermanos, nos quiere decir que el paso de la muerte es tal, que para no ser de ella tragados, conviene a los malos y a los buenos aparejarse, cada uno según su manera, teniendo la conciencia tan a punto para partir, que si cada noche el Señor dijese: «Venme a dar cuenta de cómo has vivido», no diga el hombre: «Dadme, Señor, más larga vida para enmendar, y para hacer esto y esto, que había de estar hecho.» Y también nos conviene saber que aquella gloria que deseamos, no recibe sino hombres virtuosos, y que por guardar la obediencia de Dios huellan su voluntad propia, y en el vencimiento de sí mismos hacen hazañas; y así puros y limpios, son hechos dignos de morar en el Cielo, donde *no entrará cosa manchada*, porque *las plazas de él son oro limpio* (*Apoc*., 31, 21) y el Señor de él es la pureza, y los justos moran ante su faz. Mas *las tinieblas y la impuridad no tienen participación con la divinal lumbre* y pureza (2 *Cor*., 6, 14).

G) Y la imitemos en amar lo celestial.

Y ya que cobremos ánimo para nos aparejar para el día que salgamos de este mundo, tomando ejemplo en que la sacratísima Virgen lo hizo, así procuremos de la imitar, y no sólo en aparejarnos, mas en la calidad del aparejo. Porque, por nuestros grandes pecados y demasiada tibieza, hay tan pocos que tengan esta vida por penoso destierro, y suspiren y lloren deseando salir de ella, y ver a Dios en el Cielo, que, cierto, la Virgen bendita tiene pocos discípulos que la imiten en esto. En aquellos tiempos sí había: *Lo uno*, por la abundancia de la gracia que Dios llovía en los corazones de ellos, que les ponía asco de lo que florecía en la tierra, y les levantaban los corazones al deseo de los bienes eternos donde estaba su deseo y su corazón; y *lo otro* ayudábales mucho a subir hacia arriba las continuas persecuciones, el tomarles la hacienda, el desterrarlos a diversas partes, y esperando cada día el martirio; de manera que aunque quisieran no podían gozar de este mundo. Y juntándose con el no poder el no querer, navegaban hacia el

Cielo con mucha ligereza con velas y remos, deseando cada día ser sueltos de cárcel tan penosa, y gozar de la libertad y herencia de los hijos de Dios en el Cielo.

Estos imitaban a la Virgen bendita, la cual y ellos pedían con grande instancia lo que el Señor les enseñó, diciendo: ¡Señor, venga tu reino! Mas nosotros pedírnoslo con la boca, y como gente que está sin la gracia del Señor, o tiene poca, y como gente que está avecindada en aqueste mundo, y tiene aquí el asiento de sus honras, riquezas y placeres, tienen los estómagos hartos, y ni desean salir de aquí, y aun tomarían por partido de que esta vida fuese más larga. ¡Miserable estado de gente! ¡Miserables tales tiempos, en que los hombres de buena gana renuncian y se quieren pasar sin unos bienes tan grandes como hay en el Cielo! El menor de los cuales vale más que todos los de acá juntos; y son tales, que porque los hombres gozásemos de ellos, el Hijo de Dios padeció muerte, y muerte de cruz.

¿Qué mayor señal de que la mujer casada ha vivido mal en ausencia de su marido, que no desear que venga, ni aun que le mienten su venida? Terrible palabra para la mala mujer: «Vuestro marido viene y está informado de las traiciones que le habéis hecho, sin que las podáis negar.» Y dulce es a la mujer buena pensar y hablar en la venida de su marido, y más dulce verle entrar por su casa, bien informado de la lealtad que su mujer ha guardado en ausencia de él. Tales han de ser los cristianos, pues han de decir con verdad de su corazón lo que con la vida rezan y piden: ¡Señor, *venga tu reino*! Y de éstos era San Pablo, cuando decía (2 *Tim*., 4, 7) *Buena pelea he peleado, mi carrera he acabado, la fidelidad he guardado; en lo demás aparejada me está una corona de justicia, la cual me dará en aquel día el Señor, que es justo Juez; y no solamente la dará a mí, mas a todos aquellos que aman su advenimiento*. Y así da testimonio San Pablo, que entre los cristianos hay hombres perfectos en la caridad, que echan fuera todo servil temor, desarraigados del amor de las cosas presentes, movidos por el Espíritu Santo a desear la vista de Dios, y como hijos desean ver a su Padre, y como esposa leal a su esposo; y considerando que desde que fueron criados, cada día y cada momento han recibido muchas mercedes de la piadosa mano de Dios, y que antes que ellos naciesen les tenía aparejada la gloria, y

para que la alcanzasen se hizo hombre y perdió por ellos la vida, *desean ser sueltos* (*Filip*., 1, 23) de aquesta cárcel para ver y gozar de la presencia de Aquel de cuyos bienes y mercedes han gozado en la tierra. Y ayúdales mucho a este deseo el miserable estado de vida muy penosa para ellos, no tanto por los trabajos que en ella hay, porque éstos con la grande fuerza del amor nada o poco los sienten, mas porque mientras viven en la carne pueden pecar y perder la gracia de su Señor, y desean huir cien mil cuentos de leguas del lugar donde tanto mal les puede venir, que enojen a Dios y pierdan su gracia; y así, aborreciendo esto y amando aquello, desean, suspiran y lloran por verse en aquella ciudad soberana.

Estos provechos, pues, ya dichos, y otros, se siguieron al mundo de la estada de la Virgen acá, los cuales Ella, como enseñada de Dios, muy bien conocía, y refrigeraban el fuego de sus encendidos deseos de subir al Cielo; y aunque del todo no se los quitaban, ayudábanle a que sin morir los pudiese llevar.

9.—Enferma de amor.

Mas cuando vino el tiempo que la divina Providencia tenía ordenado que la bendita Virgen subiese a los Cielos, fue tan encendido su corazón a desear lo que deseaba con mayores ansias, que ni con el fruto que a los presentes hacía, ni a los por venir había de hacer, ni con visitar los santos lugares, ni con recibir el Cuerpo de su santísimo Hijo, que solía ser su mayor consuelo, ya no descansaba; y su vida era tal, que ya naturalmente no podía durar, y con la gran fuerza del amor de su ánima, enflaqueciéronsele las fuerzas del cuerpo, y fue menester, como enferma, echarse en la cama, según a otros suele también acaecer. Y viéndose tan vencida del amor y deseo de Dios, sin tener fuerzas para vivir ni sufrir aquel peso de amor, que era más fuerte que la muerte, pues por cumplir con él deseaba morir, enviaba a Dios nuevos gemidos, suficientes para provocar al Señor a misericordia. Y decíale (*Ps*. 141, 8): *Saca, Señor, de esta cárcel a mi ánima para alabar tu nombre*. ¿Y (*Ps*. 12, 1) *hasta cuándo, Señor, me has de olvidar? ¿Hasta cuándo vuelves la cara de mí? Enséñame tu faz* (*Cant*. 2) y seré contenta;

porque sin ella cada día y cada momento estoy muriendo con deseo de Ti.»

Y no se contentaba esta Virgen bendita con suplicar a Dios por el cumplimiento de sus deseos; mas con su grande humildad y deseo de ser ayudada por todos, rogaba a los ángeles y a todas las ánimas bienaventuradas que en el Cielo estaban, que se compadeciesen de su trabajo y fuesen intercesores por Ella delante el acatamiento de Dios; y pues que le veían faz a faz, le dijesen que estaba vencida y enferma de su amor, y que sólo su remedio consistía en verlo. ¿Qué os diré? Tal prisa se daba a rogar a los que en el Cielo moraban, que, movidos de compasión de Ella y de la justicia de lo que pedía, y de la dignidad de su persona, y también por el deseo que tenían de verla en el Cielo, se postraban todos con profunda humildad delante el acatamiento de Dios, y le suplicaban diciendo:

10.—Los bienaventurados la reclaman.

«Omnipotentísimo y misericordiosísimo Señor, sea vuestra misericordia servido de oír los gemidos de la casta tórtola que os engendró. Pues Vos dijisteis que son *bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados* (*Mt*., 5, 5), y ninguna cosa la puede consolar sino verse con Vos en el Cielo, dadle esta consolación, pues todas las otras ha dejado por Vos. Ninguna razón lleva que dos personas tan conjuntas en carne y espíritu estén tan distantes, una en el Cielo y otra en la tierra. Acuérdese vuestra Majestad del celo del rey David vuestro siervo, cuando dijo (2 *Reg*., 7, 2): *El arca de Dios está debajo de pieles, y yo vivo en casa de cedro*; y no permitáis que estando Vos en la gloria, la santísima Arca, que os tuvo encerrado en sí misma, esté debajo de las pieles de mortalidad. Sansón comió del dulce panal que halló, y dio parte de él a su madre (*Judic*, 14, 9); Salomón mandó poner una silla a su madre y sentóla cerca de sí (3 *Reg*., 2. 19). Mayor es vuestra Majestad que la del uno y otro; excededles en dar descanso y honra a la que os engendró. Descanse ya vuestra benditísima Madre, pues desde que la criasteis otra cosa no sabe sino serviros, y trabajar por Vos con humildad de esclava y amor verdadero de Madre. Y pues os ha acompañado, Señor, en vuestros trabajos,

acompáñeos en vuestros placeres. Mirad, Señor, cómo está postrada delante de vuestros pies gimiendo y llorando, y su profundísima humildad con que nos pide que intercedamos por Ella, con tan ferviente y continua oración, que aunque sus servicios no mereciesen lo que pide, ni se tuviese respeto a quien es, merecía la *importunidad de su oración, y el llamar a la puerta de su buen amigo*, que *se levantase*, y le abra la puerta, y *le dé todos los panes que ha menester* (*Lc*., 11) según vuestra Majestad lo dijo en el mundo. Oídla, Señor, y *poned sus lágrimas en vuestro acatamiento* (*Ps*. 55, 9), porque Ella nunca cerró sus orejas a vuestra ley, ni las cerró al clamor del pobre: mas, según está escrito (*Prov*., 31, 20), *su mano extendió* al pobre, y mucho más su corazón, en el cual nunca hubo maldad, y por eso debe ser oída según dice David.

»También desea toda esta vuestra corte tener consigo a su Reina; porque reino sin reina, y casa sin la señora de casa, parece que no está perfecto, pues le falta persona tan principal. Y pues lo es tanto, que bastará con su vista a darnos nueva alegría y a honrar todo el Cielo, no nos privéis de tanto bien, pues debe bastar a la tierra el tiempo que de Ella ha gozado; y no tendrá razón si se agraviare de que se le quiten delante, pues Ella es tan llena de misericordia, y tan valerosa delante de vuestra Majestad, que aunque la subáis al Cielo, su piadoso Corazón no olvidará a los que están en la tierra, ni dejará de hacer el oficio de madre abogando por ellos delante del trono de vuestra misericordia, ni Vos, Señor, dejaréis de oírla, ni de hacer mercedes al mundo por Ella.

»Suplicamos a vuestra misericordia que como en tiempos pasados mirasteis las lágrimas del rey Ezequías, y oísteis su oración, y mandasteis a vuestro Profeta Isaías diciendo (4 *Reg*., 20, 5): *Di a Ezequías, capitán de mi pueblo: Yo he visto tus lágrimas, y he oído tu oración; no morirás, y Yo te añado quince años más de vida*, que así ahora mirando las lágrimas y oyendo la oración de nuestra Reina y Señora, mandes a uno de nosotros que le vaya a dar la buena nueva del cumplimiento de su deseo, no de que viva quince años de vida, que ya los ha vivido con harto trabajo en ausencia vuestra; mas según la grandeza de vuestra bondad y el

grande amor que os tiene y le tenéis, dadle, Señor, que se le acabe la vida mortal, y que en este Cielo viva con Vos para siempre.»

11.—Mensaje del Cielo.

¿Qué había de responder el Señor a suplicaciones tan justas, y que tocaban a su sacratísima Madre, cuya honra y descanso Él más que ninguno desea y procura, y cuya oración le es más agradable que la de hombres y ángeles, sino conceder de muy buena gana lo que se le pedía, y mandar que todos se aparejen para la solemnísima fiesta que a su Madre quiere hacer, y que descendiese del Cielo algún espíritu bienaventurado de aquéllos, a dar esta buena nueva a la sacratísima Virgen?

Aunque no sepamos quién fue el mensajero, sabemos que cada uno del Cielo deseaba ser; y a lo que parece, convenía que fuese el arcángel San Gabriel, por ser más conocido de esta sacratísima Virgen. Poco tardaría en andar el camino; y entrando en el aposento de la Virgen, hincaría sus rodillas en tierra con su acostumbrada y debida humildad, y diría: «Yo, Reina y Señora, soy Gabriel, vuestro siervo, que por mandado de Dios os traje en años pasados la alegre nueva de que el Hijo de Dios *había amado la hermosura de vuestra ánima* (*Ps*. 44, 12) y os había escogido por Madre, y quería descender del Cielo a la tierra a reposar y tomar carne de vuestras entrañas. Ahora me envía el mismo Señor, y os manda decir que pues descendió del Cielo a la tierra, y Vos le disteis muy apacible morada, que Él os quiere llevar de la tierra al Cielo, y daros par de Sí la mejor morada que a nadie se dio ni dará. Esta es, Señora, mi embajada; decidme, ¿qué respondéis?»

Fue tanta la alegría de la Virgen de ver tal mensajero y oír tal embajada, que de gozo se le regalaba el corazón, y primero derramó muchas lágrimas que hablase palabra; y cuando habló, ¿qué había de responder, sino las palabras que tenía en uso para decir en todos sus acaecimientos tristes y alegres? Cuando encarnó en Ella el Hijo de Dios, lo que respondió fue (*Lc*., 1): *He aquí la sierva del Señor; sea hecho en mí según tu palabra*. Y esto diría también al pie de la cruz; y esto mismo respondería ahora a San Gabriel, y con hacimiento de gracias diría (*Ps*. 115, 16): *Desatado has, Señor, mis cadenas; a Ti sacrificaré sacrificio de alabanza.*

12.—Alarma en la tierra.—Despedida.

Tórnase luego el arcángel al Cielo, y divúlgase luego en la tierra que el Señor quería llevar consigo a su Madre bendita; y hubo tan gran movimiento y sentimiento en los cristianos, cual en ninguna muerte de persona querida ni grande en este mundo lo ha habido. Porque esta Virgen era más querida que padre y que madre, y más estimada que reina, y era todas las cosas para los cristianos; y por fuerza el sentimiento de lo que perdían había de ser conforme a la pérdida, pues nadie había que pudiese suplir el lugar que Ella dejaba vacío. Viérades ir y venir gente de nuevo al aposento de esta Madre común, y con amargas lágrimas de sus ojos, más que con palabras, le manifestaban la pena que su ausencia les daba; representábanle la necesidad que de Ella tenían; suplicábanle no desamparase a sus hijuelos, que con sus oraciones había engendrado, y con su doctrina y ejemplo había criado; y si se quería ir de este mundo, que los llevase consigo, porque no osaban quedar sin Ella entre tantos peligros, ni podrían sufrir la ausencia de tan amantísima Madre.

No oía la Virgen sagrada estas cosas sin gran compasión; y con aquella ternura de corazón de que Dios la dotó, se condolía con ellos, y lloraba con ellos, y les prometía que, aunque según el cuerpo se apartaba de ellos, no los olvidaría en su Corazón, y que mientras viviesen les sería fiel abogada, y que la llamasen en sus necesidades, y que cierto sentirían que tenía cuidado de ellos y de ellas; y que pues esta vida tan presto se pasa, se esperasen un poco, y perseverasen en la fe y buena vida que habían comenzado, y que presto irían ellos donde Ella iba, y estarían todos juntos sin se apartar para siempre jamás.

Vinieron también los Apóstoles que entonces eran vivos, como dice San Dionisio, y Ella les daría cuenta de la merced que Dios le quería hacer; lo cual ellos no oirían sin lágrimas, por el amor tierno que le tenían. De algunas santas personas leemos que cuando se querían morir dejaban algunos particulares avisos, como por herencia, a los que presentes estaban, para que sirviesen mejor a nuestro Señor; y no es de creer que los que allí estaban, pues la habían tenido por maestra en la vida, le dejasen de suplicar que también lo fuese en la muerte, dejándoles alguna palabra que les fuese recor-

dación de Ella y aviso para mejor servir al Señor. Mas ¡qué les diría la Virgen bendita, sino como humilde, que guardasen lo que el Señor les mandó! Y si, importunada a que más en particular dijese con qué cosas Ella se había hallado mejor, respondería que para el cuerpo con virginidad, y para el ánima con humildad y mansedumbre, que halla gracia delante de Dios y los hombres, y entrañable amor y misericordia con todos los prójimos, aun hasta rogar a Dios por los que estaban crucificando a su Hijo delante sus ojos.

13.—Desciende Cristo en busca de su Madre.

Allegábase ya el dichoso día 15 de agosto, y enflaquecíase su sagrado cuerpo cada día más, y crecíale a su ánima esfuerzo con la alegría de la buena nueva de que presto había de ver a su Dios. Y cuando vino la hora determinada del Señor para hacer esta grande hazaña de galardonar a su Madre conforme a su grande magnificencia y a los servicios que de Ella había recibido, suena en el Cielo una voz, que el Señor quiere descender a la tierra a traer consigo a su benditísima Madre, y que manda que la acompañe su corte, y que regocije cada uno la fiesta lo mejor que pudiere; porque toda la honra que a su Madre hicieren, la recibe Él como hecha a Sí mismo. ¡Oh cuán alegres y cuán de fiesta están todos, y el Hijo de la Virgen más! Y Él y ellos descienden del Cielo, y entran en el aposento donde estaba echada la que en sus entrañas dio aposento agradable a su Dios. Y pues que en la muerte de otras santas personas se lee haber venido ángeles o santos, y haber olor suavísimo que le incitaba y confortaba el corazón de los que presentes estaban, claro está que daría el Señor señal de su bendita presencia y de tan bienaventurada compañía como venía con Él, y que todos los que presentes estaban sentirían grandísimo consuelo en sus corazones, y tendrían por cierto que era causado de la presencia de los que del Cielo venían.

No sabemos si el Señor allí se mostró claramente, o si los ángeles y santos tomaron cuerpo para ser vistos, o si hubo música corporal de que gozasen las orejas de la Virgen y los que presentes estaban. Mas como muchos de estos favores ha hecho el Señor a personas menos amadas, no es fuera de razón creer que los mismos o mayores hizo con su Madre, más amada que

todos. A cuya muerte fue mucha razón que Él mismo en persona, y no por tercero, se hallase presente, para que en saliendo del cuerpo su preciosísima ánima, la reclinase en sus brazos, sin fiarla de nadie, pues que fue servido que Ella con tanto dolor estuviese presente en aquella hora terrible cuando Él expiró en la cruz, y que después de descendido de ella, fuese recibido en las brazos de la Madre, y lavado con lágrimas de Ella. No tenía el Señor olvidado este servicio, pues que de otros menores se acuerda para los galardonar en la muerte, y Él mismo la visita, consuela y esfuerza, haciendo en todo su oficio de Hijo obediente y amoroso.

14.—Dulcísima muerte.

Y cuando ya vino el punto que aquella dichosa ánima saliera de su virginal cuerpo, entonces su Hijo bendito dijo aquello que mucho antes estaba profetizado para esta hora (*Cant*., 4, 8): *Ven del Líbano, Esposa mía, y serás coronada*; (*Cant*., 5, 1): *Ven a mi huerto, hermana mía, Esposa*; (*Cant*., 2, 10): *Levántate, y date prisa, paloma mía, hermosa mía; que ya ha pasado el invierno de los trabajos, ya han venido las flores* del alegre verano de la gloria que te está aparejada: *vente a Mí*, que yo te recibiré en mi humanidad que de ti recibí, y en mi divinidad con que te crié, y te tendré siempre conmigo, haciéndote bienaventurada para siempre jamás. A esta dulcísima voz y convite, que sería la postrera que en esta vida la Virgen oyó, respondería su acostumbrada palabra: *He aquí la sierva del Señor; hágase en mí*, etc.

Y porque en vida y en muerte le fue su Hijo maestro y dechado a quien Ella miraba, y le oyó decir cuando en la cruz expiró (Lc., 23): *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*, las cuales palabras Ella tenía guardadas en su corazón para la hora en que estaba, dijo con gran humildad y perfectísimo amor: *Hijo mío, en vuestras manos encomiendo mi espíritu*. Y tras esta palabra sale aquella benditísima ánima de la morada de su cuerpo, tan libre de dolor cuanto de pecado. No quiso el Señor que cuando Él nació tuviese dolores de parto, ni de muerte cuando Ella renació para la gloria. Mas ¿quién contará el apretado y dulcísimo abrazo que Cristo dio a aquella benditísima ánima, y el gozo que Ella sintió de ver claramente la humanidad y divinidad de su Hijo, con que fueron

cumplidos todos sus deseos, y enjutas sus lágrimas, como el niño que tomándole la madre en su pecho cesa de llorar, y no tiene más que desear, pues recibe leche del pecho de la madre?

15.—Sube al Cielo.

¡Oh, quién viera aquella hermosísima ánima, hermoseada con hermosura de gloria, más blanca que la nieve, más resplandeciente que el sol, la más pura y limpia de cuantas Dios ha criado y criará, después de la de su benditísimo Hijo! Y tengo para mí, que pues Dios quiso que San Antón viese el ánima de San Pablo, primer ermitaño, más blanca que la nieve, subir al Cielo acompañada de los ángeles, que también sería servido de enseñar a muchos de los que allí estaban presentes, y aun a los ausentes, la hermosura del ánima de su santísima Madre, y la gloria de que gozaba, y la grande honra que le era hecha en aquella solemnísima subida a los Cielos.

Arrimada, pues, la Virgen bendita *a su amado* Hijo y Señor, *llena de indecibles deleites*, comienzan todos a caminar hacia el Cielo con tanto regocijo, con tan acordada música, con tan suaves aleluyas, con aquel *Sancta Immaculata Virginitas, quibus te laudibus*, etc., que cantarían en honra de la Virgen sagrada, aquel «Gloria sea a Ti, Señor, que naciste de esta Virgen»; cantando en honra de Él y de Ella, no a cuatro, sino a cuatro mil y más voces, con otros cantares tan sentidos, tan alegres y concertados, como convenía a la fiesta y grandeza de las personas de quien se cantaban, y que bastaran a que si un hombre las oyera, fuera de su dulcedumbre tan absorto, que no pudiendo sufrir tal peso de dulcedumbre, el ánima se saliera del cuerpo y se subiera al Cielo con tal compañía.

16.—¡Madre mía, Madre mía!

Eliseo vio subir al Profeta Elías en un carro de fuego hacia el Cielo, y sintiendo mucho írsele su maestro, decía a grandes voces (4 *Reg*., 2, 12): *¡Padre mío, padre mío, carro y guía de Israel!* San Antón se quejaba del ánima de San Pablo, y decía: «¿Por qué te

subes al Cielo sin primero despedirte de mí?» Y San Lorenzo se quejaba de San Sixto, Papa, porque yendo a morir por Cristo, no le llevaba consigo para el mismo efecto. ¿Qué haremos nosotros en el día de hoy? ¿Gozarémonos porque la Virgen va llena de gloria y de alegría, o lloraremos porque nosotros nos quedamos acá?

¡Oh Virgen prudentísima! ¿Dónde vas como alba muy resplandeciente, toda hermosa y suave, hermosa como la luna, escogida como el sol, paloma hermosa lavada con leche, a la cual cercaban los lirios de los valles, y las flores y las rosas, acompañada de ánimas santas y ángeles bienaventurados, y en los brazos de tu Hijo? ¿Dónde vas, prudentísima Virgen, y dónde nos dejas? ¿Qué haremos los indignos hijuelos tuyos sino correr tras ti; y viéndote subir al Cielo, decir con voces de nuestro corazón: «¡Madre mía, Madre mía, carro que sustenta a los pecadores pesados, y guía de los buenos!» Elías, movido por las voces de su discípulo, le echó su capa, con lo cual Eliseo pudo pasar por el río Jordán sin ahogarse ni aun mojarse. Muevan os a Vos, Señora, nuestros gemidos y nuestra necesidad y soledad, y echad en nuestros corazones vuestra memoria, vuestra devoción y obediencia, con lo cual vistamos nuestra desnudez, y favorecidos con Vos, pasemos por el peligroso río de este mundo sin ser ahogados con los pecadores que hay en él.

Vos, Señora, subís a sentaros en el resplandeciente trono de gloria que vuestro Hijo bendito desde *ab aeterno* os tiene aparejado a su mano derecha, donde experimentaréis con gran dulcedumbre que *hay* grandes y limpios *deleites en la mano derecha de Dios*, no por años tasados, mas *hasta el fin*, como lo dice la Escritura (*Ps*. 15, 11). También beberéis de aquel *río claro como cristal que sale de la silla de Dios y del Cordero* (*Apoc*., 21), que es la excelentísima divinidad y sagrada humanidad, que con su vista alegra y harta toda aquella santa ciudad de Jerusalén, la del Cielo, cuyas ondas a Vos, Señora, más que a otra ninguna envisten y hartan y hacen bienaventurada, sin que tengáis más que pedir ni que desear.

Gracias, y muchas gracias a la divina Bondad damos vuestros pequeñuelos hijos, gozándonos mucho de vuestro tan cumplido bien, que también podemos llamar nuestro, pues sois Vos nuestra Madre; y mirando esto, celebramos el día de vuestra partida con

alegría y regocijo. Mas con todo eso no podemos dejar de sentir soledad y desabrigo viéndonos tan llenos de necesidades, y nuestra Madre tan lejos de nos. Suplicamos os, Virgen bendita, que en ninguna manera nos pongáis en olvido; mas pues podéis con Dios todo lo que queréis, haced limosna a los pobres que quedamos acá. Y como de vuestro Hijo bendito se escribe (*Ps*. 67, 19) que *subiendo a lo alto dio dones a los hombres*, así Vos, Señora, pues subís a lo alto tan semejable con Él en la gloria, parecedle también en esto, que le pidáis mercedes para los que quedamos acá; y sean muchas, porque lo piden así nuestras necesidades, en todas las cuales habemos de recurrir a Vos como a amantísima Madre.

Haced Vos, Señora, que alcancemos lo que a Dios pedimos; y cuando algún servicio os ofreciéremos, recibidlo de buena gana; *dadnos lo que os rogamos*; *excusad lo que tememos*, porque después de Dios Vos sois esperanza única de los pecadores, y por Vos esperamos el perdón de nuestros pecados y el favor para todo bien, y en Vos está la esperanza de los galardones que en el Cielo esperamos. *¡Oh Madre santa y santísima! Socorred, Señora, a los miserables, confortad a los flacos de corazón, consolad y regalad a los llorosos, orad por el pueblo, interceded por el devoto linaje de las mujeres. Todos, Señora, chicos y grandes, que celebraren vuestra santísima festividad, y de Vos se acordaren y de corazón os llamaren, sientan vuestro socorro y alivio*[20], alcanzando lo que os pidieren.

¡Oh bendita, que hallaste gracia, engendradora de la vida, Madre de la salud!, humildemente te suplicamos que por ti nos reciba el que por ti fue dado a nosotros. Excuse tu santidad e integridad acerca de Él las culpas de nuestra corrupción; y tu humildad, agradable a Dios, nos alcance perdón de nuestra soberbia; tu copiosa caridad cobije la muchedumbre de nuestros pecados, y tu gloriosa fecundidad nos haga a nosotros fecundos de merecimientos. Señora nuestra, medianera nuestra, reconcílianos con tu Hijo bendito, alcánzanos de Él gracia para que, salidos de este destierro, nos lleve donde gocemos de su santísima gloria.

[20] Del Brev. Romano.

A. M. D. G.

LIBRO
DE
LA VIRGEN SANTA MARÍA[21]

San Juan de Ávila

[21] Este texto no es el original, sino una copia adaptada al español moderno, por A.Z.C.

TRATADO 1.º

MATRIMONIO DE LA VIRGEN Y SAN JOSÉ[22]

(Predicado en la fiesta de San José.)

Como fuese desposada María, Madre de Jesús, con José.

(Mt 1)

1.— Introducción.

Es condición de las buenas mujeres casadas encubrir la faltas de sus maridos y publicar las virtudes que tienen, deseando que todos los honren y sirvan; porque como la honra de la mujer sea el varón, el mal o bien que ella de él dice, de su misma honra lo dice, de su misma persona lo dice, pues ella y él una cosa son.

Seguros estaremos que esta sagrada esposa y Virgen María no descubrirá faltas de su esposo el Santo José; porque ni él las tenía, y aunque las tuviera, ella no las dijera; pues tenía mayor virtud que la bienaventurada Santa Mónica, de la cual cuenta su hijo San Agustín, que aunque su marido la maltrataba y era de ruines costumbres, a nadie se quejaba ni descubría las faltas de su marido.

No cupo, pues, en la boca de la Virgen decir mal del Santo José, mas decir muchos bienes de él, y honrarlo, y desear que todos dijesen bien de él, y agradecerlo a quien lo dijese. Cierto es así, que si por nosotros no queda, tenemos muy cierto el favor de Jesucristo nuestro Señor y de su Madre bendita, para saber contar las grandezas de este bienaventurado Santo; pues así como todo lo que se dice en alabanza de la Virgen bendita, dice San Jerónimo que resulta en honra de Jesucristo nuestro Señor, su Hijo bendito, así todo lo que se dijere en alabanza del Santo José resulta en

[22] Este Tratado se intitula en otras ediciones anteriores «Del glorioso San José, Esposo de la Santísima Virgen María nuestra Señora»

honra de Jesucristo nuestro Señor, que lo honró con nombre de padre, y de la Virgen Santa María, de la cual fue verdadero y castísimo esposo. El Señor querrá que su santo ayo sea honrado, y la Virgen que digamos bien de su esposo; y Él y Ella lo agradecerán, y copiosamente lo premiarán. Y así porque conviene a la honra de Dios, como por ganar tal galardón, comenzaremos esta santa historia en alabanza de este glorioso santo esposo de la Virgen.

2.— Asunto del sermón.

Antes que del todo nos ocupemos en decir las señaladas y grandes misericordias y particulares privilegios que el Señor dio al bienaventurado San José (que cierto son tales, que bastan para poner en admiración a Cielos y tierra, y para rastrear por ellos la grandeza de la bondad divina, que sube al pobre y menesteroso a tan grande alteza de honra, como a este Santo subió); antes, pues, que nos metamos en este asunto, conviene que cumplamos con el santo Evangelio, el cual aunque breve en palabras, es copioso en sentencias, y que comprende los caminos de Dios, por donde viene y trata con los suyos, y los suyos con Él. La cual doctrina no es de estimar en poco, pues si es ignorada, andaremos errados, como gente que no acierta con el camino, un camino que lleva a Dios; ¡y ay de aquel que lo errare! Tres cosas nos declara este santo Evangelio que acaecieron a estos santos desposados José y María; conviene a saber: las grandes mercedes que Dios les hizo, la tribulación y prueba en que Dios los metió, y el piadoso socorro que en el tiempo de la mayor angustia les envió.

Notad bien y sabed considerar estas tres cosas, porque en ellas se encierra lo que nos acaece, no sólo en un día, mes o año, mas en toda la vida que en este destierro vivimos. Lo primero de todo que nos acaece, es recibir misericordias de Dios; y ninguno pudo tanto madrugar a hacer a Dios algún servicio, que no hubiese Dios madrugado más a hacerle mercedes; y no sólo es primero en dar, mas aun en dar lo que a Él se le da. ¡Qué gran verdad dijo el rey Salomón, hablando con Dios! Todas las cosas, Señor, que tenemos y que te ofrecemos son tuyas, y lo que te damos, de tu mano lo recibimos. No se gloríe nadie de lo que hace por Dios, pues cuanto más le da, tanto más recibe, y tanto más le debe,

según dice la Iglesia: «Señor, de cuya mano viene que tus fieles te sirvan digna y meritoriamente»[23]. No puede ser visto el sol sino con la luz del mismo sol, ni podemos agradar a Dios sino con la gracia del mismo Dios; y cuando corona y premia nuestros merecimientos, está ensalzando las mercedes que primero nos hizo. A Dios se debe la gloria de todo lo bueno; *porque de Él, y por Él, y en Él son todas las cosas; y a Él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén* (Rom 11, 36).

Gran parte de estas misericordias cupo a estos dos bienaventurados casados, la Virgen bendita y San José, y entre ellas fueron muy grandes las que entre manos tenemos; conviene a saber, que la desposada fuese hecha verdadera Madre de Dios, y San José, hombre bajo según el mundo y oficial carpintero, fuese levantado a tanta honra de ser verdadero esposo de la Madre de Dios, y de ser llamado padre, y tomado por ayo de aquel que tiene al Eterno Padre por padre, y que es creador de Cielos y tierra. Misericordias grandes, y tan grandes, que otras iguales no fueron oídas, y sobradas para que ellos fuesen agradecidos a Dios, y para que cantasen sus alabanzas, y con todo su corazón se alegrasen en Dios.

Mas mirad, conforme a lo grandes que fueron estas mercedes así fue grande la tribulación que tras ellas el Señor envió, cuya costumbre es enviar hiel después de la miel, y probar a sus amigos tentándolos, como hizo a Abraham (Gen 22). Del Señor leemos que en su santo bautismo fue declarado por voz celestial por Hijo carísimo del Eterno Padre (Mt 3); mas tras este favor se siguió ser llevado al desierto a ser tentado del enemigo (Mt 4). No se engañe nadie ni se tenga por seguro, porque sea recreado del Señor con mercedes y consolaciones, ahora sean espirituales, ahora corporales. Necesario es entender muy bien este negocio; y por no haberlo hecho así, han venido desastres no pequeños a muchos, que alegrándose con la prosperidad presente, dijeron lo que David (Sal 29): *Yo dije en mi prosperidad: Nada podrá perturbarme*. Y como sucedió la tribulación, y no estaban preparados para ella, cayeron muy fácilmente, y perdieron lo que habían recibido; lo cual, o no se recobra, o se recobra con dificultad. Sepan todos que el lugar verdadero del gozo, del descanso y de la prosperidad, es el Cielo; y

[23] Colecta del Domingo 12 después de Pentecostés.

quien de estos bienes quisiere ser rico, sin temor de perderlos, desee ir allá, y procure de ir allá; mas este destierro es lugar de trabajos, es una trabada pelea (Job 7, 1); es un mar de amargura y una tentación sobre la tierra; y cuando Dios da alguna consolación o prosperidad, no es para que el hombre goce de ella deteniéndose, sino o por que no desmaye en las tribulaciones que tiene, o por que cobre fuerzas para vencer las que le quieren venir.

¿Para qué dan armas a un soldado, sino para que esté preparado para la guerra? ¿Para qué dan de comer a un jumento, sino para echarle encima una gran carga? Así, hermanos, pensad, y con estos mismos ojos mirad los beneficios que Dios os envía, que son o para esforzaros en la guerra que tenéis, o para avisaros que presto la tendréis. Porque Él es amigo de tener amigos probados, y no puede haber prueba sino con tribulación, ni pueden entrar en el Cielo si no caminan por el desierto, ni celebrar Pascua de Resurrección si no pasan por Viernes Santo, que es día de Pasión.

3.— Congojas de San José.

Volvamos a nuestros Santos desposados, María y José. ¡Qué ricos, qué honrados, qué ensalzados en acatar lo que Dios ha dispuesto para ellos, ella con tal Hijo, y él con tal esposa, y con ser ayo del Hijo de Dios! Y tras esto viene que José vio a nuestra Señora estar encinta, por tener su seno crecido; de lo cual sintió interiormente tan gran turbación y tristeza, que no se puede decir con palabras. ¡Oh bienaventurado varón, de cuántas angustias es tu corazón combatido! ¡Y cómo Dios te ha herido en las mismas niñas de tus ojos, pues ves encinta a tu esposa, y nunca has llegado a ella, ni pensaste llegar; porque ella y tú habíais hecho voto de común acuerdo, de guardar virginidad toda vuestra vida! Estaba el santo varón como fuera de sí, por una parte viendo lo que veía, y por otra parte acordándose de la bondad de esta Virgen, y de las grandes señales que de sí daba para ser creída.

Sabía este santo varón que la mujer que tiene corazón deshonesto, tiene sus señales en lo de fuera, que dan testimonio de lo malo que tiene por dentro: pasos livianos, miradas altivas, curiosos vestidos, entretenerse en hablar o en oír cosas no castas, falta de devoción y de temor del Señor, amiga de regalos y de la ociosidad,

dejarse vencer por los deleites de gula, que son el camino para dejarse vencer por los deleites de carne, y así otras señales, que aunque la lengua de la tal mujer hable de castidad, sus obras como señales más verdaderas, declaran que hay deshonestidad; todas las cuales señales juntas y cada una por sí veía este glorioso Santo que faltaban en nuestra Señora, y que toda ella, y todas sus costumbres eran más contrarias a la deshonestidad, como lo negro a lo blanco, y daban tanto testimonio de la limpieza virginal que en su corazón y cuerpo albergaba, que esparcían de sí un olor como bálsamo, y eran como el resplandor de aquella pureza más que angelical que en su persona existía. Y cuando este santo varón se paraba a considerar las virtudes de ella, y su honestísima conversación, o cuando le miraba su virginal y honestísimo rostro, parecíale cosa imposible caber maldad en vaso de tan excelente bondad, y hacer traición a Dios y a su marido la que con tanta lealtad servía al uno y al otro; y durante algún rato huían las malas sospechas, se reprendía de ellas; y pedía en su corazón perdón a Dios y a su esposa, y descansaba y estaba contento.

Pero como era tiempo de tribulación y de prueba, y había determinado el Señor que este santo varón bebiese esta hiel y vinagre, tras este consuelo que recibía con estas buenas y verdaderas consideraciones, permitía que le viniesen otras contrarias a éstas, y lo dejaba en su flaqueza para que fuese atormentado y fatigado con ellas. Así como cuando se paraba atentamente a considerar las virtudes y honestidad de su santa esposa se deshacía la sospecha que de lo contrario tenía, así cuando la veía encinta se le entraba la sospecha en el corazón, y desaparecían las otras consideraciones; y si no se escondían del todo, no tenían tanta fuerza, que librasen al Santo de la angustia y la sospecha; y así había pelea en su corazón entre unos pensamientos y otros, diciendo unas veces: ¿Cómo es posible que María, mi esposa, de cuya bondad tengo tanta experiencia, me haya traicionado? Y por otra parte, ¿cómo puede ser bien hecho estar encinta, y no de mí? Gemía, llamaba el socorro de Dios, y no se lo daba, porque se lo guardaba para el tiempo de la mayor necesidad; y entretanto ya veis lo que podía sentir, pues esta pasión de los celos, concebidos hasta por una pequeña ocasión, atormenta sobre toda manera a los maridos; tanto que en el Antiguo Testamento proveyó Dios de

particular remedio para que el marido que tenía celos de su mujer, supiese si había maldad o no, y así descansase.

4.— Castigo legal del adulterio.

En el capítulo 5.° de los Números se lee que cuando este espíritu de celos trajese fatigado un hombre, que llevase su mujer al templo, y la presentase delante del sacerdote, diciendo cómo tenía celos de ella; y el sacerdote ofrecía sacrificio por ella, y luego escribía ciertas maldiciones, y las lavaba con agua, la cual agua había de beber, quisiese o no quisiese, y bebida el agua, decía el sacerdote: «Si tú no has hecho maldad a tu marido, estas maldiciones no te afecten; mas si has sido adúltera, vengan sobre ti»; y ella respondía: «Amén, amén»; y así lo aceptaba Dios, que si estaba limpia de tal delito ningún mal le sucedía; y si había adulterado, se le hinchaba luego el vientre, con otras claras señales, de lo cual venía a morir.

De aquí veréis cuánto atormenta esta sospecha a los maridos, y cuánto desagrada a Dios el adulterio de la mujer casada, pues para consuelo de los celos de él, y castigo del pecado de ella, daba Dios este remedio y manifiesta señal. Gravísimo pecado es delante de los ojos de Dios, y gravísima injuria hace la mujer a su marido, que siendo una cosa con él, se parte, y se hurta, y se entrega al que no lo es. Y así ninguna nación, por bárbara que sea, ha dejado este pecado sin castigo, por ser cosa impresa por instinto natural en los hombres pesarles mucho de que sus mujeres les hagan esta traición. Y por lo que ellos sienten cuando esto les toca, es mucha razón que se aparten con muy gran cuidado de hacer maldad con mujeres ajenas, pues entienden por lo que pasa por ellos, o podría pasar, la grande injuria que al marido hacen, y grave dolor que le hacen pasar. Nadie tenga en poco este pecado; todos huyan de cometerlo; y no les parezca que, porque Dios no haya ordenado sacrificio para castigar al hombre adúltero como a la mujer adúltera, que por eso se deba atrever a cometerlo; porque aunque no lo castigue en los varones, mandando que los lleven al templo a examinar y manifestar su delito, mas no por eso le faltan otros muchos medios con que los castiga.

Se atrevió David, siendo rey, a hacer maldad con la mujer ajena (2 Rey. 1, 1); y aunque él procuró que su delito fuese secreto, mas no lo pudo esconder de los ojos de Dios, el cual manifestó en público lo que él había hecho en escondido, y le castigó con castigos terribles, entre los cuales fueron que su hijo Absalón se le alzase con el reino y persiguiese a su padre para prenderlo o matarlo; y cuando no lo pudo conseguir, mandó que le sacasen a la plaza diez mujeres que su padre tenía y debajo de unas cortinas, por hacer enojo a su padre, hizo maldad con las diez mujeres (2 Rey. 16, 22). Y se cumplió la amenaza que Dios le hizo diciendo (2 Rey. 12, 12): *Tú pecaste en escondido, yo te castigaré a la luz del sol*. ¡Oh pecado gravísimo, que por ser tal, le parece a la divina Justicia demasiado tarde esperar a castigarlo en el otro mundo, y prontamente lo castiga en éste con diversos castigos, y algunas veces con que haya quien haga malas a las mujeres y a las hijas, como él hizo malas a la mujer e hijas ajenas! Y pues ésta es cosa tan aborrecible a Dios y castigada de Él, todos huyan de caer en ella, y de cosa que se le parezca.

5.— Contra los celos en el matrimonio.

Y las mujeres casadas, pues tanto lastiman a sus maridos los celos, no se contenten con no hacer esta maldad, mas vivan con grande cuidado de no dar ocasión al marido para que tan amarga sospecha, y tal hiel y vinagre entre en su corazón, porque tan descuidada puede ser en dar estas ocasiones, que aunque no sea mala en pecado de deshonestidad, sea mala y peque contra la ley del matrimonio, que le obligó a no dar enojo ni turbación notable a su marido; y otra mayor que ésta no la puede dar.

Y también aviso a los maridos que no fácilmente reciban en su corazón este tirano, porque si de él se dejan vencer y llevar, vienen a grandes peligros de cuerpo y de alma. Cierto, los celos son cosa que muchas veces el demonio procura, como cosa en que mucho gana, por ser cosa muy dañosa a los que Dios juntó en el matrimonio. Hombres hay que ni pueden comer, ni beber, ni dormir, y se van cada día endureciendo, y con la melancolía y tentación del demonio son tantas las sospechas que de sus mujeres tienen, y muchas veces sin causa ni ocasión, que les dan vida de galeras, y

ellos la pasan peor. Hermano, ensancha ese corazón, y comprende que de ninguna manera puedes vivir en esta vida, sin que te fíes de alguien. Porque si sólo te fijas en: «Me puede estar engañando, puede ser que me esté ocurriendo esto», toda tu vida será, una temerosa congoja; una estrechura de corazón que tanto te apriete, que te haga vivir una miserable vida, y aun hacer locuras con que se rían de ti. Claro está que saliendo de esta iglesia puede ser que alguno te esté aguardando y te mate, o que en el camino caiga una teja del tejado y te descalabre; mas por eso no has de dar lugar al temor, porque es un temor loco, que nace de tu condición y desconfianza, cuando lo tienes sin haber justa causa para tenerlo. Y así te conviene, cuando no tengas suficientes causas para pensar mal de tu mujer, tener tu corazón sosegado, y resistir a los vanos temores y sospechas que tu condición o el demonio te trae sin causa.

Si dices, ¿qué sé yo, si aunque mi mujer parezca buena, que no lo sea? Yo te digo, que si por esta regla te has de regir, también puedes dudar si fulano y fulana son tus padres. Cuando tengas, hermano, suficientes causas para sospechar mal, pon el remedio; y cuando no, dilata tu corazón, y confía tus asuntos a la bondad de nuestro Señor, y obedece su mandamiento (Mt 7), que *no quieras juzgar y no serás juzgado*; y que ten por bueno al que no conoces por malo; y no pienses que, porque tú por ventura has sido malo, también tu mujer lo es; o porque has conocido algunas mujeres ruines, pienses que todas lo son. Bondad tiene Dios para hacer buenos y santos, si ellos se disponen a serlo. Si tú lo hubieras sido, y tratado con buenos, no te fuera tan difícil creer que tu mujer es buena; porque ordinariamente por su corazón juzga el hombre el ajeno.

Esto que a los maridos se dice, tomadlo también las mujeres casadas, cuyos corazones, por ser más estrechos, están más dispuestos a dejarse vencer de esta pasión. Y cuando en ellas cae es una cosa que da lástima ver el tormento que ellas reciben, y que a su marido dan, como nos lo declara muy bien el Espíritu Santo, diciendo (Eclo. 26): «La mujer que tiene celos de otra es una angustia, un dolor íntimo, su lengua es un azote que no perdona a nadie.» Y así es verdad; que deshonra a su marido, y a las mujeres que la tienen culpa y que no se la tienen, quitando la fama a

buenas mujeres sin mirar lo que dice, como fuera de seso con la pasión; mas no por eso dejará de pecar gravemente, así por la mucha pena que da a su marido, como por las malas palabras que dice de terceras personas. Grande lazo del demonio es éste, y cuanto es para él ganancioso, es pérdida para los casados; es aflicción de ellos, merma de su salud, dolor de corazón, tristeza continua, engaño del enemigo, y quita la paz, que es la mejor joya del casamiento. Por lo cual con muy gran cuidado se deben guardar los casados de no dar causa ni ocasión para ello, ni admitir en su corazón tal semilla, de la cual nacen frutos tan perjudiciales para el alma y el cuerpo.

6.— Resolución de San José.

Nos hemos desviado de la historia de estos santos casados, María y José, por la necesidad que tienen de aviso los otros casados; quiera el Señor que les aproveche. Tornémonos, pues, al lugar de donde salimos, que es la gran angustia que el Santo José tenía de ver encinta a su santa esposa sin haber él llegado a ella, y por otra parte considerando cómo podía caber tal maldad en vaso de bondad más que humano. Pensaba unas veces lo que la humana conjetura le declaraba por lo que veía, y otras decía entre sí: «¿Qué sé yo si Dios ha hecho alguna obra milagrosa de las que suele, sobre toda humana razón? Pues esta bendita mujer es dotada de tan excelente santidad, y por eso muy dispuesta para que Dios haga en ella obras excelentes y maravillosas. Y si esto es así, yo no soy digno de estar en su compañía; y si no es así, yo no la quiero infamar con acusarla para que la apedreen, ni llevarla al templo para que con el sacrificio de la Ley se examine la verdad de esta cuestión.»

«Y el medio más conveniente que en caso tan dudoso me conviene tomar es dejarla, e irme secretamente, porque nadie me pregunte el porqué; y así ni la infamaré, ni me pondré a peligro de morar con ella si no es buena, ni me atreveré a estar con ella si es tan santa, que Dios ha hecho en ella milagro de haber concebido, sin ser de mí ni de otro varón.» Esta fue la resolución del Santo José, con la cual, aunque hallaba camino para lo que había de hacer, mas no se mitigaba por esta vía su gran dolor, porque el

grande y casto amor que a su esposa María tenía, infundido por Dios, y conservado y acrecentado con la conversación santa de Ella, le tenía el corazón tan hecho uno con Ella, que haberla de dejar era arrancársele las entrañas y partírsele el corazón; y así andaba lleno de dolor dentro de sí, y daba muestra de ello por sus gestos exteriores; porque gran dolor o gran placer, mal se pueden disimular.

7.— Tribulación de la Virgen María.

En gran tribulación, cierto, puso Dios a este santo varón; mas no era menor el de la Virgen bendita, la cual, como por las señales que veía, entendía la turbación que estaba pasando por su causa su santo esposo, le dolía mucho el verlo apenado como buena casada, y mucho más el ver que sospechaban de ella de cosa tan lejos y tan aborrecida de su corazón. Pedía el auxilio del Cielo, suplicaba al Señor que remediase tanto trabajo, y que si Él era servido que Ella padeciese aquella infamia, estaba aparejada para sufrirlo, y que no se quería tornar atrás de haberse ofrecido por esclava suya cuando concibió por Espíritu Santo, para servir en esta cometido y en todos, ya fuese por buena fama, ya por mala, por vida o por muerte, por hiel o por miel; que ninguna cosa amaba tanto que no la pusiese debajo de los pies del Señor, y de muy buena gana, para que hiciese de Ella lo que santamente quisiese. «No te fijes, Señor —decía la Virgen—, en mi tribulación o consolación; mas lo que te suplico es que no esté apenado este santo varón por mi causa; y lo que sobre todo me duele, y cuyo remedio con todo mi corazón te demando, es que, pues lo que tengo en mi seno es Hijo verdadero tuyo, cuya concepción fue por Espíritu Santo, y muy ajena de toda maldad, que no permitas que cosa tan limpia y tan verdadera sea tenida por mala y fuera de ley, ni que el que es Hijo legítimo tuyo se piense ser hijo de hombre habido de mala parte.»

Oraba la Virgen, y muchas veces con grande angustia de corazón y abundancia grande de lágrimas, y el Señor callaba y dejaba padecer a estas dos tan santas personas; cada una de las cuales le podía decir con mucha verdad lo que está escrito (Sal 87): *Fui ensalzado de Ti, y humillado y conturbado*; pues después

de tales favores con que los había ensalzado sobre todos los Cielos, los ha dejado en tal humillación, que lo uno es tormento de lo otro; y siendo llamado no responde.

8.— Silencio de María.

Mas ¡quién fuera tan digno de poder entrar en aquella pobre y santa casita! Y cuando la Santísima Virgen estaba de rodillas en oración pidiendo con lágrimas remedio al Señor, se presentara delante de Ella, hincadas las rodillas y con la reverencia que se debe a la que es verdadera Madre de Dios, le dijera: «Señora para siempre bendita: el remedio que deseas, que buscas y con tantas lágrimas pides al Señor, en tus manos está, y no cuesta muchas lágrimas ni mucho trabajo; pues con pocas palabras que le digas al Santo José, manifestándole el misterio grande que Dios ha obrado en ti, dándote a su Hijo verdadero para que haya sido engendrado de ti, no por obra de varón, sino del Espíritu Santo, él te dará crédito, por la opinión de santidad que de ti tiene. Porque como sea esto verdad tan cierta, Dios le dará gracia para creerla, y él quedará sin pena, y tú y tu Hijo con mucha honra.» Y aunque no se tuviese por muy cierto que el Santo José lo había de creer, era cosa muy conveniente —pues si no venía el remedio del Cielo mediante algún milagro— se tomase este otro remedio humano, pues había indicios que aprovecharía; y en cosas de tanto riesgo, todo medio que infunda esperanza, está bien que se tome.

Creo que respondiera la Virgen a quien esto le suplicaba lo que el Señor respondió a los hijos de Zebedeo (Mt 20): *No sabéis lo que pedís*; (Mt 16, 23): *sabéis las cosas de hombres, y no las de Dios*. Me atribule el Señor todo lo que fuere servido, que de mi boca no saldrá misterio tan alto, así *por guardar el secreto del sacramento de tan alto Rey* (Tob 12), como por no decir cosa de que nadie pueda tomar ocasión de pensar que hay en mí tal santidad para que Dios haga conmigo cosa tan señalada, cual nunca en el mundo ha acaecido ni acaecerá. Obra suya es; y aunque yo sea esclava, Hijo suyo es el que he concebido; no es posible que Él olvide cosa que toque a su Hijo ni a mí, por ser esclava suya. Y pues Él reveló a Santa Isabel lo que el ángel me había dicho en secreto, y quién era el que estaba encerrado en mi

vientre, y que ella y el niño que tenía en su vientre lo adorasen, Él pondrá remedio en este trabajo, y declarará esta verdad al Santo José, pues hay más necesidad que la sepa él que los otros. Y aunque dilate el remedio, es por probar nuestra paciencia y confianza, la cual tengo muy firme en Él, que sin que yo diga cosa que toque en mi alabanza, Él la dará a entender por la vía que Él sabe; mas mi oficio será callar, sufrir y esperar en su misericordia.

¡Oh Virgen para siempre bendita, cuán verdaderamente estáis enseñada de Dios! ¡Y con cuánta razón con vuestro ejemplo podremos acusarnos y reprendernos! Pues vos tenéis tanto peso de discreción, humildad y temor del Señor, que en tiempo de tanta necesidad calláis las mercedes, y tales mercedes de Dios; y nosotros, como vasos pequeños, en cuanto Dios nos da a sentir algo, luego nos henchimos y rehenchimos, y el espíritu de la liviandad nos hace rebosarlo por la boca, y tras el contarlo viene el perderlo por justo juicio de Dios.

9.— Mi secreto, para mí.

Y de San Pablo leemos que contó algunas mercedes particulares que Dios le había hecho, mas concurrían dos cosas: una, el estar tan ajeno y tan lejos de gloriarse vanamente, que su gloria era ser deshonrado y estimado por escoria de este mundo; y la otra era decir aquellas cosas, porque la doctrina de Jesucristo que predicaba corría riesgo de no ser creída, si él no contara cómo Dios lo había hecho su Apóstol, y otras particulares mercedes, y el mucho trabajo que había pasado, y la lealtad que había guardado en la predicación del santo Evangelio, no buscando en esto su honra, antes protestando muchas veces que lo decía forzado para que creyesen su doctrina y glorificasen a Dios, y no fuesen engañados de falsos predicadores. Esto estaba muy bien hecho. Y si tú me das un corazón fundado en verdadera humildad, y que tenga por azote que mucho le duela el ser estimado, y tenga por deleite el ser despreciado, y se una a la necesidad de remediar el peligro ajeno, o de pedir el consejo para que el demonio no le engañe *transfigurándose en ángel de luz* (2 Cor 11, 14), como muchas veces lo hace, en tal caso bien hecho es el declarar las mercedes de Dios, como lo hizo San Pablo.

Mas qué tienen que ver con esto los fervores de los que comienzan a servir a Dios, y que movidos por su liviandad —que llaman ellos deseos de aprovechar a otros—, tienen una comezón en la lengua por decir lo que sienten, y hacerse predicadores antes de tiempo; y para autorizar lo que dicen cuentan alguna merced particular que el Señor les ha hecho, y como tienen poco caudal, y lo echan fuera de su corazón, se quedan pobres, y pensando aprovechar a los otros, se dañan a sí mismos, y después de la pérdida entienden su yerro, y no todas las veces pueden recobrar lo perdido, y gimen porque no cumplieron lo que dice Isaías (24, 16): *El secreto mío, para mí*, y por experiencia conocen que quiere el Señor, que como la mujer casada debe guardar secreto a su marido de lo que pasa a solas con ella, así quiere que el alma le guarde secreto de las particulares mercedes que de su mano recibe, si no fuere con las condiciones ya dichas.

Y aunque hay algunas personas de voluntad tan sana y tan sencilla, que aunque cuenten estas cosas, no sienten que el Señor se enoja ni les quita las mercedes que en secreto les hace, todavía la verdadera humildad pide y desea esconder la dádiva, y enmudece la lengua para que no diga cosa por la cual pueda el hombre pueda ser en algo estimado. Para entender esto así, nos debe bastar el ejemplo de esta Santísima Virgen, que como más humilde que todos, aborrecía en gran manera que por su boca saliese cosa por la cual pudiese ser estimada. Y aunque se vio en trance de tanto peligro, suplicó al Señor que, pues es todopoderoso, lo remediase por otra vía, y no le mandase decir a ella mercedes tan particulares que de su mano había recibido. Verdad es que después de subido el Señor al Cielo, y después de haber predicado los sagrados Apóstoles la verdad del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, declararon a todos que aunque había consentido de haber sido estimado por hijo de José, no lo era sino de sólo el Padre Eterno que en cuanto Dios le engendró, y en cuanto hombre, de la bendita Virgen María, que sólo le engendró por el Espíritu Santo. Entonces, como cosa ya sabida y manifiesta, Ella declaró a los Apóstoles, especialmente al evangelista San Lucas, muchas particularidades de la santa Encarnación, y otros muchos misterios que Ella sabía; y aun esto no lo osara Ella decir por su gran humildad, si no fuera particularmente mandada e inspirada por el

Espíritu Santo, cuya obediencia se debe preferir a la humildad, pues en faltando ésta, deja de ser virtud y se torna soberbia.

10.— Revelación a San José.

Y volviendo a nuestro propósito, padecía San José, y padecía la Santísima Virgen; llamaban entre ambos a Dios, y dilataba el Señor el socorro para que ellos más mereciesen con la paciencia, y nosotros más nos aprovechásemos de tales ejemplos, pues sabía el Señor que nos habíamos de ver en tribulaciones. ¡Mas, oh Señor, y con cuánta razón debe tener paciencia el atribulado que invoca tu divina misericordia, y debe esperarla, aunque más y más se dilate, pues que ni tienes corazón duro para dejar de sentir los trabajos de los tuyos, ni oídos sordos para dejar de oír sus gemidos y ruegos muy grandes! Muy gran verdad es lo que de Ti, Señor, está escrito (Sal 9): *Esperen en Ti los que conocieron tu nombre, porque no has desamparado a los que te buscan*. Y porque la tardanza del remedio, que a muchos flacos es causa de desconfianza, no nos derribe, mandaste, Señor, darnos aviso contra este desmayo tan perjudicial, y mandaste que nos fuese de tu parte dicho (Hab 3): *Si el Señor se tardare, espéralo; que viniendo vendrá, y no tardará*.

Llamaron al Señor en su tribulación nuestra Señora y José; y cuando estaban ellos más apretados, les envía el Señor su socorro, según su acostumbrada misericordia. Y estando José durmiendo, se le apareció un ángel de Dios, el cual se cree piadosamente ser San Gabriel, pues era negocio que tocaba a la Encarnación del Hijo de Dios, que a él había sido encomendado, y le dice al Santo José: *José, hijo de David, no temas de tomar a María tu mujer, porque lo que ha nacido en Ella es del Espíritu Santo; y parirá un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados*. Esto le dijo, y con tanta claridad, que el Santo José fue tan ratificado de aquella verdad, que ninguna duda le quedó, chica ni grande, ni más tinieblas en su corazón; porque todo aquello huyó con el resplandor de la luz celestial, por las palabras que el ángel del Señor obró en su entendimiento; como hacia con los santos Profetas, que les daba

una luz tan evidente de que aquello que les decía era verdad y no engaño.

No es impedimento para esta certidumbre acaecer esto durmiendo, pues ha dicho el mismo Dios (Num 12, 6) que *también aparece a sus Profetas durmiendo como velando*. Y así también se escribe en el libro de Job (133, 15). Y así también lo experimentamos, pues hay muchas personas a quien acaece acostarse con ruines propósitos, y llevar una mala vida, y tan mala, que si se muriesen durmiendo, fuera el infierno su sepultura; y es tanta la misericordia de Dios que, o por cosas que ven entre sueños, o por palabras que les son dichas, lo recuerdan con los ojos llenos de lágrimas, y el corazón todo mudado, con entrañable arrepentimiento de sus pecados y propósito de hacer penitencia; y el haberla hecho, y el vivir bien, ha sido señal que fue de Dios lo que en el sueño les acaeció. Y si con éstos, que con tan mala conciencia se echaron a dormir, Dios obra su misericordia, dándoles tales avisos, no es mucho que creamos que hace sus misericordias con los que le sirven, declarándoles entre sueños lo que tienen que hacer, consolándolos en sus trabajos, avisándoles de los peligros, y otras mil maneras de cosas que caben en su infinita bondad. Y estas cosas, cuando son de Dios, traen una satisfacción particular al alma, y tienen una particular diferencia de los sueños que no son de Dios, como la bienaventurada Santa Mónica decía a su hijo San Agustín que los sentía.

Mas porque puede haber en estas cosas —y muchas veces lo hay— engaño del mal ángel, y vanidad de nuestro entendimiento, y obra de nuestros humores, o cosas por el estilo, no se debe de fiar la tal persona de cosas de sueños, sin comunicárselo antes con persona que le pueda dar claridad, pues aun en lo que nos acaece velando, que tiene más certidumbre, es peligroso el propio juicio, y seguro el ajeno.

El bienaventurado San José no tuvo que consultar con ningún hombre sobre su sueño, pues fue tan clara la revelación y tan llena de luz, que ni preguntó si era ángel de Dios o no, como Gedeón (Jud 6), ni lo dejó de conocer como los padres de Sansón (Jud 13), ni dudó como Zacarías (Lc 1), ni pidió señal como Gedeón.

11.— Gozo de la Virgen y San José.

No dudó, ni pudo dudar, por la grande evidencia de la revelación; mas recuerda tan alegre, y más que antes estaba penado, y con corazón tierno da muchas gracias a Dios porque le había librado de la huida que quería hacer, y se conoce por muy indigno de haberle Dios hecho ayo de su Hijo, y esposo de la Madre de Él; y entrañablemente le dolía de no haberla conocido, y de haber sospechado, y pidiendo de ello perdón a Dios, se fue pedírselo a la Virgen. Y mirándola ya con los ojos iluminados por la luz del Cielo, le parecía tan alta —como en la verdad lo es—, que ni se tenía por digno de estar delante de Ella, y en una casa con Ella; y arrojado a sus pies, regaba la tierra con lágrimas pidiendo perdón; y la Virgen se arrojó a los pies de él, rogándole que se levantase y se esforzase por servir a Dios en el quehacer que le había encomendado.

Le reventaba el corazón al Santo José de ver tanta humildad, tanta caridad y tanta virtud en aquella Señora que por esposa le había sido dada. Y cuando consideraba que era Madre de Dios, se le agotaba el juicio, salía de sí con admiración, y el corazón no le cabía en el cuerpo, y la ternura y las lágrimas no le dejaban hablar, y alababa a Dios, que lo ha tomado por marido de la Virgen, y se le ofrecía por esclavo. Y pues San Juan Bautista, encerrado en el vientre de su madre, conoció y adoró al Hijo de Dios humanado, que estaba escondido en el virginal vientre de nuestra Señora, ¿con qué reverencia, humildad y amor adoraría el Santo José al bendito Niño Jesús, siendo informado que estaba en el vientre de nuestra Señora? ¿Cuán rico, cuán gozoso estaba el santo varón con verse elegido para servir a tal Hijo y tal Madre? ¿Y por cuán digno se tenía, y cuán chiquito se consideraba para servir a tales Señores? Y como tal, pedía insistentemente particular luz, prudencia y diligencia, y todas aquellas virtudes que, para conversar con Dios hecho hombre y con su Madre bendita, Dios sabía que tendría menester. En grande tribulación había estado; mas sin comparación fue mayor esto dulce que lo otro fue amargo. Y aunque cada vez que pensaba en esta merced era su gozo y agradecimiento muy grande, mas como esta vez fue la primera que tal nueva supo, y como vino sobre tribulación, que es salsa para que la prosperidad

sea más sabrosa, y se juntaba a esto la consolación que la Virgen tenía, de ver consolado a su esposo, fueron muchas las gracias tan bellas y alegres que daba a Dios porque después de tal tempestad había traído tal bonanza en la mar de sus corazones.

Resultaba de todo esto tanto gozo y admiración en el corazón del Santo José, que no sabía qué hacer ni decir, sino rogar a los ángeles y suplicar a la Virgen su esposa que diesen por él alabanzas a Dios, y le alcanzasen gracia para conocer y agradecer tales mercedes, que sobrepujaban a su merecimiento. Lo consolaba en este temor la santísima Virgen María, ofreciéndole sus oraciones, y persuadiéndole a que tuviesen entre ambos confianza en la misericordia de Dios, que pues por su sola bondad les eligió para el servicio de su Hijo, les daría gracia para hacerlo bien, de manera que fuese Él glorificado y amado. Contó el uno al otro el dulce nombre de Jesús que el ángel les había dicho que pusiesen al Niño después de nacido; y fue muy particular gozo entre ellos de oír nombre tan excelente y consolador como es Jesús, que quiere decir Salvador, y como el ángel dijo, Salvador de pecados. Y así creo que el Santo José, por gozar del bien de este nombre, se arrojó al suelo suplicando al Niño Jesús le perdonase sus pecados, y le diese la gracia para no ofenderle. La Virgen su esposa no pidió perdón, porque no pecó; mas conociendo que, por los méritos del Niño Jesús, Ella había sido libre de todo pecado, le hizo reverencia, y le dio entrañables gracias, como si le hubiera perdonado todos los pecados que Ella hubiera hecho si Dios no la hubiera guardado. Este fin tienen los trabajos en que Dios pone, trocándolos en doblado placer; y así se acaba el santo Evangelio.

12.— Causas de este matrimonio de parte de la Virgen.

Estando desposada su madre María con José. El ser desposada la Virgen, y para quedarse siempre Virgen, como se quedó, pone admiración, y da ocasión de inquirir qué fue lo que en esto pretendió nuestro Señor; pues sus obras, y especialmente las que obró con su santísima Madre, todas son llenas de profunda sabiduría, aunque muchas veces oculta. Mas aunque el mismo negocio por sí nos convida a inquirir las causas del desposorio de la santa Virgen, el convenir esto para rastrear algunas de las

grandes virtudes y mercedes que Dios hizo a este santo varón José nos obliga, pues estamos en su día, a hablar de las causas de este santísimo desposorio, porque de allí resultará el conocimiento de la grandeza de este santo varón, que mereció ser el desposado de tan alto matrimonio y esposo de tan bienaventurada y alta Señora.

A) Por lo que importaba su buen nombre.

Muchas causas ponen los Santos por las cuales convino ser desposada la santísima Virgen María, así por lo que a Ella tocaba, como por lo que tocaba a su Hijo bendito. Y también para nuestro provecho convino que aquella que tan limpia y agradable era en los ojos de Dios, y que estando en la tierra, subía el olor de sus virtudes y santidad hasta la alteza del Cielo, y como precioso bálsamo henchía de olor toda la corte del Cielo, y deleitaba al Rey que estaba en su cama (Cant 1); Ésta, tan olorosa delante de Dios y sus ángeles, no convenía que tuviese fama que oliese mal delante de los hombres, pues que *del buen nombre*, especialmente la buena mujer, *debía tener cuidado*, como la Escritura lo manda (Eclo. 7), de tener buena fama; no por medios vanos ni fingimientos hipócritas, mas porque con la verdad de la buena vida cobre buena fama, como la luz que sale del sol. Y esto, no porque con la buena vida busquemos la alabanza de los hombres, porque sería gran vanidad dejar de obrar por contentar a Dios, y por su eterno galardón, y abatirnos a querer por paga de nuestras buenas obras el humo de las alabanzas humanas que de tan poco valor tiene y tan poco dura.

Nunca Dios quiera que pierda el cristiano sus buenos trabajos, ni que oiga aquella justa sentencia que el Señor dará contra los vanidosos y presuntuosos (Mt 6): *En verdad os digo, que ya recibieron su galardón*. Muy pisoteada tiene el buen cristiano esta vanidad; muy lejos está de este engaño; porque los ojos que miran a Dios, y le conocen por galardón de las buenas obras y buenos trabajos, no sólo no se ceban del pago que puedan dar todos los hombres, mas aun se desdeñan de pensar en ello, pareciéndoles que hacen injuria al que es galardón eterno, si mirasen en cosa tan poca. Lo que les mueve *a tener cuidado de su buena fama* es desear que Dios sea glorificado, y entender, como San Agustín

dice, «que así como el cristiano necesita de la buena conciencia para su provecho, necesita también la buena fama para el provecho del prójimo».

Y especialmente conviene tener este cuidado todo cristiano en lo que toca a ser tenido por hombre católico, según se lee de un santo viejo ermitaño, hombre de mucha paciencia en sufrir injurias, y como a tal le fueron ciertas personas a probar, y le dijeron que decían de él muchas faltas y males; y callando él a todo aquello, añadieron los otros diciendo: «También dicen de ti que eres hereje.» Y entonces él, que a todo había callado, a sólo esto respondió diciendo: «No lo soy.» Y preguntado por qué había callado a los otros males y a éste no, pues ni tenía unos ni otros, respondió que en las otras cosas puede el hombre callar para ejercitar la paciencia, y que en ésta no, por tocar tanto a la honra de Dios. Con lo cual concuerda San Jerónimo: No quiero que en infamia de herejía sea nadie paciente; quiere decir, que no deje de responder por su verdad y su fe, y probar que sea conocido por cristiano católico.

Este ha de ser el principal cuidado de varones y mujeres en lo que toca a la fama, y especialmente lo han de tener las personas dedicadas a Dios que profesan castidad, varones y mujeres, y en general todas las mujeres, poniendo un cuidado muy particular de que su fama tenga en esta parte tan buen olor, que ninguna mezcla tenga de malo. No se excuse nadie con decir: «No me siento culpable, no me importa nada lo que digan de mí», porque, como dicen los Santos, esto muchas veces toman las mujeres ruines como excusa para ser malas; y aunque no lo sean, son culpables por escandalizar a los prójimos y despreciar la buena fama. Y como dice la Santa Escritura (Prov 15): *El que menosprecia su fama, cruel es*. Y aunque nadie debe fácilmente creer las muchas cosas que se suelen decir de las tales personas, pues muchas veces son testimonios muy falsos, mas pocas veces acaece que estas cosas se digan sin preceder alguna culpa, o a lo menos alguna inadvertencia, en la cual las tales personas no miran, y los otros sí. Por lo cual conviene que haya tan grande cuidado y recato en evitar las conversaciones que pudieran dar lugar a equívocos, y en mostrar la mejor compostura por dentro y por fuera, que por malas intenciones que uno tenga, no se atreva a juzgar mal; y si se

atreviere a decirlo, sea tanto el buen crédito de la otra persona, que él no halle crédito para su maldad; según San Jerónimo cuenta de una doncella llamada Asela, que por sólo la bondad de su vida mereció que en la ciudad de Roma —donde tantos lujos y fastuosidades se dan, y donde el que es humilde es tenido por miserable—, que de ella los buenos hablasen bien y los malos no osasen murmurar.

Y porque el Señor amaba muy particularmente a su santísima Madre, y había determinado nacer de Ella, no quiso que anduviese en boca de hombres que tenía hijo sin tener marido; y quiso más que le estimasen a Él por hijo de un hombre bajo, siendo Hijo del Eterno Padre, que no tocasen la fama de su santísima Madre. Porque como San Ambrosio dice, «sabe el Señor que la fama de las doncellas es muy delicada; y por eso, si no es muy guardada, se puede, con cualquier vientecico y ocasión, fácilmente ennegrecer y perder». Y en ninguna manera convenía que las mujeres descuidadas en mirar por su fama pudiesen excusarse y disimular su poco recato con decir: «No me importa que hablen de mí, pues lo mismo dijeron de la Madre de Dios.» Lejos de vosotras tales excusas. No hallaréis en la Virgen bendita sombra para cubrir vuestros yerros.

Perfectísimo modelo de toda virtud y de toda limpieza la ha hecho Dios, mayor que la de los ángeles; de manera que su conversación exterior irradiaba tanta honestidad, que ningún hombre podía pensar otra cosa más que bien de ella, ni hablar de ella más que para alabarla, cumpliéndose en Ella muy por entero lo que le dijo el arcángel San Gabriel (Lc 1): *Bendita eres Tú entre todas las mujeres*. Porque no sólo fue bendita de Dios, mas bendita de los hombres y de las mujeres; porque todos la estimaban por persona llena de santidad, y hablaban bien de Ella, dando gloria a Dios por las buenas obras que la veían hacer. Y así está dicho en su persona (Eclo. 24): *Yo como teribinto extendí mis ramas, y mis ramas son de honra y de gracia; y soy como vid que he fructificado suavidad de olor, y mis flores son fruto de honra y de honestidad*. Se compara esta Virgen santa al terebinto y a la vid, porque estaba por dentro llena de fruto, y salían de Ella ramas de buenos ejemplos, dignos de honra y de suave olor, y de toda la honestidad, hecha perfectísimo modelo de toda limpieza y buena fama, con la

cual se gocen las buenas mujeres que la imitaren, y sean reprendidas, y no defendidas, las descuidadas en mirar por sí.

B) Para que en San José tuviese guarda.

Mucho hay que admirar de la providencia y consejo de Dios en dar al Santo José por guarda y amparo de la fama de la santísima Virgen nuestra Señora, pudiendo Él guardarla por otras muchas maneras; mas mucho más hay que admirar de otra segunda causa, por la cual Dios se lo dio por esposo; conviene a saber, para que fuese el Santo José guarda de la misma persona y castidad de la santísima Virgen nuestra Señora. De guarda se dice que proveyó el Señor cuando desde la cruz mandó a San Juan (19, 27) que tuviese cuidado de la bendita Virgen María; y en guarda fue dado el Santo José a la misma Virgen bendita, pues fue dado por marido suyo. ¡Quién no se admirará de la excelsitud de tal consejo! ¡Encomendar la guarda a un hombre, de una cosa tan particularmente metida en el corazón del Señor, y guardada de Él! Si la Virgen bendita fuera de aquellas de quien la Escritura dice (Eclo. 7, 26): *En tu hija pon mucha guarda*, y en otra parte (Eclo. 42) dice lo mismo de la hija que es deshonesta, parece que fuera razonable dar hombre que guardase la castidad de la mujer que estaba en peligro. Mas si esta Virgen bendita no era imprudente, sino velaba sobre sí mucho mejor que Isaías (26) y Habacuc (2), cuando cada uno de ellos decía: *Yo estoy en vela sobre mí*; y si el Señor guarda las almas de sus santos, como dice David (Sal 96), y si el Señor dijo a Abraham (Gen 15): *Yo seré tu guarda dondequiera que fueres*; y si tiene Dios puestos sus ojos y corazón en esta Virgen bendita mucho más que en el templo de Salomón, pues él era figura de Ella (3 Rey. 9), y está el Señor tan atento a guardar esta su casa y ciudad, que ni se duerme ni se descuida un solo punto, porque la estima en más que todas las criatura en la tierra y en el Cielo; muy sobrada parece la guarda del hombre para quien es tan guardada de Dios, que con mucha más razón se puede llamar Samaria, que quiere decir *guarda de Dios*, pues está mejor guardada por la Providencia divina, para que *ni le haga mal el sol de día, ni la luna de noche* (Sal 120), que la provincia de Samaria, que se llama *guarda de Dios* por tener a una parte la

tierra de Judea, y a la otra la de Galilea, por las cuales partes acostumbraban a venir los enemigos. Y con todo esto, y con ser esta Virgen bendita *aquella cama del rey Salomón*, cercada de *sesenta caballeros fuertes y muy diestros en la guerra para que la guardasen* (Cant 3), que son la multitud de ángeles que Dios eligió para guarda de Ella, especialmente después que el verdadero pacifico, Jesucristo nuestro Señor, se reclinó en Ella, haciéndose hombre en sus entrañas, no obstante la guarda de Dios y de tantos ángeles, y la que Ella tenía sobre sí, le da el Señor otra guarda, que es el Santo José. ¿Quién no se maravillará de la divina Providencia, que quiere tener compañeros en lo que Ella sola puede hacer, y quiere honrar a sus criaturas haciendo medio a unas, para que otras se lleguen a Él? Y lo que es mucho de maravillar, es que ayude y guarde el menor al mayor, y el menos bueno al más bueno, y que haya ovejas que, en la gracia y gloria, estén más altas que sus pastores y guardas.

Mas a todo esto deseamos saber de ti, Virgen bendita, si estás resentida, o te tienes por afrentada, de que siendo tú tan limpísima, y muy capaz para guardar a los otros, te pongan guarda a ti, y guarda de ángeles y de hombre, siendo tú más limpia que todos ellos. ¡Oh limpia sobre todos los limpios, y humilde sobre todos los humildes! Y por eso más limpia, porque más humilde. Que no eres tú, Señora, de aquellas llenas de presunción, y llenas de flaqueza, que se tienen por tan castas, que se llaman agraviadas si alguno les avisa o les pone guarda en cosa que toque a su honestidad y castidad, dejándolas, como a otro Nabucodonosor (Dan 4), comer manjares de bestias, que son deleites carnales; y conocen las miserables, aunque tarde y muy a su costa, que ni la castidad, ni la fe, ni otra virtud, se hereda de los progenitores, ni se puede alcanzar ni conservar por las propias fuerzas, si aquel Señor, *de quien desciende toda dádiva buena y todo don perfecto* (Jac., 1), no la da y no la conserva.

Y para que Él esto haga, conviene que seamos humildes; pues a éstos da y conserva su gracia; y el humilde ninguna cosa confía de sí; y como San Bernardo dice: «La virgen que de verdad lo es, aun lo seguro teme, y como persona que conoce su propia flaqueza, y entiende que necesita la ayuda de otros para que Dios le dé la suya, no sólo no se tiene por agraviada de que le avisen y

guarden, mas ella lo ruega cuando no lo hacen, y lo agradece mucho cuando se la dan; y aun con todo esto no se asegura, temiendo su propia flaqueza, no le haga perder la castidad muy amada.»

Y esto pretenden los santos Concilios cuando mandan a los Obispos que tengan en el aposento donde duermen, varones religiosos y honestos que sean testigos y guarda de su castidad. Y así se lee de San Luis, hijo del rey de Sicilia, fraile menor, y Obispo de Tolosa, que tenía siempre dos religiosos consigo para este efecto. Y costumbre es de mujeres principales nunca estar solas, si no es con su propio marido; mas siempre acompañadas de mujeres, o mujer de madura edad, clara fama y antigua virtud. Y San Jerónimo dice a Santa Paula, que enseñe a su hija que nunca se aparte del lado de su madre, y que tiemble de estar sola sin ella.

Saludable consejo, especialmente para todo varón religioso y mujer religiosa, y especialmente para las doncellas, nunca estar a solas con hombre, sino con su confesor, y esto en el confesonario. Y quien se fiase tanto de sí, que le pareciere no necesitar guarda de otros, entienda que aunque no haya caído de aquella virtud, está caída en la miserable soberbia, en la cual, como dice David (Sal 35), *cayeron todos los que obran maldad*. Porque según está escrito (Prov 16), *antes del ensalzamiento precede la humildad, y antes de la caída precede la soberbia*. Y así entienda el hombre que aquello de que se ensoberbece, presto se lo quitará Dios; y el tiempo que lo tiene le aprovechará muy poco; porque la soberbia o quita los bienes o los hace poseer sin provecho.

Miremos todos a la excelente humildad de la limpísima Virgen María, que con tantas prendas de seguridad, recibe —y con acción de gracias— la guarda que el Señor le dio; y entendamos que aunque el Señor tenía tan particular amor a su benditísima Madre, que bastaba a guardarla sin guarda de ángeles y guarda de hombres, quiso darle ángeles invisibles, y un hombre visible, para que en la casa y en los caminos y en el pueblo estuviese acompañada, y muy en seguro su fama y su castidad. Y de aquí se entienda, que pues quiso dar guarda a su Madre, que de ninguna mujer le agradará que presuma que ella sola se puede guardar; y que le desagradará mucho la que no buscare quien le avise y ayude a su castidad, y mucho más la que no agradeciere y se aprovechare de

la guarda que tiene. Y si se agravia de tenerla, y responde mal y la desprecia, no hallaremos nombre para declarar tanto mal; mas el juicio de Dios y que le quiete su amparo dará a entender lo que es.

C) Para que viviese en obediencia.

El querer Dios que su Madre bendita fuese casada con hombre, habiéndola tomado Dios Padre por limpísima esposa, y haber de guardar perfecta virginidad en el casamiento, fue tan grande obra que no nos hemos de maravillar de que obra tan grande haya tenido grandes y muchas causas, y excelentes efectos; y además de las que se han dicho, hay otra, y no de pequeña consideración. Ama el Señor a la Virgen; y deseamos dar contentamiento a quien amamos; y la casó Dios, por condescender a los deseos y peticiones de esta Virgen bendita. Mas ¿quién será tan atrevido, que ose hablar de los deseos de aquel virginal corazón, dotado de tanta profundidad y alteza de santidad, que sólo Aquel que tal la hizo, es el solo que la puede comprender? Puede la Virgen decir con mucha razón, que (Is 55. 9) *así como los Cielos son ensalzados sobre la tierra, son los caminos de su corazón muy mucho más altos que los nuestros*. ¿Qué podremos alcanzar a decir de un corazón más alto en santidad que los serafines, los que somos de corazones bajos, y aficionados a los deseos de carne, o a humos de honra, o al engaño de las riquezas, pues ordinariamente por su corazón saca el hombre el ajeno? No piense nadie, no, que los secretos de aquel virginal corazón, y el trato que con Dios tenía, sus deseos y suspiros, eran de tan poco valor, que nuestra pequeñez los puede alcanzar. *¿Por ventura has entrado tú en los tesoros de la nieve?*, dijo el Señor a Job (38, 22), para humillarle la presunción que parecía tener de su sabiduría. Y cierto, puso Dios mayores tesoros y más escondidos en aquel virginal corazón, más alto que el Cielo, que en la nieve que se engendra debajo del cielo. No hay quien escudriñe el abismo del mar, ni nosotros presumamos de querer comprender cosa tan escondida; mas por conjeturas rastreemos algo de lo que cumple a la presente materia.

Escrito está (Sal 11, 10, 17), *que el deseo de los pobres oye Dios y la disposición de su corazón escuchó su oído*. Y *pobre* se

llama en la Escritura el que es humilde, porque ninguna cosa tiene en sí en que se arrime ni en que confíe, y toda su riqueza tiene puesta en la misericordia de Dios, y su oficio es pedirle y ser mendigo a las puertas de su misericordia. Y como sea cosa cierta haber sido la Virgen la más humilde de todas las criaturas puras que Dios creó, tenía deseos muy grandes, conforme a la grandeza de su humildad. No desea cosas grandes el que desea la honra, ni el mandar a otros; humo es, vanidad es, y cosa que a Lucifer hizo de ángel demonio (Apoc 12); aborreció la obediencia de Dios, y el humillarse a sus criaturas; deseó no ser mandado de nadie, y mandar él a todos; y esto es veneno tan poderoso, que lo derribó hasta el profundo de los infiernos, donde es el más bajo y más desgraciado que todos, el que deseó ser más excelente que todos. Sabía la Virgen bendita, como enseñada de Dios, cuánto desagrada a sus ojos la hinchada soberbia, y cuánto le agrada la sujeción y humildad, no solamente humillándose a Dios y sirviéndole, mas también sujetándose a los hombres por Dios. Y lo que su Hijo bendito y Señor nuestro predicó e hizo cuando grande en el mundo, se lo predicó a Ella por Espíritu Santo aun antes que fuese concebido de Ella; y aquel espíritu de humildad que al Señor movió de lavar a sus discípulos los pies, que obra tanto en los corazones de los que le aman, que por honra de Él y por imitar tal ejemplo, como Él lo mandó (Jn 13), aborrecen de corazón los lugares más altos y el mandar a otros, y tienen por una muy cumplida riqueza y por gran deleite y encumbrada honra la sujeción y obediencia, no sólo a Dios, mas a todos los hombres, como dice San Pedro (1 Ped 1), y aun esto les parece poco, porque mirando aquella inestimable humildad con que el Altísimo se derribó a oficio de siervo lavando los pies a personas tan bajas, les parece que el bajarse ellos a servir y obedecer a los hombres es poco abatimiento, y desean ser sujetos aun a las creaturas menores, y con todo cuanto pueden abajarse y desean, no piensan que hacen nada, en comparación de tan soberano ejemplo de humildad como el Señor Altísimo dio a sus siervos. Pues si esta pequeña participación del espíritu humilde de Cristo, tan amadores de sujeción y humildad hace a los suyos donde Él mora, ¿qué pensáis que obraría en el santísimo Corazón de la Virgen, pues que le fue dado en mayor abundancia, y el vaso en que se recibió fue mejor dispuesto y mayor sin comparación que los otros?

Mucho, Virgen Santísima, te ensalzó el Señor, y gran motivo fue para hacerte mercedes el tomate por Madre, porque conforme a la alteza de tal dignidad, había de ser la abundancia de las gracias y dones, para dignamente recibirla y usar de ella. Y así como nadie hay que tan cercana sea en la carne al Hijo de Dios como tú, pues por ser Hijo y Madre, eres una carne, así no hay persona en quien tan espiritual parentesco y unión de corazones y unidad de espíritu haya, como entre Tú y Él. En el cuerpo y en el rostro dicen algunos que se parecía la Virgen y su Hijo bendito, y que pudieran sacar al uno por el otro; mas sin ninguna comparación era mayor la semejanza en los espíritus, y el uno era imagen del otro. El Señor era toda la hermosura de la santidad junta, y cada uno de los Santos tiene parte de la semejanza de Él, conforme a los grados de la santidad de cada uno que del Señor recibió. Mas la más semejante a Él, es la Virgen bendita, pues, como San Jerónimo dice: «A los otros Santos se da la gracia por partes, mas a la Virgen se derrama toda la plenitud de la gracia divina.»

Pues siendo esto así, oh Virgen bendita, ¿quién tendrá ojos para poder mirar en hito el muy resplandeciente sol de tu humildad, tan cercana a la de tu Hijo bendito, el cual dice que *vino a servir y no a ser servido* (Mt 20), y fue obediente a su Padre, y por su amor se sujetó a los hombres; y su principal cuidado fue tener humildad, para destruir en los hombres la soberbia de Lucifer, pues su venida fue para reparar el daño que por la soberbia había entrado en el mundo? Y conforme a esta humildad y obras humildes, eran, Señora, tus deseos y entrañables peticiones a Dios, suplicándole no te diese honras en este mundo, no mandos ni riquezas sino sujeción, obediencia, tener a quien reverenciar y por quien ser regida en la tierra.

¡Quién, señora, fuera digno de estar escuchando tu ferviente oración, llena de suspiros y lágrimas, suplicando al Señor tal merced! Diría la Virgen: «Concédeme, Señor, que yo sea esclava de aquella doncella que te ha de concebir y parir y quedar siempre Virgen; que en más estimo ser su criada y esclava, que ser señora de todo el mundo. Y esta merced te pido. Señor, y te suplico me la otorgues por quien Tú eres. Y si esta merced me niegas, ordena

Tú, Señor, otros caminos, como yo viva en sujeción y obediencia, y no use de mi libertad.»

Señora, ¿quién te enseñó siendo moza, viviendo en el templo, cuán peligrosa cosa es para todos, especialmente para las mujeres, la libertad? ¡Qué presente tenéis en tu memoria el yerro de nuestra madre Eva (Gen 3), tan costoso para todo el mundo, de que se fue sola a pasear por el huerto, y de que siendo razón que tomara consejo con su marido y lo siguiera, se atrevió a darle consejo a él, y a rogarle que siguiese la voluntad de ella, comiendo de la manzana, que ella a solas y con mala libertad había comido! Y también te acordabas del triste suceso que le ocurrió a Dina, hija de Jacob (Gen 34), por salir a pasearse; el cual evitara, si fuera acompañada de su padre y hermanos, y no sola y confiada de sí. Estos y otros ejemplos de los daños que a las mujeres han venido por querer ser libres, y la doctrina del Espíritu Santo que educaba tu corazón, te hacía aborrecer esta peligrosa libertad, y amar de corazón las ataduras de la sujeción y obediencia, que causan salud y seguridad. Con tan grande temblor decías al Señor: «Padre y Señor mío, pues me has hecho esta merced, que desde chiquita me recibiesen en esta tu casa y templo, para que yo viviese en obediencia de la Prelada, y por tu gracia, me has dado en el corazón tanto gusto y amor de la sujeción, que no sólo la procuro guardar con mis mayores, mas aun con todas las que en esta casa están, teniéndome yo por menor y esclava de todas, continua, Señor, esta misericordia conmigo, y provee cómo, si yo he de salir de esta casa, tenga a quien obedecer y servir, porque tiemblo de pensar si tengo de vivir en mi libertad, cosa que yo tanto aborrezco.»

¡Oh confusión grande para nuestra soberbia, palabras de tanta humildad! ¡Oh cuán pocos hay que deseen lo que la Virgen deseaba, y por eso pocos piden lo que Ella pide! ¡Y pidiese a Dios no lo aborreciesen cuando Dios les ordena vida de sujeción y obediencia, y no procurasen de romper este saludable yugo, y gozar de falsa libertad, verdadera causa de su perdición! Mujeres hay que, por no tener a quien obedecer y respetar, no se quieren casar. Otras huyen de obedecer a Prelados, y aun a sus propios padres. Y el castigo justo de esta culpa es dejarlos Dios seguir la altivez de sus pensamientos, y que pierdan los grandes bienes que

se siguen de la sujeción, y experimenten con miserables yerros que el bien del varón, y principalmente de la mujer, es no querer libertad. Que mejor consejo toma la Virgen en desear y pedir el lugar más bajo, donde sea mandada y regida; y tal oración como ésta, no dejará de ser agradable a aquellos ojos benditos de Dios, pues de ellos se escribe (Sal 112) que *miran las cosas humildes en el Cielo y en la tierra*. Y en otra parte está escrito (Jud 9): *Los soberbios desde el principio no te agradaron; mas la oración de los humildes y mansos, siempre, Señor, te agradó*. Y así no es maravilla que esta oración tan humilde, aunque hecha en la tierra, subiese al Cielo; pues está escrito (Eclo. 35): *La oración del que se humilla penetra los Cielos*. ¿Cómo había de negar Dios deseos de persona tan humilde, y pedidos con tanto ahínco? Esta es, pues, aquella *hierba suave* (Eclo. 24), plantada en el corazón de la Virgen, *que dio suavísimo olor al Rey celestial estando acostado en su cama* donde Él descansó, que es el humilde corazón, como Él por Isaías (57) lo dijo.

Le concedió, pues, su petición, le dio contento y descanso; y cuando ordenó su divina Providencia que la Virgen saliese de debajo de la mano de la Prelada que en el templo tenia, la puso debajo de la mano del Santo José para que le obedeciese, reverenciase y respetase con mucho cuidado; porque dárselo por marido es dárselo para que use con él de estos oficios. *La cabeza del varón es Jesucristo, y la cabeza de la mujer es su varón* (1 Cor 11); para que entienda el varón que ha de estar sujeto a Jesucristo, y entienda la mujer casada que ha de estar sujeta a su marido en todas las cosas que no fueren pecado, como es el cuerpo a la cabeza, y como es la Iglesia a Jesucristo; sin que sea estorbo de esto ser el marido alto o bajo; porque no ha de ser mirado con ojos de carne, que tienen más cuenta con las cosas de carne que con la verdad, mas con ojos cristianos, que entienden en representar el marido la persona de Cristo, y que el acatarle o desacatarle es acato o desacato hecho al mismo Señor.

D) Para que fuese esposa de un carpintero.

Y para que más te admires de la alteza del divino consejo, y cuán por otros caminos va la sabiduría de Dios de la humana

prudencia, da por marido a la que tenía por Esposa y la había de tomar por Madre, no duque ni conde, ni rico ni rey, sino un carpintero, que tenía necesidad para mantenerse de ganarlo con la herramienta en la mano. ¿Quién no se admirará hasta salir de sí de cosa tan extraña, y fuera de los quicios de la humana razón? ¿Quién no dirá con San Pablo (Rom 11): *¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán sin rastro sus caminos! ¿Quién conoció el sentido del Señor? ¿Quién fue su consejero? ¿Quién le enseñó? Todas las cosas salen de Él, todas son hechas por Él, todas son conservadas por Él*.

¡Señor para siempre bendito, Dios cuya sabiduría no tiene término!: ya que determinaba tu voluntad de tener Madre casada, ¿por qué ordenas casamiento tan desigual, dando a la que es Reina de los ángeles, y lo que más es, que es Madre tuya, no a rey ni emperador, sino a un carpintero? ¿Tan amigo eres de la humildad y la pobreza, que no sólo las amas de corazón, sino que las pones por obra? ¿Tan bien suena en tus oídos y en los de tu Madre, que te llamen a Ti hijo, y a Ella esposa, de un carpintero? ¿Y que pudiendo, y con toda facilidad, Tú y tu Madre santísima, oír otros títulos de grandísima honra, aborreces aquéllos y escoges éstos? Cosa nueva es, ni vista ni oída en el mundo; mas con esta doctrina y ejemplo de tanta humildad, quieres, Señor, dar a entender qué engañados van los que desean engrandecerse en la tierra, y que el abajarse en ella es camino verdadero para ser ensalzados en el Cielo. Y aunque Tú, Señor, muchas veces predicaste esto con tu santísima boca, quisiste Tú obrarlo en tu misma Persona y en tu Madre bendita, para dar a entender que no es doctrina de tener en poco lo que con humildad tan extraña y puesta por obra nos encomiendas. Mas ¡ay del mundo por el gran peligro del viento de la soberbia, que nos tiene tan ciegos, que aun con tales ejemplos, aman los hombres lo alto del mundo, como si Cristo se lo hubiera mandado y lo hubiera Él buscado, y huyen con todas sus fuerzas de lo que Él y su Madre buscaron y amaron, como si en ello estuviese su mal y condenación! ¿En qué pararán, Señor, en qué pararán los que despreciando tus ejemplos siguen los del miserable Lucifer, que, según dice Job (41, 25), *es rey sobre todos los hijos de la soberbia*, sino en que, pues no caminan por donde

caminaste, no vayan donde Tú fuiste, y pues les pareció bien seguir al rey soberbio, tengan parte en el reino de eterna miseria y deshonra, que como Jeremías (20, 11) dice, nunca será puesta en olvido?

¡Oh cuánta razón tenemos, cristianos, de con grande atención juntar nuestros espirituales sentidos, para considerar la alteza de Dios en esta obra de tanta humildad, la grande gana que tiene de que seamos humildes, y la grande obligación en que nos pone, pues que nos lo dice a costa de obras! Confúndanse todos los soberbios con este ejemplo; se avergüencen y teman las mujeres casadas de cotejarse en su corazón con sus maridos, pareciéndoles que son más altas y honradas que ellos, y que no las merecían tener por mujeres. Y si el asunto llega a tanta desvergüenza, que en las palabras o en las obras, den a entender la hinchazón pestilencial de su corazón, lloren como gente muy perdida, por verse tan lejos de la humildad de la santísima Virgen María, que olvidada de la grande ventaja que a su marido llevaba, le respeta y acata en su corazón, le sirve y obedece con las obras de fuera.

¡Oh qué engañadas estáis las mujeres a quien esto toca, en pensar que podéis tener amistad con la Virgen casada y humilde, vosotras las casadas soberbias! Y si a la Virgen bendita parecéis mal, ¡ay de vosotras!, porque en ninguna manera parecéis bien a Dios. Ordenanza de Dios fue ésta, para demostración de la profunda humildad de la Virgen, y para justificar la condenación de las mujeres soberbias. Pues los Cielos y la tierra, y todo lo que en ellos está, dirán a voces que no hay cosa más monstruosa ni digna de mayor castigo, que humillándose el Rey de la majestad, el hombre y gusano se quede enhiesto y soberbio; y que acatando y honrando la Madre de Dios a su esposo José, como a cabeza suya y lugarteniente de Dios, se desdeñe la mujer hormiga de no hacer lo mismo con su marido. Excelentísimo ejemplo fue dado a las mujeres casadas en ser casada la bendita Madre de Dios, para que como fue ejemplo de doncellas que están debajo de la mano de sus padres, y de las religiosas que están debajo de la mano de sus preladas, y de las viudas que pierden marido, lo fuese también de las mujeres casadas; para que todo estado de mujeres tuviese este espejo resplandeciente en que mirarse, y fuese maestra de todas la que es dada a todas por Madre, aprendiendo de Ella lo que han de

hacer, y alcanzando por Ella gracia para cumplirlo; de todos es la Virgen bendita. ¡Gracias a Aquel que nos la dio!

13.— Causas de este matrimonio de parte de Jesús.

A) Por el buen nombre de Cristo.

Estas y otras muchas causas hubo de este bienaventurado casamiento, de parte de la Virgen santísima; las cuales dejadas a que el Espíritu del Señor las enseñe, hablaremos de otras que de parte del Hijo de Dios se pueden considerar, no menos maravillosas para considerar, ni de menor provecho para imitar, antes en todo mayores, como el Señor es mayor que su Madre bendita.

Fue, pues, la primera causa de parte del Niño Jesús, saber que la divina Escritura, la cual tenían y leían los letrados de la Ley, no da buenas nuevas de los hijos nacidos fuera del matrimonio; fía poco de ellos, huye de darles cosas que a otros concede, y les tiene una cierta ojeriza, como cosa hecha en pecado; y como el Señor había de predicar y conversar en aquel pueblo, gente tan achacosa para calumniar su doctrina, vida y milagros, ordenó la divina Sabiduría no darles la menor ocasión, aunque solo fuese aparente, para que pudiesen manchar en algo al Señor ni a sus obras, y que fuese amparado de aquella infamia con la honra del matrimonio. Y pesó tanto esto en su acatamiento, que aunque pudiera el Señor descubrir quién era su Padre, y de ser sabido, ni su Madre incurriera en deshonra por tener hijo sin ser casada, ni la apedreasen como a adúltera (Lev 20), sino la honraran como esposa de Dios; mas el que vino a pagar el pecado de soberbia, y dar ejemplo de humildad para el remedio de los soberbios, no quiso descubrir prontamente la alteza de su linaje por el cual tenía naturaleza divina, sino la bajeza de la humildad, llamándose ordinariamente *hijo del hombre*; aunque alguna vez se llamaba Hijo de Dios, no por ambición, sino por dar gloria a Dios; y porque a la salvación de los hombres convenía que creyesen de Él que era hombre y que era Dios.

B) Para alivio de su pobreza.

Fue la segunda causa no menos maravillosa que ésta; conviene a saber, por tener quien supliese sus necesidades y le remediase en ellas. Pudiera este Omnipotente Señor, ya que por bien de los hombres se hizo hombre, cumplir con esto con tomar un alma impasible y un cuerpo glorioso, que ni en ella cupiese tristeza, ni en el cuerpo dolor ni otra alguna necesidad. Y no fuera esto contra razón; que era justo ser ajeno de las penas que entraron por el pecado el que no cometió pecado. Mas ya que su caridad le hizo renunciar a este derecho suyo, y no se contentó con humillarse hasta tomar cuerpo, mas cuerpo pasible, mortal, sujeto a hambre, desnudez, frío, cansancio y calor, y a las otras humanas necesidades a que los otros hombres son sujetos, las cuales aún sentía más que ellos, por ser más delicado que ellos; mas ya que su amor le ponía este grave yugo de necesidades que se pone sobre los hijos de Adán, que los aprieta *desde el día del nacimiento de ellos, hasta el día que se les acaba la vida* (Eclo. 40, 1, 2) pudiera el Señor, ya que quería servirse de sus criaturas para mantenerse de ellas, mandar al ave que viniese a ser su manjar, y al pan y al agua y al vestido que lo mantuviesen y cobijasen, y que el mismo fuego lo viniera a calentar, sirviéndole estas y otras cosas inmediatamente como a su verdadero Señor. Mas tampoco quiso usar de este modo de señorío, aunque muy justo, disimulando con la majestad por cumplir con la humildad, de la cual había de ser único maestro por palabras y obras; por lo cual no quiso servirse de estas criaturas para remedio de sus necesidades, sino que le fuesen dadas por mano de otras criaturas, como si no tuviera derecho sobre ellas.

—Señor, pues si te determinas a recibir lo que necesitas, recíbelo de la mano de los ángeles, que son muy altos y honrados; porque el magnánimo no recibe de todos, sino de personas muy altas. —No será así, dice el Señor; no me hice ángel, sino hombre para abajarme más; de mano de hombres y no de ángeles he de recibir lo que necesite.

—Pues sea, Señor, de mano de algún duque o conde, o de un rey. —No, sino de un hombre bajo.

—Pues dale, Señor, renta con que te mantenga. —No, sino de lo que gane con su oficio y con mucho sudor de su cara. ¡Oh humildad! ¡Oh pobreza, qué amada eres de este Señor, pues te santifica, tomándote en su misma Persona, para después llamar bienaventurados a los humildes y pobres de espíritu! (Mt 5). Por lo cual convino que la Virgen bendita fuese casada, para que pues Ella no podía a solas remediar las necesidades de su Hijo bendito, tuviese esposo que la ayudase. Porque así como se escribe de Adán (Gen 2) que le dio Dios mujer para que le ayudase, así también no convino que la bendita Virgen estuviese sola en este ministerio, sino que se le diese varón que la ayudase y fuese semejante a Ella.

C) Para ejemplo de humildad y obediencia.

No es menor que éstas la tercera causa de este casamiento bendito, el cual quiso la divina ordenación que se efectuase para cumplir con los encendidos deseos del Corazón del Señor, cerca de la humildad y obediencia. El cual, sabiendo que el camino para ir al Cielo y agradar a los ojos de Dios había de ser por medio contrario al corazón de Lucifer, que le perdió por soberbia, y al de los padres primeros, que cayeron en desobediencia, tuvo único cuidado de las dichas dos virtudes, con las cuales se casó sin jamás apartarse de ellas. Y porque convenía a su grandeza tener estas virtudes en grado muy alto, y la necesidad de los hombres acerca de la falta de ellas había menester poderoso ejemplo que les sanase de enfermedad tan arraigada, no se contentó el grande amador de estas virtudes de ejercitarlas en humillarse y en obedecer a Dios, como dice San Pablo (Fil 2), mas se determinó de humillarse y obedecer a hombres, para que Dios fuese glorificado en obra tan excelente, y los hombres se avergonzasen de quedarse enhiestos y desobedientes, viendo al Altísimo tan humillado y tan obediente.

De aquí nació lo que el Señor dijo para reprender a sus Apóstoles, que deseaban mandar (Mt 20): *El Hijo de la Virgen no vino a ser servido, sino a servir*. De aquí nació *el estar entre sus discípulos como quien sirve* (Lc 12) y hacer aquella obra de que todo el Cielo se admira, de lavarles el Jueves Santo sus pies, en

testimonio que su Corazón entrañablemente amaba el servir y aborrecía la vanidad del mandar, y ambición de la honra y señorío; porque lo que desde la primera edad se embebe en el hombre, dura con él en la mayor edad. Y para que ninguna parte de la vida del Señor estuviese sin estas virtudes, quiso tener Madre a la que se sometiese y obedeciese, guardándole el respeto y las preeminencias de Madre; y no contento con esto, se abajó más, a servir, obedecer y honrar a un hombre por ayo, que tenía en lugar de padre, de menores quilates que los de la Virgen bendita; para que tanto fuese más ilustre su obediencia, cuanto la persona a quien obedecía fuese más baja, y tanto fuese ejemplo más eficaz para convidar a los hombres a ser obedientes y humildes, y tanto fuese más justa la condenación de quien, con mal consejo, otro camino tomase más del de su Cabeza, Cristo, y a éste siguiese, amase y obedeciese; para que así seguido y obedecido, le diese aquí en este destierro gracia, y después le llevase consigo a su santa gloria.

TRATADO 2.°

PRESENTACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

¿Qué haremos con nuestra hermana el día que la han de ella?
(Cant 8,8)

1.— Introducción.

A las festividades de la santísima Virgen hemos de venir con corazones fervientes y muy agradecidos. Por eso dice San Buenaventura que los que hablan de nuestra Señora han de tener en sus palabras muy gran verdad y fervor: Verdad, porque la Virgen es enemiga de los mentirosos, y amiga de los verdaderos en sus palabras y obras. Esta Señora es la que engendró una Verdad que destruyó todas las herejías, y una luz que alumbró todas las tinieblas. Fervor, porque si a ésta que es verdaderamente nuestra no amamos, ¿a quién amaremos? San Bernardo dice: «No hay cosa que tanto me agrade como es hablar de esta Virgen bendita, ni que tanto me espante como considerar su grandeza.»

2.— Causas de la Presentación.

Esta Señora que ahora está tan grande en los Cielos, algún tiempo fue chiquita acá en la tierra; y verdaderamente será chiquita para los que de verdad fueren ahora chiquitos ante sus ojos, y se humillaren y le pidieren gracia. *Tenemos una hermana pequeña, todavía no tiene sus senos formados. ¿Qué haremos con nuestra hermana cuando se hable de ella?* (Cant 8, 7-8). Nuestra hermana es chiquita. ¿Qué haremos para el día que la han de hablar en persona Patriarcas y Profetas, y todos los hombres? Ahora se dicen estas palabras: Nuestra hermana es chiquita, ¿cómo la ataviaremos para el día que la han de hablar?

Hoy celebra la Santa Madre Iglesia aquella Señora que en su cántico dijo: *Ha hecho el Poderoso en Mí grandes cosas*. Celebramos la fiesta de su presentación; el día en el cual sus benditos padres San Joaquín y Santa Ana, siendo esta Señora niña de tres años, la presentaron al templo para que sirviese al Altísimo Dios en compañía de las doncellas que allí servían. Había una casa, incorporada con el templo, a modo de los monasterios de ahora; allí metían las doncellas principales para que sirviesen al Señor, y fuesen enseñadas en su conocimiento y temor. Era un santo Seminario, y después que tenían edad tomaban estado de casadas. La razón por que la presentaron fue, porque como ellos eran estériles, prometieron que si Dios les daba fruto, se lo ofrecerían a Él, guardándola en todo recogimiento hasta que tomase estado de casada. La presentaron sus padres en el templo.

¿Para qué quieres, Señor, que entre de tres años, que esté encerrada, que no ande por las calles? —Porque los que han de recibir a Dios y tratar con Él no estén descuidados, sino que sepan que se han de prepararse con mucho cuidado para recibirlo. Para dar Dios la Ley a Moisés, y para decirla al pueblo, le manda Dios que tres días antes no se acuesten con sus mujeres, y otros muchos avisos santos; ¿cuánta más razón es que se prepara aquel que ha de recibir a Dios y tratar con Él? Dime ahora: Si hubieseis de echar un poco de bálsamo u otro licor muy excelente en un vaso, ¿no mirarías primero si está sucio el vaso o agujereado, para que no se perdiese aquello? Pues si para hacer esto, tanto examinas el vaso, para recibir a Dios, ¿qué es lo lógico que tendrás que hacer?

¿Para qué entra la Niña en el monasterio? —Porque ha de llegar un día en que ha de recibir en sus entrañas a Dios. Día ha de llegar en que lo ha de tratar con sus manos, y ha de ser Madre de Él. No quiere Dios que sus cosas preciadas estén a la vista de todos. Y si la que estuviera segura en su casa y en las calles y plazas, quiere Dios que la encierren, ¿qué querrá de los que somos tan predispuestos a las caídas?

¿Para qué la encierras, Señor? —Para que sirva de ejemplo a hombres y mujeres; para dar a entender que si la que estaba segura quiso Dios que se quitase de inconvenientes, que necesario es que nosotros los huyamos.

¿Para qué la encierras, Señor? —Porque ha de venir un día que la han de hablar, y se ha de hacer la mayor obra de Dios cuando hablen a la Virgen; y para aquel día menester es prepararse mucho. ¿Y para qué la atavían? Para el día de las bodas. ¡Entra en hora buena, Señora!

3.— La Presentación.

La llevan sus padres de tres años, y la ponen en la última grada del altar, que tenía quince gradas por donde subían arriba; y subió con gran prontitud. Si subió por milagro o no, no se dice; piadosamente se puede creer que acaecieron tales cosas en esta Niña después que nació, que todos se maravillarían, y tendrían puestos sus ojos en ella, y dirían: «¿Qué ha de ser esta Niña?» Porque de creer es que a la que creó Dios para ser Madre suya, siempre había de hacer grandes maravillas con Ella. Sube, la ofrecen sus padres a Dios. ¡Entre mucho en hora buena! Ofrezcamos con Ella nuestros corazones. La mejor ofrenda que nunca se ha ofrecido ni ofrecerá de pura creatura fue la Virgen. «De buena gana me la dais —dice Dios—, de buena gana la recibo.» Entra la Virgen en el monasterio; no entró llorando ni de mala gana, ni le pesaba por lo que dejaba, aunque era Niña; pero decía Ella: «No vean mis ojos cosas de este mundo. Por amor de Ti esté mi boca cerrada; tenga yo silencio, pues te he de hablar a Ti; esté Yo donde me manden todos, donde sirva a todos por amor a Ti.» De muy buena gana entra a servir a Dios.

Entrada en el monasterio, *¿qué haremos a nuestra hermana para el día que la han de hablar?* ¿Qué le pondremos para que se enamore Dios de Ella? ¿Qué le haremos? La misma palabra divina preguntando, responde y dice: *«Pues que es muro, edifiquemos sobre ella torres de plata.»* ¿Cómo la llamas *muro*? ¿Qué tiene que ver una Niña de tres años con muros? Los muros son altos, anchos, duros y profundos, y más si son como los de la tierra de Promisión, que decían aquellas espías que enviaron los hijos de Israel (Deut 3): *Tienen unas ciudades muy guarnecidas, unos muros hasta el Cielo*. —Pues verdad dice Dios, que muro es; pues *edifiquemos sobre Ella cosas que la defiendan*.

4.— Altura, profundidad, anchura y longitud de la Virgen.

Más alta que el cielo, más profunda que los abismos, más ancha que la tierra, más ancha que el mar (*Job*, 11). Esta chiquita de que hablamos, más alta es que el Cielo, más profunda que los abismos, más ancha que la tierra. Más alta que el Cielo en lo espiritual. *A lo mejor* decimos *más alto* y grande. Entre todas cuantas cosas Dios creó, dejada la humanidad de Jesucristo, entre todas las creaturas puras no hay otra tan excelente, y así no tan *alta*; que aunque es chiquita, es más que los ángeles, más que los serafines. ¡Bendito seas, Señor, que de nuestro linaje nos diste esta Niña, más alta que el Cielo! Si la quieres de pensamientos, altísima; si la quieres de fundamento, profunda; si tiene buenos ojos, párate a mirar esta Niña, humildísima en su mirada. En esta Virgen no hay cosa más excelente que su humildad. Ella bien conocía las grandezas que Dios hacía con Ella, pero no atribuía nada para sí, ni a sus fuerzas, del bien que tenía. No hubo ninguna pura creatura que tan de veras honrase tanto a Dios, como esta Virgen. Mira si tiene buenos fundamentos. ¿Le falta anchura? Esta Virgen es muro de todo el mundo universo, y no solamente de éste que es poco, sino de todos los hombres. Mira cuántos fueron y se murieron, y vinieron otros y otros. Finalmente, de Eva somos todos hijos según la carne, y de la Virgen según el espíritu. Afecto de madre, corazón de defensora tiene esta Niña para todos los hombres; mira si necesita ser grande para ser madre de tantos hijos. Niña, ¿de dónde tienes Tú manto para cubrirnos a todos? ¿De dónde alas para abrigar tantos pollitos? ¡Más ancha es que la tierra! Caben en Ella justos y pecadores; los pecadores son perdonados por los ruegos de Ella, y los justos conservados en gracia; cabe quien no cabe en el Cielo, más ancho que la tierra, y Cielo y ángeles; que pues Dios entró en Ella y cupo en Ella, ¿no cabrás tú, pecador? *Sancta et inmaculata virginitas, quibus te laudibus efferam nescio, quia quem caeli capere non poterant, tuo gremio contulisti*. El que no cabe en los Cielos, en tus entrañas se encerró; bien cabrás, pecador, en las entrañas de la Virgen.

Bendito sea Dios, que tal Niña nos dio en muro, como dijo Jeremías (1, 18): *Yo te he dado hoy en columna de hierro y muro de metal*. Muro es, pero no es del que dice Dios que son muros

fáciles, muros de vidrio. ¿Quién son éstos? ¡Quiera Dios, que no sea éste que te habla! Sacerdotes, Profetas, hombres recogidos, gran queja tengo de *vosotros* (*Ezeq*., 15): *Porque os habéis puesto como muro* por la casa de Israel, para que *estuvieseis en el día de la batalla del Señor*. ¡Cosa brava! «Ando —dice Dios— buscando un hombre que se ponga entre Mí y los hombres, para que, si los quisiere castigar, esté de su parte; y porque no lo hallé, *derramaré mi indignación*.» ¿Cuándo es *el día de la batalla del Señor*? Cuando suben nuestros grandes pecados delante de su justicia. Quiere Dios que cuando está enojado con el pueblo, que sus sacerdotes le vayan a la mano, porque no derrame su enojo. Quéjase Dios que busca quien le vaya a la mano, y entre tantos, no halló uno. Esos son los muros de vidrio, ésos son los que no tienen justicia para nosotros; y si para defendernos nosotros no la tenemos, ¿cómo la tendremos para los otros? ¿Cómo seremos poderosos para quitar el enojo de Dios contra su pueblo?

5.— Armas de la Virgen para luchar con Dios.

No es la Virgen de esos muros quebradizos, ni de los que no pueden sufrir un golpe por la caridad de los prójimos. Niña fortísima, criada y endurecida en trabajos, buena es para muro. ¿Qué armas le pondremos para que pelee con el Señor, para que lo venza? ¡En hora buena entre la Niña en el colegio de doncellas! ¿Qué llevas, Señora? Gran negocio llevas, pelear con Dios, y que se amanse con los hombres; el Señor te dé armas. ¿Qué armas llevas? ¿Son riquezas? No, que todas las dejó; y cuando grande, con sus manos trabajaba para comer. Pues ¿qué llevas? ¿Hermosura? Sabía Ella que dice el Sabio (Prov 31) que *es engañadora la gracia y vana la hermosura*. Que no es nada de eso. Pues ¿qué llevas para vencer? Dígalo Él (Cant 4): *Has llagado mi corazón con uno de tus ojos, y con un cabello de tu cabeza*. Su gran amor, su gran obediencia y virtudes herían al Señor. Los días de nuestra Señora tendríamos que confesarnos y comulgar, y alabar mucho a nuestra Señora, en señal que en estos días nos hace Dios mercedes por sus ruegos. ¿No crees que a los que se preparan para estos días les hará Dios grandes mercedes, pues que tanto ama a esta bendita Señora Virgen?

¿Qué le pondremos a la Niña? ¿Qué armas le daremos para que pelee con Dios, y aun para que lo venza? *Has herido mi corazón, esposa mía, con uno de tus ojos, y con un cabello de tu cabeza*. ¡Bendito seas Tú, Señor! ¿Tan tierno eres, que con mirarte te hieren, y tan flaco que con un cabello te atan? ¿Qué nos quieres decir, Señor, sino que tienes los brazos y el corazón dispuestos para recibirnos? ¿Qué cosa más tierna, que con mirarlo es herido? Ves aquí las armas con que pelea la Virgen. ¿Qué será este ojo, no dos? *Inclina tu oído, dice Dios* (Sal 44). No dos oídos; no es más de uno. *Una sola cosa es necesaria*, un amor, una intención no mezclada. Este es el ojo de que en otra parte (Mt 6) dijo el Señor: *Si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo será resplandeciente*. ¡Ay dolor, qué lejos estaba el corazón de la Niña que le dijesen (Is 1): *Tu vino se ha mezclado con agua, y tu oro se ha vuelto en escoria!* El vino de la Virgen, su intención es, ojo no torcido, no mezclado. No quería Ella que se hiciese su voluntad, sino la de Dios. «Cúmplase tu voluntad; no se haga cuenta de mí, sino de Ti; vea Yo tu voluntad cumplida.» Ama la Virgen a Dios, y a Sí por Dios, y el provecho de los hombres. Este era el ojo de la Virgen, ojo claro; quien a Dios ama, amará al prójimo bien. *Me has herido con uno de tus ojos*. No hay cosa con que más fácilmente alcance a Dios que el amor; no sabe Dios defenderse del corazón que le ama; porque no quiere. No hay ballesta que tan presto hiera. ¡Niña y tanto amor! Cristo dice: *Donde está tu tesoro, ahí está tu corazón*. Si el ojo es derecho, el cabello no es más de uno; porque si la intención es derecha a Dios, no hay más de un pensamiento; todo se emplea en Dios. ¿Qué tal es tu tesoro? Tesoro de lodo y de carbones, si lo has puesto en la tierra, carne y vanidad, o en el viento de la honra, ¡ruin tesoro! *Donde está lo que amas, allí está tu corazón*.

¿Qué haré, Padre, que me siento a rezar, y estoy seco como un palo sin devoción? —Hermano, mira que a lo que amas se va tu corazón; pon tu tesoro en el Cielo, y tu corazón se irá tras lo que amas. Si el amor está enredado, ¿cómo tendrás el espíritu recogido?

¡La Niña, un amor! ¡Quién te viera cantar los Salmos con mayor espíritu que el mismo David que los compuso (Sal 72): *¿Qué tengo yo, Señor, en el Cielo: y fuera de Ti, qué quiero sobre*

la tierra? ¡Dios es mi porción! Una cosa quiere Dios, que mi porción sea de amor puro; y porque no tenía más de un Dios, no tenía más de un amor. En Dios pensaba cuando comía y cuando hablaba, dondequiera que anduviese siempre andaba pensando en Dios. De la cual los ángeles admirados, decían (Cant 8): *¿Quién es ésta que sube del desierto?* Señor, vergüenza siento al decir estas palabras; mas quítese esta vergüenza con ver que ésta que tan bien oraba es carne de nuestra carne. *¿Quién es ésta que sube del desierto como varita de humo?* ¿Qué tal sería la oración de la Virgen, pues se maravillan los ángeles? *¿Quién es ésta que sube como humo?* Humo, no de leña verde, ni que hace llorar como el de nuestras leñas verdes; que pedimos venganza de nuestros enemigos y cosas de tierra; ése es humo que hace llorar; no es vara que sube arriba, sino como es tierra, en la tierra se queda.

Pues ¿qué tal es la de la Virgen? (Cant 3): *Ex aromatibus myrrhae*. Humo de incienso, de menjuí, y de estoraque, y de odorífera poma; tales eran los pensamientos de la Virgen. San Bernardo: «Algunos tienen actos de oración, y no vida de hombres que oran.» De todo polvo que huela bien ha de ser la oración buena; acompañada de buenas obras de caridad, de ayunos y de disciplinas. Porque ¿qué aprovecha un rato llorar, si lo demás es parlar? ¿Qué aprovecha que tengas un rato de oración de noche, si el día lo gastas en risas y vanidades? Esa vida no es de hombre que ora, porque el que verdaderamente ha de orar, se ha de guardar todo el día de no ofender a Dios, y ha de andar siempre pidiendo a Dios nuestro Señor: «¡Dadme más de tu conocimiento!» Porque ¿cuándo serás rico, si no juntas la blanca de hoy con la de mañana y de ayer, y la guardas muy bien?

De aquí nace aprovechar tan poco los hombres en el espíritu en tanto tiempo. Y el mismo San Bernardo dice: «Más gente hallarás que de mala se torne a buena, que de buena en mejor.» Nos parece que estamos seguros con no cometer pecados mortales; nos despierta Dios para que le sirvamos, y no ha acabado de despertarnos, cuando nos tornamos a dormir y caer en nuestras flojedades. Oración tenía la Virgen, y vida conforme a ella, porque la que sale de corazón descuidado, abajo se va. Pues tiene la Virgen su pensamiento tan recogido, buena es para pelear, pues tiene armas para vencer a Dios; ahora entremos en la pelea.

6.— La Virgen lucha con Dios en la oración.

Quien quisiere ver justas y correr toros, véalo en buena hora. Quien quisiere ver grandes escuadrones de gente y derramar sangre, véalo; no parezca bien otra cosa a mis ojos sino aquella guerra: ver una Niña de tres años, de una parte, una doncella encerrada; y de otra, Dios. ¡Oh juego tan bienaventurado, y quién viera la Niña luchar con Dios, harto mejor que el Patriarca Jacob! (Gen 32). Mas éste no luchó más de una noche y con un ángel; pero hízolo cuerdamente, que para haber de luchar echó a sus mujeres, y pastores y ganado y bestias por delante; les hizo pasar el río, y él se quedó solo de la otra parte, aparejado para bien luchar. ¿Quieres tú bien orar? Echa delante de ti todo lo que te impide; di a todos los negocios: Apartaos de mí, que voy a negociar con Dios. Y si es desacato a un rey o señor estando hablando con él volverte a otras cosas, ¿qué será estando hablando con Dios, andar con los pensamientos acá y acullá? Jacob una noche sola, y solo, luchó; luchó la Virgen, más recogido el corazón. Aparejado luchó Jacob, pero más aparejada la Virgen. Y así dice el Esposo (Cant 4): *Huerto cerrado, esposa mía, amiga mía, huerto encerrado*; cercado el cuerpo en el monasterio, encerrados los ojos y oídos, y encerrados los pensamientos dentro de sí.

¡Quién viera la Niña levantarse de noche a oscuras, y sentarse en un rinconcito, y comenzar con su corazón a combatir a Dios! (*Exod*., 34): *Si en verdad he hallado gracia a tus ojos, oh Señor, perdónalos*. Sí, que Moisés así oraba; pero ¿qué va de oración a oración? Buena la de Moisés, mejor la de la Virgen. Señor, si hallé gracia delante de Ti, ten misericordia con los hombres, remedia las almas que están perdidas. *Venga, Señor, el Cordero, venga el Deseado de las gentes*. Remédianos, Señor; venga el agua que impregna la tierra. Rogaba la Virgen al Señor que enviase a su Hijo para ser sierva de la que fuese su Madre; quería Ella ser sierva, y era la Madre. ¡Quién viera qué respuesta le daba Dios!

Gusanillo eres, hormiga eres que andas por la tierra, y está la Virgen rogando por ti en el Cielo: «Señor, misericordia para aquel que me llamó, y perdón para aquel que se encomendó a mí.»

¿No ves que éste ha hecho tal pecado y merece castigo? Ese es el golpe, no merece ese hombre misericordia. Esos son los golpes que la justicia de Dios da a quien se pone a rogar por otro.

¡Quién te viera replicar! ¿Qué réplica tienes? «Señor, ¿vengo yo delante de Ti a alegar justicia o a pedir misericordia? Bien veo que merece castigo; mas te pido yo misericordia, Señor: *o borrame del libro de la vida, o perdona a éste*.» Si tuvo caridad Moisés para pedir esto a Dios, ¿no la tendrá la Virgen? «Venga la maldición de la pena sobre mí, y sobre ellos tu bendición; yo te ofrezco mi vida y salud; castígame a mí y perdona a ellos; yo te ofrezco mi honra: trátame como quieras, y se piadoso a estas piadosas entrañas.» ¿No creeré yo esto de tus entrañas, pues las tienes más piadosas que las de Moisés, y pedía él esto a Dios? ¿No creeré yo, Señora, que te apiadarás de los pecadores, que te creó Dios para ellos? Mil veces ofrecía la Virgen su vida por los hombres. Si anduviésemos con la boca por el suelo por amor de Ella, sería poco; si la amásemos y derramásemos nuestra sangre, y perdiésemos la vida por Ella, sería poco. ¿Qué ofreces, Señora, por los hombres? ¿Tu vida? Poco es: otra vida ofreció Ella, que amaba mucho más que la suya. ¡Te den gracias los hombres! Sabía Ella que la voluntad de Dios para que el mundo se remediase era que muriese el Hijo. «¡Que muera mi Hijo, pues que Tú, Padre, lo quieres!» ¿Qué sentirías con dolor de Madre? «Hágase, Señor, vuestra voluntad.» ¡Qué te debemos! Quien supiere estimar cuánto amaba la Virgen a Jesucristo, éste sabrá estimar cuánto la debemos.

Así oraba la Virgen al Señor: «Señor, si el mundo merece castigo, venga sobre Mí, y ten con ellos misericordia.» San Bernardo dice: *Fría es toda oración cuando no la mueve inspiración. Tepida est omnis oratio, quam non praecedit inspiratio*. Testigos hartos habrá de esto aquí; fría es toda oración cuando no la mueve inspiración del Espíritu Santo; se ora fríamente cuando no viene primero el soplo del Espíritu Santo. San Pablo (Rom 8, 26): *El Espíritu pide por nosotros con gemidos que no se pueden contar*. Y otra vez San Pablo: *El Espíritu Santo, que está dentro de nosotros, nos enseña a orar*. Nos hace reventar el corazón, que muchas veces no sabe el hombre por qué llora; pide el Espíritu Santo con gemidos que no se pueden contar, ni el mismo que los da los entiende. No se te dé nada que no los entiendas, que aquel

Dios que te los inspira los entiende, y hace que pidas conforme a lo que Él quiere. ¡Cómo serían, Virgen, tus oraciones, pues eran movidas por el Espíritu Santo!

Pues si el mismo Dios la enseñaba a orar, claro está que oiría las oraciones de la Virgen. Alcanzó con Dios más que Jacob, más que Moisés. ¿Qué pide Moisés a Dios? Señor, que tengas las manos quietas; que no castiguéis este pueblo. En fin, por aquel tiempo ató las manos a Dios para que no castigase a su pueblo, y la Virgen le ata las manos con sus oraciones para que aparte su ira y enojo de los hombres. Un hombre santo ¡qué alcanza de Dios! Si quiere quitar el hambre del mundo, le dice: «Señor, te suplico no enviéis hambre al mundo por tu misericordia. Aquel que está con dolores, quítaselos, Señor, quítale aquellas penas.» Señora, ¿qué alcanzaras tú? «¡Señor, que quites los dolores!» Alcanza que reciba Él penas y dolores por los hombres. A la prisa de las oraciones de la Virgen responde Dios. Lo trae de los Cielos a la tierra, entra en su vientre, le arma de unas armas y carne tan delicada, que le fatiga el hambre, la sed y el cansancio, y le punzan las espinas, dándole cinco mil y tantos azotes; ¡y Él, que tenga las manos quietas y que calle, y le hinchan de dolores y que diga Él al Padre (Lc 23): *Perdónalos, Señor!* ¿Quién puede alcanzar delante de Dios negocio tan grande? Mediante las oraciones de la Virgen. Dice Dios (Mt 15): *Mujer, grande es tu fe; hágase como tú quieres*.

Si has sido fuerte contra Dios ¿cuánto más contra los hombres? (Gen 32, 28). Iba Jacob medroso de su hermano Esaú. Jacob, has luchado con el Señor, fuerte contra Dios, ¿cuánto más lo serás contra vuestro hermano? Virgen, ¿quién se pondrá delante de tu poder? ¿A quién no vencerás, pues a Dios has vencido? De ahí nace que los demonios tiemblan de la Virgen, huyendo de Ella con sólo nombrarla; es espantable su nombre contra ellos. El perseguido del demonio recurra a la Virgen con fe, que luego será librado de él. Uno de los principales remedios contra el demonio es recurrir a la Virgen.

7.— Humildad de la Virgen.

¿Qué te espantas que estando con aquellas doncellas las prevaleciese a todas, y se enseñorease de ellas? La que tales

lágrimas derramaba, ¿qué conversación te parece que tendrá? ¿Qué alegría mostrará en el rostro, que aun acá un hombre cuando sale de la oración en la cara se lo notas? Esposas de Cristo, devotas de la Virgen, ninguna vio a la Virgen enojada. Y aunque no mostrase el enojo en la cara, no pienses que se iba al rincón a enojarse, como si disimulase por de fuera, teniendo enojo en su corazón. *Aprended de Mí* —dice el Señor (Mt 11)—, *que soy manso y humilde de corazón*. Tal lo tenía la Virgen, mansa, blanda con todos, buscando el último lugar: ¡no sería Abadesa! Dios nos dé su gracia para que entendamos esto.

Ruegan el Hijo que sea rey, no quiere y se va huyendo; no le hallaron. ¿Por qué no quieres ser rey? ¿Te podrán por ventura engañar, o torcerás la justicia? ¿Por qué no quieres? ¿Caerás por ventura en pecado? No. Pues ¿por qué huyes de una cosa tan segura? Huye el Señor de las dignidades para darnos a entender que si el que estaba tan seguro huyó, que el malaventurado gusano huya de las ocasiones. El enfermo que hiciere del sano: «No me hará mal el sol ni el aire; bien puedo comer lo que quiera, que ya estoy bueno»; el enfermo que se quiere tratar como sano, presto tornará a caer, y la experiencia le dará a entender cómo era enfermo, y no sano.

Juicio durísimo —dice Dios (*Sab*., 6)— *será hecho a los que tienen mando*, cuanto más si se dan dineros por ello.

—Véndeme tu cargo de regidor, tu cargo de concejal.

—¡Loco! ¿Dónde pones tus ojos? Ves una motica en tu viña y en tu olivar, tienes tanta cuenta en tus dineros, y en tu salud tienes tanta vigilancia que andas mirando: «Esto me dañará, esto otro me aprovechará», aun en las cosas más pequeñas; ¿y en lo que toca a tu alma tanto descuido? ¡Ves una motica, y no ves un monte muy grande! Lastimera cosa es ver unos hombres tan astutos, que en cosas hay que bastan a partir un cabello, y tan necios en lo que tanto les va. ¿Qué cosa hay más necia que decir: «Tomate estos dineros para que me juzgue Dios con un duro juicio»? Porque ¿qué es decir: «Véndeme tu cargo de concejal », sino en buen romance: «Toma mil ducados para que me des con que vaya al infierno»? ¿No te contentas, ¡triste de ti!, con un duro juicio, sino que a tu costa quieres comprar un juicio durísimo porque tomas un oficio que no mereces?

La Virgen, persecuciones pasó; pero se lee de Ella que estaba alegre en las persecuciones. Una Virgen con tanta luz en el entendimiento, tanta fuerza en la voluntad, tanta humildad, ¿qué mal podría pasarte, Virgen, si en este mundo mostrases quien eres, pues tan segura estabas de no caer? Allégate a Él para que haga milagros. Hacen milagros los Santos que están tan lejos de la Virgen como el Cielo de la tierra; ¿por los Santos chiquitos tantos milagros, por tu Madre no? Sospecho que se echaba la Virgen a los pies de su Hijo, porque en esta vida no hiciese ningún milagro por Ella, por la grandeza de la humildad que tenía. Rogaba Ella esto a su Hijo: «Quiero para ignorada, no quiero hacer ninguna cosa que suene a gloria ni honra.» Bien conocías tú nuestra flaqueza, que somos amigos de nuestro daño, de los puestos altos. «Déjame que tengo que ser modelo para mucha gente que después de Mí han de venir; tengo que ser modelo para las casadas, viudas y doncellas, para darles ejemplo que amen el último lugar; aunque lo pudiera hacer sin dañarme, no quiero.» ¡La humildad de la Virgen, la esclava del Señor! Y así creo que la primera sería en obedecer, y que tomaría la escoba para barrer, y siempre haría los oficios más bajos.

¡Oh, quién viera a esta Virgen cómo trataba a aquellas que tenía en su compañía! ¿Qué doncella se llegó a esta doncella que fuese desconsolada? Cuando alguna estaba desconsolada, y se venía a Ella, ¿cómo rogaba a Dios? «¡Señor, remedio! No venga a Mí esta desconsolada en balde.» ¿Quién se llegó a Ti, que no le hiciese bien? No es mucho que fuese fuerte para los hombres la que lo fue con Dios, y así creo que tenía presos los corazones de todos.

8.— Devoción a nuestra Señora.

Una vez sacada del monasterio, la casan; casada, virgen vivió todos sus días. ¿Crees que cuando vivía en el monasterio de las vírgenes la querrían bien? ¿Crees que alcanzaba mercedes de Dios para ellas? Es de creer que así fuese, pues que estando tan lejos de nosotros, hay tantos que la quieren bien. Te pregunto que me digas, ¿cuántos corazones de cristianos hay ahora que estarían dispuestos a morir por honrar a la Virgen? ¡Esto es verdad! ¿Qué

es eso? ¿Cómo queremos tanto a la Virgen? ¿Cómo hay tanta gente que la ama y que tiene a María escrita en su corazón? Señora, si pudieron tus virtudes prender el corazón de Dios, ¡qué mucho que prendan el de los hombres! *Tu cuello es torre* (Cant 4): *Tu cuello es como la torre de David; de ella cuelgan mil escudos, todos escudos de valientes*. ¿Quién es la cabeza? Cristo. ¿Quién es el cuerpo? La Iglesia. El cuello, ¿quién? La que traba con sus oraciones el cuerpo con la cabeza, medianera entre Dios y los hombres, más alta que nadie; y cerca de Dios en bondad y alteza, y cerca de nosotros por misericordia; más alta que nadie, pero más baja que todos en sus ojos. El cuello de la Virgen torre es (Cant 7): *Es tu cuello terso y blanco como torre de marfil*. En este cuello mil escudos penden, donde se arman los fuertes, y a Ella se acogen los flacos.

¡Qué cosa y cosa! ¡Cuántas doncellas ha habido que les rogaba el mundo con casamientos ricos y estados, y prevaleció tanto en ellas el amor de la Virgen, que lo desecharon todo y dijeron: «Por amor de la Virgen, yo prometo a Dios y a Ella virginidad»! (Sal 44, 15): *Serán llevadas al Rey vírgenes en pos de ella*. ¡En hora buena Ella fue Virgen, y en hora buena entró en el monasterio! Serán traídas al Rey muchas vírgenes después de Ella, por amor de Ella, por querer seguir su virginidad. Quien tiene guerra con su carne, sepa que en ella se arman los fuertes, y la vencerá con el amor de la Virgen.

Si sois flacos para ayunar sus vigilias, esforzaos. ¡Cuántos mártires por el esfuerzo de esta mártir fueron mártires, acordándose del sufrimiento que Ella tuvo ante la cruz, y decían: «Quiero tener paciencia en mi trabajo, pues que esta Virgen tanta tuvo en los suyos»! ¡Cuántas madres se consolaron en la pérdida de sus hijos, acordándose del Hijo que esta Virgen vio morir ante sus ojos! ¡Y cuántos pobres se consolaron en su pobreza y trabajos! ¡Cuántos perdonaron sus injurias porque la Virgen perdonó a quien mataba a su Hijo! Para sufrir y perdonar y ser vírgenes tenemos ejemplo en la Virgen.

Señora, ¿y los flacos no hallaremos algún remedio en vos para nuestra flaqueza? Si la carne te tienta, llama a María. ¡Bendito sea Dios! ¿No has visto esta maravilla; un hombre y una mujer, que tienen tal virtud, que mientras más los amas, eres más casto?

¿Quién pegó castidad en el corazón de un hombre, amando mucho a una mujer? Pues ves aquí una Virgen que, mientras más un hombre se enamora de ella, será más casto. Dio Dios una carne a Jesucristo y a la Virgen (que toda es una) virginal, que basta para santificar otras carnes. La mujer que se enamora de Jesucristo, por Él mismo será casta, y mientras más de Él se enamorare, más casta.

Único remedio contra las tentaciones de la carne, recibir con limpieza el Cuerpo de Jesucristo. Dime: los flacos, y personas que reciben mucho al Señor, ¿por qué no son castos? Porque no reciben bien el Cuerpo de Jesucristo; porque si bien lo recibiesen, no dejarían de tener limpieza. De Adán nos vino la suciedad de su carne; pues más limpia es la carne de Jesucristo, que sucia la de Adán; y si bien la recibiésemos, más nos limpiaría que nos ensució la otra, sino que la recibimos mal.

¿Qué haré, que soy tentado de la carne? —Ten a la Virgen por abogada, que huele a incienso muy bien, que *en las plazas derramó su olor* (Cant 1). La Virgen huele a mirra que mata los gusanos; que es significada por la castidad, que mata los gusanos de la suciedad; porque si eres devoto de Ella, sentirás deshacerse las tentaciones, como la cera delante del fuego (Sal 67, 3). Llama a la Virgen y dile: «Señora, porque quiero servirte, yo pelearé con amor contra amor; contra el amor de mi mala carne, con el tuyo.»

Y la Virgen tiene armas para flacos y tentados de desesperación. San Bernardo: «En todas tus necesidades y trabajos llama a María, que si contra Dios pudo, ¿no podrá contra tus enemigos? Y si caminas por el mar tempestuoso de este mundo, mira al norte, mira a María. ¿Hubo alguno que la llamase en sus necesidades de todo corazón, y no le socorrió?»

¿Piensas que es ser devotos de la Virgen, cuando nombran a María, quitarte el bonete no más? Más hondas raíces ha de tener tu devoción, que así se dice de esta Señora (Eclo. 24): *En mis escogidos echa raíces*; ¿qué raíces? Una gran devoción de corazón con la Virgen; y quien ésta no tiene, no descanse hasta que la halle. Una de las señales de los que se han de salvar es tener una gran devoción a la Virgen. *En mis escogidos*, Madre, *echa raíces*. ¿Cómo alcanzaré esta devoción? ¿Cómo sus padres, que eran tan estériles, la alcanzaron a Ella de Dios? Tan estéril es

tu corazón, como sus padres lo eran para alcanzar tal Hija. Pues ¿cómo la lograron? Con ayunos y lágrimas y oraciones, y guardando muy bien la Ley de Dios; y en pago de esto les dio Dios a María. ¿Qué haré para tener devoción con la Virgen? ¿No le tienes devoción? Harto mal tienes; harto bien te falta; más querría estar sin pellejo, que sin devoción de María. *En mis escogidos echa raíces*.

¿Qué haré para alcanzar eso? Da limosnas. Cuando veas una hija de tu vecino, que por necesidad se ha de perder, di: «Quiero meter esta doncella monja o casarla por amor de la Virgen. Quiero ayunar los sábados, en sus vigilias, a pan y agua, o como puedas; quiero rezar este Rosario por su amor. Que tal es el amor de esta Señora, que aunque derrames la sangre, es bien empleado por Ella.»

9.— La Virgen, medianera.

Ten delante del Padre a su Hijo, y delante del Hijo a su Madre. Ofrece el Hijo al Padre, y di: «Señor, te ofrezco lo que me diste; por sus llagas ten, Señor, compasión de mí.» Si tienes devoción en aquellas llagas, y la ofreces a su Padre con fe que te ha de oír, gran bien tienes. Porque si no te aprovechas de Jesucristo, y de sus trabajos, se te contará como una gran ingratitud; que los beneficios hechos a los desagradecidos, por perdidos se cuentan. Dios murió por ti, y no lo sientes, y no te aprovechas de ello; tanto es de tu parte como si no muriera; antes será para gran daño tuyo, que te serán demandados sus trabajos muy terriblemente; sino decir: «Padre, mucho te debo; por tu Hijo hazme esta merced.»

Así como el Padre nos dio grandísimo don en darnos a su bendito Hijo para nuestro remedio, así también el Hijo nos dio gran don en darnos a su bendita Madre por abogada nuestra. Sí, que cuando Él dijo a San Juan al pie de la cruz (Jn 19): *Ve ahí a tu Madre*, en nombre de todos lo dijo; allí entramos todos los cristianos. Danos Dios a su Madre por Madre; agradezcámoselo, y agradézcanselo los ángeles. Si esto hicieres, si pusieres al Hijo delante del Padre, y a la Madre delante del Hijo, gran señal tienes de salvación.

¿Qué haré por la Virgen? Muchos bienes me ha dado Dios por Ella; ¿qué haré por Ella? ¿Acuérdate de aquellas bodas cuando faltó el vino, que dijo la Virgen a su Hijo: «*Hijo, no tienen vino*, compasión tengo de ellos»? Díjole nuestro Redentor: *Mujer, ¿qué tengo que ver contigo?* —¡Bien lo entiendo! —Va a los que servían las bodas (Jn 2): *Haced lo que Él os diga*. «Todo lo que os dijere mi Hijo hacedlo.» ¡Qué breve sermón, mas muy compendioso! Aquí predicó tanto como Isaías, San Pablo y San Lucas, y todos los Apóstoles y Profetas: *Ahora, hijo, escúchame* (Prov 8). Oídme lo que os quiero decir; quizá de la boca de la Madre se imprimirá en vuestros corazones: *«Todo lo que mi Hijo os dijere hacedlo»*, y así el mayor servicio que le puedes hacer, es hacer lo que manda su Hijo. «Señora, por tu amor perdono esta injuria.» ¿Tienes amor malo a mujer? «Quiero apartarme de ella por ti. Quiero callar, silencio quiero tener por amor de ti; aquello que más me duele hacerlo o dejarlo de hacer, ofrecerlo por la Virgen.» Que quererla bien y no imitarla poco aprovecha. Imitémosla en la humildad y en las demás virtudes; porque Ella es el dechado de quien hemos de sacarlas; y haciendo esto nos alcanzará gracia y después gloria.

TRATADO 3.º

NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA,

¿Quién es ésta que se levanta como la mañana?

(Cant 6.)

1.— ¿Quién es ésta?

Dicen que un ignorante puede preguntar más que responder un sabio; y si la pregunta del ignorante pone en aprieto al sabio, ¿qué hará la del sabio al ignorante? Preguntó una vez el Señor a sus Apóstoles que le dijesen quién era Él (Mt 16). Pregunta, por cierto, bien dificultosa aun para los ángeles, cuanto más para gente que había gastado su vida más en ejercitar el oficio de la pesca, que no en predicar teología. Y aunque la hubieran predicado, es gran verdad lo que el mismo Señor dijo (Mt 11): *Que ninguno conoció al Hijo sino el Padre, y a quien el Padre lo quiere revelar*. Y porque importaba para la salvación del mundo que los hombres supiesen quién es Jesucristo, y ellos no lo podían saber, proveyó el Eterno Padre de decirlo por boca del Apóstol San Pedro, diciendo (Mt 16): *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo*.

¡Gran pregunta! ¿Quién es Jesucristo? Y después de ésta, otra gran pregunta ¿quién es su bendita Madre? Es tan grande esta Niña que hoy nace, que pone en gran admiración a los hombres y a los ángeles, y así como admirados preguntan: ¿Quién es ésta que nace como el alba que amanece, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible y espantable como escuadrón de gente bien ordenada? ¿Quién será tan atrevido a responder a lo que los ángeles preguntan con admiración? Cuanto más sabiendo nosotros tan poco, que siendo preguntados sobre una hormiguita o un gusanillo, aun no sabemos decir todo lo que en ellos hay. ¡Señor benditísimo! Tu Eterno Padre declaró por boca de San Pedro quién eras Tú. Mira cuánto bien se sigue al mundo de que conozcamos quién es tu benditísima Madre que hoy nace. Porque conocerte a Ti, es conocer a nuestro Redentor y nuestro remedio; y

conocerla a Ella es conocer el camino para gozar de Ti y de tu redención. Te confesamos, Señor, que no somos suficientes para conocer ni hablar la menor parte de las grandes riquezas que en tu Madre pusiste; toma, pues, la mano, pues que eres su Hijo y quieres honrar a tu santísima Madre, y eres su Creador y su Dios, que la creaste y dotaste de todas las gracias que tiene, y por eso la conoces muy bien, y la darás a conocer como hemos menester.

¿Quién es ésta que sale del vientre de su madre, etc. Estando un día, el Profeta David en contemplación de las obras de Dios, con aquella luz que Dios para ello da, y sin la cual no se pueden bien conocer, fue tan admirado de la grandeza de ellas, que salió con esta voz y dijo (Sal 138): *Maravillosas son, Señor, tus obras, y mi* alma *las conocerá mucho*. Dichoso aquel cuya alma conociere esta obra de Dios que entre manos tenemos, esta santísima Niña, en la cual no hay cosa de mano ajena, mas toda hecha por mano de Dios, y por eso toda llena de maravillas, *vaso admirable, obra del muy Alto*, como el Eclesiástico (43, 2) dice. Chiquita es en sus ojos, mas la dignidad y grandeza suya, a todo lo creado excede con grande ventaja. «Más alta es que el Cielo —dice San Agustín — Ésta que queremos alabar; más profunda es que el abismo; más ancha es que el mar, y su longura es mayor que de oriente a occidente.» Se maravillan de Ella los hombres y los ángeles; la *vieron las hijas de Sión, y la llamaron bienaventurada, y las reinas la han alabado* (Cf. Prov 31, 28); porque así los ángeles que otean a Dios en el Cielo faz a faz, como las almas muy santas que hay en la tierra, todos le conocen ventaja, y se postran delante su acatamiento, y confiesan ser insuficientes para conocer la grandeza de esta pequeña, y preguntan, si hubiere quien les responda: *¿Quién es ésta que sale del vientre de su madre como alba que nace, hermosa como luna?*

No seamos nosotros tan atrevidos a quererles decir a los ángeles lo que ellos no saben; ellos preguntan, y con preguntar nos enseñan; y no haremos poco si con la gracia del Señor supiéremos entender y declarar lo que ellos preguntando enseñan: *¿Quién es Ésta, que sale como alba, hermosa como luna?* De manera que ya sabemos algo de esta benditísima María, que es *alba, luna, sol y escuadrón de gente bien ordenado*.

2.— Nace como el alba.

¿Por qué alba, bendita Niña? Porque así como el alba no tiene que ver con la noche, así Tú cuando naces del vientre de tu madre, no tienes que ver con pecado. En el alba ahogó Dios al rey Faraón y a los suyos en el mar Bermejo (*Exod*., 14); y en Ti, que naces como alba, ahogó Dios al demonio y a los pecados, de manera que en ninguna cosa tuviesen que ver contigo. ¡Oh Niña bendita, cuán segura estás Tú de que te cierren la puerta del Cielo con aquella palabra que San Juan dijo (Apoc 21): *¡Ninguna cosa sucia entra en aquella ciudad*, toda ella es oro limpio, y no admite escoria de pecado chico ni grande! ¡Señora, Señora! A nosotros dice esta palabra, y a nosotros pone temor, pues somos concebidos en pecado original, y nacemos pecadores del vientre de nuestra madre; y con nuestro descuido y mal miramiento, sobre el pecado que de Adán heredamos, hemos añadido otros por nuestra culpa y propia voluntad. Unos han cometido más que otros, mas ninguno que en este mundo vive ha estado sin él, sino Tú, escogida particularmente por la divina Bondad para que por honra suya no cayese pecado en Ti, mas toda fueses limpia y preciosa como oro fino; y como Jacob (Gen 32, 29), recibiste la bendición espiritual sobre todos los hombres y sobre todos los ángeles, más ajena de pecados que todos, y más rica de gracias y virtudes que todos. Algunos hubo, como Jeremías y San Juan Bautista, los cuales nacieron del vientre de sus madres sin pecado original, y después vivieron muy santamente; mas éstos no tienen, Señora, que ver contigo, pues si cuando nacieron no tuvieron pecado, fueron concebidos en él; y si cuando grandes no cometieron pecado mortal, cometieron veniales, de los cuales ninguno fue libre sino sola Tú.

Sales *como alba* y pones en espanto a los que no te conocen, das alegría a los que te miran. Porque ver un cuerpo que nunca fue rebelde a su alma, ni un solo movimiento tuvo contra ella, y una parte sensitiva que sin rebeldía obedecía siempre a la razón, y una razón y voluntad siempre sujetas a Dios, son obra nueva, hasta hoy nunca vista en nadie, ni después de Ti sino en tu sacratísimo Hijo. Con mucha razón se admiran los ángeles y toda la Iglesia en verte nacer *con luz del amanecer*, pues ven en Ti una santidad que ni

hubo semejable en lo pasado, ni la se dará en lo por venir. Demos alabanzas a Dios para siempre, que nos ha declarado por medio de la pregunta de los ángeles algo de lo que esta santa Virgen es, para que la tengamos por cosa ajena de todo pecado, alegre, limpia, e iluminada de Dios.

3.— Hermosa como la luna.

Ya es razón que hablemos de cómo es *hermosa así como luna*; es toda blanca, purísima; y así como su Hijo es *blancura de la eterna luz*, así Ella participa de esta blancura más que hombres y ángeles; porque, como dice San Anselmo, fue cosa conveniente que esta bendita Virgen resplandeciese con tan gran puridad, que después de Dios no podía ser pensada otra mayor. Es la luna blanca, y la Virgen es purísima; es la luna la más veloz de todos los siete planetas, y la Virgen la más diligente y presta en el servicio de nuestro Señor que ninguna creatura; la luna es la más baja de todos los planetas, y la Virgen la más humilde que hay en el Cielo y en la tierra. Y así como la luna, aunque unas veces parece con poca luz, y otras no parece, y otras parece llena, y en verdad nunca tiene menos luz una vez que otra, sino siempre está llena, sino que, porque no parece a los ojos de los hombres aquella parte la cual es alumbrada del sol, por eso juzgamos que tiene algunas veces poca, y ella siempre está llena; así la Virgen santísima todo el bien y la luz que tiene, de Jesucristo nuestro Señor, que es sol de justicia, le viene; y aunque muchas veces estuviese haciendo ejercicios corporales que al parecer son de poca luz, así como comer, beber, trabajar, y otras cosas de éstas; mas Ella siempre tenía su alma convertida y atenta a Dios, el lucidísimo Sol, y con grandísimo fervor y amor y elevación de entendimiento y voluntad hacía todas sus obras, chicas y grandes, corporales y espirituales.

Por todo lo cual te confesamos, Señora, que eres hermosa como la luna, y miles de veces mucho más hermosa, pues que en comparación de tu benditísima alma y de la hermosura espiritual que en ella puso el Espíritu Santo, la luna no osará parecer; y son excedidos de Ti los hermosísimos espejos de Dios, que son los espíritus angelicales bienaventurados.

4.— Escogida como el sol.

Y no para la santidad de la Virgen en ser como alba y ser como luna. ¡Ay de nosotros, que tan presto nos contentamos con una pequeñuela parte de bondad! Mas esta Señora cumplió lo que está escrito (Prov 4), que *la senda del justo es como luz, que nace hasta el perfecto día*. ¡Oh, qué cuidado! ¡Oh, qué diligencia trajo esta abejita de Dios, haciendo miel dulcísima dentro del corcho de su corazón! Creciendo de luz de alba a luz de luna, que es mayor, y después a luz de sol, que es mucho mayor; porque no sólo es alabada de las dos cosas primeras, mas dice ser escogida así como sol. Nombre es éste que se pone su sacratísimo Hijo, porque Él es la fuente de toda luz espiritual en el Cielo y en la tierra, como este sol es fuente de luz para todo el mundo; mas quien le dio ser parte de su santidad, le dará también su luz de sol, pues la dio a sus Santos Apóstoles, a los cuales dijo (Mt 5): *Vosotros sois la luz del mundo*. Sol que procede del Sol es esta Niña sagrada, y *la mujer vestida del sol*, que San Juan vio en su Apocalipsis (12, 1). Luz y calor tiene el sol, y con tanta excelencia, que la flaqueza de nuestros ojos no la pueden mirar en hito. ¡Quién contará la luz que a esta Niña bendita fue concedida para regir todas sus obras, para contemplar al Altísimo Dios, y para todo lo que convenía para servirle!

De Abigail se cuenta (1 Rey. 25) y de otras mujeres, en la divina Escritura, que eran prudentes; mas de esta Virgen canta la Iglesia: «Virgen prudentísima, ¿a dónde vas?» La prudencia de las otras la podemos medir con nuestra medida; mas la de esta Virgen, ¿quién la podrá comprender, pues así supo agradar al Altísimo Dios, con mucha más ventaja que lo hizo David? Pues *el fuego* de amor que Dios *vino a encender* en la tierra no hay lengua que pueda explicar cuánto se enseñorea en el corazón de esta Niña, pues sin comparación amó más al Señor que a Sí misma; y su vida toda fue una luz, un fuego lo suficientemente abundante para mover a los que la miraren a servir al Señor. «Hoy es el nacimiento de la Santa Virgen María —canta la Iglesia—, cuya vida excelente a todas las Iglesias alumbra.» De manera que aunque el DÍA *de nuestra salud, y tiempo aceptable al Señor* (2 Cor 6) es desde que Él mismo se encarnó y nació en este mundo, y en comparación de

Él, esta Santa Virgen y su nacimiento se llamen *mañana*, mas mirando la excelencia de su vida, también a su modo se llama sol y causa de alegría en la Iglesia, según está escrito (Eclo. 26): *Así como el sol que sale al mundo, así es el rostro de la buena mujer*. «Quitad —dice San Bernardo— el sol corporal de este mundo, y todo quedará en tinieblas; quitad a la Virgen, y todo quedará en oscuridad de pecados.» Bendito sea nuestro Dios que nos quiso alegrar con el nacimiento de esta santísima Niña, tan llena de luz, que de alba procede a luna, y de luna a sol; dándonos ejemplo de lo que nosotros debemos crecer en el servicio de Dios, y ayudándonos para ello con su eficacísima intercesión y oración.

5.— Terrible a los demonios.

¿Queda más que decir? ¿Queda más donde suba esta Niña bendita, pues es comparada con la luz del sol, que es fuente de toda luz? Aun queda más; porque para ser una Niña perfecta en el servicio de Dios, no sólo es menester que tenga luz para conocer lo que es del agrado santo de Dios, mas que tenga fuerzas para cumplirlo y ponerlo por obra. Poco aprovecha a muchos que sepan los mandamientos de Dios, que son el camino para el Cielo, si no los ponen en obra. Causa de mayor condenación es saber lo bueno y no cumplirlo; y como el Evangelio dice (Mt 19): *El siervo que sabe la voluntad de su señor y no la cumple, será azotado con más azotes* que el que ni la sabe ni la cumple. Lejos de esta Virgen está esto; mas tiene un fervientísimo amor a Dios, que es el que da las fuerzas para servir al Señor, y por ninguna adversidad, tentación ni trabajo, dejó de cumplir la santa voluntad del Señor y andar sus santos caminos. Lo tomó a pecho, y como persona determinada de morir o vencer, salió con victoria de todos sus enemigos, y se hizo temer de todos ellos, y que no osasen parecer delante de Ella; y de esto la alaban los ángeles, que es terrible y espantable a los demonios y a los pecados como escuadrón de gente ordenada.

Dulcísima es esta Niña para los hombres, blandísima y sujetísima a Dios; mas contra los pecados no hay cosa tan brava, ni tan perseguidora, ni enemiga de ellos; porque el fuerte amor que a Dios tenía la hacía aborrecerlos tanto como dijo David (Sal 96): *Los que amáis a Dios, aborreced el mal*. Tenía, pues, la Virgen un

magnánimo corazón, lleno de fortaleza del Cielo, con que pisoteaba *al león y al dragón* (Sal 90, 13), que es el demonio, con todas sus bramuras y astucias; y él y los suyos le tenían cobrado tanto temor, que de su presencia y de su nombre iban huyendo, iban derretidos así como cera (Sal 67, 3). Porque si con San Antón este tema tenían los demonios, que oyendo su nombre echaban a huir, ¿con cuánta más razón se debe creer que al nombre de María huirán, y con más ligereza, pues Ella es la mujer de la cual está escrito (Gen 3) que había de quebrantar la cabeza al demonio, no sólo porque escapó del pecado original, mas de todos los otros mortales y veniales, lo cual no hizo San Antón ni otro alguno?

6.— ¿Hay aquí alguno en pecado mortal?

¿No ves qué dulcísima cosa es hablar de la vida y excelencias de esta benditisima Niña? ¡Cuán dichosos fuéramos si no hubiera necesidad de hablar en estas santas festividades de nuestras miserias y tristes caminos, sino que nos ocupáramos todos en alabar a Dios que tal creó, y darle gracias porque nos dio tal Madre, y en gozarnos de sus bienes como la santa Iglesia dice en una Antífona: «Celebremos con alegría el nacimiento de esta santísima Virgen, porque Ella sea intercesora nuestra con Jesucristo nuestro Señor»; confesados y comulgados, y todos en estado de gracia, y alegres con el testimonio de la buena conciencia, y con la viva esperanza de ver a esta Señora en el Cielo, y gozarnos para, siempre con Ella, cuyo bendito nacimiento celebramos en este miserable destierro. Porque las cosas santas, si no queremos que se nos tornen en dañosas, con santidad las hemos de celebrar y tratar; y muy mal celebrará la fiesta santa de la reluciente Niña (que tiene luz de alba, de luna y de sol, que siempre es *victoriosa de sus enemigos*) el que está en la triste oscuridad de la noche de pecado mortal; en la cual, como hombre que vive sin luz, ni conoce sus males que de presente tiene, ni los terribles tormentos del infierno, que con longura eterna han de ser vengadores de sus momentáneos placeres que en esta vida pasó, ni tiene la luz de la gracia para conocer y amar a su Dios ni a sus prójimos; pues según está escrito: *El que anda en la noche, no sabe para dónde va* (Jn 12, 35). ¡Oh Señor, y si está aquí alguno que está fuera de tu gracia y

luz, y vive en la oscuridad del pecado mortal, ya sea si está con propósito de cometerlo, ó porque lo cometió y no ha hecho penitencia de él para ser perdonado! Preguntan los ángeles el día de hoy: «¿Quién es esta Virgen que nace?», admirados de su gran luz y virtud. Y si alguno está aquí entre nosotros en este grande e indecible mal del pecado mortal, lo han de mirar, y espantados de su oscuridad, cautiverio y tristeza, y desventura que no se puede contar, preguntarán: «¿Quién es esta alma tan ajena de la luz del Cielo, y tan oscurecida con espirituales tinieblas? ¿Quién es ésta que, siendo creada a imagen de Dios, ha puesto sobre sí la fea y abominable imagen del enemigo?»

¡Oh, qué gran verdad dijo Jeremías Profeta (*Thren*., 4): *Que los nazarenos de Dios, que primero eran blancos como la nieve y más hermosos que marfil, son vueltos tan al contrario, que están muertos en las plazas, y tan feos que no se puede conocer quiénes eran*. ¿Cómo conocerá Dios y sus ángeles, quiero decir, cómo aprobará lo que no es hechura suya, lo que es obra del demonio, y contradicción y destrucción de las obras suyas? «Hermoso te creé Yo —dice Dios—, ¿cómo tan miserablemente te has afeado? Y con mi propia sangre te lavé, ¿cómo te has tornado a ensuciar?» *Apartaos de Mí* —dice el Señor (Sal 6)— *todos los que obráis maldad*; porque no os conozco. Y aunque sean doncellas, y tengan apariencia de buenas obras, si carecen de la gracia divina que hace al alma hermosa delante de los ojos de Dios, sean quienes fueren, tengan lo que tuvieren, quieran o no quieran, escuchen esta terrible palabra de Dios (Lc 13): *No os conozco, apartaos de Mí*.

¡Oh hermano mío, quienquiera que seas, a quien esto toca, ¿cómo puedes sufrir tanto mal tuyo, y tanta importancia, por unos bienes falsos, o placeres que desaparecen así como humo? ¿Qué cosa te pueden dar que te dé provecho, si en contrapeso de ella te llevan el alma? ¿No te acuerdas que dijo Cristo nuestro Señor (Mt 16): *¿Qué puede dar el hombre a cambio de su* alma*?* Y si por tu alma que pierdes no te pueden dar nada igual a cambio, dime por reverencia de Dios, por sus llagas sagradas, por el nacimiento de esta Virgen bendita, ¿qué es lo que te dan a cambio porque pierdas a Dios, y renuncies el derecho que tienes para gozar de Él en la gloria, y puedas vivir como enemigo suyo, y tan lejos de gozar de Él como si no hubiese Dios sino para castigarte? Un hombre se

apena y echa de menos cuando pierde un ducado y una cosa de menos valor; ¿y tú no echas de menos perder a tu alma, perder la gracia de Dios, y al mismo Dios, bien infinito, y para siempre jamás? ¿Qué es aquello que te dan cuando tantos bienes te quitan? Dilo, si lo osas decir. ¡Oh Bien infinito, y Bien tan grande, que no hay cosa que se pueda igualar contigo; porque eres tal, que quien a Ti sólo tiene, aunque ningún otro bien tenga, es de verdad bienaventurado; y quien a Ti no tiene, ¡ay de él, ay de él, ay de él!, que malaventurado es a boca llena, aunque tenga todos los bienes que en la tierra y en el Cielo hay! Esta, hermano, es oscuridad de la noche, y por eso pasa tan grande engaño, y lo sufres tú, que te dan una pequeña monedita sin valor y te dicen que son diez ducados, y te llevan un gran pedazo de oro diciendo que es plomo, y tú estás tan ciego y tan miserable que te alegras de la miseria que te dan, y lloras cuando la pierdes, y no sientes que te quitan a Dios y te han engañado con inmenso daño.

San Agustín cuenta de sí, en el tiempo que estaba sin la gracia de Dios, que cuando leía en Virgilio que la reina Dido se mató porque se fue Eneas y la dejó, se le enternecía el corazón y lloraba; y se queja él después de sí mismo diciendo: «¡Y sufría yo, Señor, sin llorar, el ser apartado de Ti, vida mía, Dios mío!» Lloraba porque se había apartado un alma de un cuerpo, y sufría con ojos enjutos haber apartado a Dios de su alma, la cual queda más fea, pesada y muerta, por apartarse Dios de ella, que queda un cuerpo cuando el alma sale de él.

7.— ¡Acude a la Medianera!

Hermano, si tu desdicha ha llegado a tanto que por un sucio deleite, vedado por la Ley de Dios, o por desearlo tomar, o por una malquerencia o murmuración, o por otro quebrantamiento de la divina Ley, estás en tinieblas de noche y no ves la luz del Cielo, gime tu mal, y da muchas gracias a la divina Bondad que te dejó llegar a este día, y venir a la iglesia a celebrar el día del nacimiento de esta benditísima Niña, que no sólo tiene luz de alba, y de luna y de sol, y gran fortaleza para Sí misma, mas aun también para ti. El alba, en medio está de la noche y del sol; y esta Virgen bendita Medianera es entre los pecadores que viven en noche, y entre

Jesucristo nuestro Señor, sol verdadero. Y como no se puede pasar de la noche al sol sino por el alba, tampoco quiso Dios que alguno pasase del pecado mortal a la gracia sino por María. Hermano, no desesperes. ¿Quieres ser curado? ¿Quieres sanar de estas heridas mortales? Si quieres, no me respondas (Jn 5): *No tengo hombre*. Un hombre tienes para tu remedio, que es Hijo de Dios, Jesucristo, que aboga por ti delante del Padre, y puso a riesgo de muerte su vida por ti. Y a Éste, que es *carne de tu carne y hueso de tus huesos, le puso el Padre en sus manos todas las cosas,* como Él mismo lo dijo (Mt 11, 27); y a Éste hizo Juez tuyo, y *tiene las llaves de la muerte y del infierno* (Apoc 1, 18), y de la vida y del Cielo: porque si te recatabas de entrar en juicio en el tribunal del Omnipotentísimo Padre, no te recates de entrar en juicio de Él, que aunque es un mismo Dios con el Padre, es hombre contigo, y dio la vida por ti. Juzgado fue de Poncio Pilato, y por eso es constituido por Juez de vivos y muertos; y como el Evangelio dice (Jn 5, 22): *El Padre no juzga a ninguno, porque todo el juicio dio al Hijo*. Da gracias a Dios por haberte dado por Juez uno que es hombre y Dios, y que *sabe de enfermedades* (Is 53, 3), y que *fue tentado* para con la experiencia *aprender a ser piadoso* (Hebr 2, 17) y en todo tal cual lo ha menester y lo podía desear la humana flaqueza.

Mas porque el desmayo y temor que causa el pecado en quien lo comete es en gran manera muy grande, y con su gran peso hizo desesperar a Caín (Gen 4) y a Judas (Mt 26) y otros muchos, y conociendo Dios esto quiso, como San Bernardo dice, consolar nuestra flaqueza, confortar nuestro temblor, con darnos por abogada a esta Virgen bendita que hoy nace; cobra, hermano, alientos nuevos, pues que estás en el nacimiento de esta alba muy alegre. Y si las enfermedades de pecados te traen cansado, atemorizado y triste en la noche en que has vivido, mira que al alba sienten los enfermos alivio, y las aves cantan, y nace nueva alegría. Gózate de este día de la buena nueva, y anímate y pide misericordia a esta nueva abogada y piadosísima Madre que hoy nace para tu consuelo. Y si tienes miedo de allegarte a Jesucristo, porque no sólo es hombre, hermano tuyo, sino Ornnipotentísimo Dios de majestad infinita, allégate a esta Virgen santísima, mansa y piadosa, y que no tiene otra naturaleza más que la humana, y como San Bernardo dice: «Si hallares en Ella alguna cosa áspera,

alguna desabrida respuesta, algún rigor de justicia, yo te doy licencia para que la temas.» Mas todo lo que en Ella hay es blandura; no sólo para los justos que andan en la luz, mas como luna perfecta y hermosa, llena de misericordia, que nació para ser abogada de buenos, luce a los que andan de noche para que no se pierdan, y poco a poco vengan a la luz del sol. Y como la luna es el planeta, entre los siete, el más cercano a nosotros, así esta luna nos es dada por verdadera Madre, y tan cercana para nuestro remedio, que a ninguna pura criatura en la tierra ni en el Cielo tan presto le tocan nuestras miserias como a su virginal corazón, tan rico en misericordia, que la llama la Iglesia *Madre de misericordia*. La luna tiene poder sobre las aguas, que significan las tribulaciones; y esta piadosa Señora está elegida por Dios para socorro de los atribulados, y es universal limosnera de todas las misericordias que Dios hace a los hombres, y en lo que se ocupa es en tener las manos hacia arriba para recibir mercedes de Dios, y luego volverlas hacia abajo para darnos lo que ha recibido. Aprovéchate, por amor de Dios, de tan buena oportunidad, y no dejes pasar este día de misericordia lleno.

8.— ¡Ya es hora de caminar!

El alba nace, ella misma da voces con la luz que trae, y dice: Ya es tiempo de caminar, ¡levantad los dormidos! Los gallos cantan, y las otras aves también; y la Virgen está desde el Cielo dándote voces en este santo día que Ella nació, para que despiertes del sueño del pecado, y que andes en la luz de Ella, que te será fiel abogada y piadosa Madre. Los gallos, que son los predicadores, te dan voces también, por boca de los cuales te dice Dios también lo que dijo por boca de San Pablo (*Efes*., 5): *Levántate tú que duermes, despierta de entre los muertos, y te iluminará Cristo*. Dios quiere salvarte, y te ruega con el perdón; la Virgen desea lo mismo; los ángeles de la misma manera; los predicadores y toda la Iglesia te desea ver fuera de esa triste noche en que vives. ¿Qué respondes a tantos como te ruegan que no te vayas al infierno, sino que sirvas a Dios y ganes para siempre el reino del Cielo? ¿Qué respondes? ¡Recuerda, que duermes!

¡Oh Señor, y qué recia cosa es estar un hombre embelesado y embriagado en un falso deleite, en una malquerencia endurecida, en tener las cosas ajenas, en otras semejantes miserias! A los cuales acaece que duermen profundamente este sueño, sin que valga ponerles la palabra de Dios delante de los ojos para recordarles que es luz verdadera para despertar los dormidos, así como si les dijese: «Infierno hay para siempre donde has de pagar con eternos tormentos el placer momentáneo que te dan aquí los pecados; el Cielo pierdes si la tierra amas; Dios se te va por una puerta, si el pecado entra por otra: enemigo es Dios del malo y de la maldad; y no se podrá acabar con Él que esté bien contigo, si no aborreces y echas de ti sus enemigos y tuyos, que son los pecados.» ¿Quién podrá dormir si le ponen esta luz a los ojos? Y por eso muchos con malaventurado consejo quitan sus ojos de la luz; y ni quieren procurar ni oír las palabras de Dios, por no tener quien les haga mal sabor a sus dañadas voluntades. Y otros, más endurecidos, quieren mal a la verdad y a quien se la dice. Y como uno que está muy dormido y no quiere que le recuerden, apaga la luz que le ponen ante los ojos y se enoja con quien se la puso, así éstos, dignos de ser llorados con lágrimas de sangre del corazón, han hecho concierto con el pecado e infierno, y les pesa tanto de quien los quiere apartar de sus malos caminos, que ni querrían que hubiese verdad ni justicia, honestidad ni vergüenza, ni aun quien la dijese. Viven en tinieblas; y *todo hombre que hace mal, aborrece la luz, y no quiere venir a ella* —dice San Juan (3, 20)— *porque no aparezcan sus grandes maldades*.

¡Oh engañados hombres y desdichados! Tomad otro consejo, que ése no os puede valer. Ha dicho el Hijo de Dios (Lc 12): *Las cosas que hicisteis en tinieblas, serán puestas sobre los tejados*; y tiene ordenado que todas las obras de la noche, que son los pecados, salgan a la plaza en el día del juicio, donde sean examinados y condenados, y parezca su fealdad con la luz de Dios; y vosotros no seréis poderosos para hacer que se quebranten estas palabras, ni deje de ser lo ordenado por Dios. ¿Qué me responderéis? *Levántate, levántate tú que duermes entre los muertos, y te iluminará Cristo*; que el alba es nacida, ya es tiempo de caminar.

9.— No lo dejes para adelante.

¿Por ventura habrá aquí alguno a quien parezca mal esta amonestación? Antes la agradecerá conociendo lo que le importa; mas la escuchará, y no la pondrá en práctica, esperando acabar ciertos negocios, o gozar primero de su gusto (como ellos dicen), y dormirá todo este tiempo, y después recordará. Hombre, ¿quién te hizo a ti dios, que quieres el oficio de Dios, pues que dijo nuestro Señor (Hech 1): *No queráis saber los tiempos y momentos que el Padre puso en su poder*? ¿Qué sabes tú si llegarás a ese tiempo que te prometes? No tienes la certidumbre que llegarás a la noche, ¿y aventuras tu salvación sobre la incertidumbre de vida? Y ya que supieses que te habías de enmendar, ¿quién es tan necio, que estando cautivo en poder de los turcos, con muy mal tratamiento, y a peligro cada día de perder la cabeza, responda a quien luego le quiere rescatar: «No quiero salir tan pronto, hasta de aquí a dos o tres años, no por otro fin sino por estar aficionado a alguna mala mujer, o cosa semejante a ésta»?

Hermano, no seas más imprudente que los niños y que los infieles, y que los animales, que si en un pozo caen o en cieno hediondo, no sólo dan la mano luego a quien les ayuda para salir, mas aun con voces llaman a quien les socorra. San Agustín lloraba en algún tiempo esta dilación que había tenido cuando estaba en pecado, y decía: «Me llamabas Tú, Señor, y me decías: «Levanta que duermes, y sal de entre los muertos.» Mas yo, Señor, no respondía sino palabras de hombre dormido. «Espérame un poco, ahora me levantaré.» Mas aquel poco ¡cuán largo era! y aquel ahora nunca venía; y así dilatando yo de vivir en Ti, no dilataba de morir en mí.» De esto se queja San Agustín; y si Dios te da luz, y algún tiempo te saca de entre los dormidos y muertos, también llorarás tú porque pecaste, y porque en pecando no te levantaste con el socorro que Dios te prometía, extendiendo su mano para tu remedio.

¡Oh qué cuchillo de dolor atraviesa el corazón del cristiano cuando se acuerda que pudiendo servir a nuestro Señor, ha servido al demonio! Ejemplo tenemos en el mismo San Agustín, que decía: «Tronaste, Señor, desde arriba con una gran voz, y dijiste: *Hágase la luz*. Y fue hecha la luz en mi corazón, y vi las tinieblas en

que había estado acostado, y me espanté y dije: «¡Ay, ay de aquella ceguedad cuando no te conocía; ay de aquel tiempo cuando no te amaba! Tarde te conocí, hermosura tan antigua; tarde te conocí, hermosura tan nueva.» No sientes ahora el mal en que estás, como el loco, ni el que tiene modorra; mas si Dios te diese salud, darás unos gemidos de grave dolor por los golpes que te diste estando sin seso. Y la principal señal que uno tiene de que Dios es venido en su alma, es si dice de corazón: «Me pesa, Señor, qué tarde te he conocido.» ¿Qué dilatas, pues, hermano, lo que está cierto que tanto te cumple? Y no sabes, si ahora lo dejas, si después lo podrás hacer; y si lo pudieses, será con mayor trabajo; porque la mala costumbre que habías alcanzado, y los pecados que hicieres de aquí allá, te pondrán en mayor aprieto, pues que mayores pecados piden mayor pena, y la mala costumbre es muy dificultosa para quitar.

Ahora tienes buena disposición; brama en tu corazón y di: «¿Cuándo ha de ser el fin de mis fealdades y abominaciones? Me harto de comer continuamente un manjar, aunque sea bueno, ¿y aún no estoy harto de ofender a Dios, tantos años que llevo comiendo, no un manjar, sino verdadero veneno? Si no pongo fin a mis males, ¡ay de mí, que (Job 17) *el infierno es mi casa*! Y si algún día los tengo de dejar y llegarme a Dios, ¿por qué no será inmediatamente, pues el remedio es más cierto, y el trabajo menor, y la ganancia muy mayor sin comparación? No quiero más guardar estos puercos, que aun de lo que a ellos les sobra yo no me harto (Lc 15, 18). *Me quiero levantar, e irme a mi Padre y decirle: Padre, pequé contra el Cielo y contra Ti, no soy digno de ser llamado tu hijo; haz conmigo como con un jornalero tuyo*.

10.— La gracia preveniente, favor de María.

Hermano, si ese brío y esos propósitos andan meneando tu alma, entiende que te ha amanecido el alba, que es el condición para venir al estado de gracia; entiende que anda por tu corazón el favor de la Virgen María que te ha alcanzado la gracia preveniente, significada por Ella misma, con que te dispongas a recibir la gracia de Dios, que te ponga en su amistad. No es del hombre ponerse en estado de gracia, ni tampoco lo es el disponerse para que Dios lo

ponga; regalo es de Dios el perdón de nuestros pecados; dádiva suya es el darnos *corazón arrepentido y humillado* (Sal 50) y con propósito de verdadera enmienda. Esta disposición mueve el corazón humano, por asentado que esté en sus vicios y pecados, y hace volver los ojos a Dios, y temer al que antes tenía en poco (Cant 5): *Mi amado* —dice la Esposa— *metió la mano por el agujero de la puerta, y mi vientre tembló, o mis entrañas temblaron cuando me tocó*. No es cosa fría lo que se siente en el corazón del hombre a quien Dios ha tocado; le hace temblar por esforzado que sea, y abajar aunque haya sido soberbio, y lo torna tan blando y tan lleno de confusión, que aunque le pisen la boca no sabrá responder.

Y éste es el don que nos alcanza esta bendita Niña, que nace como el alba; y, según hemos dicho, es Medianera entre la oscuridad de la noche y la luz del sol. ¡Oh, quién tan dichoso fuese que alcanzase un libro donde estuviesen escritos todos los pecadores de quien Ella hubiese sido Medianera para que salgan de la oscuridad de la noche y reciban la luz de gracia! ¿Quién nos dirá qué de almas perdidas gana Dios mediante esta Niña que hoy ha nacido? Porque así como Eva no ayudó al primer Adán en lo que tocaba al servicio de Dios, así esta Niña es creada para que ayude al segundo Adán, que es Jesucristo, para ayudarle a la redención y a recoger las almas por quien Él derramó su sangre. *Él murió por todos*, como dice San Pablo (2 Cor 5), y Ella es el alba, luna y sol que nace para todos; y aquel únicamente no gozará de ella que se quiere meter, huyendo de su luz, en las cuevas hondas y tenebrosas de sus pecados. Ten, hermano, confianza en esta Virgen santísima, que si tú quieres llamarla con ruegos, hacerla servicios, implorar su misericordia y su oficio de interceder, sentirás que ni Ella es sorda para oírte, ni tus oraciones y servicios quedarán en balde.

11.— Contra la desconfianza.

Poderosísimo es Dios, y de buena gana emplea su poder en sacar las almas de sus pecados. Y escrito está en Job (36, 16: *Él te librará de la boca angosta y del pozo que no tiene fondo*. Guárdate, hermano, guárdate de la estrechez de la desesperación;

no se estreche tu corazón con la desconfianza por la multitud de los pecados que has cometido. Ora al Señor lo que dice David (Sal 68): *No me hunda la tempestad del agua, y no cierre el pozo su boca sobre mí*. Por mucho y mucho que hayas pecado no desconfíes de la misericordia de Dios, y no te dejes apretar, ni pienses que con su favor te será imposible la salida del pozo, por angosto que sea, y aunque no tenga fondo; porque quien cae en un pecado mortal, de allí cae en otro, y después en otro y en otros; y si no es porque la mano piadosa de Dios le tenga que no baje más, el pecar no tiene fondo ni fundamento donde parar.

No me alegues que tus pecados son muchos, porque más poderosa es una gota de sangre que el Hijo de Dios derramó, si de ella te quieres aprovechar, que todos tus pecados para condenarte. Ni me digas: «¿Cómo, Padre, enmendaré mi vida, que estoy mal acostumbrado, y me parece imposible dejar de vivir como vivo?» Que escrito está (Is 10): *Que echando aceite en el yugo, se pudre el yugo*; y con una poca de gracia que el Señor eche en tu corazón, se deshará ese yugo de mala costumbre que te tenía debajo de sí, y como carga pesada, te llevaba donde quería. Y si el demonio te tiene cautivo, y cuando quieres pelear con él y escapar de su tiranía sientes que es más fuerte que tú, tampoco desmayes, porque escrito está (Is 49, 24, 25): *¿Por ventura la cautividad podrá ser libre de la mano del fuerte? ¿O la presa será quitada del muy robusto? Pues yo os digo* —dice Dios— que aunque esto no sea posible a las fuerzas humanas, que con el favor de mi brazo *la cautividad será libertada de la mano del fuerte; y lo que asió y prendió el robusto le será quitado*. No tengas, hermano, tú esas congojas; que una Niña te es nacida que ha quebrantado la cabeza del demonio, y no sólo en Sí misma, mas en las almas de los pecadores. Te es nacida hoy para tu consuelo y remedio; ponla por intercesora entre Dios y tú; gime tus culpas y pecados, y vete a Ella, que como verdadera Madre te obsequiará, remediará y consolará.

12.— Haz progresos en la virtud.

Y si Dios tanta merced te hace, que después de tu mala vida y oscuridad, te emerja la luz del alba, no pares ahí, imita a la Virgen

que creció de luz en luz; y tras la del alba, tras tus buenos principios, crece en luz de luna, para que tu vida pasada, que fue ejemplo de oscuridad y causa que otros pecasen, sea ya luz para traer al servicio de Dios a los que están en tinieblas, y consideran cómo tú también lo estuviste, y ahora estás fuera de ellas. Si comienzas a servir a Dios, comienza de verdad, comienza con denuedo, comienza perfectamente. Mira cómo no hay hombre en los negocios del mundo que, si puede tener mucho, tenga poco, y si puede emplear su dinero donde ganar ciento, no se contenta con cincuenta. Ten tú una santa codicia de ser rico de los bienes verdaderos y eternos; pues aquéllos tienen vana codicia y pasan muchos trabajos por llenar sus arcas, bolsas y senos de un poco de estiércol y pura vanidad, que ni los hace mejores un solo cabello delante del acatamiento de Dios, ni les podrá librar en el día terrible del juicio de Dios; antes les será más carga, y les pondrá en mayor estrechura lo que aquí pensaban que era ganancia y placer.

Grande es el engaño de la gente tibia en el servicio de Dios, que por huir unos pocos y pequeños trabajos, caen en muchos mayores. Porque si ponen en una balanza los trabajos que pasan los que sirven a Dios con fervor, y ponen el hacha a la raíz de sus pasiones para desarraigarlas y cortarlas con el cuchillo de la palabra de Dios y con la imitación de la vida y muerte de Jesucristo, son muy menores en comparación de los trabajos que pasan los tibios, que se contentan con vivir descuidadamente en lo que toca a su aprovechamiento, y se contentan con una vida floja que solamente tiene cuenta, y aun ésa muy negligente, con no cometer pecado mortal.

Caen éstos continuamente en pecados veniales graves, que son causa de harta tristeza; y de allí algunas veces caen en pecados mortales, que son fruto amargo que del pecado se sigue; y no gozan de la victoria perfecta de sus enemigos, ni sienten el placer de la limpia conciencia, ni la fuerte esperanza que alegra las entrañas de la herencia del Cielo, ni los dulces frutos del amor divino, el cual hace los trabajos que por Él se padecen más dulces que los placeres que dan los pecados del mundo. Que no mintió quien dijo: «Más dulces son las lágrimas de los penitentes, que los deleites de los reyes.» Y si llorar por Dios excede a los placeres del mundo, ¿en qué lugar pondremos el gozar con Dios?

Hermano, pasa adelante; no te perdones ni te parezca duro cualquier trabajo, porque crezca en ti la gracia de Dios. Porque así como hallaste a la Virgen fuerte y piadosa para que salieses de la oscuridad de la noche a la luz del alba, de la misma manera la hallarás también para que crezcas en la buena vida que con su oración te alcanzó. Y dichoso serás tú si algún día vinieres a tanta bienaventuranza en esta vida, que no sólo tengas luz de alba y luz de luna, más también seas semejante a la luz del sol. Entonces arderá tu corazón suavísimamente en el amor divino. Entonces te deleitarás en imitar a Jesucristo nuestro Señor en su santa vida y en su muerte, y te sabrá bien su benditísima Ley, y sentirás mucho cualquier pecadito por pequeño que sea, y no tratarás tanto de cómo no le ofenderás, como de servirle mejor y mejor, y tener por regla de tu vida el santo contentamiento de Él; y de allí pasarás a ser espantable a tus enemigos, y experimentarás en ti lo que dijo David (Sal 118): *He aborrecido la maldad, y la he abominado, y amado tu Ley*. Porque el buen cristiano esta señal ha de mirar para ver si ama a Dios verdaderamente. Como cuando le convidan un manjar desabrido, y su estómago le abomina y vomita; de esta manera su alma abomina y aborrece el pecado como una cosa asquerosa y que le causa abominación. De esta manera se vencen los pecados y se matan; porque el aborrecimiento verdadero de ellos es la muerte de sus pecados. Y si te hallares flaco en esta pelea, y hallares algún gusto, por pequeño que sea, en algún pecado, alza pronto los ojos a esta santísima Virgen, pidiéndola te alcance salud para tu paladar corrompido, y que aquello te sepa bien lo que a Dios sabe bien, y mal lo que a Él sabe mal. Porque aunque es mujer, es Mujer fuerte, y aquella misma la cual Salomón deseaba hallar cuando dijo (Prov 31): *¿Quién hallará mujer fuerte?* Mas cuando le fue revelado que había de nacer ésta que nos ha hoy nacido, le dijo en persona de Dios (Cant 4): *Mi cuello es como la torre de David, de la cual están colgados mil escudos y todas armas de fuertes*.

13.— Plegaria a la Virgen.

¡Oh Niña para siempre bendita, la más cercana a Dios humanado de cuantas hay en el Cielo y en la tierra! Él es la cabeza, y la

cosa más cercana a Él es el cuello, que eres Tú, tan alta en virtud y santidad, y mucho más, que la torre de David, en espiritual alteza. De Ti están colgados mil escudos, y todo género de armas para que peleen los fuertes, y para que los flacos se hagan fuertes. Y quien en tu vida mire, hallará las armas que necesita para pelear las peleas de Dios, si las quisiere tomar. En Ti tienen que mirar los niños, los mozos y los viejos; en Ti los que se casan y no se casan, los mayores y los menores. Ni hay virtud que Tú no enseñes, ni trabajo en que Tú no los consueles y esfuerces, porque fuiste Tú la más Santa de las santas, y la más trabajada de todas. Tú eres puesta, para medio de nuestro remedio delante del acatamiento de Dios; en tus manos, Señora, ponemos nuestras heridas para que las cures, pues eres enfermera del hospital de la misericordia de Dios, donde los llagados se curan. Y aunque tenemos gran confusión y vergüenza de presentar delante de tanta limpieza la hediondez de nuestras abominables llagas, creemos que te dotó Dios de tanta misericordia, que tu limpieza y pureza no se desdeña ni rechaza de sí a los pecadores llagados, mas que cuanto es mayor su necesidad, tanto más tu misericordia te mueve a su remedio, conformándote con tu Hijo bendito, que *no vino a llamar los justos, sino a los pecadores a penitencia* (Mt 9, 13).

A Ti, Señora, presentamos nuestros males para que delante del trono de Dios los deshagas y alcances perdón de ellos. A Ti también presentamos nuestras obras, aunque llenas de muchos defectos, y en tus manos santas ponemos nuestro corazón; para que Tú, que como otra Rebeca (Gen 24) y muy mejor que ella, sabes muy bien lo que es gustoso a vuestro Hijo bendito, guises nuestro corazón y nuestras obras de manera que sean sabrosas a su Majestad, para que teniéndote a Ti por defensora contra nuestros males, y por nuestra en nuestros bienes, los reciba el Señor, hallándolos en tus manos, no mirando a las nuestras que los hacen, sino a las tuyas que los ofrecen. Alcánzanos, Virgen santísima, gracia para que con ella y por ella merezcamos verte en la gloria.

TRATADO 4.°

SOLEDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

Llorar con los que lloran, y alegrarse con los que se alegran.
(Rom 12.)

1.— El Sábado Santo, la Soledad de María.

Dice el Apóstol San Pablo: La ley de amor pide esto: *Quiere que lloremos con los que lloran, y que nos gocemos con los que se gozan*. Cosa usada entre los que se aman, ser común a ellos la alegría y la tristeza; de tal manera, que si tú amas a alguno mucho, y le sucede alguna cosa de que se debe alegrar, tú también te alegras como si a ti mismo te sucediera; y por el contrario, te entristeces si alguna cosa adversa le viene.

El presente día es dispuesto para acompañar a la santísima Virgen María nuestra Señora en sus dolores y trabajos; la devoción de este día es atribuida a Ella, y no le costó poco. Por cierto, es digno de reprensión seria el hijo que viendo a su madre muy atribulada, llorando afligida, no se entristeciese con ella, y le ayudase a llorar sus trabajos; cuanto más si hubiese sido causa de lo que la madre padece. Nosotros somos causa de la Pasión de Jesucristo y de las angustias de su Madre. Te duelen, Señor, no tus pecados, sino los míos; te afligiste, te cansaste, no por lo que Tú hiciste, sino por lo que nosotros cometimos. Porque Jesucristo no tenía pecado, ni por qué padecer de su parte, no debía nada de sí. Si tuviese una madre un hijo que se lo hubiesen matado por amor de mí, y viese que yo me estaba riendo, y que no le ayudaba a llorar a su hijo, ¿qué tanto le pesaría?

No sé qué desventura es ésta; ya no hay tiempo de Pasión, no se celebran tanto estos días como solían. En otro tiempo había sentimiento de la Pasión de Jesucristo; en la primitiva Iglesia duraba la Misa y el Oficio hasta la mañana que Jesucristo resucitó. Ya no hay nada de esto, sino que pasando el viernes, ¡alto!, ya es Pascua. ¡Ahora!, a pensar en lo que hemos de comer, en lo que hemos de vestir. ¡Qué manera más apuesta de celebrar de Pasión, por cierto! ¿Y así se había de hacerse? No os dura la devoción de estos santísimos días un momento. Gastad ahora, por reverencia de Dios, este día en acompañar a la Viuda, que está sola, y cada uno en su rinconcillo ayudadle a llorar y a estar allí con Ella, pues sois la causa de sus dolores. Celebrad la Pasión de Jesucristo, si queréis sentir los gozos de su Resurrección. Todo cristiano debe gastar este día en acompañar a la Virgen, que fue hoy tan lastimada.

2.— Por qué son afligidos Jesús y María.

¿A quién te compararé? (Lamen 2). *¿A quién te compararé y asemejaré, hija de Jerusalén? ¿A quién te igualaré, virgen hija de Sión? Grande es, así como el mar, tu quebrantamiento: ¿quién te pondrá medicina?* Lo cantó el Profeta Jeremías muchos tiempos antes, viendo los males que estaban esperando a la ciudad de Jerusalén; y esto mismo podemos decir ahora nosotros, viendo a la Santísima Virgen María tan afligida y penada, y llena de tan grandes angustias; que de Ella también se dijo en figura: *¿A quién te compararé*, etc.?

Andaba la espada de la justicia de Dios en tiempo del rey David haciendo gran destrozo en la gente de su ejército, sin tener culpa del castigo que Dios les enviaba, sino porque David se había parado a contar el pueblo; castigaba Dios a ellos, no por lo que habían hecho, o por mejor decir, a él en ellos. No pudiendo el Profeta sufrir y ver padecer aquella gente sin culpa por lo que él había pecado, se puso a discutir con Dios y le dijo: *Yo fui quien pequé, yo cometí el mal, pero estas ovejas ¿qué han hecho? Caiga, te suplico, tu mano sobre mí*, etc. Yo soy el que pequé, yo soy, Señor, el que te he ofendido, yo soy el que merezco el castigo; pero éstos ¿qué culpa tienen? Ovejas son sin culpa, no sentido que

padezcan tanto mal; vuelve, Señor, tu mano airada contra mí; ejecuta, Señor, en mí la furia de tu castigo, alza la mano de tu ira de sobre ellos.

Cosa recia es, por cierto, que ande la espada de Dios hiriendo a Jesucristo y a la santísima Virgen su Madre, y que no nos pongamos nosotros delante: ¡Señor!, ¿qué es esto? ¿Qué te han hecho esta oveja y su cordero? Los inocentísimos, los limpios, los sin pecado, los justos, ¿qué culpa tienen? Estas ovejas, inocentísimas son, que no tuvieron ninguna culpa; nosotros somos los traidores que te ofendimos, nosotros los que pecamos; vuelve tu ira contra nosotros. ¡Cosa grave, por cierto!

Van a prender a Jesucristo el jueves de la cena en la noche, y lo primero que dice, olvidado de Sí (Jn 18): *¡No toquéis a estos mis hermanos!* ¿Mandas que no toquen a los siervos? ¿Qué justicia es ésta, Señor? Prenden al inocente, y mandas que dejen a los culpables; atan al Mayorazgo de Dios, y dejan ir libres a los esclavos; llevan a Jesucristo, y dejan al malhechor en casa. ¡Oh bendita sea, Señor, tu misericordia! ¡Que no se ponga el cristiano en medio y diga!: «¿Señor, qué es esto? ¿Qué justicia es ésta? Vuélvase tu espada contra mí, ejecuta en mí la ira de tu justicia, que yo soy el que merezco el castigo. ¿Qué es esto, Señor? ¿Por qué así matas a vuestro Mayorazgo, y así atormentas a tu sierva María?»

3.— Jesús paga la deuda de nuestras culpas.

La respuesta de Jesucristo clara está; la de la Virgen María nuestra Señora no está tan clara. *El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados* (Is 53, 5). Cayó sobre Él el castigo, por el cual fue adquirida la paz entre Dios y nosotros. No estaba en más ser reconciliados nosotros con Dios, sino en que Jesucristo muriese. Cayó sobre Él la ira del castigo, para que nosotros fuésemos remediados.

¡No sabe pregonar ese pregonero! Si le preguntas a Pilato, te dirá (Jn 19): *Yo no encuentro delito en él*. Por eso murió, porque fue su voluntad de salvar a los hombres; de esta manera no hubo causa, no hubo quien lo constriñese a hacer lo que hizo, sino sólo el amor que nos tuvo. Si pregona el pregonero: «Esta es la justicia

que manda hacer Poncio Pilato a Jesús de Nazareth, porque dice ser Hijo de Dios, y por alborotador y malhechor», no sabe lo que dice. Que no tenía Pilato poder ninguno sobre Él; que *de arriba viene* (Jn 19): *No tendrías contra mí ningún poder*, dijo Jesucristo al mismo Pilato. ¿Pues por qué muere? *Fue golpeado por las rebeldías de mi pueblo* (Is 53, 8). Eso sí, «por los pecados de mi pueblo, porque me ofendieron los hombres, por eso lo castigo yo», dice el Padre Eterno; porque ellos no se perdiesen para siempre en el infierno.

Pues la culpa es de los hombres que han pecado, ellos son la causa de la muerte de Jesucristo; luego ¿qué justicia es ésta, Señor, que castigas al justo por los pecadores?, ¿que muera el inocente por los culpables? Señor, parece que hay escrúpulo en tu justicia, pues castigas al que no tiene culpa, y dejas ir libres a los que hicieron el mal.

Si lo quiso Él, ¿qué haremos? Si quiso morir por nosotros, si nos amó tanto hasta perder la vida por nosotros, ¿qué diremos? Luego así había de decir el pregón: «Esta es la justicia que manda hacer el Padre Eterno a Jesucristo su Hijo, porque amó a los hombres. Quien a tantos y tales ama, que tal haya.» ¿Por qué moriste, Señor? —Por el amor que te tuve. —¿Quién te cansó, Señor, tanto? ¿Quién te afligió? ¿Quién te hizo pasar hambre y sed? ¿Quién te hizo sudar? ¿Quién te suspendió de tal manera, hasta morir desnudo en una cruz? —El amor y caridad que tuve a los hombres. —¿Por qué, Señor, afligiste tanto a la Madre y al Hijo? ¿Qué culpa tienen? Ovejas son inocentísimas. —El amor que tuvo a los hombres Jesucristo, eso es.

4.— María, la más santa y la más afligida.

Pero ¿qué tiene que ver con eso la Virgen María nuestra Señora? ¿Por qué tan afligida? ¿Por qué la atribuló tanto el Padre Eterno el día de hoy? ¿No está escrito (Deut 22): *Si encontrareis en el campo algún nido de pájaros y estuviere en él su madre, tomad los pájaros y no lleguéis a la madre?* ¿No mandaba Dios en el Éxodo: *No cuezas el cabrito en la leche de su madre*? (Deut 14). Señor, ¿tienes cuidado de las aves? ¿tienes cuidado de los animales? (1 Cor 9): *¿Es que se preocupa Dios de los bueyes?*

¿Qué es esto, Señor? ¿No bastaba matar al Hijo y ponerlo en una cruz, sino matar también a la Madre? ¿Por qué se cuece Jesucristo en las lágrimas de su Madre? Si lo quieres asado, asado está en el fuego de tantos tormentos; asado lo tiene el fuego del amor, que en su benditisimo Corazón ardía mientras que estaba padeciendo en la cruz; y si lo quieres cocido, cocido está en las lágrimas que de los ojos de su santísima Madre salían, viendo lo que estaba padeciendo.

¡Oh, bendita sea vuestra misericordia. Señor! Y ¿qué te ha hecho esta bienaventurada Virgen? ¿Qué te hizo la que todos los días de su vida te sirvió? ¿Qué te hizo la que mientras en esta vida estaba, en otra cosa no entendió sino en agradarte, y en esto gastó su tiempo? ¿Qué te hizo la que tan desvelada andaba todas las noches y los días por contentarte? ¿Qué hizo su virginal y limpio corazón, en el cual jamás hubo un pensamiento, por pequeño que fuese, que te ofendiese, Señor, que así la has hoy lastimado, que así la has hoy entristecido? ¿Qué te hizo, Señor, esta Santísima Virgen limpísima, en quien nunca hubo pecado? ¿Por qué la has afligido tanto el día de hoy, Señor?

Muchas hijas allegaron riquezas; pero Tú, Señora, muchas más que todas (Prov 31, 29). Muchas hijas allegaron riquezas; pero tú, Señora, a todas has sobrepujado. Quiere decir: muchas santas, muchas mártires castas, muchas vírgenes, muchas han amado a Jesucristo en gran manera; tanto, que dejaban riquezas, y honras, y ser esposas de reyes, y todo lo que en el mundo florece, y tras lo que los hombres andan perdidos por tenerlo; pero a todos llevas Tú, Señora, la ventaja. Tú, más santa que todas las santas; más amaste a Jesucristo Tú sola, que todas cuantas dejaron el mundo y su bullicio, por seguir a Él y por amarle; nadie se iguala contigo. *Muchas hijas allegaron riquezas; pero Tú, Señora, muchas más que todas*.

Dos cosas pelean hoy, Señora; veamos cuál va delante; tu santidad, tus dolores; tu predilección, tus angustias. Tú, la más santa que todas, y la más lastimada; la más querida, la más angustiada; la más alta, y la más abajada. Dos cosas andan hoy a porfía: ¿cuál, Señora, de las dos hemos dicho que va adelante? Señor, ¡y qué caro vendes a esta Santísima Virgen tu preferencia! Si mucho la amaste y quisiste, mucho la afligiste; si muy santa la

hiciste, mucho la angustiaste; a la medida del amor que le tuviste, fue el dolor que ha pasado.

5.— Dolor incomparable de María.

¿A quién te compararé? ¿A quién te igualaré? ¿Con quién te asemejaré y consolaré, Virgen tan lastimada? Grande es así como el mar tu quebrantamiento, ¿quién te pondrá medicina? ¡Oh bendito eres Tú, Señor, que así desconsolaste hoy a esta bendita Virgen! No hay en la tierra ya quien la consuele; no hay quien enjugue sus lágrimas; no hay quien dé fin a sus lamentaciones; no hay quien acompañe su soledad, quien ahora mitigue tu dolor; no hay ya consuelo para ti.

Estaba la madre de Tobías el mozo esperándolo, cuando su padre lo había enviado a la ciudad de Ragés; y como se tardaba tanto, no podía reposar, pensando qué sería de él, si estaba muerto o vivo, si le ocurriría algo. Y dice la Santa Escritura (Tob 10) que no pudiendo sufrir la soledad de su ausencia, se salía a los caminos, *y rompió a llorar y a lamentarse,* y decía: *¡Ay de mí, hijo mío!, ¿y por qué te enviamos a peregrinar por esos caminos? Luz de nuestros ojos, báculo de nuestra vejez, consuelo de nuestra vida, esperanza de nuestra postrimería, ¿a qué te enviamos de nosotros?* Si pobreza teníamos, con estar tú presente no se sentía; si trabajos padecíamos, teniéndote a ti no se nos hacía nada. *En ti solo teníamos todas las cosas*.

¡Oh Virgen bendita! Y quién te preguntase: ¿En quién estaba tu consuelo? ¿En quién esperabas? ¿Qué era lo que más amabas? ¿Por ventura no era Jesucristo? Él uno y solo era tu consuelo y esposo, tu Hijo, tu alegría, tu remedio; Él solo te era todas las cosas; con sólo Él estabas, Señora, contenta; y ninguna cosa echabas menos, teniéndolo a Él; y con Él, ninguna cosa te faltaba; faltándote Él, todo tu bien has perdido; no lo trocaras por Cielos y tierra.

Ella es la que más perdió, la más entristecida, la más desconsolada, la más afligida de cuantas hubo ni habrá. Cuando lo viese que ya quería expirar, cuando viese oscurecerse aquellos lucientes ojos, cuando viese levantársele el sagrado pecho tan aprisa con las

ansias de la muerte, la Madre que tal vio, ¿qué haría? No hay corazón que sepa sentirlo, no hay lengua que sepa explicarlo. No te quedó consuelo ni arrimo en la tierra, muerto tu Santísimo Hijo, porque en Él tenías todas las cosas.

¿A quién te compararé? Mandó Dios a Abraham que subiese al monte y sacrificase a su hijo Isaac; pero después se contentó Dios con sola su obediencia de corazón y le dio un carnero para sacrificarlo (Gen 22). Al monte subió con su hijo Isaac, y del monte bajó con él; mas la Virgen nuestra Señora no es así. Al monte Calvario subió con su Hijo; mas a la vuelta no lo trajo consigo, que allá lo dejó.

¿A quién te compararé, hija de Sión? ¿Te compararé, quizá, con la madre de los Macabeos, que le mataron delante de sus ojos siete hijos en un día, y la guardaron viva hasta el final, para que sintiese mayor dolor de ver la muerte de sus hijos? No, que si morían, tenía la madre licencia de consolarlos y de esforzarlos; le consentían que estuviese allí, animándolos y ayudándolos a bien morir; pero a la Virgen nuestra Señora no se lo permitían, ni le dejaban ver de cerca a su Hijo Jesucristo; porque eran tantas las blasfemias, las malas palabras, las voces de aquella desconocida gente, que no la dejaban ocasión para consolarle. Allá alababan a los Macabeos porque morían por la Ley de Dios, por lo cual se consolaba la madre; acá dicen que Jesucristo muere por blasfemo contra la Ley y mandamientos de Dios.

En gran manera fue hoy afligida; no hay para Ella consuelo en la tierra, no hay remedio para alegrarla, no hay quien le iguale en el dolor, como no hay quien le llegue en la santidad. Grande es así como el mar tu quebrantamiento. No bastaría decir como fuente, sino como mar; porque tienen compañía mar y María. ¿Qué es esto, Señor? ¿Haces ahora un mundo de nuevo? Mira, hoy lo verás. Como cuando al principio del mundo creó la luz, así le verás hacer fuego de nuevo. Y como allá manda llegar todas las aguas a un lugar y las llamó mar, así acá manda que se lleguen todas las virtudes que están repartidas por muchos en un lugar; toda la santidad, toda la castidad, toda la fe, y la esperanza, y la caridad, júntense en esta Virgen muy más perfectamente que en otra persona alguna; y júntense también todos los dolores, las angustias, las tristezas y lágrimas el día de hoy en esta Virgen, y

llámese María. *No me llaméis ya Noemi (que quiere decir hermosa), mas llamadme María, (que quiere decir amarga), porque en gran manera me ha amargado el Omnipotente* (*Rut*., 1, 20). «No me llaméis ya Noemi —dice la Virgen—, que quiere decir hermosa; no me conviene ya ese nombre, no es para mí ese nombre; mas llamadme María, que quiere decir amarga, porque en gran manera me ha amargado el Omnipotente; porque entré llena, y salgo vacía.» Así salió la Virgen nuestra Señora, como más adelante escucharás.

6.— Por qué aflige Dios a María.

Grande es como el mar tu quebrantamiento, ¿quién te curará? ¿Qué hizo esta Virgen, Señor, por que la has amargado el día de hoy? ¿Y qué culpa tiene y qué mereció, por que así la afligiste? ¿Qué hizo esta oveja inocente, Señor? —Por donde se perdió el mundo, por ahí se ha de tornar a recobrar; hombre y mujer lo perdieron, hombre y mujer lo han de tornar a recobrar. ¡Negra manzana y negros deleites!, ¡qué caros habéis costado al Hijo, y por eso a la Madre! Adán y Eva perdieron el mundo: Cristo y María lo han recobrado.

¿Qué hizo esta oveja bendita, por qué, Señor, la has angustiado? —Di: Si la Virgen María no pasara esto, ¿qué consuelo quedaba a las vírgenes en sus trabajos, y a las viudas? Ahora todas tienen consuelo; porque si a la doncella le viniere algún trabajo, tenga dechado de paciencia en la Santísima Virgen, y diga: «Pues más trabajada fue mi Señora la Virgen María.» Si la casada perdiere algún hijo que mucho quería, mirando a la Virgen se consuele, y con pensar sus dolores, y con pensar qué lastimada fue este día, se consuele y esfuerce, y diga: «Pues si perdí hijo, mejor lo perdió mi Señora la Virgen María: mayor fue su angustia y dolor que el mío, cuanto era mayor su Hijo que el mío.» Pues luego por amor de ti atribula el Eterno Padre hoy a la Virgen, para que tú saques consuelo y provecho. Por tu amor atormenta hoy a la Madre y al Hijo; sábelo, por amor suyo, entérate y agradécelo; sábete aprovechar de ello. No hayan ahora padecido Madre e Hijo tormentos tan grandes en balde; en balde sería, si no hubiese quien se aprovechase del fruto de ellos.

7.— La Pasión de Cristo en el Corazón de María.

Hablar ahora de la muerte de Jesucristo sería cosa muy larga, y es tarde, y tenemos poco tiempo. Este día es dedicado para contemplar los dolores de la Virgen. Conmuévase tu corazón —todos los días de tu vida— el jueves en la noche y viernes hasta la tarde, de la Pasión de Jesucristo; y desde el viernes en la tarde hasta el sábado, de los Dolores de la Virgen María nuestra Señora. No se te olvide, al llegar el sábado, de tener memoria particularísima —sin que falte día— de los dolores que la Virgen María pasó.

¿Quién curará tus angustias? ¿Quién pondrá tasa y medida a tus dolores? ¿Quién podrá contar tus penas? ¿Quién contará lo que tal día como hoy padeciste? Cuan grande es el amor, tan grande es tu dolor; cuan grande es el amor que ardía en tu Corazón, tan grande la angustia. Si supieses conocer el gran amor que esta santísima Virgen tenía a su Santísimo Hijo, podrías conocer el dolor que hoy ha pasado por Ella; pero como no se puede conocer el amor, así tampoco se entiende el dolor que recibió.

¿No has visto en las criaturas irracionales el amor que una madre tiene a un hijo? Como el de una vaca a su becerrillo, dispuesta está a dejarse matar por él; y sino, ¡acércate a quitárselo! Hasta se ha visto morir una gallina morir por sus pollitos, para que ellos no recibiesen daño. Pues piensa ahora en la Virgen, cómo amaría a Jesucristo como a su Hijo, y cómo lo amaría como a Dios; aquella reverencia con que lo trataba, aquella reverencia con que estaba delante de Él; creo que no osaba alzar los ojos del suelo. ¡Con qué amor le trataba cuando era Niño, cuando le daba sus virginales pechos! Para mí que mientras el Niño dormía, ella estaba hincada de rodillas adorándolo y pidiéndole gracia para saberlo tratar. En las madres de acá, por mucho que amen a sus hijos, siempre se encuentran omisiones en el amor que les tienen; en el de la Virgen no hay límite, amaba a Jesucristo conforme el Espíritu Santo le inspiraba, que era muchísimo, por lo que no se puede tasar este amor; no hay palabras para poder encarecerlo.

¡Bendito seas Tú, Señor, que fuiste servido que el amor grande de esta Virgen fuese verdugo que la atormentase tanto, pues dice San Jerónimo que cada herida que hacían a Jesucristo

en su cuerpo era una lanzada que atravesaba el Corazón de la Virgen; cada bofetada, cada azote, cada llaguita que hacían a Jesucristo, tantas puñaladas eran para el Corazón de esta Virgen! ¡Oh bendita sea, Señor, tu misericordia, que tantas saetas tuviste hoy para herir y traspasar el Corazón de esta Virgen! Pues si el cuerpo de Jesucristo estaba con cinco mil azotes repartidos en un cuerpo como el suyo, su sacratísima cabeza atravesada por tantas partes de las espinas, todo corriendo sangre, sus sacratísimas barbas peladas, sus pies y manos horadados con clavos tan crueles, escupido, abofeteado, aquel delicado cuerpo descoyuntado y sus tiernos miembros desencajados, ¿qué tal te parece que estaría el Corazón de la santa Virgen que esto tenía delante los ojos? ¡Oh virginal Corazón! La pintáis con siete cuchillos, ¡con setecientos se le había de pintar! No tienen cuenta las gotas de la mar ni sus arenas; no tienen cuenta las estrellas del Cielo, con los dolores de la Virgen María.

¿A quién te compararé? ¡Oh Virgen Santísima!, ¿cómo estaba tu Corazón? ¿Qué sentiste en este día, bebiendo agua de dolor, *entrando las aguas de los tormentos hasta lo interior de tu Corazón?* (Sal 68, 2). Han subido las ondas tempestuosas de las aguas hasta zambullir tu Corazón; menester fue ayuda particular para sufrir y pasar lo que hoy por ti pasa. ¡Oh gran lástima, Madre, que la que lo adoraba y los tenía por Dios, oyese decir tantas injurias, tantas blasfemias! ¡Oh lastimado Corazón, que tal pregón oíste pregonar al Hijo de Dios y tuyo como si fuese un malhechor, y diciéndole tantas injurias! ¡Qué de dolores entraron por tus oídos! ¡Qué de dolores por tus ojos! Piensa en esto, y pide gracia, y pidámosla todos para entenderlo y sentirlo.

8.— En la muerte de Cristo.

Alzó los ojos la primera madre, Eva, para ver el árbol que Dios le había mandado del que no comiese. Alzó los ojos la Virgen a Jesucristo en la cruz. Más lastimó a la Virgen ver cómo estaba Jesucristo, que agradó y deleitó ver a la primera mujer el árbol que le estaba prohibido que comiese. ¿Para qué son ojos hoy, Señora? Deseaba la Virgen benditísima ver a Jesucristo; alzaba los ojos a mirarlo; era tanto el dolor que recibía de verlo tanto padecer, que

cuan presto alzaba los ojos, tan presto los bajaba, no pudiéndolo sufrir. Decía al Eterno Padre: «Señor, no te pido vida para mi Hijo; ya veo, Señor, que está ya muy cerca de su muerte; recibe, Señor, su muerte en recompensa de los pecados de los hombres. Cese ya tu justicia; no castigues a tus esclavos, pues así has castigado a tu Mayorazgo, porque ellos no se perdieran. Con alegría, Señor, lo recibí, y con gran dolor te lo torno. Grande fue el gozo que mi alma recibió el día que el ángel me trajo la nueva que le había de parir; pero grandísimo dolor sentí en mi Corazón de verle partirse de mí con tanto trabajo.»

¿A quién te compararé? Cuando llegó la hora en que expiró, ¿qué sintió tu Corazón de verle agonizar con la muerte, aquellas ansias mortales? Muere el Hijo: ¡cómo quedaría su Santísima Madre! Expira Jesucristo en la cruz; queda lastimadísima la Madre en la tierra. Ves las balanzas; en bajándose la una, se alza la otra; el Hijo alto, la Madre baja; muere el uno en la cruz, y queda lastimado y herido el corazón del otro al pie de ella.

¿Qué sentirían los que la acompañaban? ¿Qué es lo que San Juan haría? ¡Qué lamentos sentirían las Marías de ver tan excesivo dolor, de ver padecer a Jesucristo! Se afligen en gran manera de ver medio muerta a la Madre. La Virgen santísima comienza a decir tantas lamentaciones, que quebraba el corazón a cuantos la oían: «¡Oh Señor, Tú muerto en la cruz, y yo viva en la tierra! ¿Es posible que tan duro sea este Corazón, que ha podido verte morir sin llevarme juntamente contigo? Gran desamor mío es éste mío; mucho más pensé, Señor, que te amaba. ¿Porque qué quieres que crea de mí, viéndome viva, estando Tú muerto? ¿No tuvieras por bien llevarme contigo?» ¿Qué harían los poquitos que la acompañaban al ver a la Virgen proferir tales lamentos? Pues le responderían con el mismo tono; el dolor de sus corazones movería sus labios para mostrar mediante palabras el dolor de sus almas por dentro.

9.— La lanzada.

Se quedaron allí María Magdalena y San Juan y las Marías con la Virgen. Era ya tarde, hora de Vísperas, ya la gente se había ido y no sabían qué hacer; ellos eran débiles, la cruz era muy alta,

los clavos muy gruesos, no tenían herramienta para sacarlos y poder bajar el cuerpo.

Estando en esto, ven venir a la gente de la justicia de Pilato, que venían a quebrar las piernas a los crucificados, porque era así costumbre para acabarlos de matar. Piensa qué sentirían. Pues cómo, ¿no basta cómo lo habéis tratado? ¿No bastan los tormentos pasados, para tener ahora que quebrar de nuevo el Corazón de la Madre? ¡Con qué ruegos les rogarían a todos aquellos ministros de la justicia! Diría la Virgen: «¡No le quebréis a mi Hijo las piernas, por amor de Dios! Si lo hacéis por atormentarlo más, ya no sentirá nada; si para acabar de matarlo, ya está muerto. Si no os doléis de Él, tened compasión de mí; quebraréis las piernas del muerto que ya no siente, quebrantaréis mi corazón, que aun está vivo, aunque traspasado, para sentir tanto dolor.» ¿Ellos, qué harían? ¿Qué se ha de pensar de gente tan cruel? En lugar de condescender a las peticiones de esta bienaventurada Virgen, le dirían: «¡Quitad allá!» La escucharían y pasarían delante de ella con desprecio. Pero tanto les rogó, tanto les importunó, que puso Dios en sus corazones que no le quebrasen las piernas.

¿A quién te compararé? Entonces uno de aquéllos, a quien llamaban Longinos (que no fue ciego, como dicen por ahí no sé qué patraña, en plan de burla), tomó una lanza, y dio una lanzada, pasando por encima de su Madre, a Jesucristo en su lado derecho, *y luego comenzó a salir sangre y agua* (Jn 1). Ya está cumplido lo de allí; que de una costilla del lado de Adán hizo Dios a Eva. Del costado de Jesucristo sale la Iglesia. ¿No ves el rescate de nuestra redención? ¿No ves ahí el agua con que fueron lavados nuestros pecados, y la sangre con que se satisfizo a la justicia de Dios? Ves ahí el Cielo abierto, que hasta aquella hora había estado cerrado por el pecado de Adán. Ya han abierto la ventana del arca de Noé, por la cual todos los que entraron fueron salvos. Ya el querubín, que estaba a la puerta del paraíso terrenal, se ha ido; la espada que allí estaba, ya la han quitado; el fuego que allí ardía, ya se ha apagado; ya han dado fin a los trabajos de Jesucristo; ya acabó la obra, a la que fue enviado del Padre, que era a redimir a los hombres y liberarlos de la servidumbre del pecado. Mas los trabajos de la Virgen incluso ahora comienzan. ¿Qué te parece que sentiría de ver romper así tan cruelmente aquella carne virginal salida de sus

entrañas? De nuevo se quedan todos parados viendo cómo se parte el Corazón de Jesucristo en aquel cuerpo tan atormentado y lastimado.

10.— Descendimiento.

Estando así todos, ven venir a José *—el cual era discípulo de Jesucristo, y lo había ocultado hasta allí por miedo a los judíos—, que había ido a Pilato a pedirle el cuerpo de Jesucristo* (Jn 1), porque no le podían quitar de la cruz sin su licencia. Hizo su cuenta: «¿Qué me pueden hacer? ¿Matarme? ¿Quitarme la vida y la hacienda? Todo es poco; ya no es tiempo de disimular más; es ahora, en las adversidades, cuando los hombres deben mostrar si son del bando de aquel a quien aman.»

Se va a Pilato, pide el cuerpo de Jesucristo. Pilato le pregunta: «¿Ha muerto ya?» Se espantó que tan pronto hubiese muerto. «¿Ha muerto, preguntas? Bien parece que no sabes que delicado era; bastaba el menor dolor de cuantos padeció para quitarle la vida, si la divinidad no lo sustentara. ¿No sabes tú lo que padeció en la columna cuando a puros azotes le desollaron aquel tierno y bienaventurado cuerpo? Bien parece que no sabes tú lo que padeció llevando la cruz sobre sus delicados hombros, y después cuando lo pusieron en ella; que si lo supieses, no te maravillarías de que haya muerto tan pronto.» En fin, le concedió Pilato lo que pedía, y le dio licencia para que lo quitase de la cruz para enterrarle.

Fue el buen hombre, y compró una sábana de un lienzo muy bueno; compró mirra, compró acíbar para ungir el cuerpo como entonces lo tenían por costumbre; trajo un par de escaleras, y finalmente, todo lo demás que era menester para enterrar al Señor. Vino con él un buen hombre, fariseo, amigo de Jesucristo, al cual llamaban Nicodemus; toman algunos buenos hombres para que les ayudasen, y se vienen al lugar donde estaba la Virgen acompañando a su Hijo bendito. Esto ocurría el viernes en la tarde, poco más de las cuatro, porque Jesucristo estuvo tres horas vivo en la cruz.

Pues como vieron venir así aquella gente, se temió la Virgen que fuese otra cosa. Díjole San Juan: «No temas, Señora; a esta gente yo la conozco, no vienen a hacer mal, antes son amigos de

Jesucristo tu Hijo, y deben de venir a consolarte y ver si necesitas algo.» Llegando los buenos hombres, con muy mucha cortesía y con mucha vergüenza le dicen: «Señora, si hasta ahora no te hemos servido y acompañado en este trabajo tuyo tan grande, perdonadnos; lo hemos hecho como pusilánimes por no haber arriesgado las vidas y las haciendas por confesar a tu Hijo; harto arrepentidos estamos de ello; de aquí en adelante nos enmendaremos. Ve, Señora, al presente qué mandas que hagamos; nosotros venimos a dar sepultura a tu Hijo y Maestro nuestro, y para ello traemos aquí todas las cosas necesarias; por eso, danos, Señora, licencia.»

Les agradeció la Virgen su buena disposición, y a Dios porque así había proveído de quien le ayudase a enterrar su Hijo unigénito. Acerquémonos todos ahora a ver cómo pasa esto. No es razón que el cristiano se halle ausente al entierro de Jesucristo. Quienquiera se llega a la cama de uno que se quiere morir; cuanto más que nosotros somos los que ganamos, y sacaremos un gran provecho, si con devoción y atención miramos lo que aconteció allí. Ahora mira cómo pasó.

Era la cruz muy grande, de quince pies de larga; ¿los has medido ya en tu cámara? ¡Bendito seas Tú, Señor, porque tan delicados hombros llevaron tal peso! Estaba la cruz puesta en una peña, hecho un agujero de dos o tres palmos de hondo. Ponen la una escalera delante, y la otra por la otra parte; suben unos a desenclavar los brazos, otros a sustentar el cuerpo. Los clavos eran muy gruesos, y los quitaban con mucho trabajo, por no acabar de rasgar las manos. He leído en un autor que le rodearon una soga por el pecho y por debajo de los brazos cuando le crucificaron para que se sustentase el cuerpo; porque se rasgarían las manos, si en solo ellas el cuerpo se sustentase. Los golpes que sonaban daban en el Corazón de la Virgen, y se le representaban a los que le daban cuando lo crucificaban. Al fin, desclavados los brazos, se abrazó Nicodemus con el cuerpo ensangrentado. Quitan poco a poco el clavo de los pies, el cual era grueso más que los otros, y estaba muy apretado.

11.— Llanto de María.

Se acerca la Virgen para tomar a Jesucristo en sus brazos; con el dolor no podía reposar; ni descansar de pie, ni descansar sentada: «¡Dámelo acá!» ¡Oh Señora! ¿Sabes lo que pides? Mirad que no descansarás con eso, antes se doblará tu dolor.» Toman el cuerpo y se lo ponen en sus brazos; toma San Juan la cabeza y la Magdalena los pies; comienzan todos a llorar con tanto sentimiento, de ver por una parte aquel bendito cuerpo tan atormentado, por otra parte de ver los lamentos que la Santísima Virgen profería. ¡Oh gran dolor! ¿A quién te compararé?

Comienza la Virgen a llevarse las manos a la cabeza, y topaba con las espinas que le quedaban hincadas tras quitar la corona; todos los cabellos estaban llenos de sangre. No hacía sino estrechar aquel cuerpo; no se hartaba de mirarlo, y por otra parte desfallecía del gran dolor; le toma las manos, las ve hechas pedazos; pone los ojos en el rostro de su Hijo, abre aquella boca y comienza a hablar; quebraba el corazón al que la oía: «¿Qué es esto, Señor? ¡Hijo mío, Dios mío y consuelo mío!, ¿cómo me has dejado, sabiendo que tanto te amo? ¿Para qué me has guardado para tanto dolor? ¿Este es el cuerpo que yo tan tiernamente trataba y envolvía? ¿Quién, Señor, te ha dejado así? ¿Qué corazón bastó a hacerte tanto mal? ¡Oh belleza de Dios escupida! ¡Oh hermosura tan afeada! ¡Oh lumbrera del Cielo oscurecida! ¡Oh rostro que alegras en el Cielo a los bienaventurados! ¿y quién te ha desfigurado de tal manera? ¡Oh lengua que a tantos consolaste, que a nadie supiste decir una mala palabra!, ¿dónde estás que no me respondes? *¿Cómo se ha tornado mi arpa en llanto, y mi música en lágrimas?* (*Job*, 30, 31).

Comienza San Juan: «¡Oh Maestro mío! ¿A quién iré de aquí en adelante con mis dudas? ¿Quién, Señor, me aconsejará?, ¿quién me consolará? Anoche tuve mi cabeza reclinada sobre tu pecho; ahora, Señor, está la tuya sobre el mío.» La Magdalena también decía: «Señor misericordioso, ¿quién me favorecerá? ¿Quién me defenderá cuando el fariseo murmure de mí? Tú, Señor, me defendiste. Cuando mi hermana me decía que por qué no le ayudaba, Tú respondiste por mí. ¿Cómo dices que te amo, pues estoy viva viendo mi alegría muerta?» Daba lástima oír a esta

buena mujer, y entre tanto bañaba los pies de Jesucristo con lágrimas de sus ojos. Llora la Madre, lloran cuantos están presentes, lloran allí los ángeles: que para mí tengo que tomaron cuerpos para venir al enterramiento de Jesucristo. Y no está fuera de razón creer que es así, pues tomaron cuerpos para hacer otras cosas de menos importancia. Así que de creer es que los tomarían para venir a llorar juntamente con la Madre la muerte del Mayorazgo de Dios, y para hallarse en su enterramiento. ¡Qué llantos habría! ¡Oh bendita sea tu misericordia, Señor, que no hay corazón que baste a pensarlo sin que se deshaga y quebrante de dolor! ¡Qué sentiríamos si viéramos con nuestros propios ojos lo que allí pasaba!

Decía la Madre: *¿Es mi fuerza la fuerza de la roca? ¿es mi carne de bronce?* (*Job*, 6, 12). Ni yo tengo la fortaleza de las rocas, ni mi carne es de metal. Piensa que fue el más tierno Corazón el suyo de cuantos ha habido en el mundo, y de Ella se dice (*Job*, 31, 18): *Siendo así que desde mi infancia me crió con gran misericordia, me guió desde el seno materno*. De ver a un pobre lloraba: desde el principio crió Dios conmigo el ser compasiva, el ser misericordiosa; la ternura de mi Corazón desde el vientre de mi madre salió conmigo. Esto se dice de la Virgen en la persona de Job. Fue el suyo el Corazón más tierno del mundo; y si al ver un pobre lloraba, ¿qué haría al ver padecer a su Santísimo Hijo, al verlo muerto en sus brazos, y tan atormentado como estaba? Era tan tierna, que si viera padecer algún mal, o algún trabajo a los mismos que crucificaron a su Hijo y le trataron tan cruelmente, se doliera de ellos. Pues dime, ¿qué te parece que sentiría al ver padecer tanto a su único Hijo, y qué tal Hijo? Consuélate, cristiana mujer, y hombre, que pasas trabajos; debes saber que tienes una Madre en los Cielos, que se duele de tus fatigas más que tú mismo te dueles, y así procura Ella de remediarlas. El mayor dolor de cuantos hay en el mundo, en el Corazón más tierno, ¿qué te parece que sentirá?

Aquí se cumple el *He aquí la esclava del Señor* del día de la Anunciación; en el que San Agustín dice que el mismo día que se encarnó, ese día murió. Coteja, Señora, día con día, compara la alegría del uno con la tristeza del otro. Acuérdate, Señora, de la alegría que sintió tu alma cuando el ángel te dijo que habías de

parir al Hijo de Dios que venía a remediar al mundo perdido, que habías de ser Madre de Dios quedando Virgen, para que no desmaye tu corazón con lo que ahora tienes delante de tus benditos ojos. Acuérdate, Señora, de la alegría de aquel día, para que no desfallezcas en los trabajos de éste. Aquí viene, Señora, *He aquí la esclava del Señor*, aquí viene el conformarte con la voluntad de Dios; alza, Señora, los ojos al Eterno Padre, y confórmate con su voluntad para sufrir estas angustias, como allí te conformaste con la misma para aceptar lo que el ángel de su parte te decía.

«Padre de misericordia —decía la Virgen—, *mira aquí a tu esclava, cúmplase en mí tu voluntad*. Este Hijo me diste; con gran alegría lo recibí; míralo aquí, te lo devuelvo; Tú me lo diste, Tú me lo quitas, cúmplase tu santísima voluntad; esclava soy para todo lo que tu Majestad quisiere hacer de mí. El día de mí alegría te canté: *Engrandece mi* alma *al Señor y se goza mi espíritu en Dios mi salvador*: el en el día de mi tristeza y dolores te suplico que la recibas en agradable sacrificio por los pecados de los hombres.

»¡Oh pecadores, cuán caro me costáis!, que por amor de vosotros ha pasado mi Corazón trance tan amargo como ha sido éste, ver a mi Hijo Jesucristo padecer tan cruel muerte y Pasión. Lo que vosotros hicisteis, Él lo ha pagado, y mi alma lo ha sentido; bien empleado vaya, aunque ha pasado tantos trabajos, porque vosotros recibáis el fruto de ellos y alcancéis el perdón de Dios.»

¡Oh Señora, bendita seas Vos, que tantos trabajos padeces por los hombres, y tan poco te lo agradecemos!

«Yo los perdono, Señor, por la parte que me cabe de los trabajos que te he visto padecer por amor de ellos; perdónalos, Señor, hazles bien, consuélales en sus tribulaciones, socórrelos en sus necesidades, ayúdalos en sus trabajos, óyelos, Señor, cuando te llamen; alegradlos, hacedles bien por Mí, Señor.»

El *He alauí la esclava*, aquí se cumplió bien, el conformarse con la voluntad de Dios. ¡Oh modelo de madres! Perdona; no esperes que te vengan a rogar. ¿No ves a esta Señora, Madre bendita, cuán de buena gana perdonó la muerte de su bendito Hijo, y estando aún corriendo su sangre fresca, recién muerto; y no espera que le vengan a rogar, antes Ella ruega por los que le habían matado, y por los que habían sido causa de su muerte?

12.— Entierro de Cristo.

Era, pues, ya tarde; llega San Juan: «Señora, ten por bien que enterremos prontamente a tu Hijo y mi Maestro, porque se llega ya la Pascua. Cesen tus lástimas; pon fin, Señora, ya a tus lágrimas; acaba, Señora mía, tanto dolor; que no hay corazón que sufra poderte oír, que de dolor no esté quebrantado y traspasado,» Sacan la sábana, comienzan a cubrir el cuerpo, después de haberlo ungido. ¡Oh, qué haría después de haberlo cubierto!: «¡Oh Pontífice sumo y verdadero, que ya has entrado en el *Sancta Sanctorum* (Hebr 5), *hallado para eterna redención de los hombres, ganado no por sangre de animales, sino por la tuya propia!* Claridad oscurecida, ¿quién te ha tornado trabajo mío, siendo en quien está todo mi descanso? Tú eras el que me alegrabas, ¿quién te ha tornado tristeza mía? En sólo mirar tu bendita y resplandeciente cara solía desechar todos mis trabajos; mas al mirarte ahora, todos mis dolores se doblan. ¿Qué trueque ha sido éste tan grande? A Ti te cubren con mortaja, a mi Corazón cubren de dolor.»

Tomó el sudario con sus propias manos, y lo puso en su cabeza, y la envolvió muy bien en él, y le dio besos de paz. Tenía aquella cara bienaventurada toda llena de sangre de su bendito Hijo; ¡qué buen arrebol, y cómo le parecería!

Veo yo aquí cómo llevarían a Cristo; unos sustentarían el cuerpo, otros las piernas, otros la cabeza. No con más pompa de ésta, no más andas, ni más lutos, no más hachas, ni más soberbia. ¡Cómo va el Señor de los Cielos y la tierra! ¡Oh corazones, no de carne, mas de mármol, pues estáis enteros, que no os quebrantáis oyendo y considerando estas cosas! Llegan al sepulcro. ¿Qué diría la Virgen? «¡Oh sepulcro, que te dan a ti lo que Yo parí! ¡Quítamenlo a Mí por dártelo a ti! ¡Oh quién fuera tú!» Ponen dentro al Señor, echan luego la piedra sobre la puerta del sepulcro, cúbrese el Corazón de la Madre. ¡Oh, qué llanto tan nuevo comenzaría aquí! ¡Qué retorcer de manos! ¡Qué afilarse el rostro, y desfigurarse por el gran dolor y angustia! «¿A dónde iré —decía— que más descanso tenga? ¿Qué más quiero Yo, que estar tan cerca de donde está todo mi bien sepultado? Aquí estará mi estancia; ésta será mi consolación.»

En fin; se le acerca San Juan y le suplica que se fuesen ya, que era tarde. Comienzan a irse poco a poco. Envió la Magdalena por luto y por tocas para la viuda. Entonces Nicodemus pidió licencia a la Virgen para irse por otro camino antes que lo viese alguno, porque no les viniese algún mal. Se fueron los buenos hombres, se queda la Virgen con su compañía. En esto llega el atavío de la viuda, pónenle su manto negro y sus tocas negras.

13.— La vuelta al Cenáculo.

¡Cómo, ay, yace solitaria la Ciudad populosa! Como una viuda se ha quedado la Señora de las gentes (Lamen 1, 1). Un poco antes lloró esto Jeremías: «¡Cómo está sola la ciudad! ¡Cómo está triste la que tan alegremente vivía en esta vida con su Hijo! Está hecha así como viuda la Señora de las gentes; la libre vuelta es tributaria.» Comienzan a irse hacia el aposento; iba la Virgen casi por fuerza; el cuerpo se iba alejando del sepulcro. Pasa por donde estaba la santa cruz; híncase de rodillas, la adora; se enterneció con ella en gran manera. Esta Señora fue la primera que adoró la cruz donde murió Jesucristo nuestro Señor. La llevan al Cenáculo donde el mismo Señor celebró la noche pasada la Pascua. ¡Quiénes irían por las calles! Algunas buenas mujeres que conocerían a la santísima Virgen, que sabían cómo Jesucristo nuestro Señor era Santo, que ya el hecho era público, y sabían cómo sin culpa lo habían muerto por envidia que tenían de Él; y dirían aquellas buenas mujeres, que viesen a la Santísima Virgen ir tan sola, tan triste y tan angustiada: «¡Oh lastimada mujer! Sola y desamparada, ¿qué harás? ¿Con quién te consolarás? ¿A quién contarás tus lamentos? ¿Qué corazón te sostendrá para no desfallecer, habiendo perdido tal Hijo, y habiéndole con tus propios ojos visto padecer tantos tormentos y tan sin culpa? Nadie se quejó de Ti, antes todos dicen mil bienes; ¿quién te hizo tanto mal? El Señor Dios te consuele y esfuerce, y te dé paciencia.»

Así, pues, llegaron a la casa, y entonces se quedó San Juan a la puerta para despedir a la gente, y agradecerles sus buenos servicios. Les dijo: «Señores, el Señor por quien habéis hecho esto, os lo pague, y os depare siempre quien en vuestros trabajos os ayude y favorezca. Ya veis, señores, cuán penada viene esta

Señora; déjenla sola llorar su dolor, pues no hay en la tierra consuelo para Ella.»

Entra la Virgen en el aposento donde la noche antes había cenado. ¡Qué renovar de lágrimas habría allí! «¡Oh Hijo y Señor mío, compañía mía, ¿dónde quedas? ¡Es posible que venga Yo, dejándote a Ti sepultado! ¡Anoche estabas aquí con tus discípulos, y ahora te dejo debajo de la tierra! ¿Qué va, Señor mío, de esta hora a la de ayer a estas horas? ¿Dónde iré que te halle? ¿A dónde iré que me alegre, faltándome Tú? ¡Cuánto más consuelo sintiera mi alma estando allá acompañándote, que estando aquí apartada de tu presencia!»

14.— La Virgen recoge a los Apóstoles.

Llama a San Juan: «Dime, hijo mío, ¿dónde están mis hijos? Tus hermanos ¿dónde están? Los racimos de mi corazón, los pedazos de mis entrañas, ¿dónde están? Tráemelos acá.»

—Deja eso, Señora; harto tenemos ahora en qué entender con el muerto; deja ahora los vivos.

—No —dijo la Virgen—; baste mi dolor, no añadas dolor a dolor; bástenme mis angustias; tráemelos, que no descansaré hasta que no vea a los discípulos de mi Hijo.

—No digas eso, Señora. ¿Quién ha de osar venir? Todos huimos cuando le prendieron; Pedro lo negó. No querrán venir de vergüenza.

—No me digas eso; tráemelos, que Yo les prometo perdón de mi Hijo.

Fue San Juan hacia la fuente de Siloé; a uno hallaba en una cueva, a otro en otra. Se para a escuchar; oyó voces de hombre que se estaba lamentando: «¡Oh traidor, cobarde, voluble, desleal! ¿Y así habías de huir y dejar a tu Maestro en las manos de sus enemigos? ¡Oh mal hombre!» Llega San Juan: «No más, no más, hermano, anda acá, que nuestra Madre la Virgen te llama.» Mateo le dice: «Quita allá, no me digas eso; yo no debería aparecer delante de la gente, cuanto más delante de la Madre de mi Maestro. Hombre que tuvo cara para huir, ¿quieres que la tenga ahora para mostrarme ante los demás?» —«Calla, hermano, que te

va a perdonar: ¿no conoces ya su misericordia? Tu Madre ha prometido alcanzarte perdón; anda acá, no tengas vergüenza.»

Pasa más adelante; oyó que alguien lloraba con fuertes gemidos en una cueva; se paró a escuchar, y por la voz conoció que era San Pedro. «¡Oh canas traidoras, mal empleadas! —estaba diciendo—. ¡Oh pecador desleal, cobarde, mentiroso! ¿Y así habías de negar a tu Maestro? ¿Tres años de conversación tan estrecha, que ni una hora nunca de ti me aparté, tantos favores me diste, tanto amor me mostraste, y yo juré que no te conocía ni sabía quién eras? ¿Te pusieron acaso un cuchillo, mal hombre, en la garganta? ¿Estaban los tormentos preparados delante de ti, por si no querías negar a tu Maestro? ¿Te acometió algún esforzado hombre, algún gran ejército? ¿La voz de una esclavilla te hizo temblar? ¡Oh mal hombre!, ¿y qué hiciste?» —«No más —dice San Juan—, anda acá, hermano, que nuestra Madre te llama.» —«Vete de ahí, ¿qué dices? No me mientes; aquí acabaré los días de mi vida con esta lengua que dijo que no lo conocía; aquí la castigaré en pena de su mal hablar; estos ojos se harán fuentes de lágrimas, estas manos serán verdugos, y yo tomaré venganza de mí mismo. Yo hice el mal, yo lo pagaré; anda con Dios, hermano, déjame llorar mi pecado.» —«Anda acá, Pedro, no digas tal; ¿tan poca confianza tienes de nuestro Maestro? ¿Por qué dices eso? ¿No sabes qué blando es y cuán amoroso? Anda acá, que su Madre, y nuestra, te llama; hazte ahora amigo con Ella, y luego te alcanzará perdón. Anda, vamos, no tengas vergüenza.»

Busca más: los halló a todos; se van para el Cenáculo, hallan a la Virgen, llevan todos la mirada por el suelo:

«Señora, he aquí los malos, los cobardes: todos huimos y le dejamos; sola Tú, Señora, no huiste; todos fuimos infieles; Tú, Señora, no lo fuiste; alcánzanos perdón, Señora.» Se juntan allí todos: toda la noche y el día era recordar cómo le crucificaron; su conversación no giraba sobre otra cosa. Decía San Juan, que lo vio todo: «¡Oh hermanos, si le vierais en la columna, si en la coronación de espinas, si le vierais con tanto trabajo llevar la cruz sobre sus benditos hombros, proclamando de él que era un traidor, con cuánta deshonra, con cuánto cansancio; si lo vierais en la cruz, perdido el color de su bendita cara, las lágrimas en aquellos ojos,

su cabeza corriendo sangre, sus pies y sus manos hechos también fuentes, y dar con tan gran trabajo el alma al Padre!»

Así pasaron la noche, así pasemos nosotros acompañando y consolando a la Virgen y llorando con Ella tanto dolor como por nuestra causa le vino; y esta Señora, que tan afligida está hoy en la tierra, nos pagará rogando por nosotros en el Cielo cuando la invoquemos. Nos consolará en nuestras tristezas, y nos socorrerá en nuestros trabajos y necesidades, y nos alcanzará la gracia y después la gloria.

TRATADO 5.°

ASUNCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

(La Virgen, mártir de amor.)

¿Quién es ésta que sube del desierto, llena de regalos, recostada sobre su Amado?

(Cant 8.)

1.— Para la Virgen, hoy se acabó el padecer.

No hay término que no llegue, en las cosas que son medidas por el tiempo. No se alegre el malo en los placeres y prosperidades que tiene, porque presto vendrá un día por su casa, en que le quiten de la boca la embriaguez de sus vicios, y se dé contra él aquella dura y justa sentencia (Apoc 18, 7): *Cuanto se glorificó en sus deleites, tanto dadle de tormento y lloro. Se pasaron los siete años de la fertilidad* que hubo en Egipto, y *sucedieron otros siete de mayor esterilidad que la pasada fertilidad* (Gen 41, 53). Y por unos deleites y pecados breves que en siete días se gozan —que significan toda esta vida—, les sucede no siete años solos de grandes tormentos, mas siete mil cuentos de años, y mientras Dios fuere Dios. Era temporal esta vida; vino su término, y vino tras ella la muerte, que no tendrá fin. No se alegren los que en este mundo tienen prosperidad; *no apeguen sus corazones a las riquezas, aunque les vengan* (Sal 61, 11); *no se alegren cuando compren*, no lloren cuando pierden su hacienda; *usen de este mundo como si no lo usasen; porque se pasa*, y muy presto, *la figura de este mundo*, como dice San Pablo (1 Cor 7). Y los señores de las riquezas durmieron el sueño de la muerte, la cual, quieran o no quieran, ha de venir, y ninguna cosa de ellas hallaron en sus manos, como dice David (Sal 75, 6). No tiene por qué gloriarse el malo ni el vano, porque el dejo de lo que aquí le daba placer, es más amargo sin comparación que el deleite que recibieron.

Si gozaros queréis, yo os diré lo que para ello has de hacer. A vosotros digo, que *os tenéis por extranjeros* en este mundo (1 Ped 2, 11), y habéis puesto vuestro cuidado en tener tal vida, que tengáis con razón esperanza de gozar de la otra. Alégrense los que guardan los mandamientos de Dios, porque los servicios su término tienen, el galardón para siempre será. Consolaos los que lloráis vuestros pecados, y los que lleváis a cuestas la penosa cruz de la penitencia y mortificación de vuestras pasiones, y sois obedientes a Dios en los trabajos que Él os envía, y no le dais por ellos quejas como los mundanos, mas gracias como buenos cristianos, porque todas estas cosas temporales son, y su fin tienen, y *obrarán* después *en vosotros eterno peso de gloria* (2 Cor 4, 17).

Alegraos, alegraos los que de veras amáis al Señor, por cuyo amor tenéis la morada de esta vida por penoso destierro, y por ser leales al amor del Señor, en ninguna cosa os queréis aquí consolar, mas como casta tórtola tenéis el gemido por canto, y *os habéis sentado sobre los ríos de Babilonia* (Sal 136, 1), despreciando todo lo que en el mundo florece, porque se pasa como agua de río, y vuestro oficio es *llorar, acordándoos de aquella* celestial *Sión*, en la cual Dios es visto con grandísimo y eterno gozo, no bajo un velo, sino directamente cara a cara. No desmayéis en vuestros trabajos, porque jurado ha el Señor de *quitar la copa del amargor de vuestra boca* (Is 51, 22), y daros eternas consolaciones. Y día vendrá —y cierto vendrá, y presto vendrá— en que Dios os dé el deseo de vuestro corazón, y abrirá vuestra cárcel, y romperá las cadenas de vuestra mortalidad, y *pondrá en vuestra boca un cantar nuevo* (Sal 39, 4), y *sacrificaréis a Dios* en el Cielo un *sacrificio de alabanza perpetua* (Sal 115, 17).

Considerar como es debido el presente día y la solemnísima fiesta, en el cual se llegó el término tan deseado y tan pedido por la santísima Virgen María, Madre de Dios y Señora nuestra, y gozaos de tan gran bien como a Ella le vino, pues hoy entró en la ciudad celestial con tanta fiesta y regocijo, que pone en admiración a los ángeles, espantados de que en este miserable desierto hubiese tan preciosa reliquia, y que con tanta honra y esplendor fuese subida a la alteza del Cielo, y constituida por Señora de los que están allá y de los de acá, preguntan diciendo (Cant 8): *¿Quién es ésta que*

sube del desierto, abundante en regalos, arrimada sobre su Amado?

Gócense, pues, los buenos hijos de la libertad de su bendita Madre, y esperen ellos que, a semejanza de Ella, les vendrá el día de su libertad, en que libres de la corrupción de esta vida, gocen con Ella en el Cielo del don de incorrupción perpetua, de cumplida gloria, y de la alegre vista de Dios; y entiendan que esta Virgen bendita no sólo nos es dada para ejemplo de nuestra vida, a la cual sigamos e imitemos en sus virtudes, mas también tenemos en Ella ejemplo y motivo para esperar que, si fuéremos acá por el camino que Ella fue, aunque no tan aprisa ni con tanta santidad, iremos donde Ella fue, aunque menores en gloria.

Estemos, pues, muy atentos, y no perdamos de vista a esta Señora tan acertada en sus caminos, y tan verdadera estrella y guía de los que en este peligroso mar navegamos. Y pues que en otras fiestas, desde que fue concebida en el vientre de su madre, hay mucho que mirar y que aprender y con que consolarnos, tenemos obligación el día de hoy a decir algo de ésta, que no tiene menos provechos que cualquiera de las otras. Y comencemos por aquí.

2.— Martirio de la Virgen desterrada.

Señor, amando a vuestra benditísima Madre con amor tan grande cual conviene amarla tal Hijo como Tú eres, y ser amada tal Madre como Ella es, ¿qué fue de tu consejo, que aunque justo en sí, fue para Ella penoso, que subiendo Tú rico y próspero, acompañado de ángeles y almas santas a reinar en el Cielo, sentado *a la diestra del Padre, donde hay deleites para siempre jamás* (Sal 15, 11), dejaste a esta Señora en el destierro de la tierra, donde aunque por tu gracia Ella tuviese vida muy ajena de todo pecado, mas por estar ausente de Ti, le había de ser un penoso destierro? ¿Quién, Señor, entenderá tus caminos? ¿Quién dijera que pidierais más trabajos a esta Virgen bendita, que los que pasó al pie de la cruz viéndote morir en ella con graves dolores? Tú, Señor, eres el sol y Ella la luna; y puesto que Ella se eclipsó cuando Tú te eclipsaste, ¿por qué cuando vas lleno de luz y de gloria, no participa Ella también de lo que Tú en tanta abundancia?

La sombra sigue al Cuerpo, y la Virgen a Ti, y de Ti está colgada como fidelísima sierva. ¿Por qué —pues en el tiempo de tu tribulación Ella te acompañó y siguió—, por qué te vas al Cielo con mucha prosperidad, y la dejas a Ella en la tierra?

Ya veo, hermanos, que me estáis respondiendo lo que Dios dijo por el Profeta Isaías (55, 9): *Cuanto son ensalzados los Cielos sobre la tierra, tanto mis caminos exceden a los vuestros*. Así, Señor, lo creemos; todos son justos, llenos de sabiduría y de bondad; y alabándolos por tales, los deseamos, pues los queremos entender para vuestra gloria y nuestra edificación. Mas es primero de advertir, que por mucho que despabilemos nuestros ojos para considerar cuán grande fue el martirio que esta Virgen sagrada pasó todo el tiempo que vivió en este destierro, desde el día que su benditísima Hijo y Señor subió a la ciudad soberana, hasta el día de hoy, en el cual Ella alcanzó lo que deseaba siendo llevada allá, no podremos entender aun la menor parte de su penoso martirio.

3.— El amor fue su verdugo.

El amor le causaba deseo de ver a su Dios cara a cara. Tanto cuanto el amor es mayor, el deseo es más crecido y su dilación más penosa; y si hubiere quien pueda pesar el gran peso del amor que la Virgen tenía, aquél podrá saber sus encendidos deseos dónde llegaban, y cuánto le atormentaba la dilación de cumplirse.

¡Oh Virgen gloriosa, que de una misma fuente te nace lo dulce y amargo, lo que te hace a Dios agradable y lo que te martiriza! El amor, y grandísimo amor, que sobrepuja todo conocimiento, que a Dios tuviste, éste te hace alta, y agradable y bienaventurada en su acatamiento; y este mismo, a la medida de su grandeza, te atormenta como gran verdugo. Aquel *cuchillo* que el santo viejo Simeón te profetizó que había de traspasar tu Corazón (Lc 2), cuando viste a tu Hijo crucificado y morir en la cruz, fue figura al vivo. Mas si no hubiera en tu corazón *cuchillo de amor*, con que tu santísima alma estaba dulcemente herida hasta lo más íntimo de ella, poco te atormentara el ver padecer a quien mucho no amabas. Este, este vivísimo amor te hacía cuidar lo que convenía a tu sacratísimo Hijo; éste, temer no le viniese algún mal; éste, llorar cuando le vino, y sentir dolores de muerte en su muerte. Y cuando

al humano juicio parecía que este amor te hubiese de dar descanso, gozando en el Cielo del que tanto amaste viviendo en la tierra, comience de nuevo, por consejo de Dios, a atormentarte como de antes, y que dure el tormento por toda la vida, y aun que vaya creciendo mientras más creciere la vida.

Por experiencia tenemos, que los amigos de Dios que se hallaron presentes a la muerte del Señor y se compadecieron de ella, se contentó Dios con aquel martirio de compasión interior que allí pasaron y padecieron, sin consentir que mano de verdugo exterior atormentase a los que el interior amor tan gravemente martirizó. Mas según veo, Señora, Tú, la que más allí padeciste, os tornan a dar a beber el cáliz de amargura de la ausencia de tu benditísimo Hijo, más penoso para Ti, que la muerte que te pudieran dar los verdugos crueles.

Tenía esta Virgen grandísima lumbre en su entendimiento, para conocer y poner en su lugar los beneficios que Dios le había hecho; tenía muy tierna voluntad para agradecerlos y considerarlos muchas veces; y soplando continuamente en leña tan dispuesta para encender fuego, se engendraba en su Corazón una llama de amor que la abrasaba, y hacía desear con todas sus fuerzas ver ya Aquel que tan singulares mercedes le había hecho. Y si hay hombres que, acordándose que Dios les ha perdonado los pecados que han hecho, ni se pueden contener de lágrimas tiernas, ni cesan de amar al que tanta misericordia les hizo, y el Señor dice (Lc 7, 43), que a quien más pecados les son perdonados, más amor tiene a su perdonador, ¿qué sentiría aquella Virgen bendita cuando se acordase de tan gran beneficio, recibido de la mano piadosa de Dios, que ni en su Concepción ni en toda su vida cayó en Ella pecado? Porque muy bien sabía que es mayor merced dar Dios la inocencia, no dejando caer en pecado, que al caído darle perdón. Y por esto todos los pecados que allí pudiera haber hecho, y que otros hacían, ponía a cuenta de deuda propia, y agradecía a Dios como si los hubiera cometido y fuera perdonada, y aun mucho más según hemos dicho. ¿Qué te diré? ¿Qué amor obraba en su corazón el agradecimiento de la gracia y santidad que había recibido? Que como humilde y fiel sierva, por todo ello *engrandecía su* alma *a Dios* (Lc 1, 46) y no a Sí misma.

Pues cuando pensase la inefable y nunca oída merced que Dios le había hecho en tomarla por Madre, sería tanto el amor que de Ella se enseñorease, que le causase desmayo y falta de fuerzas, y le hiciese decir muy de corazón lo que está en los Cantares (2, 5): *Que de amor estoy enferma*. Sus grados tiene el amor; hiere, y ata, y es insaciable. Herido está el corazón del amor de Dios cuando se enseñorea tanto del hombre, que a todos los otros amores éste sobrepuja, y cumple lo que el Señor en el Evangelio pidió (Mt 10, 37): *El que ama a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mi*; y (Lc 14, 26): *Si alguno viene a Mí, y no aborrece a su padre y madre, mujer, hijos y hermanos, y aun a sí mismo, no puede ser discípulo mío*. La ley de la Bondad divina pide, y con mucha justicia, que así como ella es en Sí cosa infinita, así sea preciada de hombres y ángeles sobre todas las cosas, de manera que le haga decir con San Pablo (Rom 8, 35): *¿Quién nos apartará del amor de Cristo? Ni tribulación, ni angustia, ni hambre, ni desnudez, ni peligro, ni persecución, ni espada* que mate; *mas en todas estas cosas sobrepujamos por amor de Aquel que nos amó. Porque cierto estoy que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados ni las virtudes, ni las cosas presentes ni las por venir, ni fortaleza ni alteza ni lo profundo, ni otra criatura alguna, nos podrá apartar del amor de Dios, que está en Jesucristo nuestro Señor*.

4.— Saetas de amor entre Dios y la Virgen.

¿Qué saeta tan fuerte, ni con tanta violencia puede herir a un cuerpo, como este amor que Dios infunde en el corazón y hiere al alma hasta lo más íntimo de ella? Herida es que da salud; y quien esta llaga no tiene, mal sano está. Y aunque tiene nombre de herida, dulcísima cosa es. Y sin ira, tira esta saeta el Señor, y sin enojo la recibe su criatura, antes se precia de ella en los Cantares (2, 5), diciendo: *Herida estoy con amor*. Dichosa herida para la creatura, pues el mismo Dios, Omnipotente e insuperable, no se defiende de esta saeta, si hubiese quien se la tirase, según Él da testimonio, diciendo (Cant 4, 9): *Heriste mi corazón, hermana mía, esposa mía, con uno de tus ojos, y con un cabello de tu cabeza*. ¿Quién contará los misterios del amor que entre Dios y la Virgen pasaban,

hiriendo Él a Ella con la contemplación de su hermosura y de su bondad, y Ella a Él con amarlo y pensar en Él con grandísima fidelidad? Porque *el ojo derecho*, es el amor de Dios; y *el un cabello de la cabeza*, es el continuo pensamiento en el mismo Dios.

De donde parece que no sólo la bendita Madre de Dios estaba herida con el amor, y amor fuerte e insuperable, con el cual estaba determinada de morir antes mil muertes, que hacer a Dios una ofensa, chica ni grande; mas también tenía su pensamiento tan puesto en Dios, que nunca le ponía en olvido. Bendito sea Dios para siempre, que hubiese en la tierra quien con amorosa y continua memoria de Dios hiciese contrapeso a los muchos que, recibiendo cada hora y momento mercedes de Dios, se les pasan por alto los días y las horas sin acordarse del que nunca de ellos se olvida; y si se acuerdan, es una memoria seca y desamorada; porque aquélla es la verdadera, que así se acuerda de Dios y de sus mandamientos, que hace que se pongan en obra. Y por aquellos tales se queja el Señor, diciendo por Jeremías (2, 32): *¿Por ventura puédese olvidar la doncella de la faja con que ciñe sus pechos? Mas mi pueblo me ha puesto en olvido días sin cuento*.

¡Oh Doncella, honra de todo el pueblo de Dios, cuán mayor cuenta teníais Tú de traer siempre rodeado a Dios a tu corazón, que ninguna doncella tuvo cuidado de su faja ni de su atavío! Aquéllas, por tener cuidado de la vanidad, y bien parecer a los hombres, se descuidan de tener a Dios en su corazón; mas Tú, Señora, cuyo propósito siempre fue despreciar todo lo perecedero, y buscar la hermosura de las virtudes que agradan los ojos de Dios, todo tu pensamiento, orando o no orando, y en todo tiempo, lugar y honra, estaba atento a Dios, cumpliendo y sobrepujando lo que dijo el Profeta David (Sal 18, 15): *El pensamiento de mi corazón está siempre delante de Ti*. Te parecía, Virgen bendita, gran traición acordarse de Ti siempre Dios, y Tú olvidarle un solo momento, trayendo santa competencia con Él, y aprendiendo de lo que Él hacía contigo para hacer Tú lo mismo con Él. Te amaba Él con amor liberal, sin respeto del propio interés; porque lejos está de la infinita riqueza de Dios vender a nadie su amor, ni esperar provecho, pues que su bien ni puede crecer ni disminuir. Tú, Señora, con aquel corazón liberal, magnánimo y no interesado, semejante en su manera al de Dios y recibido de la mano de Él.

tenías puesta en olvido a Ti misma, y dabas a Dios un amor desinteresado y una memoria continua, para que se verificasen de Ti, mejor que de nadie, aquellas palabras de los Cantares (2. 16): *Mi Amado a Mí y Yo a Él*, que más contienen afecto de alma que sentido completo; pues que ni dicen qué es vuestro Amado para Ti, ni qué eres Tú para Él. Mas no diciendo en particular lo que es el uno al otro, se da a entender que es tanto, que no se puede decir. Todas las cosas, Señora, te es Dios; y todas las que una criatura puede ser para Él, Tú lo eres; el mayor contentamiento que la pura criatura le puede dar, Tú se lo das. Razón tuvo, por cierto, el Espíritu Santo en no declarar cosa particular en aquellas palabras; porque fuera decir poco de lo mucho, y las cosas altas mejor se declaran en honrándolas con el silencio, que con decir la menor parte de sus excelencias.

5.— Dulcísima guerra .— Dureza de nuestro corazón ante el amor divino.

¿Quién contará esta guerra tan dulce, tan sin enojo, entre Dios y la Virgen bendita, en la cual la hermosura de Él hiere a Ella, y la de Ella hiere a Él, presa y atada con aquellas prisiones, de cuya fortaleza Él se gloría diciendo (*Os*., 11): *Yo los traeré a Mí en las cuerdas de Adán, y en las prisiones del amor*? Entendiendo por lo primero los beneficios naturales que hace a los hombres, y por lo segundo los que son sobre naturaleza.

Y si miras lo que vale cualquier beneficio de Dios, aunque sea el menor de ellos, y principalmente el amor de su divino corazón con que nos lo da, ninguno hay tan chico que no sea bastante de sí a prender al hombre, y atarlo con Dios por amor, y ofrecerle todo servicio. Y si uno sólo es bastante para hacer esto, ¡qué presos de amor nos debían tener tantos y tan grandes como Dios nos ha hecho a los hombres, y cada momento nos hace! Mírese un hombre a sí mismo, mire el Cielo y mire la tierra, y vea que todo es leña de beneficios para encender en el hombre el fuego del divino amor, y todos son tan fortísimas cuerdas para amorosamente atarle con la santa voluntad de Dios y su Ley, que le hagan amar la atadura de la salud, que es la obediencia de Dios, y aborrecer la mala soltura de la propia voluntad, causante de que en el infierno

aten al hombre que aquí la siguió, de pies y de manos, donde esté preso, cautivo de los demonios, y sea su esclavo el que aquí no quiso sujetarse a Dios para vencer demonio y pecado. ¿Quién bastará a maravillarse de tan gran enfermedad de los hijos de Adán, que con tantos emplastos llenos de eficacia y blandura, no cobran salud, pues con todos ellos, y gozando de ellos, y holgándose de recibir los dones de Dios, no levantan sus ojos a considerar que es mucha razón de ser amado y servido un bienhechor tan continuo, que ningún momento deja de serlo, y tan copioso, que ninguno basta a contar la innumerable copia de sus mercedes, y tan piadoso, que por sólo amor y bondad hace lo que hace, deseando que los hombres, provocados con los beneficios que de su mano reciben, le amasen, y tuviesen disposición para recibir lo que Él desea darles, que es a Sí mismo? ¡Oh lamentable ceguedad y traición de una esposa que, enviándole su esposo muchas y hermosas joyas para que continuamente se acuerde de él y no se le enfríe, antes más y más se encienda en su amor con las muchas y preciosas dádivas, torna ella esto tan al revés, que aficionándose a las joyas, se goza tanto con ellas, que por ellas olvida a su esposo que las envió para incentivar su amorosa memoria!

Y si estos beneficios de naturaleza debían bastar para prender a los hombres en el amor del Señor, ¿qué te diré de la fuerza que habían de tener en nuestros corazones los beneficios que sobre toda orden de naturaleza recibimos? Si en darme Dios el alma y cuerpo que tengo me obliga a amarle y servirle con ello, ¿en qué obligación me pone darse Dios a Sí mismo a muerte de cruz, por remediar lo que primero me había dado y yo lo había perdido por mis pecados? Si por lo que me da para mantenimiento y regalo de este miserable cuerpo le debo amor, ¿qué será por la gracia, y por sus Sacramentos que son causa de ella, que para que mi alma sane y se esfuerce en el camino de Dios ordenó que le costase su vida? Por beneficio natural me hizo señor de este mundo, y por sobrenatural me hizo heredero del Cielo. Mercedes son éstas tanto mayores que las naturales, que sin ninguna proporción les exceden. Y por eso la divina Escritura (Os 11) llama a las primeras *cuerdas*, y a las segundas *prisiones*; las primeras *convidan*, las segundas parece que *fuerzan*. Porque ¿quién se defenderá de la violenta saeta de Dios, y saeta sin pecado, y quitadora de nuestros

pecados, que es Jesucristo puesto en la cruz, bastante para herirnos de amor por sólo ponerse en ella, aunque fuera sin pena ninguna? Mas para que más fuertemente nos hiera, y del todo parezca saeta, le son puestos clavos en las extremidades de sus pies y manos, porque, palo con hierro, sea tan fuerte saeta tirada de la mano de Dios, que *no haya quien se defienda del calor de su amor* (Sal 18, 7), ni arma ni acero que le resistan.

Mas ¡ay de nosotros! que es mayor nuestra dureza que la del hierro y de las piedras, y hacemos salir en balde las invenciones que la sabiduría de Dios busca para remediar nuestra mala soltura; y siendo Él invencible, omnipotente, parece que le vencemos en la guerra continua que entre Él y nosotros hay, haciéndonos Él beneficios, provocándonos a su amor, y nosotros con gran desvergüenza recibimos lo que nos da, y le negamos nuestro amor y nuestra obediencia. Dejemos de hablar de esto, porque es triste materia y digna de llanto, y no viene bien para la fiesta alegre que entre manos tenemos. Porque como la Escritura dice (Eclo 22, 6) que *en el tiempo del llanto es la música cosa importuna* y fuera de tiempo, así también en el tiempo de la alegría es el llanto cosa importuna.

Convirtamos nuestra habla a la dulcísima Virgen y recibirá nuestro corazón consuelo de ver cuán bien obraban en Ella la prisión que pretendían los beneficios de Dios; el cual la tenía, según hemos dicho, tan herida con su amor, que él era ley de su corazón, y puesto en el mejor lugar de su alma; y le tenía el pensamiento tan atado con él, que no le dejaba que se olvidase ni un solo momento. Puede un herido pensar en otras cosas, para que con aquella diversión olvide el dolor que le da su herida; mas quien tiene atado su pensamiento continuo con lo que le hirió y su herida, ¿qué remedio le queda, pues no puede huir de lo que le causa el dolor?

Herida y presa estaba la Virgen del amor divino, más que ninguna criatura; y *herido y preso* tenía a su Señor y su Dios, más que ninguna criatura. Ni el Señor ni ella querían resistir a las heridas y prisiones de amor, antes se daban de muy buena gana tan sujetos al señorío del que obraba en ellos cuanto quería. Salvo que en Dios no podía obrar pena, y toda caía sobre la Virgen bendita; porque Él es del todo impasible, y Ella muy dispuesta a padecer martirio de amor.

6.— Amor inconsolable de María.

Y lo que es mucho de mirar, que guardaba esta Virgen tanta lealtad al amor de Dios que toda la había poseído, que tenía por género de traición contra el amor del Señor tomar consolación en alguna cosa que no fuese Dios. Había leído lo que dice David (Sal 76, 3): *No quiso mi* alma *ser consolada*. Y lo cumplía mucho mejor que él; y decía a las consolaciones que aquí podía tomar (aunque sin pecado) lo que Job (16, 2) a sus amigos: *¡Consoladores funestos sois todos vosotros!* Porque antes tenía por impedimento de la verdadera consolación divina consolarse en las criaturas, que no por remedio de la herida amorosa de su corazón. Y mientras no estaba en el Cielo viendo y poseyendo al Señor que la hirió, vivía una vida de martirio, siéndole todas las cosas de este destierro muy llenas de cruz. Y así, no gozaba de lo que acá podía gozar, ni alcanzaba la subida al Cielo que deseaba. Y a semejanza de Job (7, 15), que decía: *Mi* alma *ha escogido estar colgada*, estaba la Virgen entre el Cielo y la tierra, colgada de donde estaba el deseo de su corazón.

De manera que su vida era un puro tormento, y ni descansaba con llorar, ni le daban lo que deseaba; y así decía con ansias de su corazón, mayores que las del Profeta David (Sal 41, 2): *¡Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así mi* alma *te desea a Ti, Dios mío! Tuvo sed mi* alma *de Dios, fuente viva: ¿cuándo llegaré a ver el rostro de Dios?* Y porque estuviésemos ciertos que mientras no llegase a tener presente a su Dios, al cual deseaba, no se inclinaba a tomar ninguna otra alguna consolación, nos declara luego cuál era su ocupación y ejercicio, diciendo: *Me fuéron mis lágrimas pan de noche y día, mientras me dicen: ¿Dónde está tu Dios?* Derramaba lágrimas por su largo destierro, diciendo con David (Sal 119, 5): *¡Ay de mi, porque mi morada en este destierro se ha prolongado! He vivido con los moradores de Cedar, y mucho tiempo ha sido mi* alma *moradora de esta tierra.* (*Job* 7, 2): *Como desea el jornalero el fin de su trabajo, y el siervo cansado la sombra donde repose; así Yo* —decía la Virgen— *he tenido meses vacíos, y he pasado trabajosas noches*. No vivió la Virgen ni un solo momento sin ganar nuevos merecimientos, y de esta manera nunca vivió meses vacíos; mas para lo que Ella deseaba, que era

ver a Dios en el Cielo, tenía por cosa vacía el tiempo; y lo contaba por noches trabajosas mientras no alcanzaba lo que deseaba. No se maraville nadie de que la Virgen bendita dijese con suspiros salidos de su Corazón: *¡Ay de Mí, porque mi morada se ha prolongado!* Porque no es pequeña causa de dolor para quien tiene perfecto amor del Señor, vivir en la tierra de Cedar, significada por este mundo, lugar en el cual es Dios ofendido. Y como la bendita Virgen tenía el amor de Dios tan sin medida, del cual nacía la viveza de los espirituales sentidos, le olían peor los pecados que en el mundo se hacían, y le amargaban más que ninguna cosa corporal, por hedionda y desabrida que sea, ni que pueda dar desabrimiento a los corporales sentidos.

7.— Ímpetu de su Corazón.

Y juntando en uno el desabrimiento que lo que pasaba en la tierra le daba, que la convidaba a huir de tal lugar, y por otra parte el deseo de la presencia de Dios en el Cielo, era tan grande el ímpetu de su Corazón a lo alto, que muchas veces alzaba los ojos al Cielo donde estaba su tesoro, con arroyos de lágrimas que de ellos salían, suspirando lo que dijo David (Sal 83, 2) y mucho mejor: *¡Cuán amadas son de mí tus moradas, Señor Dios de las virtudes! Mi* alma *desea, y con el grande deseo se desmaya por estar en los palacios del Señor.*

No piense nadie que este deseo tan encendido de esta Madre bendita por ver a su Hijo bendito en el Cielo era causado por su propia naturaleza, como otras madres suelen desear la presencia de sus hijos. Porque aunque el amor natural no estaba en Ella perdido, pues no es contrario a la gracia; mas era tanto el sobrenatural con que a su Hijo amaba en cuanto hombre, y muy más sin comparación en cuanto Dios, que sobrepujaba al amor natural y a los deseos de todas las madres de ver a sus hijos, como excede un fuego tan grande como todo el mundo al de una pequeña centella. Espíritu era de Dios el que meneaba su Corazón para estos deseos, y le *hacía pedir* el cumplimiento de ellos *con gemidos que no se pueden contar* (Rom 8, 26). No hay en el Corazón de la Virgen cosa que no fuese cubierta con oro, y oro fino, pues lo había así en el arca del Testamento, que era figura de Ella; porque era

amor sólo sobrenatural o el amor natural tan rodeado y cercado de la gracia del Señor, que en lo uno y en lo otro era movida por el Espíritu Santo. Y como Ella entendía venirle del Cielo esta moción y soplo divino que la soplaba y encendía los deseos de ver a su Dios, soltaba la rienda a su Corazón para que con todas sus fuerzas lo desease, pues su intento era obedecer y agradar a Dios en todas las cosas.

8.— Por qué dejó Dios a la Virgen en la tierra.

¡Quién no se admirará de ver en cosa tan amada de Dios paso de tan grave tribulación que la hacía desmayar, y que la mirasen los ojos de Dios, y la dejasen padecer tantos años! Y lo que más de admirar es, que Él mismo le encendía más y más los deseos, y ni le daba lo que deseaba, ni le quitaba lo que le atormentaba. ¡Incomprensibles son tus caminos, Señor! *Sobre la mar andas*, y, como decía David (Sal 76, 20), *tus pisadas no son conocidas*. Profunda es tu sabiduría; y grande misericordia recibiremos si nos das a entender, o siquiera rastrear, por qué tal Hijo a tal Madre le dilata tan justos deseos, siéndole esta dilación causa de tan grandes tormentos. Una cosa, hermanos, tened por averiguada: que obra tan particular, en persona tan calificada no tiene causas livianas, sino muy importantes, si hay luz del Cielo para mirarlas. Miró en esto el Señor al mayor provecho de su santísima Madre; miró al provecho de la Iglesia que entonces había, y también a los que después habíamos de nacer en ella hasta que el mundo se acabe.

A) Para acrecentar sus méritos.

Determinado tenía Dios *desde toda la eternidad* la excelsitud de la gloria que había de dar a su santísima Madre. Y para cumplir con su justicia, quiso que fuese por medio de grandes servicios que Ella hiciese, y grandes trabajos que padeciese. Y aunque la predestinación suya fue de balde, y para gloria de la divina Bondad, los medios de Ella quiso que fuesen costosos, y muy costosos, proporcionados con la grandeza de la gloria que la había de dar. No tenga nadie a Dios por cruel en ordenar que la vida de la Virgen

antes de la Pasión fuese un puro martirio, y después de la Pasión también. Amor fue, y no malquerencia; y como el Padre de Él le trató, siendo su Hijo amantísimo, así Él trató a su amantísima Madre. Y los que no podemos ver la grandeza de la gloria y descanso que tiene en el Cielo esta Virgen, rastreémosla por los grandes trabajos y cuchillo agudo que de muchas maneras hirió y traspasó su Corazón benditísimo, que en la tierra sabemos que padeció; pues está escrito (2 Tim 2, 12) que *seremos juntamente glorificados con Cristo, si juntamente padeciéremos con Él*. Y quien más padeciere, más glorificado; porque Él es dechado, así en santidad, como en padecer trabajos, *al cual quiso el Padre Eterno que fuésemos conformes en la tierra y en el Cielo los hombres que en la tierra escogió* (Rom 8, 29). Por lo cual nadie se queje de ser tratado como Jesucristo lo fue de su Padre, y su Madre santísima lo fue de su Hijo; mayormente si se considera *cuán poco es todo el trabajo que acá se puede padecer, en comparación de la gloria que será revelada* (Rom 8, 13) en los que aquí llevaren su cruz, en imitación y obediencia de Cristo nuestro Señor, según dice San Pablo (2 Cor 4, 17): *La tribulación que en este mundo se pasa*, aunque parece muy larga y pesada, a la verdad *es de un momento, y de poco peso, y obrará en el Cielo eterno peso de gloria*. Mas para tener de esto verdadera estimación conviene oír lo que luego dice: *Contemplando nosotros, no las cosas que se ven, mas las que no se ven; porque las cosas que se ven temporales son, y las que no se ven son eternas*. Abre, Señor, nuestros ojos para que consideremos las maravillas de la gloria, que (1 Cor 2, 9) *ni ojo vio, ni oído oyó, ni corazón pensó, ni lengua puede decir; la cual tienes preparada* para los que en esta tierra de frialdad pusieren en Ti el amor de su corazón como Tú lo mandas. Si aquello que allí está, si la mitad, si una partecica, si la gloria de un día sólo se pudiese ver, nos parecería que la comprábamos muy barato a trueco de estar en tormentos desde ahora hasta el día postrero.

No penséis, no, que queriendo Dios tanto a su Madre, le vendiese tan caro lo que era de poco valor; ni que la atribulara, si no fuera a trueque de darle un eterno descanso, que sin comparación excede a los trabajos que acá pasó. La amó el Señor de verdad, y el amor verdadero no tiene tanta cuenta con regalar al amado como con darle lo que le cumple; atribula en lo poco, y que presto

se acaba, por tener ocasión de regalar en lo mucho, que no tiene fin. De manera que el martirio que la Virgen pasó con la dilación de ver a su Hijo, penoso le fue mas muy provechoso. Y así, *la esperanza que se dilata y aflige al* alma tiene por contrapeso que mientras más se dilata el bien, más le dan de él, y con mayor honra lo recibe. Porque mayor gloria es recibir galardón en pago de los buenos trabajos, que no recibirlo de balde; y mayor bien es la virtud de la obediencia y amor que en la paciencia se ejercita, por lo cual el hombre es hecho justo, que el descanso que pierde por ejercitarse en estos buenos trabajos. Pretendió, pues, el Señor con su santísima Madre su mayor merecimiento y gloria, y por eso la trabajaba según hemos dicho.

B) Para prepararla a la fiesta de hoy.

Quiso también aparejarla para el gran día de esta fiesta, en el cual había de entrar con excelentísima gloria a ver y gozar de la hermosa vista de la beatísima Trinidad; lo cual es tan grande bien, que años, y millares de años, que uno gastase en prepararse para este bien, haría muy poco. Para oír el sonido de la trompeta y las voces formadas en el aire por ministerio de ángeles (Exod 19, 10) mandó Dios a Moisés que se preparase el pueblo. Para llegarse a ver al Señor en la zarza, le mandó, en señal de la pureza interior que había de tener, *que se descalzase los zapatos*. Y antes de la entrada de la tierra de Promisión mandó Dios a Josué (5, 2) *que circuncidase a su pueblo*. Y la reina Esther (4, 16) se prepara con ayunos y oraciones para entrar delante del rey Asuero a abogar por el pueblo de Dios. Y si para éstas, y aun para otras cosas mucho menores, se nos pide preparación, ¿quién será aquel que piense que para la mayor de todas no es menester grande y muy grande? Y grandísimo negocio es, un hombre nacido en la tierra subir a poseer el reino del Cielo. Dichoso día, y hora, es aquella en que, desatado de las prisiones de esta mortalidad, es subido a ver la hermosísima cara de Dios, y a gozar de Él sin temor de para siempre perderlo. ¡Oh hermanos! Dios nos dé a entender que la vida que aquí nos da no es para otro intento, sino para que en este momento de tiempo (que, aunque parezca largo, en fin, no es más que esto) nos preparemos para alcanzar pureza de alma para

gozar del que es todo puro, y no para oír trompetas, ni voces de ángeles, sino al mismo Creador de los ángeles, Bien infinito. Aquella tierra, sin duda, es la verdadera tierra de Promisión, y los que han de entrar en ella, circuncidados de sus pasiones y enemigos de su propia voluntad han de ser; y los que quisieren parecer graciosos delante del verdadero rey Asuero, Jesucristo nuestro Señor, con ayunos y oraciones y otras buenas obras se han de disponer. No te maravilles, pues, que Dios prepare a su Madre para este dichoso día, en el cual fue subida a los Cielos a comenzar un gozo y gloria que nunca, mientras Dios fuere Dios, le será quitado; porque tan grande bien como le fue dado, gran preparación pedía; y tan preciosa corona, después de gran victoria se había de dar; y quiso que ganase la victoria con grande trabajo, para que tanto más honroso y sabroso lo fuese, cuando más le había costado.

Mas ya que el Señor quiso que su Madre bendita se preparase para ver a Dios en el Cielo, es cosa digna de preguntar qué preparación había de ser ésta, pues ni tenía pecados que llorar, ni descargos de conciencia con que cumplir, ni había menester que le dijesen misas, ni en otra cosa había entendido en toda su vida sino en disponerse para este día tan grande. Gran cosa, Señor, debe de ser lo que das en el Cielo; particularmente lo que preparado tenías para tu Santísima Madre, pues a la que tan preparada estaría, le pides más preparación, como el bien que le has de dar excede al que has de dar a los otros. La mayor virtud, que a Dios más agrada, y sin la cual ninguna le agrada, y ninguna es viva ni de provecho, es la virtud del amor. Y ésta, que es reina de las virtudes, como el oro entre los metales, es la que convenía que más arraigada estuviese en la Virgen bendita, que excede a toda pura criatura como reina a vasallos; y en esto se ejercitó más por toda su vida, y ésta fue su compañera continua; *y como en la vida se amaron, hicieron lo mismo en la hora de la muerte* (2 Rey. 1, 23) y en el tiempo de la preparación para bien morir.

Amor fue la preparación de esta Virgen bendita, la cual hacía desear con nuevos deseos estar junta con quien amaba. Porque efecto es del amor verdadero querer vivir junto con aquel a quien ama; y no tanto por el propio interés y descanso —como algunos malos pueden desear gozar de Dios y de sus bienes, movidos por

el propio amor—, cuanto porque viendo de más cerca, y con luz clara, la presencia de Dios, tanto con mayores fuerzas le glorificase y amase. Y para este fin quería lo que tenía, y lo que esperaba y deseaba. Con el cual amor y deseo, la que estaba preparada se preparaba mejor, y se le ensanchaba más el Corazón para que en Ella cupiese más gloria, y tanto más sabrosa le fuese aquella divina comida en el Cielo, cuanto hubiese precedido mayor hambre y sed en la tierra, conforme a la promesa del Señor (Mt 5, 6): *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos*.

C) Para consuelo de la Iglesia naciente.

Por éstas, pues, y otras muchas causas tocantes al provecho de esta muy amada Madre de Dios, que Él sabe, e ignoramos nosotros, quiso que Ella quedase en este destierro, y fuese martirizada con el deseo del Cielo, para que con la mayor dilación allegase mayores riquezas, y se hiciese apta para sentarse en silla de gloria, enseñoreándose y reinando sobre toda criatura.

Ahora oye cuánto provecho se siguió de su quedada acá para los cristianos que entonces vivían, y cuánto daño les fuera, habiéndoseles subido al Cielo el sol de justicia, luz del día, que fuera también con Él su Madre santísima, luz que ilumina en la oscura noche, que en este mundo es tan continua.

¿Quién confortara a los Apóstoles de la tristeza y flaqueza que les quedó cuando vieron que su Maestro, y todo su arrimo, se había subido al Cielo muy acompañado de servidores y amigos, y se quedaban ellos en este miserable destierro y entre miserables y crueles enemigos? Cierto desmayaran, y ni aun por diez días esperaran. Confortados con las palabras, fe y oración de esta benditísima Virgen, con la eficacia que sus palabras tenían para con los hombres y sus oraciones con Dios, se la ponía a ellos para esperar y recibir el socorro del Cielo, y con su oración se lo alcanzaba y traía.

¿Quién contará el deseo que daba a los que se convertían a la fe de Jesucristo bendito, de ver a la Madre del Hijo que era su Redentor y su Dios? Adoraban, alababan al Hijo, gozaban de sus

trabajos y redención; y como gente agradecida deseaban ver y agradecer el árbol que tal fruto dio, y le echaban mil cuentos de bendiciones. Porque si los de Betulia agradecieron a Judith (13, 23) la libertad que por su medio alcanzaron, y el beneficio que hizo Esther (8, 17) a su pueblo no pasó sin ser agradecido, y lo uno y lo otro era temporal, ¿qué agradecimiento, qué cantares y loores darían los cristianos a aquella Señora, por cuyo medio fue descabezado Holofernes, y Amán ahorcado, que representan al demonio y al pecado, *cuya cabeza quebrantó la Virgen* (Gen 3, 15) y cuya muerte causó engendrando la Vida, y fueron libres los presos, y resucitados los muertos por la muerte de Cristo nuestro Señor? Y juntándose con este agradecimiento y amor que a la Virgen cobraban, el soplo del Espíritu Santo, Jesucristo, que como honrador de su Madre, les inspiraba y movía a que la honrasen y deseasen ver y servir, y conociesen que por Ella habían gozado del fruto de la vida, y que de Ella, *como de muy alto monte, fue cortada la piedra*, que es Él, *que quebrantó la estatua de la idolatría* (Dan 3); no puedo pensar sino que era tanto el concurso de los cristianos a ver esta preciosa arca de Dios, que lo trajo encerrado en Sí misma, que los caminos para su casa iban llenos de gente, y no sólo los de la ciudad de Jerusalén, mas de fuera de ella, corriendo los unos y los otros movidos por el Espíritu Santo, y provocados de fuera con el dulcísimo *olor de sus ungüentos* (Cant 1, 3) que era la odorífera fama de sus virtudes, el grande amor con que recibía a los que iban a Ella, su grande misericordia que a ninguno desechaba, y aquella gran maravilla y milagro, y altísima dignidad, de que era verdadera Madre de Dios.

¿Quién dirá de cuán buena gana, cuán llenos de confianza y devoción iban a Ella, así por deseo de verla, como por ser enseñados en sus dudas, confortados en sus trabajos y aprovechados en todo lo que convenía a sus almas? Se cumplía muy de verdad lo que muchos años antes había profetizado Isaías (2, 3), viendo en espíritu el grande concurso de gente que había de ir a oír la palabra de Dios, y ver las obras maravillosas de Jesucristo nuestro Señor, y después de su muerte, de los que habían de ir a ver a su Madre sagrada y gozar de su doctrina y de los Apóstoles: *Andad acá, decían unos a otros, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y andaremos en*

las sendas de Él; porque de Sión saldrá la Ley, y la palabra de Dios de Jerusalén. Como fue profetizado, así fue cumplido, pues vinieron a ver al Señor, monte más alto en santidad y en dignidad que todos los Santos; y después venían a ver *la casa del Dios de Jacob*, que era la Virgen sagrada, templo santo de Jesucristo, para *ser enseñados de los caminos* de los mandamientos de Dios, y *las sendas* de sus consejos; que para lo uno y lo otro, y para todas cuantas necesidades traían, les daba suficiente consejo y remedio la prudentísima y santísima Madre.

D) Sus ocupaciones: consolar, meditar la Pasión, comulgar.

Mas si a duras penas te podemos decir el gran deseo y devoción con que todos a Ella venían, ¿cuánto menos te podemos declarar la buena gracia y las encendidas entrañas de su caridad con que Ella los recibía? San Pablo dice que *daba leche* y regalaba *a sus hijos pequeños* (1 Cor 3, 2), y que (1 Cor 9, 22) *para ganar a todos se hacía todo a todos*; ¿cuánto más verdaderamente haría el oficio de madre esta Virgen santísima, pues sin ninguna comparación les tenía mayor caridad que San Pablo? ¿Con qué ojos miraba la Virgen bendita aquella gente convertida a la fe de su Hijo, que a Ella venía, pues había amado tan de corazón la salvación de sus almas y la gracia del Señor que por el santo Bautismo habían recibido, que porque ellos tuviesen el bien que tenían y viviesen en gracia delante de los ojos de Dios, Ella ofreció a la muerte de cruz a su Hijo unigénito? Y por eso sus entrañas santísimas se henchían de consolación, viendo que el fruto de la Pasión de su benditísimo Hijo no salía en balde, pues por el mérito de ella tanta gente se convertía a Él. Y parecíale que acoger y regalar, enseñar y esforzar a los que a Ella venían, era recoger la sangre de su Hijo bendito, que delante los ojos de Ella se había derramado por ellos. Alababa a la divina Bondad, daba gracias por los bienes hechos a ellos, y salían de sus ojos lágrimas dulces, sacadas de la ternura de su corazón, y ningún trabajo le parecía pesado, y ninguna hora era fuera de hora, para recoger aquel ganado que entendía que el Señor le enviaba para que lo apacentase en la gracia del Señor.

Muy bien supo el Señor lo que hizo en dejar tal Madre en la tierra, y muy bien se cumplió lo que estaba escrito de la buena

mujer (Prov 31, 11), que *confió en ella el corazón de su marido*. Porque lo que su esposo e Hijo Jesucristo había ganado en el monte Calvario derramando su sangre, Ella lo guardaba y cuidaba y procuraba de acrecentar como hacienda de sus entrañas, por cuyo bien tales y tantas prendas tenía metidas. ¡Dichosas ovejas que tal pastora tenían, y tal pasto recibían por medio de Ella! Pastora, no jornalera que buscase su propio interés (Jn 10, 12), pues que amaba tanto a las ovejas, que después de haber dado por la vida de ellas la vida de su amantísimo Hijo, diera de muy buena gana su vida propia, si necesidad de ella tuvieran. ¡Oh qué ejemplo para los que tienen cargo de almas! Del cual pueden aprender la saludable ciencia de la dirección de almas, la paciencia para sufrir los trabajos que en apacentarlas se ofrecen. Y no sólo será su maestra que los enseñe, mas si fuere con devoción de ellos llamada, les alcanzará fuerzas y lumbre para hacer bien el oficio.

Este, pues, era el ejercicio de la Santísima Virgen después de subido al Cielo su Hijo y Señor; enseñar a los del pueblo, y también a sus maestros, aunque fuesen los Apóstoles, los cuales aprendieron de Ella muchas cosas que ignoraban, y los santos Evangelistas escribieron cosas que de Ella supieron[24]. Y aunque esto es mucho de maravillar, mucho más es que aun los ángeles podían aprender de Ella cosas que, por haber sido Ella testigo de vista, y saber todas las particularidades, daba mejor razón de ellas que ellos. Y pues San Pablo dice (Efes 3, 10) que *los principados y potestades del Cielo aprendieron de la Iglesia* lo que no sabían, mucho mejor lo harían de esta Virgen santísima, pues es la persona más principal de todo el cuerpo de la Iglesia, y más que todos enseñada por Dios.

Este ejercicio ya dicho, de caridad con los hombres, del cual Dios recibía servicio, le era algún consuelo para que la pena de su destierro no la matase. Y también se ejercitaba en visitar los santos lugares donde su Hijo bendito comenzó, medió y acabó su sagrada Pasión, los cuales Ella regaba con abundancia de lágrimas, trayendo a su memoria lo que en todos aquellos lugares su hijo había padecido, y lo que en muchos de ellos Ella con sus propios ojos le vio padecer. Enseñaba en esto su amor maternal para con

[24] Sobre todo, San Lucas, al contar los misterios de la santa Infancia.

su Hijo; le dolía la memoria de lo que allí había pasado; daba inefables gracias a Dios por el gran bien que al mundo había venido y había de venir mediante el precioso precio de su sagrada Pasión, y le suplicaba no fuese en balde tanto trabajo, y derramamiento de sangre tan preciosísima. En lo cual fue hecha ejemplo de los cristianos para que procurasen de visitar aquellos santos lugares; y no fue en balde su ejemplo, que desde entonces hasta el fin del mundo no faltará gente, de cerca y de lejos, que con devoto corazón vaya a besar la tierra donde el Señor puso sus pies, y derramar lágrimas en el lugar donde Él padeció y derramó la sangre por ellos.

¡Maestra del mundo hablando; maestra obrando; madre regalando, y abogando delante del acatamiento de Dios! ¡Oh Virgen y Madre para siempre bendita, y qué te debemos! ¡Y qué dolor es no conocer tus grandes beneficios, y ni agradecértelos, ni servirte! Te suplicamos nos alcances gracia de tu bendito Hijo para serte siquiera en algo hijos leales, e imitadores de tu mucha caridad y lealtad con que Tú nos eres madre, y muy piadosa.

Con estos dos ejercicios ya dichos, uno de la caridad de los prójimos, y otro de la compasión a Jesucristo su Hijo y su Dios, se juntaba otro tercero que también tenía, y era el recibir el Cuerpo sagrado de su Hijo bendito, consagrado por las palabras que Él ordenó. Decíale misa su bienaventurado hijo y capellán el Evangelista San Juan, y comulgaba él, y comulgaba Ella; ¡y dichoso aquel que merecía ser acólito, y servir en aquella misa, y poner el paño a la Señora que recibía al Señor! ¡Oh, si se nos pegase algo, oyendo comunión tan devota, de lo mucho que a la Virgen le sobraba! ¡Qué reverencia tendría aquella humildísima alma, que mirándose a sí misma, no se tenía por digna de un poco de pan que comía, ni de pisar la tierra sobre que andaba! Y ¡con qué agradecimiento y amor recibiría el Cuerpo de su santísimo Hijo, pues por ser hombre era una carne con Ella, y por ser Dios era Ella un espíritu con Él, y de lo uno y de lo otro resultaba un amor inseparable e inefable, que juntaba a Dios y a Ella, y la convertía cada día más y más en aquel Señor que tornaba! Y más que otro ejercicio ninguno, la esforzaba a pasar su destierro, pues que tenía presente y recibía en sus entrañas al deseado de su Corazón. Y aunque no le viese cara a cara, como lo deseaba y esperaba ver en el Cielo, mas Él, como

piadoso Hijo y Señor, se le enseñaba en el Sacramento, ya como cuando nació de su vientre sagrado, ya como cuando lo tenía en los brazos dándole leche; y así según la diversidad de estados en que en esta vida lo había visto, según Ella lo deseaba por entonces ver.

Y para que los cristianos no olvidásemos aquel gran negocio de la comunión de la Virgen, y nos aprovechásemos de ella, dura hasta hoy el lugar de la dicha capilla, y también el de la celda donde moraba la bendita Señora. Todo lo cual es en el sacro Cenáculo donde el Señor instituyó este inefable misterio; y a tiempos hay un olor en aquella celda, según dicen los que allí han estado, que no tiene que ver con los olores de acá, sino como celestial cosa. Y para gozar de la consolación y alivio que da a los que lo huelen, va al dicho lugar mucha gente, no sólo de la ciudad de Jerusalén, mas aun de los pueblos de alrededor.

E) Para que, a su ejemplo, pasemos trabajos.

Ya entiendo tus suspiros, y por ellos saco tu corazón: que teniendo por bienaventurados a los que vivían en aquel tiempo, y gozaban de la visitación y consolación de la Virgen, lloras tu tú suerte, porque no estuviste en aquellos tiempos para gozar de lo que aquéllos gozaron. Sea Dios para siempre bendito, porque dio a aquéllos que gozasen de la presencia tan provechosa y deleitosa de la Madre de Dios; y también sea bendito, porque ya que nosotros no lo vimos, lo creemos, y entramos en el número de los que dijo el Señor (Jn 20, 29): *¡Bienaventurados los que no me vieron y creyeron!* Despabilemos bien nuestros ojos, y aprovechémonos de la luz de la fe que Dios nos ha dado; y si no nos hallamos presentes a tanto bien con los cuerpos, hallémonos presentes con el espíritu, trayendo a la memoria aquellos dichosos tiempos en que la Virgen, como un resplandeciente sol, alumbraba y calentaba la tierra. Y si miramos con atención las causas de su estancia en la tierra, y nos sabemos aprovechar de ellas, por ventura ganaremos más que algunos de los que entonces la comunicaban; pues es notorio que ha habido muchos en la Iglesia que no viendo a Jesucristo nuestro Señor en la carne, ni oyendo sus sermones, ni viendo sus milagros, se pusieron tan buen

cuidado, que mediante la fe y el amor, se aprovecharon más de Él, y fueron más santos que muchos de los que gozaron de su corporal presencia,

Entendamos cierto, que no sólo dejó nuestro Señor a su benditísima Madre en la tierra para que creciese el mérito de Ella y por el provecho de los que entonces vivían, mas también por el de aquellos que habían de nacer mientras el mundo durase. Aprovechémonos de la disposición divina, que pudiendo dar a la Virgen la gloria del Cielo por los trabajos que había padecido, quiso que pasase más, para que a costa de Ella fuésemos nosotros desengañados de que, queriendo regalos acá, no podemos esperar gloria allá. Y para decirnos esto con mayor eficacia, y para que muy de verdad lo creyésemos y obrásemos, quiso Dios que nos fuese dicho, no sólo por palabras, mas con trabajos y muerte de Jesucristo y de su santísima Madre. Los más amados de Dios ellos son; y si con algunos se hubiera de dispensar de que sin trabajos fueran al Cielo, con ellos fuera razón que lo fuera. Mas pues vemos que no les fue quitada esta ley, antes fue con ellos guardada con mayor rigor, y cuanto más amados, tanto más trabajados, ninguna excusa y causa de ignorancia queda a los que son menos amados, para pensar que si no se hacen fuerza a sí mismos, y si no son cuidadosos de la guarda de los mandamientos de Dios y vigilantes en la oración, pidiendo socorro, siendo pacientes en los trabajos, y llevando cada uno la cruz que el Señor le pone, con la obediencia debida, no piense entrar en el Cielo. Y entender esto y ponerlo por obra es grande ganancia que se nos sigue de la quedada de la Virgen en la tierra, habiendo subido su Hijo al Cielo. Y por ventura, nos será mayor provecho, que si entonces gozáramos de su presencia. Mucho ha hecho quien de verdad ha entendido lo que dijo San Pablo (Hech 14, 21), que *por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de los Cielos*. Y que (2 Tim 2, 5) *no será coronado sino quien peleare legítimamente.*

F) Y nos preparemos a una santa muerte.

También podemos aprovecharnos de que el Señor quiso disponer con nuevos preparativos a su Santísima Madre para el día que había de entrar en el Ciclo; de lo cual entendamos que, si a

Ella, estando tan bien preparada, la preparan más y más, ¿cuánta más razón es que los que estamos mal preparados procuremos la disposición conveniente para que el día de nuestra muerte podamos estar en pie en el juicio de Dios, y escuchar la sentencia en nuestro favor de la boca del Juez Soberano? El cual muchas veces, y a muchos como piadosísimo Padre, Él mismo los prepara de su mano para bien morir, y aun algunas veces sin que ellos lo entiendan. ¿Nunca has visto que a un hombre le entren unas nuevas ganas de hacer una confesión general de su vida, de mirar sus libros y cuentas, de pagar lo que debe, perdonar y pedir perdón, y hacer aprisa todo lo que haría si le dijesen que se quiere morir, y acabado de hacerlo, o poco después, cae enfermo en la cama del mal de la muerte, o le viene otro acaecimiento que le quita la vida? Y entonces dice que por todo el mundo, y otros mil mundos, no quisiera haber dejado de hacer lo que ha hecho; y entiende que lo que hizo no nació de él, sino que fue inspiración piadosa de Dios, con que le quiso prevenir para que antes de su juicio hiciese justicia y tuviese que responder en el día de la estrecha cuenta.

Otros verás que están en pecado mortal de malquerencia, o de mal amor, endurecidos; y ordena Dios medios, y les mueve las voluntades para que salgan del cautiverio del demonio, y se pongan en estado de gracia; y a cabo de poco, viene la muerte por ellos. Y otros vemos ser buenas personas, y no tienen estos peligros de mal estado; y sienten en su corazón un nuevo deseo de recoger más su vida, de usar más el ejercicio de la oración, de dar más limosnas, hacer más penitencia, recibir más a menudo los santos Sacramentos de la Confesión y Comunión, y elevar su corazón y deseos a la gloria del Cielo; y al cabo de cuatro o cinco meses que duran en esto, los llama el Señor para Sí, y ellos van de muy buena gana, confiando en Él, que pues los mejoró y dispuso para morir, les será favorable en aquella hora terrible, y les pagará en el Cielo lo bueno que acá hicieron con la gracia de Él.

Todo esto, hermanos, nos quiere decir que el paso de la muerte es tal, que para no ser de ella tragados, conviene a los malos y a los buenos prepararse, cada uno según su manera, teniendo la conciencia tan a punto para partir, que si cada noche el Señor dijese: «Ven a darme cuenta de cómo has vivido», no diga el

hombre: «Dame, Señor, más larga vida para enmendarme, y para hacer esto y esto, que había de estar hecho.» Y también nos conviene saber que aquella gloria que deseamos, no recibe sino hombres virtuosos, y que por guardar la obediencia de Dios pisotean su voluntad propia, y en el vencimiento de sí mismos hacen hazañas; y así puros y limpios, son hechos dignos de morar en el Cielo, donde *no entrará cosa manchada*, porque *las plazas de él son oro limpio* (Apoc 31, 21) y el Señor de él es la pureza, y los justos moran ante su faz. Mas *las tinieblas y la impuridad no tienen participación con la divina luz* y pureza (2 Cor 6, 14).

G) Y la imitemos en amar lo celestial.

Y ya que cobremos ánimo para prepararnos para el día que salgamos de este mundo, tomando ejemplo en que la santísima Virgen lo hizo, así procuremos de imitarla, y no sólo en prepararnos, mas en la calidad de la preparación. Porque, por nuestros grandes pecados y demasiada tibieza, hay tan pocos que tengan esta vida por penoso destierro, y suspiren y lloren deseando salir de ella, y ver a Dios en el Cielo, que, cierto, la Virgen bendita tiene pocos discípulos que la imiten en esto. En aquellos tiempos sí había: *Lo uno*, por la abundancia de la gracia que Dios llovía en los corazones de ellos, que les ponía asco de lo que florecía en la tierra, y les levantaban los corazones al deseo de los bienes eternos donde estaba su deseo y su corazón; y *lo otro* les ayudaba mucho a subir hacia arriba las continuas persecuciones, el tomarles la hacienda, el desterrarlos a diversas partes, y esperar cada día el martirio; de manera que aunque quisieran no podían gozar de este mundo. Y juntándose con el no poder el no querer, navegaban hacia el Cielo con mucha ligereza con velas y remos, deseando cada día ser sueltos de cárcel tan penosa, y gozar de la libertad y herencia de los hijos de Dios en el Cielo.

Estos imitaban a la Virgen bendita, la cual y ellos pedían con grande instancia lo que el Señor les enseñó, diciendo: ¡Señor, venga tu reino! Mas nosotros pedírnoslo con la boca, y como gente que está sin la gracia del Señor, o tiene poca, y como gente que está avecindada en este mundo, y tiene aquí el asiento de sus honras, riquezas y placeres, tienen los estómagos hartos, y ni

desean salir de aquí, y aun tomarían por partido de que esta vida fuese más larga. ¡Miserable estado de gente! ¡Miserables tales tiempos, en que los hombres de buena gana renuncian y se quieren pasar sin unos bienes tan grandes como hay en el Cielo! El menor de los cuales vale más que todos los de acá juntos; y son tales, que porque los hombres gozásemos de ellos, el Hijo de Dios padeció muerte, y muerte de cruz.

¿Qué mayor señal de que la mujer casada ha vivido mal en ausencia de su marido, que no desee que venga, ni aun que le mencionen su venida? Terrible palabra para la mala mujer: «Tu marido viene y está informado de las traiciones que le has hecho, sin que las puedas negar.» Y dulce es a la mujer buena pensar y hablar de la venida de su marido, y más dulce verle entrar por su casa, bien informado de la lealtad que su mujer ha guardado en su ausencia. Tales han de ser los cristianos, pues han de decir con la verdad de su corazón lo que con la vida rezan y piden: ¡Señor, *venga tu reino*! Y de éstos era San Pablo, cuando decía (2 *Tim*., 4, 7) *Buena pelea he peleado, mi carrera he acabado, la fidelidad he guardado; en lo demás preparada me está una corona de justicia, la cual me dará en aquel día el Señor, que es justo Juez; y no sólo me la dará a mí, sino a todos los que aman su advenimiento*. Y así da testimonio San Pablo, que entre los cristianos hay hombres perfectos en la caridad, que echan fuera todo servil temor, desarraigados del amor de las cosas presentes, movidos por el Espíritu Santo a desear ver a Dios, y como hijos desean ver a su Padre, y como esposa leal a su esposo; y considerando que desde que fueron creados, cada día y cada momento han recibido muchas mercedes de la piadosa mano de Dios, y que antes que ellos naciesen les tenía preparada la gloria, y para que la alcanzasen se hizo hombre y perdió por ellos la vida, *desean ser liberados* (Filip 1, 23) de esta cárcel para ver y gozar de la presencia de Aquel de cuyos bienes y mercedes han gozado en la tierra. Y les ayuda mucho a desear esto el miserable estado de vida muy penosa para ellos, no tanto por los trabajos que en ella hay, porque éstos con la grande fuerza del amor nada o poco los sienten, mas porque mientras viven en la carne pueden pecar y perder la gracia de su Señor, y desean huir cien mil leguas del lugar donde tanto mal les puede venir, que enojen a Dios y pierdan su gracia; y así, aborreciendo

esto y amando aquello, desean, suspiran y lloran por verse en aquella ciudad soberana.

Estos provechos, pues, ya dichos, y otros, se siguieron al mundo de la estancia de la Virgen acá, los cuales Ella, como enseñada de Dios, muy bien conocía, enfriaban el fuego de sus encendidos deseos de subir al Cielo; y aunque del todo no se los quitaban, le ayudaban a que sin morir los pudiese llevar.

9.— Enferma de amor.

Mas cuando vino el tiempo que la divina Providencia tenía ordenado que la bendita Virgen subiese a los Cielos, fue tan encendido su corazón a desear lo que deseaba con mayores ansias, que ni con el fruto que a los presentes hacía, ni a los había de hacer a los por venir, ni con visitar los santos lugares, ni con recibir el Cuerpo de su santísimo Hijo, que solía ser su mayor consuelo, ya no descansaba; y su vida era tal, que ya naturalmente no podía durar, y con la gran fuerza del amor de su alma, se le enflaquecieron las fuerzas del cuerpo, y fue menester, como enferma, echarse en la cama, según a otros suele también acaecer. Y viéndose tan vencida del amor y deseo de Dios, sin tener fuerzas para vivir ni sufrir aquel peso de amor, que era más fuerte que la muerte, pues por cumplir con él deseaba morir, enviaba a Dios nuevos gemidos, suficientes para provocar al Señor a misericordia. Y le decía (Sal 141, 8): *Saca, Señor, de esta cárcel a mi alma para alabar tu nombre*. ¿Y (Sal 12, 1) *hasta cuándo, Señor, me has de olvidar? ¿Hasta cuándo vas a ocultar tu rostro de mí? Muéstrame tu rostro* (*Cant*. 2) y quedaré contenta; porque sino cada día y cada momento estoy muriendo en deseo por Ti.»

Y no se contentaba esta Virgen bendita con suplicar a Dios por el cumplimiento de sus deseos; mas con su grande humildad y deseo de ser ayudada por todos, rogaba a los ángeles y a todas las almas bienaventuradas que en el Cielo estaban, que se compadeciesen de su trabajo y fuesen intercesores por Ella delante el acatamiento de Dios; y pues que le veían cara a cara, le dijesen que estaba vencida y enferma de su amor, y que sólo su remedio consistía en verlo. ¿Qué te diré? Tal prisa se daba a rogar a los que en el Cielo moraban, que, movidos de compasión hacia Ella y

de la justicia de lo que pedía, y de la dignidad de su persona, y también por el deseo que tenían de verla en el Cielo, se postraban todos con profunda humildad delante el acatamiento de Dios, y le suplicaban diciendo:

10.— Los bienaventurados la reclaman.

«Omnipotentísimo y misericordiosísimo Señor, sea tu misericordia servido de oír los gemidos de la casta tórtola que te engendró. Pues Tú dijiste que son *bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados* (Mt 5, 5), y ninguna cosa la puede consolar sino verse contigo en el Cielo, dale esta consolación, pues todas las otras ha dejado por Ti. Ninguna razón lleva que dos personas tan conjuntas en carne y espíritu estén tan distantes, una en el Cielo y otra en la tierra. Acuérdate tu Majestad del celo del rey David tu siervo, cuando dijo (2 Rey. 7, 2): *El arca de Dios está debajo de pieles, y yo vivo en casa de cedro*; y no permitas que estando Tú en la gloria, la santísima Arca, que te tuvo encerrado en sí misma, esté debajo de las pieles de mortalidad. Sansón comió del dulce panal que halló, y dio parte de él a su madre (*Judit* 14, 9); Salomón mandó poner una silla a su madre y la sentó cerca de sí (3 Rey. 2. 19). Mayor es tu Majestad que la del uno y otro; excédeles en dar descanso y honra a la que te engendró. Descanse ya tu benditísima Madre, pues desde que la creaste otra cosa no sabe sino servirte, y trabajar por Ti con humildad de esclava y amor verdadero de Madre. Y pues te ha acompañado, Señor, en tus trabajos, te acompañe en tus placeres. Mira, Señor, cómo está postrada delante de tus pies gimiendo y llorando, y su profundísima humildad con que nos pide que intercedamos por Ella, con tan ferviente y continua oración, que aunque sus servicios no mereciesen lo que pide, ni se tuviese respeto a quien es, merecía la *importunidad de su oración, y el llamar a la puerta de su buen amigo*, que *se levantase*, para que le abra la puerta, y *le dé todos los panes que necesita* (Lc 11) según tu Majestad lo dijo en el mundo. Escúchala, Señor, y *pon sus lágrimas en tu acatamiento* (Sal 55, 9), porque Ella nunca cerró sus oídos a tu ley, ni las cerró al clamor del pobre: mas, según está escrito (Prov 31, 20), *su*

mano se abrió al pobre, y mucho más su corazón, en el cual nunca hubo maldad, y por eso debe ser escuchada según dice David.

»También desea toda esta tu corte tener consigo a su Reina; porque reino sin reina, y casa sin la señora de casa, parece que no está perfecto, pues le falta persona tan principal. Y pues lo es tanto, que bastará con su vista a darnos nueva alegría y a honrar todo el Cielo, no nos prives de tanto bien, pues debe bastar a la tierra el tiempo que de Ella ha gozado; y no tendrá razón si se agraviare de que se le quiten delante, pues Ella es tan llena de misericordia, y tan valerosa delante de tu Majestad, que aunque la subas al Cielo, su piadoso Corazón no olvidará a los que están en la tierra, ni dejará de hacer el oficio de madre abogando por ellos delante del trono de tu misericordia, ni Tú, Señor, dejarás de oírla, ni de hacer mercedes al mundo por Ella.

»Suplicamos a tu misericordia que como en tiempos pasados miraste las lágrimas del rey Ezequías, y oíste su oración, y mandaste a tu Profeta Isaías diciendo (4 Rey. 20, 5): *Di a Ezequías, capitán de mi pueblo: Yo he visto tus lágrimas, y he oído tu oración; no morirás, y Yo te añado quince años más de vida*, que así ahora mirando las lágrimas y oyendo la oración de nuestra Reina y Señora, mandes a uno de nosotros que le vaya a dar la buena nueva del cumplimiento de su deseo, no de que viva quince años de vida, que ya los ha vivido con harto trabajo en ausencia tuya; mas según la grandeza de tu bondad y el grande amor que te tiene y le tienes, dale, Señor, que se le acabe la vida mortal, y que en este Cielo viva contigo para siempre.»

11.— Mensaje del Cielo.

¿Qué había de responder el Señor a suplicas tan justas, y que tocaban a su santísima Madre, cuya honra y descanso Él más que ninguno desea y procura, y cuya oración le es más agradable que la de hombres y ángeles, sino conceder de muy buena gana lo que se le pedía, y mandar que todos se preparasen para la solemnísima fiesta que a su Madre quiere hacer, y que descendiese del Cielo algún espíritu bienaventurado de aquéllos, a dar esta buena nueva a la santísima Virgen?

Aunque no sepamos quién fue el mensajero, sabemos que todos en el Cielo deseaban serlo; y a lo que parece, convenía que fuese el arcángel San Gabriel, por ser más conocido de esta santísima Virgen. Poco tardaría en andar el camino; y entrando en el aposento de la Virgen, hincaría sus rodillas en tierra con su acostumbrada y debida humildad, y diría: «Yo, Reina y Señora, soy Gabriel, tu siervo, que por mandado de Dios te traje en años pasados la alegre nueva de que el Hijo de Dios *había amado la hermosura de tu* alma (Sal 44, 12) y te había escogido por Madre, y quería descender del Cielo a la tierra a reposar y tomar carne de tus entrañas. Ahora me envía el mismo Señor, y te manda decir que pues descendió del Cielo a la tierra, y Tú le diste muy apacible morada, que Él te quiere llevar de la tierra al Cielo, y darte junto a Sí la mejor morada que a nadie se dio ni dará. Esta es, Señora, mi embajada; dime, ¿qué respondéis?»

Fue tanta la alegría de la Virgen de ver tal mensajero y oír tal embajada, que de gozo se le regalaba el corazón, y antes de hablar derramó muchas lágrimas; y cuando habló, ¿qué había de responder, sino las palabras que tenía en uso para decir en todos sus acaecimientos tristes y alegres? Cuando encarnó en Ella el Hijo de Dios, lo que respondió fue (Lc 1): *He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra*. Y esto diría también al pie de la cruz; y esto mismo respondería ahora a San Gabriel, y con acción de gracias diría (Sal 115, 16): *Has desatado, Señor, mis cadenas; a Ti sacrificaré un sacrificio de alabanza.*

12.— Alarma en la tierra.— Despedida.

Tórnase luego el arcángel al Cielo, y se divulga prontamente en la tierra que el Señor quería llevar consigo a su Madre bendita; y hubo tan gran movimiento y sentimiento en los cristianos, cual en ninguna muerte de persona querida ni grande en este mundo lo ha habido. Porque esta Virgen era más querida que padre y que madre, y más estimada que reina, y era todas las cosas para los cristianos; y por fuerza el sentimiento de lo que perdían había de ser conforme a la pérdida, pues nadie había que pudiese suplir el lugar que Ella dejaba vacío. Vieras ir y venir gente de nuevo al aposento de esta Madre común, y con amargas lágrimas de sus ojos,

más que con palabras, le manifestaban la pena que su ausencia les daba; le representaban la necesidad que de Ella tenían; le suplicaban no desamparase a sus hijuelos, que con sus oraciones había engendrado, y con su doctrina y ejemplo había criado; y si se quería ir de este mundo, que los llevase consigo, porque no osaban quedarse sin Ella entre tantos peligros, ni podrían sufrir la ausencia de tan amantísima Madre.

No oía la santa Virgen estas cosas sin gran compasión; y con aquella ternura de corazón de que Dios la dotó, se condolía con ellos, y lloraba con ellos, y les prometía que, aunque según el cuerpo se apartaba de ellos, no los olvidaría en su Corazón, y que mientras viviesen les sería fiel abogada, y que la llamasen en sus necesidades, y que cierto sentirían que tenía cuidado de ellos y de ellas; y que pues esta vida tan presto se pasa, se esperasen un poco, y perseverasen en la fe y buena vida que habían comenzado, y que presto irían ellos donde Ella iba, y estarían todos juntos sin apartarse para siempre jamás.

Vinieron también los Apóstoles que entonces vivían, como dice San Dionisio, y Ella les daría cuenta de la merced que Dios le quería hacer; lo cual ellos no oirían sin lágrimas, por el amor tierno que la tenían. De algunas santas personas leemos que cuando se querían morir dejaban algunos particulares avisos, como por herencia, a los que presentes estaban, para que sirviesen mejor a nuestro Señor; y no es de creer que los que allí estaban, pues la habían tenido por maestra en la vida, le dejasen de suplicar que también lo fuese en la muerte, dejándoles alguna palabra que les fuese recordatorio de Ella y aviso para mejor servir al Señor. Mas ¡qué les diría la Virgen bendita, sino como humilde, que guardasen lo que el Señor les mandó! Y si, importunada a que más en particular dijese con qué cosas Ella se había hallado mejor, respondería que para el cuerpo con la virginidad, y para el alma con la humildad y mansedumbre, que halla gracia delante de Dios y de los hombres, y entrañable amor y misericordia con todos los prójimos, aun hasta rogar a Dios por los que estaban crucificando a su Hijo delante sus ojos.

13.— Desciende Cristo en busca de su Madre.

Llegaba ya el dichoso día 15 de agosto, y se enflaquecía su santo cuerpo cada día más, y a su alma se alentaba con la alegría de la buena nueva de que presto había de ver a su Dios. Y cuando vino la hora determinada del Señor para hacer esta gran hazaña de galardonar a su Madre conforme a su grande magnificencia y a los servicios que de Ella había recibido, suena en el Cielo una voz, que el Señor quiere descender a la tierra a traer consigo a su benditísima Madre, y que manda que la acompañe su corte, y que goce cada uno la fiesta lo mejor que puueda; porque toda la honra que a su Madre le hagan, la recibirá Él como hecha a Sí mismo. ¡Oh qué alegres y qué de fiesta están todos, y el Hijo de la Virgen más! Y Él y ellos descienden del Cielo, y entran en el aposento donde estaba echada la que en sus entrañas dio aposento agradable a su Dios. Y pues que en la muerte de otras santas personas se lee haber venido ángeles o santos, y haber olido un perfume suavísimo que incitaba y confortaba el corazón de los que presentes se hallaban, claro está que daría el Señor señal de su bendita presencia y de tan bienaventurada compañía como venía con Él, y que todos los que presentes estaban sentirían grandísimo consuelo en sus corazones, y tendrían por cierto que era causado de la presencia de los que del Cielo venían.

No sabemos si el Señor allí se mostró claramente, o si los ángeles y santos tomaron cuerpo para ser vistos, o si hubo música corporal de que gozasen los oídos de la Virgen y los que presentes estaban. Mas como muchos de estos favores ha hecho el Señor a personas menos amadas, no es fuera de razón creer que los mismos o mayores hizo con su Madre, más amada que todos. A cuya muerte fue muy conveniente que Él mismo en persona, y no un tercero, se hallase presente, para que en saliendo del cuerpo su preciosísima alma, la reclinase en sus brazos, sin fiarla de nadie, pues fue servido que Ella con tanto dolor estuviese presente en aquella hora terrible cuando Él expiró en la cruz, y que después de descendido de ella, fuese recibido en las brazos de la Madre, y lavado con las lágrimas de Ella. No tenía el Señor olvidado este servicio, pues que de otros menores se acuerda para premiarlos en

la muerte, y Él mismo la visita, consuela y esfuerza, haciendo en todo su oficio de Hijo obediente y amoroso.

14.— Dulcísima muerte.

Y cuando ya vino el punto que aquella dichosa alma saliera de su virginal cuerpo, entonces su Hijo bendito dijo aquello que mucho antes estaba profetizado para esta hora (Cant 4, 8): *Ven del Líbano, Esposa mía, y serás coronada*; (Cant 5, 1): *Ven a mi huerto, hermana mía, Esposa*; (Cant 2, 10): *Levántate, y date prisa, paloma mía, hermosa mía; que ya ha pasado el invierno de los trabajos, ya han venido las flores* del alegre verano de la gloria que te está preparada: *vente a Mí*, que yo te recibiré en mi humanidad que de ti recibí, y en mi divinidad con que te creé, y te tendré siempre conmigo, haciéndote bienaventurada para siempre jamás. A esta dulcísima voz e invitación, que sería la última que en esta vida la Virgen oyó, respondería su acostumbrada palabra: *He aquí la sierva del Señor; hágase en mí*, etc.

Y porque en vida y en muerte le fue su Hijo maestro y modelo a quien Ella miraba, y le oyó decir cuando en la cruz expiró (Lc 23): *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*, las cuales palabras Ella tenía guardadas en su corazón para la hora en que estaba, dijo con gran humildad y perfectísimo amor: *Hijo mío, en tus manos encomiendo mi espíritu*. Y tras esta palabra sale aquella benditísima alma de la morada de su cuerpo, tan libre de dolor cuanto de pecado. No quiso el Señor que cuando Él nació tuviese dolores de parto, ni de muerte cuando Ella renació para la gloria. Mas ¿quién contará el apretado y dulcísimo abrazo que Cristo dio a aquella benditísima alma, y el gozo que Ella sintió de ver claramente la humanidad y divinidad de su Hijo, con que fueron cumplidos todos sus deseos, y enjutas sus lágrimas, como el niño que tomándole la madre en su pecho cesa de llorar, y no tiene más que desear, pues recibe la leche del pecho de su madre?

15.— Sube al Cielo.

¡Oh, quién viera aquella hermosísima alma, hermoseada con hermosura de gloria, más blanca que la nieve, más resplandeciente que el sol, la más pura y limpia de cuantas Dios ha creado y creará, después de la de su benditísimo Hijo! Y tengo para mí, que pues Dios quiso que San Antón viese el alma de San Pablo, primer ermitaño, más blanca que la nieve, subir al Cielo acompañada de los ángeles, que también sería servido de enseñar a muchos de los que allí estaban presentes, y aun a los ausentes, la hermosura del alma de su santísima Madre, y la gloria de que gozaba, y la grande honra que se le hacía en aquella solemnísima subida a los Cielos.

Arrimada, pues, la Virgen bendita *a su amado* Hijo y Señor, *llena de indecibles deleites*, comienzan todos a caminar hacia el Cielo con tanto regocijo, con tan acordada música, con tan suaves aleluyas, con aquel *Sancta Immaculata Virginitas, quibus te laudibus*, etc., que cantarían en honra de la Virgen sagrada, aquel «Gloria sea a Ti, Señor, que naciste de esta Virgen»; cantando en honra de Él y de Ella, no a cuatro, sino a cuatro mil y más voces, con otros cantares tan sentidos, tan alegres y concertados, como convenía a la fiesta y grandeza de las personas de quien se cantaban, y que bastaran a que si un hombre las oyera, fuera de su dulcedumbre tan absorto, que no pudiendo sufrir tal peso de dulcedumbre, el alma se saliera del cuerpo y se subiera al Cielo con tal compañía.

16.— ¡Madre mía, Madre mía!

Eliseo vio subir al Profeta Elías en un carro de fuego hacia el Cielo, y sintiendo mucho írsele su maestro, decía a grandes voces (4 Rey. 2, 12): *¡Padre mío, padre mío, carro y guía de Israel!* San Antón se quejaba del alma de San Pablo, y decía: «¿Por qué te subes al Cielo sin primero despedirte de mí?» Y San Lorenzo se quejaba de San Sixto, Papa, porque yendo a morir por Cristo, no le llevaba consigo para morir con él. ¿Qué haremos nosotros en el día de hoy? ¿Nos gozaremos porque la Virgen va llena de gloria y de alegría, o lloraremos porque nosotros nos quedamos acá?

¡Oh Virgen prudentísima! ¿Dónde vas como alba muy resplandeciente, toda hermosa y suave, hermosa como la luna, escogida como el sol, paloma hermosa lavada con leche, a la cual cercaban los lirios de los valles, y las flores y las rosas, acompañada de almas santas y ángeles bienaventurados, y en los brazos de tu Hijo? ¿Dónde vas, prudentísima Virgen, y dónde nos dejas? ¿Qué haremos los indignos hijuelos tuyos sino correr tras ti; y viéndote subir al Cielo, decir con voces de nuestro corazón: «¡Madre mía, Madre mía, carro que sustenta a los pecadores pesados, y guía de los buenos!». Elías, movido por las voces de su discípulo, le echó su capa, con lo cual Eliseo pudo pasar por el río Jordán sin ahogarse ni aun mojarse. Muevante, Señora, nuestros gemidos y nuestra necesidad y soledad, y echa en nuestros corazones tu memoria, tu devoción y obediencia, con lo cual vistamos nuestra desnudez, y favorecidos contigo, pasemos por el peligroso río de este mundo sin ser ahogados con los pecadores que hay en él.

Tú, Señora, subes a sentarte en el resplandeciente trono de gloria que tu Hijo bendito desde *toda la eternidad* te tiene preparado a su mano derecha, donde experimentarás con gran dulcedumbre que *hay* grandes y limpios *deleites en la mano derecha de Dios*, no por años tasados, mas *hasta el fin*, como lo dice la Escritura (Sal 15, 11). También beberás de aquel *río claro como cristal que sale de la silla de Dios y del Cordero* (Apoc 21), que es la excelentísima divinidad y sagrada humanidad, que con su vista alegra y harta toda aquella santa ciudad de Jerusalén, la del Cielo, cuyas ondas a Ti, Señora, más que a otra ninguna envisten y hartan y hacen bienaventurada, sin que tengas más que pedir ni que desear.

Gracias, y muchas gracias a la divina Bondad damos tus pequeñuelos hijos, gozándonos mucho de tu tan cumplido bien, que también podemos llamar nuestro, pues eres Tú nuestra Madre; y mirando esto, celebramos el día de tu partida con alegría y regocijo. Mas con todo eso no podemos dejar de sentir soledad y desabrigo viéndonos tan llenos de necesidades, y nuestra Madre tan lejos de nosotros. Te suplicamos, Virgen bendita, que en ninguna manera te olvides de nosotros; mas pues puedes con Dios todo lo que quieres, da limosna a los pobres que quedamos acá. Y

como de tu Hijo bendito se escribe (Sal 67, 19) que *subiendo a lo alto dio dones a los hombres*, así Tú, Señora, pues subes a lo alto tan semejante con Él en la gloria, parecerle también en esto, que le pidas mercedes para los que quedamos acá; y sean muchas, porque lo piden así nuestras necesidades, en todas las cuales hemos de recurrir a Ti como a amantísima Madre.

Haz Tú, Señora, que alcancemos lo que a Dios pedimos; y cuando algún servicio te ofrezcamos, recíbelo de buena gana; *danos lo que te rogamos*; *excusa lo que tememos*, porque después de Dios Tú eres la esperanza única de los pecadores, y por Ti esperamos el perdón de nuestros pecados y el favor para todo bien, y en Ti está la esperanza de los galardones que en el Cielo esperamos. *¡Oh Madre santa y santísima! Socorre, Señora, a los miserables, conforta a los flacos de corazón, consuela y regala a los que lloran, ora por el pueblo, intercede por el devoto linaje de las mujeres. Todos, Señora, chicos y grandes, que celebren tu santísima festividad, y de Ti se acuerden y de corazón te llamen, sientan tu socorro y alivio*[25], alcanzando lo que te pidan.

¡Oh bendita!, que hallaste gracia, engendradora de la vida, Madre de la salud, humildemente te suplicamos que por ti nos reciba el que por ti fue dado a nosotros. Excuse tu santidad e integridad acerca de Él las culpas de nuestra corrupción; y tu humildad, agradable a Dios, nos alcance perdón de nuestra soberbia; tu copiosa caridad cobije la multitud de nuestros pecados, y tu gloriosa fecundidad nos haga a nosotros fecundos de merecimientos. Señora nuestra, medianera nuestra, reconcílianos con tu Hijo bendito, alcánzanos de Él gracia para que, salidos de este destierro, nos lleve donde gocemos de su santísima gloria.

A. M. D. G.

[25] Del Brev. Romano.